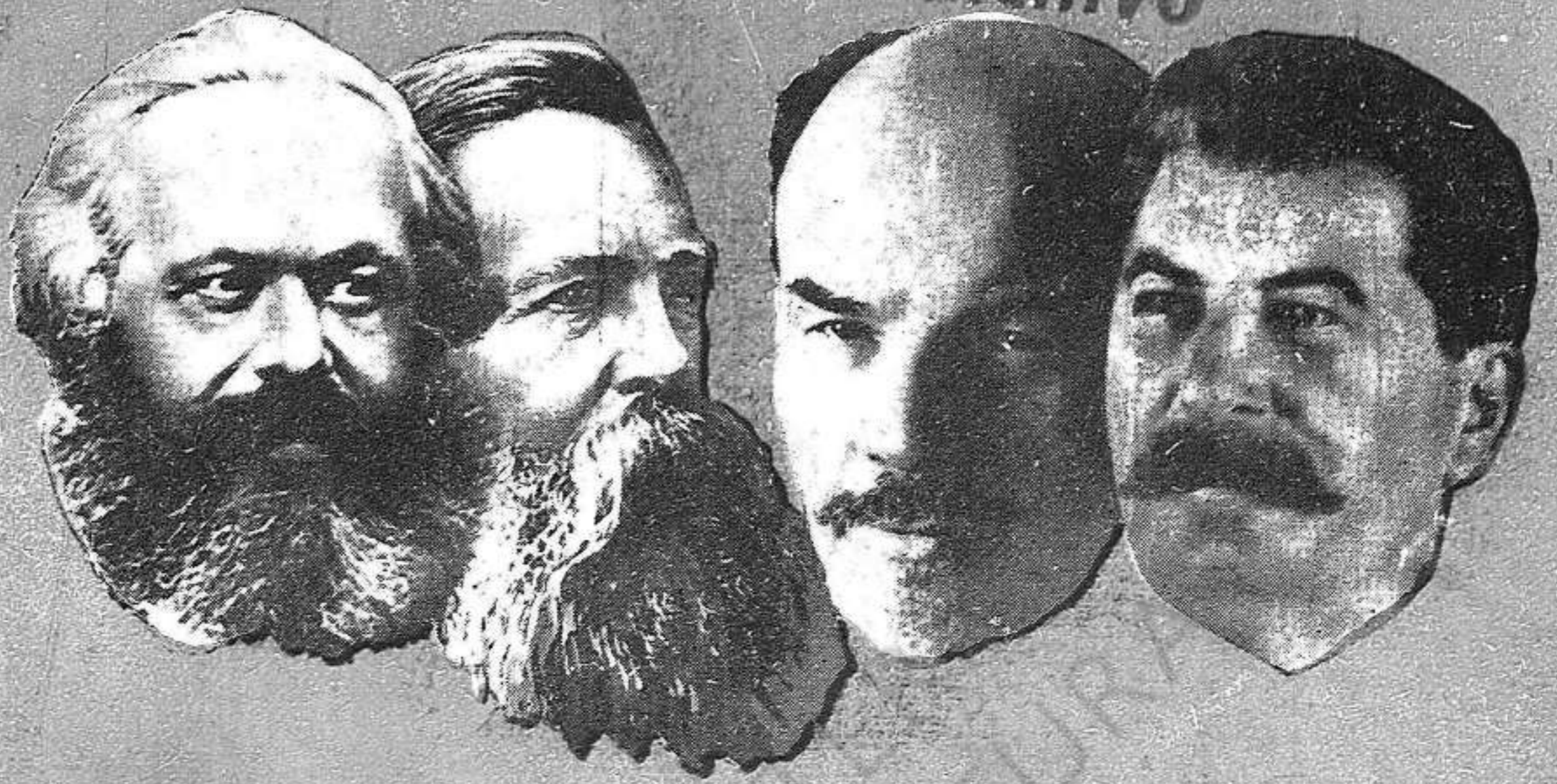


*¡Proletarios de todos los países, uníos!*



ARCHIVO

**LA**

**INTERNACIONAL**

**COMUNISTA**

*revista mensual*

**Nº 8-9**

1

9

3

84



MINISTERIO  
DE CULTURA





**¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!**

# **LA INTERNACIONAL COMUNISTA**

**(Organo del C. E. de la I. C.)**

**APARECE EN ESPAÑOL, RUSO, ALEMÁN,  
INGLÉS, FRANCÉS Y CHINO**



**EDICIONES EUROPA-AMÉRICA**

**BARCELONA**



# SUMARIO

Pág.

Llamamiento de la Internacional Comunista. . . . .	3
J. DIMITROF. Después del complot de Munich. . . . .	10

## **LOS PROBLEMAS DEL DIA**

España, ejemplo y advertencia . . . . .	23
Los defensores de la traición . . . . .	27
El hermano menor del P. O. U. M. . . . .	30
Doriot, lacayo de Hitler . . . . .	34
Degrelle felicita a Spaak. . . . .	37
Internacionalismo barato. . . . .	41
La destrucción de Versalles a costa del pueblo alemán. . . . .	43
Los instigadores alemanes en los Sudetes . . . . .	46
El fascismo alemán amenaza a Escandinavia. . . . .	50
El fascismo alemán amenaza a Hungría. . . . .	56
La situación en Yugoslavia . . . . .	60
Los católicos austríacos y la dominación extranjera. . . . .	64
¡Adelante, en el frente de la teoría! . . . . .	67
Espías del fascismo alemán en los Estados Unidos de América . . . . .	75
P. WIEDEN. Pacifismo o lucha de clases. . . . .	79
ULBRICHT. La guerra intervencionista de Hitler en España y las fuerzas de la paz en Alemania . . . . .	98
FURNBERG. La cuestión judía y el antisemitismo . . . . .	108
IAROSLAVSKI. Una breve enciclopedia del bolchevismo . . . . .	125
FUNK. Las lecciones de una lucha por la república democrática . . . . .	143
WERNER. Teorías que sólo sirven a Hitler . . . . .	157

## **EN EL PAIS DEL SOCIALISMO**

CLAIRE. Espíritu y esencia de la intelectualidad soviética . . . . .	169
--	-----

## **LA LUCHA HEROICA DEL PUEBLO ESPAÑOL**

JOSE DIAZ. Los deberes del proletariado y del pueblo de España . . . . .	177
Una declaración del Frente Popular de España . . . . .	184

## **LA LUCHA HEROICA DEL PUEBLO CHINO**

MAO-TSE-DUN. Entreviú . . . . .	185
OKANO. La guerra de agresión contra China y la actitud del pueblo japonés . . . . .	192

## **DOCUMENTOS**

Resolución del C. C. del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S. . . . .	209
---	-----

<b>CRONICA</b> . . . . .	228
--------------------------	-----



## Editorial

**¡Unidad de la clase obrera, en nombre de los pueblos oprimidos por el fascismo!**

# **Llamamiento del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista con motivo del 7 de noviembre de 1938**

**¡Proletarios y trabajadores de todos los países!**

Hoy celebra el pueblo soviético el XXI aniversario de su gran Revolución socialista, de su lucha heroica, de sus victorias, que tienen un alcance histórico mundial.

En estos días en que los pueblos de la República de los Soviets están completando la construcción de la sociedad socialista sin clases y marchan con paso seguro hacia el comunismo, el mundo capitalista se debate en la fiebre terrible de la guerra.

La segunda guerra imperialista ha comenzado ya, de hecho; guerra de rapiña con la que se quiere obtener un nuevo reparto del mundo. Sobre diversos puntos del globo, está ya desencadenada la furia de la guerra. En España y en China, los verdugos fascistas se entregan a su infame tarea. Más de quinientos millones de seres humanos han sido lanzados al abismo de una carnicería sangrienta. La guerra amenaza con extenderse a nuevos territorios, con arrastrar a nuevos pueblos. Centenares de millones de hombres están amenazados por una agresión de los verdugos fascistas.

Nunca como en estos días de bandidaje fascista habían sentido las masas populares de los países capitalistas con tanta fuerza y tal profundidad lo vitales que son los lazos que les unen al gran País del Socialismo. Los pueblos ven en la U. R. S. S. el baluarte de su lucha por la libertad y la independencia, la encarnación de sus aspiraciones seculares. Comprueban que el Pueblo Soviético, gracias a la dictadura del proletariado, ha sabido defenderse contra una nube de enemigos, que ha salvaguardado y afirmado su independencia, que ha edificado el Socialismo.

Ante los millones de hombres del mundo capitalista que, presa de la



confusión y de la disgregación, se halla al borde de una nueva crisis económica, se alza como una roca de granito el País del Socialismo victorioso. Consciente de su fuerza, el País de los Soviets sigue su camino con paso firme y seguro. Su grandeza radica en que tiene plena conciencia de que su causa es justa. Su brazo, temible para el enemigo, no traicionará al amigo: le socorrerá. Su palabra staliniana es sagrada. Se enfrenta seguro con el porvenir. Las fuerzas materiales y morales del País de los Soviets son inagotables. El prodigioso auge de la industria socialista, el desarrollo impetuoso de las granjas colectivas, el bienestar creciente de las masas, la expansión de una vida de alegría y felicidad de los obreros y campesinos, la unidad del pueblo con el Partido Bolchevique, con el Gobierno de los Soviets, la unidad de los trabajadores del mundo entero con su patria, confieren al Poder de los Soviets una potencia invencible. El glorioso Partido de Lenin y Stalin ha enriquecido y cimentado esta unidad moral y política del Pueblo Soviético con la gran Constitución staliniana, acta de la democracia socialista del pueblo entero.

El País de los Soviets no entregará a nadie sus realizaciones ni sus riquezas inagotables. Sus fronteras son sagradas. Están cuidadosamente guardadas por el Ejército más fuerte del mundo, por el Ejército Rojo del Socialismo. La lección que se ha dado a los bandidos japoneses cerca del lago Jasan demuestra brillantemente cómo hay que defender la causa de la paz. Aplastando a la banda de espías trotskistas y bujarinianos, el Pueblo Soviético ha demostrado cómo hay que luchar contra los traidores, los capituladores y los enemigos del pueblo. Por su inquebrantable fidelidad a los compromisos contraídos, el Gobierno Soviético ha demostrado, con ocasión de la crisis checoeslovaca, cómo hay que respetar los tratados y defender la seguridad colectiva. Sólo el Pueblo Soviético ha sostenido y sostiene al heroico pueblo español contra los crímenes de los invasores y las traiciones de sus cómplices. Sólo la Unión Soviética tiende su mano de socorro al pueblo chino. Sólo el país de la dictadura proletaria defiende con una firmeza y un valor stalinistas la causa de la libertad en el mundo entero.

La inmensa fuerza material del Socialismo se afirma cada día más, de hora en hora; por todas partes millones de trabajadores se vuelven hacia el Socialismo. La reacción mundial teme la influencia revolucionaria que el Socialismo ejerce sobre los pueblos. Quiere hacer marchar a contrapelo la ruta de la Historia. Para ello lanza sobre el país del Socialismo, sobre sus propios pueblos, a la fiera fascista.

En su odio mortal al socialismo, a la clase obrera internacional, a todo movimiento democrático, las camarillas imperialistas de Inglaterra y Francia han firmado una alianza contrarrevolucionaria con los fascistas alemán e italiano. El compromiso de Munich *no es únicamente un golpe asestado*



a Checoslovaquia; es un complot imperialista mucho más extenso. Un complot tramado contra los pequeños pueblos que Inglaterra y Francia dejan a merced de los invasores fascistas. Un complot contra la República española, cuyo heroico pueblo quieren esclavizar sometiéndolo a los asesinos alemanes e italianos. Es un atentado contra el pueblo francés, que el fascismo alemán e italiano cercan cada vez más. Es un atentado contra el pueblo inglés, amenazado por una guerra que comienza contra él su enemigo de siempre, el imperialismo alemán. Es una puñalada asestada en la espalda del pueblo alemán, cuya esclavitud se agrava cuanto más se multiplican las concesiones hechas a los verdugos de los trabajadores de Alemania. Es al movimiento del Frente Popular, es al corazón del proletariado internacional al que apunta el complot de Munich. Es contra la *paz universal* contra quien dirigen sus golpes los conspiradores de Munich, que se presentan hipócritamente como «salvadores de la paz».

No es la paz lo que los reaccionarios de Inglaterra y Francia han intentado salvar: es al fascismo alemán al que han querido salvar del fracaso. Han consolidado las posiciones de Hitler para permitirle desencadenar una gran guerra.

¡Trabajadores! ¿Se podía salvar la paz y conjurar el desmembramiento de Checoslovaquia?

¡Sí, camaradas, sí se podía!

La Alemania hitleriana no estaba dispuesta para la guerra, ni en el aspecto militar, ni en el aspecto económico. Se hallaba falta de materias primas, de víveres, de recursos financieros. Sus fortificaciones eran incompletas; su ejército no disponía de cuadros experimentados en cantidad suficiente. La retaguardia del fascismo alemán significaba para ella un temible peligro. El pueblo de Alemania no quería la guerra. Se hallaba presa de un profundo descontento. La ola de indignación popular amenazaba con arrastrar, en caso de guerra, a los aventureros fascistas.

Frente a Alemania se levantaban fuerzas con una ventaja decisiva. Checoslovaquia disponía de un excelente ejército y estaba dispuesta a defenderse con un sistema de obras fortificadas de primer orden. Las flotas inglesa y francesa podían asegurar el bloqueo de Alemania. El concurso de la Unión Soviética hubiera levantado una poderosa ola en el movimiento antifascista por la defensa de la *justa* causa de los pueblos. Ante estas fuerzas, *el fascismo alemán no podía dejar de retroceder*; pero la burguesía inglesa, que lleva a Francia a remolque de su política, no quería permitir esta derrota del guardián fascista de Europa. Inglaterra y Francia han hecho todo lo posible para obligar a Checoslovaquia a capitular. Con una presión inaudita, apoyando el «chantaje» de Alemania, amenazando con ponerse de parte de ésta, han obrado de tal manera que Checoslovaquia ha aceptado el ultimátum de bandidaje del fascismo alemán.



Si se ha producido el complot de Munich, ha sido porque la burguesía reaccionaria inglesa estaba dispuesta a contrarrestar, por todos los medios, la constitución de un frente internacional de la paz con la Unión Soviética. A ningún precio quería permitir un poderoso movimiento de los pueblos contra el fascismo.

Después de haberse reunido con los fascistas alemanes y haberse repartido los papeles, los reaccionarios ingleses han engañado a los pueblos con la comedia de la movilización militar en Inglaterra y Francia. El complot de Munich ha podido realizarse porque los abogados hipócritas de la «democracia» francesa han preferido una cobarde *capitulación* a la política de réplica al agresor; porque los capituladores, con su propaganda pacifista jesuítica de «la paz a cualquier precio», han frustrado la voluntad de lucha de los pueblos, y lo que ha facilitado el complot de Munich ha sido que la clase obrera, como resultado de la política de división y de capitulación de los jefes de la Segunda Internacional, no ha sabido unir sus fuerzas para hacer fracasar al criminal complot del fascismo alemán y de la reacción inglesa.

¡Obreros, trabajadores!

En el momento en que millones de hombres se preguntan cómo han de salir de la situación creada por el complot de Munich, nosotros, comunistas, decimos: *La política de capitulación no ha salvado nunca la paz, ni la salvará. Ha traído ya la guerra.* Abisinia y España, Manchuria y China, Austria y Checoslovaquia: éstos son los sangrientos jalones de esa política de concesiones al fascismo. Reduciendo las fuerzas de la paz, fortaleciendo a los agresores fascistas, les ayuda a desencadenar nuevas guerras aun más destructoras, aproxima la monstruosa conflagración mundial imperialista. No hay más que un solo camino para salvar la paz: luchar resueltamente contra el agresor fascista.

*Quien no luche por la paz no puede conjurar la guerra.*

Luchar por la paz es defender en cada país la libertad del pueblo contra la burguesía reaccionaria. De la misma forma que, en la época del derrumbamiento del feudalismo, los nobles conspiraban con los enemigos de Francia contra la República francesa, hoy, en la época del capitalismo en plena descomposición, la burguesía reaccionaria, aliada al fascismo alemán, levanta la espada sobre sus propios pueblos.

No se puede luchar con éxito por la paz, sin castigar sin piedad a los que traicionan a su país y a su pueblo. No se puede dominar a los agresores fascistas desenfrenados, sin librar resueltamente en el interior del país la guerra contra los capituladores. Los pueblos no pueden confiar los destinos de sus naciones a gobiernos que conspiran y conciertan con el fascismo la estrangulación de su propio país. A tales gobiernos no se les puede confiar ni la defensa del país, ni su armamento. Es contra la clase obrera,



contra los trabajadores, contra la lucha liberadora de los demás pueblos, contra los que estos gobiernos volverán las armas.

Reemplazar los gobiernos de traición y de vergüenza nacional en los países amenazados por el fascismo extranjero, por gobiernos dispuestos a rechazar a los agresores fascistas, es la condición del éxito en la lucha para consolidar la paz. Un verdadero Gobierno de Salud Nacional no puede aventurarse por la funesta vía de la capitulación.

Emprenderá una lucha implacable contra los capituladores y los agentes del fascismo extranjero. Reprimirá sin piedad los manejos fascistas de la reacción interior. Expulsará del ejército a los fascistas enemigos del pueblo. Establecerá el control efectivo de la clase obrera sobre la defensa del país. Desarmará a las ligas fascistas y hará de las organizaciones obreras el baluarte para la defensa de la paz. Practicará una política consecuente de seguridad colectiva y no vacilará en aplicar las sanciones al agresor. Sólo con la ayuda de gobiernos de este género, dispuestos a defender con las armas la libertad y la independencia de su pueblo, podrá constituirse el indestructible frente de los pueblos, que obligará a los agresores fascistas a respetar las fronteras, a respetar la paz.

*Sólo la UNION DE LOS PUEBLOS QUE LUCHAN CON ABNEGACION POR LA PAZ permitirá hacer fracasar los criminales designios de los promotores de guerra. Un dique de los pueblos armados, unidos al gran pueblo soviético, reducirá el fascismo a la impotencia, apresurará su derrota y su segura caída.*

Hoy, en el momento en que el fascismo ha emprendido ya un nuevo reparto de Europa, cuando mutila y despadaza a los otros pueblos, el proletariado ha de colocarse a la cabeza de la lucha emancipadora de las naciones avasalladas y dirigir la defensa de los pueblos amenazados por la dominación extranjera. La nación no es esa banda de fascistas, de financieros reaccionarios y de magnates de la industria, que saquean y traicionan al pueblo. La nación son los millones de obreros, campesinos, trabajadores; es el pueblo abnegado del país, unido a su libertad y que defiende su independencia. Lo mismo que en España y en China, donde los pueblos combaten con las armas en la mano, en Austria y en Checoslovaquia, en todos los países amenazados por la invasión del fascismo extranjero, sólo la clase obrera puede unir, mantener alerta y conducir al pueblo a la lucha victoriosa por la liberación nacional. La clase obrera es la espina dorsal de la nación, el baluarte de su libertad, de su dignidad y de su independencia.

¡Obreros! No os dejéis engañar por los políticos burgueses traidores al Frente Popular. Los traidores pueden romper con el movimiento del Frente Popular; éste no hará más que ganar con su marcha. Una grande y fecunda labor se presenta ante vosotros: no solamente la de *consolidar*, sino la de *ensanchar* el Frente Popular. Nuevos hombres y nuevas capas



sociales que no trafiquen con los destinos de su país y de su pueblo marcharán con vosotros en la lucha contra los traidores reaccionarios, en la *lucha por la salvación del pueblo*.

¿Quién puede forjar ese inmenso frente contra el bandidaje fascista? Sólo la clase obrera unida.

La clase obrera es la mayor fuerza de la sociedad contemporánea; si está unida, es la verdadera dueña del mundo.

Ante el complot internacional del fascismo, la clase obrera no admite más dilaciones. Por esta unidad, combate incansablemente la Internacional Comunista. Muchas veces ha propuesto a la Internacional Socialista la realización de la unidad de acción de la clase obrera internacional. Millones de obreros del mundo entero reclaman la unidad. Numerosas organizaciones socialdemócratas y sindicales la desean. Pero los líderes reaccionarios, emboscados en la dirección de la Segunda Internacional y en la de una serie de Partidos socialdemócratas y sindicales, no quieren esta unidad. Sistemáticamente, sabotean la constitución del frente único de lucha antifascista de la clase obrera. Son ellos los que, reculando paso a paso ante el fascismo, llevan a cabo una cínica campaña de calumnias contra el País del Socialismo. Son ellos los que recogen solícitamente de entre las heces del fascismo a los agentes trotskistas de la Gestapo y les permiten dedicarse impunemente al sabotaje del movimiento obrero. Son ellos los que, con su política de «no intervención», han ayudado a los verdugos que quieren estrangular a la España republicana. Son ellos los que han aceptado, sin replicar, el ultimátum de Munich, los que han proclamado hipócritamente una prodigiosa victoria de la causa de la paz. Son ellos los que, después de Munich, prosiguen la misma política de división y de capitulación, una política que tiende a disgregar el movimiento obrero. Sin una lucha resuelta y diaria contra los enemigos de la unidad del movimiento obrero, contra esos agentes de la burguesía, es imposible consolidar las filas del proletariado. Hoy, no basta con proclamarse partidario de la unidad: hay que realizarla, prácticamente, sin dilación, en el acto, con valor, como lo han hecho nuestros hermanos de España.

¡UNIDAD DE LA CLASE OBRERA, en nombre de los pueblos que oprime el fascismo, en nombre de la lucha liberadora del pueblo austriaco contra la dominación extranjera, de la lucha de los pueblos de Checoslovaquia contra el desmembramiento de su país y contra el arbitraje del imperialismo alemán!

¡UNIDAD DE LA CLASE OBRERA, en nombre de la defensa del heroico pueblo español, contra el cual los conspiradores de Munich preparan un nuevo golpe!

¡ARMAS Y VIVERES PARA LA REPUBLICA ESPAÑOLA EN



LUCHÁ! ¡Levantad el vergonzoso bloqueo! ¡Expulsad a los invasores alemanes e italianos del suelo español!

¡UNIDAD DE LA CLASE OBRERA, en nombre del heroico pueblo chino! ¡APOYO A CHINA CON ARMAS Y CREDITOS! ¡Sanciones económicas contra el agresor japonés! ¡Ningún material de guerra, ningún crédito a los invasores japoneses!

¡UNIDAD DE LA CLASE OBRERA, en nombre de sus intereses vitales, en nombre de todos los pueblos cuya independencia está amenazada por el fascismo alemán, en nombre de la paz que está en juego!

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS PARA FORJAR LA UNIDAD DE LOS PUEBLOS CONTRA LA AGRESION FASCISTA!

¡Obreros, trabajadores de todos los países, cimentad vuestra alianza fraternal de combate con el gran Pueblo Soviético!

La U. R. S. S. es la fortaleza inexpugnable del Socialismo, la garantía de la futura victoria de la clase obrera internacional.

La U. R. S. S. es el poderoso baluarte de la paz y la fraternidad de los pueblos.

El País del Socialismo vencedor es un indestructible baluarte para los pueblos del mundo entero en la lucha contra el avasallamiento fascista.

¡Viva la gran Unión Soviética, baluarte del socialismo, de la libertad y de la independencia de los pueblos!

¡Viva la unidad internacional de la clase obrera!

¡Viva el pueblo español que, con las armas en la mano, defiende su libertad!

¡Viva el pueblo chino, que lleva a cabo una lucha liberadora por su independencia!

¡Viva el Frente Popular contra el fascismo en todos los países!

¡Viva el frente mundial de los pueblos contra los agresores fascistas!

¡Viva el Socialismo!

EL COMITE EJECUTIVO  
DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

7 de noviembre de 1938.



# Después del complot de Munich

## Frente Unico contra el fascismo

por

J. DIMITROF

### I

Hoy, en que el pueblo soviético, liberado de la esclavitud capitalista, celebra el XXI aniversario de la gran Revolución Socialista, que asestó un golpe demoledor a la primera guerra mundial imperialista, en los países capitalistas millones de seres son víctimas del sangriento bandidaje fascista. Los criminales fascistas empujan a la humanidad hacia el abismo de una nueva guerra imperialista.

Mucho antes de los actuales acontecimientos, el camarada Stalin advirtió repetidas veces que los Gobiernos fascistas preparaban una nueva carnicería imperialista. En enero de 1934, el camarada Stalin declaró desde la tribuna del XVII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.:

«De nuevo, al igual que en 1914, pasan a primer plano los partidos del imperialismo belicoso, los partidos de la guerra y el desquite.

Las cosas se orientan, manifiestamente, hacia una nueva guerra» («Problemas de Leninismo», ed. rusa, pág. 544).

Más tarde, el 1 de marzo de 1936, en su entrevista con R. Howard, el camarada Stalin dijo:

«Hay, a mi juicio, dos focos de peligro de guerra. El primer foco se encuentra en el Extremo Oriente, en la zona del Japón. Me remito a las reiteradas declaraciones de los militares japoneses amenazando a otros Estados. El segundo foco se encuentra en la zona de Alemania... Por el momento, el foco del Extremo Oriente es el que manifiesta mayor actividad. Es posible, sin embargo, que el centro de esta actividad se desplace hacia Europa» (J. Stalin, «El socialismo es la paz», ed. Europa-América, pág. 6).

Guiándose por este análisis marxista-leninista, el VII Congreso de la Internacional Comunista caracterizó los planes anexionistas del fascismo alemán del modo siguiente:



«Los planes aventureros de los fascistas alemanes van muy lejos; aspiran al desquite militar contra Francia, al reparto de Checoeslovaquia, a la anexión de Austria, al aniquilamiento de la independencia de los Países bálticos, que ellos ambicionan convertir en una base militar para el ataque contra la Unión Soviética, a desmembrar la Ucrania soviética de la U. R. S. S. Reclaman colonias y procuran excitar los espíritus en favor de la guerra mundial por un nuevo reparto del mundo» (Resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista).

Toda la marcha de los acontecimientos ha demostrado la razón que asistía a los comunistas, cuando daban la señal de alarma ante la amenaza inminente de guerra y llamaban a su debido tiempo a los trabajadores a cerrar el paso al fascismo, sobre la base del Frente Popular.

En 1935, Italia atacaba a Abisinia. A su vez, la Alemania fascista desgarraba por sí y ante sí el tratado de Versalles, implantaba el servicio militar obligatorio y militarizaba la zona del Rin, haciendo de ella una base de operaciones para atacar a Francia. Después, ocupó Austria por la fuerza, se anexionó la región sudeta y se apoderó de todas las posiciones estratégico-militares de Checoeslovaquia, consiguiendo su desmembración y tratando de transformarla, de hecho, en una colonia suya.

En el verano de 1936, después de haber provocado previamente una sublevación fascista, Alemania e Italia organizaron la intervención armada contra la República española. Desde hace más de dos años, los aviadores italianos y los artilleros alemanes destruyen las ciudades españolas, asesinan a las mujeres y a los niños de España, hollando el suelo del pueblo español, que sólo quiere una cosa: mandar en su propia casa.

No menos criminal es la guerra que, para apoderarse de China, mantiene en el Extremo Oriente la camarilla militar fascista del Japón contra el pueblo chino, que lucha por su independencia.

«Todos estos hechos atestiguan que la segunda guerra imperialista ha comenzado ya, en realidad. Ha comenzado solapadamente, sin declaración de guerra. Los Estados y los pueblos han ido deslizándose casi insensiblemente dentro de la órbita de la segunda guerra imperialista. Han desencadenado la guerra en los diversos confines del mundo los tres Estados agresores, los círculos gobernantes fascistas de Alemania, Italia y el Japón. La guerra se extiende a lo largo de un inmenso territorio, desde Gibraltar hasta Shanghai. Ha conseguido arrastrar ya a su campo de acción a más de 500 millones de seres. Esta guerra va dirigida, en último resultado, contra los intereses capitalistas de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, ya que tiene por finalidad el reparto del mundo y de las zonas de influencia en provecho de los países agresores y a costa de los llamados Estados democráticos.

El rasgo característico de la segunda guerra imperialista consiste, por el momento, en que mientras las potencias agresoras mantienen y desarrollan la guerra, las otras potencias, las potencias «democráticas» contra las que va expresamente dirigida, hacen como si esta guerra no fuese con ellas, se lavan las manos, reculan, hacen protestas de su amor por la paz, lanzan invectivas contra los agresores fascistas y... les van cediendo poco a poco sus posiciones, aunque asegurando a cada nueva cesión que se disponen a resistir.» («Historia del Partido comunista de la U. R. S. S.», edición rusa, pág. 318-319.)



¿Por qué ha sido posible esta serie de crímenes sangrientos del fascismo? Ha sido posible gracias al repliegue sistemático de los círculos gobernantes de los llamados Estados democráticos ante los agresores fascistas.

Se permitió al fascismo italiano atacar impunemente a Abisinia. Y no sólo ha esclavizado a Abisinia, sino que, además, se ha lanzado sobre España. Se consintió al fascismo alemán militarizar, sin que nadie se lo estorbase, la zona del Rin. Y el fascismo alemán se ha aprovechado de ello para lanzarse sobre España, devorar Austria y aplastar a Checoslovaquia. Se dió a los bandidos japoneses la posibilidad de apoderarse de Manchuria y de las provincias chinas del Norte. Y la camarilla militarista del Japón se ha insolentado y se ha lanzado a la guerra para apoderarse de toda China. Los países de la «gran democracia occidental» han retrocedido paso a paso ante los invasores fascistas. Y los invasores fascistas han reforzado paso a paso sus posiciones.

Y, sin embargo, los Gobiernos de los países democráticos burgueses disponían de medios suficientes para evitar el desencadenamiento de la guerra. Podían haber refrenado a los agresores fascistas mediante la acción conjunta de los Estados adheridos a la Sociedad de Naciones e interesados en el mantenimiento de la paz. Podían hacerlo aplicando el artículo 16 de los estatutos de la Sociedad de Naciones, artículo que prevé la acción colectiva contra los infractores de la paz. Podían hacerlo aplicando las sanciones económicas, las cuales habrían, infaliblemente, obligado a los Gobiernos de Alemania, Italia y el Japón, que no disponen de suficientes recursos en materias primas, a batirse en retirada ante la decisión de los países interesados en el mantenimiento de la paz.

Estas acciones encaminadas a mantener la paz, habrían encontrado el apoyo entusiasta de todos los pueblos que no quieren ni la esclavitud del fascismo ni los horrores de la guerra.

Y, sin embargo, los Gobiernos burgueses no han puesto en acción el sistema de la seguridad colectiva. Y no lo han hecho porque no han querido. No lo han hecho, porque su política está dirigida por los círculos reaccionarios imperialistas que, por miedo a que cobren bríos el movimiento obrero en Europa y el movimiento de liberación nacional en Asia y por su odio contra el País del Socialismo, han sacrificado al fascismo los intereses de sus propios pueblos. Han apoyado al fascismo alemán, porque quieren que éste sea el gendarme de Europa, que estrangule todo movimiento antifascista, democrático, de las masas populares. En nombre de mezquinos intereses imperialistas de clase, entregan al fascismo, atados de pies y manos, a los pequeños pueblos, facilitando con ello las nuevas agresiones de los Gobiernos fascistas.

Los orgullosos líderes de estos círculos imperialistas no sólo no han



tenido en cuenta, para entenderse con el fascismo alemán, el prestigio de las «grandes potencias» que representan, sino que han pasado por el sonrojo de humillarse personalmente ante los dictadores fascistas, como si hablaran en nombre de países vencidos ya en la guerra.

En vano se esfuerzan en encubrir su terrible responsabilidad ante los pueblos con el subterfugio embustero de que, doblando el espinazo ante los dictadores fascistas, salvaron la causa de la paz, salvaron a Europa y a la humanidad de los horrores de la guerra.

## II

La Unión Soviética es el único país que en todas las etapas del desencadenamiento de la guerra ha seguido una firme política de paz. Si los demás Estados hubieran aceptado las proposiciones del Gobierno soviético, encaminadas a dar una réplica colectiva al agresor, la paz se habría mantenido. No se habría lanzado a millones de seres, como ocurre hoy, al abismo sangriento del exterminio por la guerra.

Durante la agresión contra Abisinia, la Unión Soviética, a diferencia de los demás países, aplicó de una manera consecuente las sanciones económicas decretadas por la Sociedad de Naciones con relación a la Italia fascista. Desde el comienzo mismo de la intervención armada contra la República española, la Unión Soviética se pronunció en favor de acciones conjuntas enérgicas de todos los países adheridos a la Sociedad de Naciones, contra los agresores alemanes e italianos. El País Soviético protestó repetidas veces contra la llamada No Intervención, que de hecho no era más que la aplicación del bloqueo a la España republicana y que permitía al invasor desembarcar impunemente sus tropas y su material de guerra para exterminar al pueblo español. Cuando los piratas italianos empezaron a hundir en el Mediterráneo los barcos mercantes, el Gobierno soviético exigió resueltamente que se pusiera término a la piratería en el mar y logró que se concertase el conocido convenio de Nyon, que tendía a proteger a la marina mercante pacífica. En el Pleno de la Sociedad de Naciones y en sus Comisiones, en el Comité de No Intervención y en todos los demás organismos, la Unión Soviética ha sido la única que ha defendido sin reservas la legítima causa del pueblo español.

En la Conferencia de Bruselas, convocada con motivo de la agresión de la camarilla militar japonesa contra China, la Unión Soviética insistió en la necesidad de poner en práctica una política de réplica colectiva a los invasores japoneses. El pueblo chino sabe que tiene en el pueblo soviético un amigo inquebrantable, defensor de la soberanía, de la integridad y de la independencia de China.



Cuando el fascismo alemán introdujo sus tropas en Austria, la Unión Soviética propuso a los Gobiernos de los demás Estados emprender una acción conjunta contra la desvergüenza del fascismo.

Todo el mundo conoce la posición mantenida por la Unión Soviética cuando el fascismo alemán levantó su puñal sobre Checoeslovaquia y los buitres polacos y húngaros hundieron sus garras en las entrañas del pueblo checoslovaco. Con arreglo al pacto concertado con Checoeslovaquia, la Unión Soviética declaró a la faz del mundo que estaba dispuesta a asumir la defensa de Checoeslovaquia, si Francia cumplía con sus deberes, estipulados en este pacto. Y el Gobierno soviético hizo saber asimismo a Polonia que una agresión suya contra Checoeslovaquia provocaría automáticamente la ruptura del pacto de no agresión con la Unión Soviética.

El mundo entero sabe cómo respondió la Unión Soviética a la agresión de los samurais japoneses contra el territorio soviético en las inmediaciones del lago Jasán. Con el golpe fulminante asestado a los provocadores japoneses, el Ejército del País del Socialismo ha demostrado cómo hay que defender, con las armas en la mano, la causa de la paz.

La Unión Soviética mantiene una política encaminada a la verdadera defensa de la paz, inspirada en los intereses de los trabajadores de todos los países. Su política de paz responde a los anhelos de todos los pueblos. La Unión Soviética es el potente baluarte de lucha contra las guerras de conquista, el fiel defensor de los pueblos pequeños y de los países débiles contra la agresión fascista y la esclavización imperialista. El País del Socialismo es el seguro baluarte de la lucha de liberación de los trabajadores del mundo entero, el factor más importante de cohesión de las fuerzas de la clase obrera internacional y del Frente Popular antifascista. En su lucha por la paz, la U. R. S. S. se apoya en la potencia del socialismo triunfante. Cada nueva fábrica socialista es una nueva fortaleza en la lucha de todos los pueblos contra el fascismo. Cada koljós floreciente es un nuevo golpe asestado a las fuerzas tenebrosas de la reacción. Cada éxito del País Soviético acrecienta la potencia de los trabajadores del mundo entero. La cultura y la ciencia del País Soviético están puestas al servicio de toda la humanidad. La unidad moral y política del pueblo soviético acrecienta la gran fuerza vital de la solidaridad internacional de los trabajadores.

En medio de la confusión general y de la incertidumbre en el mañana que reinan en el mundo capitalista, sólo el pueblo soviético mira con serenidad al porvenir. La Unión Soviética remata con firmeza y seguridad la construcción de la sociedad socialista y avanza hacia el comunismo. Cada día que pasa aporta a los trabajadores del mundo capitalista nuevos y nuevos testimonios de la justeza del camino por el que, bajo la bandera del marxismo-leninismo, marcha el gran pueblo soviético. La lucha gi-



gantesca del Partido de Lenin y Stalin por el Socialismo, por la industrialización socialista del país, por la colectivización de la agricultura; la lucha contra una muchedumbre de enemigos; la extirpación de los agentes trotskistas-bujarinistas del fascismo en la U. R. S. S., va arraigando cada vez más en la conciencia de la clase obrera internacional, como su causa vital y propia.

*Toda la humanidad trabajadora se halla vitalmente interesada en el fortalecimiento de la Unión Soviética en todos sus aspectos, en la consolidación decisiva de los lazos que unen al gran pueblo soviético con la clase obrera y los pueblos de los países capitalistas. En esto reside la principal garantía de la victoria, en la lucha por la paz mundial.*

### III

En el momento actual, el error más peligroso de las masas trabajadoras y de los pueblos sería creer en la mentirosa leyenda profascista de que la paz se ha asegurado a costa de la desmembración de Checoslovaquia, de que, con este acto de violencia, el fascismo alemán ha puesto fin a su programa de agresión en Europa y de que los pueblos pueden dormir tranquilos sin la pesadilla de una nueva guerra. Sólo los cómplices de los crímenes fascistas, sólo los embaucadores de los pueblos o imbéciles políticos incurables pueden propagar tal leyenda. Ninguna persona que esté en su sano juicio negará que es precisamente después del complot de Munich cuando la insolencia de los agresores fascistas ha tomado proporciones extraordinarias. Y no podía ser de otro modo. ¿Acaso el fascismo alemán no ha recibido de manos de la burguesía reaccionaria de Inglaterra y Francia nuevas posiciones estratégico-militares y económicas, extraordinariamente ventajosas para continuar desencadenando la guerra imperialista? Hoy, el problema se ha salido ya del marco de una revisión arbitraria del tratado de Versalles por los Estados fascistas. Hoy, se trata ya de un nuevo reparto del mundo. No se trata simplemente de un nuevo reparto de los mandatos coloniales existentes, sino de un nuevo reparto de la propia Europa, de la colonización de una serie de Estados europeos, de la esclavización imperialista de una serie de pueblos de Europa.

Ni las mismas bestias de presa fascistas consideran necesario ocultar el itinerario trazado a sus intenciones anexionistas. El mapa que han hecho circular los fascistas, después de la ocupación de las regiones sudetas, ilustra de una manera tangible los planes del fascismo alemán. Según el calendario estampado en este mapa, la suerte de Austria debía decidirse en la primavera de 1938; la de Checoslovaquia, en el otoño del mismo



año; en la primavera de 1939, se dará el golpe a Hungría; en el otoño de 1939, el objetivo de ocupación será Polonia; en la primavera de 1940, se preparará el golpe contra Yugoslavia; en el otoño de 1940, contra Rumania y Bulgaria. En la primavera de 1941, serán objeto de la agresión fascista Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza; en el otoño de 1941, la Alemania fascista se propone intervenir contra la Unión Soviética.

Este mapa nos indica, además, que el fascismo deja generosamente a la Italia fascista la mayor parte de España, las regiones meridionales de Francia, Grecia, la mayor parte de Turquía, Siria, Palestina y Africa del Norte.

No hay más que fijarse en la labor de zapa que el fascismo alemán e italiano realiza en las posesiones inglesas y francesas, para convencerse de que los fascistas trabajan efectivamente por la ejecución de estos planes. El fascismo alemán despliega una frenética labor de zapa en Alsacia y Lorena. Se dedica intensivamente a crearse en la frontera de los Pirineos puntos de apoyo para atacar a Francia. Los agentes fascistas fomentan movimientos separatistas entre los eslovacos y entre los ucranianos de Checoslovaquia y realizan una labor de zapa en Yugoslavia, Rumania y los Balcanes. Se disponen a llevar a cabo una agresión contra Lituania y los demás Estados bálticos. Los fascistas polacos, que se han arrojado como chacales sobre la martirizada Checoslovaquia y enseñan los dientes a Lituania, exponen con su política de rapiña la independencia de Polonia a los golpes del insaciable fascismo alemán.

*Pero los usurpadores fascistas echan las cuentas sin contar con la patrona. Los pueblos no han dicho todavía su última palabra.*

Jamás, desde que se terminó la guerra mundial imperialista, ha sido tan profundo y violento como hoy el odio contra los incendiarios de la guerra. En todos los países se levanta una ola de indignación popular contra los crímenes fascistas. El movimiento de los que desean que se dé una réplica a los agresores fascistas ha encontrado su clara expresión durante los días en que los conspiradores de Munich descuartizaban a la democrática y culta República de Checoslovaquia, sacrificándola al fascismo. Millones de hombres se levantaron, en los principales países del mundo, en defensa de Checoslovaquia. En Inglaterra, se celebraron durante días y días grandes mítines exigiendo que se defendiese al pueblo checoslovaco. Una serie de grandes sindicatos y organizaciones sociales, de representantes de los intelectuales y prestigiosas personalidades exigieron que se diera una réplica colectiva a los gangsters fascistas. Pidieron insistentemente que las fuerzas de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética se uniesen para acudir en ayuda de Checoslovaquia. Periódicos ingleses de gran influencia publicaron decenas y centenares de cartas de lectores, pro-



testando contra la traición de la burguesía inglesa a Checoslovaquia. A las redacciones de los periódicos llegaban millares de protestas de éstas. El Consejo Nacional de las Cooperativas, en nombre de sus cinco millones de afiliados, se dirigió al Gobierno inglés exigiendo que fuese convocado el Parlamento y se actuase en defensa de Checoslovaquia. Cuando la delegación del Consejo Nacional del Trabajo, que había sido enviada a París para conferenciar con la dirección de los Sindicatos franceses, regresó a Inglaterra, se celebraron en todo el país millares de mítines de masas contra la política de condescendencia con el fascismo alemán, y el movimiento de protesta fué en aumento de día en día.

En los Estados Unidos, a pesar de la resistencia de los círculos fascistas, que preconizaban la llamada política de aislamiento, el movimiento de apoyo a Checoslovaquia alcanzó proporciones especialmente grandes. Las representaciones de veintiún organizaciones nacionales (checas, eslovacas, servias, rumanas, etc.), dirigieron mensajes al presidente de los Estados Unidos exigiendo que se impusiera el pacto Kellog y se aplicara el sistema de seguridad colectiva en defensa de Checoslovaquia. Las mismas reivindicaciones fueron formuladas por los representantes de los Sindicatos y de otras organizaciones y por una serie de representantes eminentes de la ciencia y de la cultura. En una serie de ciudades de los Estados Unidos se crearon «Comités de ayuda a Checoslovaquia». Los mítines de protesta contra la nueva agresión de la Alemania fascista viéronse enormemente concurridos. En algunos centros importantes del país (Chicago), se celebraron grandiosas manifestaciones, en las que desfilaron cientos de millares de personas.

En Francia se desarrolló por todo el país una oleada de mítines, de asambleas y de manifestaciones contra la confabulación de Munich. No sólo las organizaciones sindicales y de carácter social, sino también los altos círculos militares, expusieron la necesidad de apoyar a Checoslovaquia.

Incluso en países como, por ejemplo, Yugoslavia, Bulgaria y Polonia, donde existe un régimen fascista, las masas populares se las arreglaron para expresar sus simpatías a Checoslovaquia y actuar en su defensa contra la agresión alemana. Millares de personas expresaron su deseo de alistarse como voluntarios en el ejército checoslovaco. Las Embajadas de Checoslovaquia en las capitales europeas recibieron una cantidad gigantesca de cartas patentizando estos sentimientos.

Desde la lejana Australia, los representantes de los Sindicatos se dirigieron al pueblo checoslovaco prometiéndole su ayuda en caso de guerra con Alemania. Este movimiento de opinión alcanzó proporciones especialmente grandes después del acuerdo de Munich. Las masas se dan cada vez más clara cuenta del verdadero sentido de la política de las camarillas gobernantes, que es la política de retroceso ante el fascismo. Comienza



a disiparse rápidamente la cortina de humo extendida por los círculos profascistas y sus representantes en las esferas gobernantes con el concurso directo de algunos líderes reaccionarios de la Segunda Internacional y de la Federación Sindical Internacional, queriendo convencer al mundo de que en Munich se ha salvado la paz.

#### IV

Dos tendencias fundamentales pueden observarse en la política internacional.

*Primera:* Continuación de la política de confabulación entre el fascismo alemán e italiano, de una parte, y las camarillas imperialistas de Inglaterra y Francia, de otra; confabulación dirigida por éstas contra los intereses vitales de sus propios pueblos, contra las naciones y los países débilmente defendidos, contra el movimiento obrero internacional, contra la democracia y contra el gran País del Socialismo.

*Segunda:* Movimiento de frente único de la clase obrera y de frente único de los pueblos contra esta confabulación de bandidaje.

La primera tendencia conduce a la desmembración y a la esclavización de España y de China, al avasallamiento de los pueblos independientes, a la acentuación de la esclavitud colonial, al desencadenamiento de nuevas guerras imperialistas.

La segunda tendencia conduce a la victoria de los pueblos español y chino sobre los usurpadores fascistas, a la afirmación de la libertad y de la independencia de los pequeños pueblos, al refrenamiento de los agresores fascistas y al aseguramiento de la paz mundial.

No cabe duda de que esta segunda tendencia es la que corresponde a los intereses de la clase obrera y de los pueblos de todos los países. Pero, para que pueda triunfar, es necesario refrenar la reacción interior en los países de democracia burguesa y acabar con la política de capitulación ante los agresores fascistas; es necesario que los Gobiernos se apoyen en las masas populares, que tengan en cuenta sus intereses y su voluntad, que estén dispuestos a luchar contra el enemigo fascista exterior.

La lección más importante de los últimos acontecimientos consiste, en efecto, en que, *sin refrenar a las camarillas reaccionarias imperialistas y a los capituladores dentro del propio país, es imposible refrenar a los bandidos fascistas desencadenados, es imposible luchar con éxito en defensa de la libertad y de la independencia de los pueblos, en defensa de la paz mundial.*

La clase obrera es, con su vanguardia comunista, la defensora más resuelta y consecuente de la paz. Pero esto no quiere decir, en modo al-



guno, que sea partidaria de una paz adquirida a cualquier precio, que sea partidaria de entregar a su pueblo y a su país a la rapacidad fascista «en interés de la paz». Quien desee que se establezca una paz efectiva y sólida tiene que luchar con todas sus fuerzas y por todos los medios contra los usurpadores y los opresores fascistas, echando resueltamente a un lado a los cómplices del fascismo y a los capituladores que engañan al pueblo con mentirosas prédicas fascistas.

La defensa de la paz mundial, la defensa de los pueblos contra la agresión armada del fascismo, no se consiguen con declaraciones y votos pacifistas verbales. Para ello, es necesaria la lucha activa, la resistencia resuelta. Al fascismo armado y agresor, hay que oponerle el puño de hierro de los pueblos.

¿Cuáles son las tareas fundamentales que se le plantean a la clase obrera internacional y a las masas trabajadoras de todos los países, a la luz de los acontecimientos actuales?

Estas tareas pueden formularse brevemente así:

hacer fracasar la política de confabulación bandidesca entre los agresores fascistas y la camarilla imperialista de Inglaterra y Francia;

dar, en los países de la democracia burguesa, una réplica enérgica a la reacción, que vuelve a levantar cabeza contra las conquistas sociales de los trabajadores, contra las libertades democráticas y contra el movimiento obrero;

asegurar la victoria de los pueblos de España y China sobre las bestias de presa fascistas;

defender al pueblo checoslovaco y a los pueblos de los pequeños países, contra su esclavización por los invasores extranjeros.

Existen fuerzas perfectamente reales para realizar estas tareas. Lo que hace falta es ponerlas en acción.

Sería difícil encontrar en la historia política de la postguerra un momento como el actual, en que los intereses de la clase obrera, de los campesinos, de la pequeña burguesía, de los intelectuales; en que los intereses de los pequeños pueblos, de los países vasallos y coloniales; en que los intereses de la cultura y de la ciencia, de la paz y de la democracia, hayan coincidido como coinciden y convergen hoy en una corriente única contra el peor enemigo de la humanidad: contra el fascismo. *He aquí una base perfectamente real para crear y consolidar el frente único de la clase obrera y de los pueblos de todos los países contra la barbarie fascista y contra los incendiarios de la guerra imperialista.*

El papel decisivo en la creación de un potente frente único contra la agresión y el bandidaje fascistas, corresponde a la *clase obrera internacional*. Toda la marcha del desarrollo histórico destaca a la clase obrera



como la fuerza iniciadora, organizadora y dirigente del frente de resistencia de los pueblos contra los invasores fascistas.

La clase obrera es la clase más avanzada y la fuerza más poderosa de la sociedad contemporánea. Su vanguardia ha triunfado, en la sexta parte del globo, sobre las fuerzas tenebrosas del capitalismo y ha construido una nueva sociedad, la sociedad socialista. La clase obrera internacional tiene un vital interés en romper definitivamente las cadenas de la explotación capitalista y de la esclavitud en el mundo entero. Es el enemigo más irreductible de la reacción y del fascismo, el adversario más resuelto y consecuente de toda opresión y de toda esclavización de los pueblos, de toda guerra de rapiña.

La clase obrera, por ser la espina dorsal de su pueblo y disponer de la inmensa ventaja que supone su papel decisivo en la producción de la vida del país, su fuerza numérica, su concentración y su organización, es el más firme baluarte de la libertad y la independencia del país.

La clase obrera es la única clase de la sociedad moderna que dispone del arma de la ciencia más avanzada, del marxismo-leninismo, de la gran doctrina de Marx-Engels-Lenin-Stalin, que alumbra el camino de la lucha contra las fuerzas de la reacción, del fascismo y de la guerra.

Todo esto impone a la clase obrera una gran responsabilidad ante la historia. Para que pueda cumplir su misión de fuerza iniciadora, organizadora y dirigente del frente común de todas las fuerzas antifascistas del mundo, *es necesario que la clase obrera tenga conciencia de su propia fuerza y sepa utilizar esta inmensa fuerza para la unión de todas las masas trabajadoras.* Es necesario que comprenda profundamente la necesidad de ponerse de un modo resuelto a la cabeza del movimiento popular contra el fascismo.

Pero, para apretar las filas del movimiento popular contra el fascismo, la clase obrera necesita, ante todo, realizar la unidad dentro de sus propias filas, en la lucha contra el enemigo común. Los enemigos de la unidad de la clase obrera, los enemigos del Frente Popular antifascista, sean quienes fueren y cualquiera que sea el disfraz con que se vistan, *deben ser desenmascarados implacablemente como auxiliares de la reacción interior y de los agresores fascistas.*

En los momentos actuales, momentos de extraordinaria responsabilidad, no hay que limitarse a predicar la unidad de la clase obrera. Desde ahora mismo, es necesario llevar a la práctica esta unidad, barriendo todos los obstáculos que se alzan en su camino. Hay muchos a quienes no les disgusta hablar de la conveniencia de la unión, pero sin poner nada de su parte por realizarla. Sería ingenuo pensar que la unidad de acción de la clase obrera, en el plano nacional e internacional, va a ser posible sin una lucha incansable en pro de esa realización. No hay que dejarse llevar de



La ilusión de que la unidad de la clase obrera puede lograrse sin luchar contra sus enemigos dentro de las filas del propio movimiento obrero, contra los enemigos del País del Socialismo, contra los vehículos de la influencia burguesa sobre el proletariado, contra los trotskistas y demás agentes del fascismo.

Toda la situación internacional exige imperiosamente que la clase obrera internacional, a pesar de que subsistan en su seno diferentes corrientes políticas, encuentre lo antes posible un lenguaje común en la lucha contra el fascismo y siga una *política de unidad internacional* que cierre el paso a los usurpadores fascistas y a los incendiarios de la guerra.

La realización de la idea, que va madurando en las filas del movimiento obrero, de convocar una *Conferencia obrera internacional* de representantes de las organizaciones de la clase obrera de todos los países, sería un paso práctico extraordinariamente importante en este camino. Esta Conferencia es indispensable para defender a España y a China, para defender las conquistas sociales de la clase obrera y las libertades democráticas y para dar cohesión a todas las fuerzas del proletariado internacional contra el complot fascista de Munich.

*No puede haber obstáculos insuperables para llevar a cabo la tan necesaria unidad de acción del movimiento obrero internacional.*

\*

Los agresores fascistas echan las campanas a vuelo con motivo de la «victoria de Munich». Se preparan furiosamente para nuevos complots y nuevos crímenes. Les secundan, en esta cruzada, los enemigos jurados de la clase obrera y del socialismo en los países de la democracia burguesa. Los pusilánimes, los capituladores y los cobardes doblegan la cerviz ante la bota del fascismo.

*Pero los fascistas cantan victoria antes de tiempo.* Su «victoria» es una victoria que lleva dentro el germen de su derrota. Han devorado a Austria, pero los siete millones de seres que forman el pueblo austríaco les odian. Se han apoderado de la región sudeta, pero han soliviantado hasta más no poder en contra suya a los pueblos de Checoslovaquia. Han aplastado a Checoslovaquia, pero han alzado contra ellos a todos los pequeños pueblos. Han hecho correr la sangre del pueblo español, pero veinte millones de españoles sólo pronuncian para maldecirlo el nombre de los invasores alemanes. Su insolencia levanta en contra de ellos al mundo entero. Sus actos de bandidaje provocan la indignación más profunda de la humanidad avanzada. Sus actos de rapiña minan el suelo bajo sus pies. Y llegará la hora del castigo. La clase obrera unida, juntamente con las



fuerzas auténticamente democráticas de los pueblos, está en condiciones de parar los pies a los criminales fascistas e incendiarios de la guerra, de aplastar al fascismo, unida a sus propios pueblos.

*No hay ni puede haber en el mundo fuerza capaz de volver atrás la rueda del progreso histórico. El porvenir pertenece, no al capitalismo, que se halla en plena y cada vez más acentuada descomposición, y a su nauseabunda cloaca, el fascismo, sino al socialismo ascendente, hacia el que se vuelven las miradas de todos los trabajadores de la humanidad entera.*





## Los problemas del día

### España, ejemplo y advertencia

«¡ Antes morir en pie que vivir de rodillas! » Estas palabras de Pasionaria, la gran heroína nacional española, purifican el aire de los miasmas ponzoñosos con que los desvergonzados «salvadores de la paz» han aletargado a Europa.

Hace más de dos años que la prensa reaccionaria internacional comunicaba que Madrid había caído. Los faquires de la contrarrevolución europea relataron la entrada de Franco en la capital de la República española. Según ellos, había entrado en la ciudad jinete en un caballo blanco y bajo una lluvia de flores. Durante los días siguientes, tuvieron que rendirse a la evidencia y poner término al sueño que sus deseos les habían inspirado. Madrid, lejos de haber caído, luchaba en pie por su libertad. El ataque de Franco se estrellaba contra el ansia de libertad y el desprecio a la muerte de que daban pruebas el pueblo español y las Brigadas Internacionales. El 7 de noviembre, aniversario de la gran Revolución proletaria de Octubre, el general perjuro quería plantar el pie sobre la nuca de Madrid. Y el 7 de noviembre conoció la fuerza de un pueblo para el cual la libertad no es una palabra vana, sino una causa que merece que se muera por ella.

A pesar de indescriptibles dificultades, el pueblo español ha hecho frente a la superioridad militar de sus adversarios. Sin doblarse, resiste a la bestial crueldad de la contrarrevolución, a los carniceros alemanes que, desde una altura inatacable, matan a sus mujeres e hijos; a las divisiones italianas que invaden el país como chacales hambrientos. Ni la fuerza armada de las grandes potencias fascistas, ni la traición de los agentes trotskistas en el frente y en la retaguardia del país, han podido vencer la resistencia del pueblo heroico. Ni la intervención descarada de los fascistas, ni la intervención solapada de los pseudo-demócratas que han apretado alrededor del cuello de la República española el nudo corredizo de la «no intervención», han quebrantado las filas de los defensores de la libertad. Ni los asesinos de camisa negra y parda, ni los verdugos



vestidos con el uniforme de los diplomáticos, han podido asestar el golpe de muerte a la libertad de España.

El pueblo español no tenía ejército, ni industria de guerra, ni experiencia militar, cuando se lanzó contra los ejércitos bien amaestrados y pertrechados del fascismo. No tenía con él más que la ardiente y firme voluntad de ser libre y de disponer de su propia suerte. Esta voluntad estaba encarnada en su Partido Comunista que consagraba toda su fuerza a la unidad del pueblo y a la organización de la resistencia. Esta voluntad triunfó en el Partido Socialista que, poniendo fin al socialdemocratismo, realizó la fraternal comunidad de lucha con el Partido Comunista. Esta voluntad reunió a millones de obreros, de campesinos y de burgueses, en un sólido frente popular en el que la gran llama del amor a la libertad hace que se fundan los pequeños intereses particulares, como la nieve bajo el sol. Hoy, el pueblo español tiene un ejército fuerte, una industria de guerra desarrollada, una rica experiencia militar y, como en el pasado, la inquebrantable voluntad de defender su libertad hasta la última gota de su sangre y de conseguir el triunfo de una España libre, unida, indivisible.

Por su heroica lucha por la libertad, el pueblo español se ha colocado a la cabeza de las naciones de la Europa Occidental, encarnando la dignidad de Europa. Sus armas no salvaguardan solamente la libertad, sino también el honor de un continente. Los pueblos que se apartan asqueados de la cobardía de sus políticos negociantes, de la vergüenza de los hipócritas «salvadores de la paz», de la lamentable debilidad de los capituladores melifluos, consideran a sus hermanos españoles, no solamente como defensores de la libertad contra la esclavitud fascista, sino también como defensores de la dignidad humana contra el espíritu servil que prefiere inclinar la cerviz bajo el yugo a tomar las armas. Consideran al heroico pueblo español como la encarnación de esta frase célebre: «Sólo es digno de la libertad y de la vida el que está continuamente dispuesto a conquistarlas.»

El gran naturalista inglés Darwin cuenta en su diario de viaje como, el 14 de abril de 1832, comprendió en el Brasil el fondo mismo de la esclavitud. Véase lo que le aconteció cuando, al atravesar el río en una barca, intentó hacerse entender por un esclavo negro:

«Con el propósito de que me comprendiera aquel hombre, hablé en voz alta, gesticulé y acerqué mi mano a su rostro. Probablemente creyó que yo estaba enfadado y quería pegarle; en efecto, en el mismo momento, dejó caer los brazos, con el rostro espantado y los ojos entornados. Jamás olvidaré mi asombro, mi repugnancia y mi vergüenza, al ver en pie ante mí un hombre alto y fuerte que no se



atreví a defenderse de un puñetazo dirigido a la cara. Aquel hombre se había criado en una humillación mucho más profunda que la esclavitud del animal más privado de defensa.»

¿No recuerda la actitud de los capitulacionistas «democráticos» a la de ese esclavo negro que, con la cara espantada, deja caer los brazos, para no defenderse de un puñetazo? A este espíritu de humillación que llena de repugnancia, de asombro y de vergüenza al sabio investigador inglés, quieren los reaccionarios ingleses y sus cofrades franceses reducir a los pueblos de Europa ante el fascismo. El pueblo español ha rechazado con altivez ese espíritu de humillación, defendiéndose contra el golpe que le han dado en el rostro y replicando con energía. Está en pie ante todos los pueblos, como guardián y valeroso defensor del espíritu, que eleva al hombre por encima de la bestia; como defensor de la dignidad y del humanismo militante.

El presidente del Consejo español, doctor Negrín, ha interpretado este espíritu una vez más, en un discurso radiado el 14 de octubre. Dirigiéndose a todos los «salvadores de la paz» que, después del descuartizamiento de Checoslovaquia, intentan imponer por la fuerza a la República española su «mediación» mortal, a todos los «cirujanos» políticos que consideran lograda una operación cuando ha muerto el paciente, les dice:

«Lejos de ser oída su voz y atendidas sus justas demandas, se les privó de todos los medios de defensa incubando un esferpento ominoso que para escarnio se intitula, farisaicamente, pacto de no intervención.

A nuestros enemigos ha servido este pacto no sólo para permitirles impunemente poner en juego sus recursos en la guerra contra nuestro país, sino para forjar y conseguir una ingenua pero eficaz colaboración de neutros y amigos en sus propósitos de estrangular a España.

Hoy, nadie, ni los mismos invasores, se atreven a negar la agresión; pero en vez de asegurar el asentamiento de la paz sobre el cumplimiento de los compromisos, se intenta sofisticarla con componendas y transacciones. A eso, nuestra respuesta en tres palabras: **NO LO ADMITIMOS.**

Yo me dirijo a aquellos gestores de la política de algunos países amigos, cerca de quienes pueda tener autoridad por haber acertado en mis vaticinios sobre la suerte de Austria y Checoslovaquia, como acertaré en otros augurios que mi responsabilidad no me permite repetir en público, si se sigue la misma trayectoria equivocada. Me dirijo a ellos para repetirles que no son palomas mensajeras



las que podrán traer la paz. La paz no surgirá más que obligando a los extraños a que no se imbriquen en nuestro pleito.

Sabemos que el triunfo faccioso significa nuestro total exterminio. Pues bien, antes que la parcelación de España, nuestro exterminio.

Si algún apóstol o enviado de la paz llamara a nuestras puertas con proposiciones de mediación o de fraccionamientos, nuestra respuesta será un gesto cortés, pero seco y firme, de despedida.»

Esta respuesta del presidente del Consejo español evidencia más todavía la vergüenza de los políticos europeos que celebran como «obra de paz» la traición y la capitulación. Mientras hablan de la paz, preparan la cuerda con que quieren estrangular al pueblo español que lucha. Ante la notoria y no disimulada intención de los «salvadores de la paz» aliados con los fascistas, de «liquidar» el problema español como han liquidado el problema checoslovaco, la tarea más importante, el indeclinable deber de todos los obreros, de todos los demócratas sinceros, de todos los hombres en quienes no ha muerto el sentimiento de la libertad y del derecho humano, es sostener sin reservas la lucha del pueblo español, que cubre con su cuerpo la libertad de Europa. ¿Es pedir demasiado pretender que los pueblos de Europa preserven del hambre, por lo menos, a las mujeres y a los hijos de sus valientes defensores? Los defensores españoles de la libertad trazan con su sangre la frontera que separa el mundo en que los hombres marchan en pie hacia adelante, de aquel otro en que el fascismo les impone una humillación más profunda que la esclavitud de la bestia más privada de medios de defensa. ¿Es pedir demasiado que todos los hombres amantes de la paz se unan para combatir vigorosamente el bloqueo a que se ha sometido a la España republicana? En realidad, el ejército popular español defiende, contra la banda de los saboteadores fascistas, a todas las familias proletarias y a todas las tierras de los campesinos de Europa. ¿Es pedir demasiado querer que cada obrero, cada trabajador, sacrifique parte de su salario, de sus bienes, para ayudar al ejército que defiende su propia causa?

La clase obrera ha manifestado su solidaridad con el pueblo español; pero está muy lejos de haber cancelado la inmensa deuda de gratitud que tiene con los defensores españoles de la libertad. Mientras no satisfaga las legítimas exigencias de sus hermanos españoles, realizando la unidad que es cada día más urgente; mientras no detenga con acciones unitarias de lucha el avance de los conspiradores contra la República española; mientras haya un solo soldado



extranjero en territorio español, no tendrá derecho la clase obrera a dejar que se adormezca su vigilancia proletaria.

Hay que reparar la vergüenza de los capituladores y contribuir a la obra que perdurará en la Historia como la gloria de Europa en estos años de decadencia; hay que colaborar en la obra de la lucha española por la libertad.

### Los defensores de la traición

«Ya podemos dormir tranquilos», dijo León Blum, una vez que Chamberlain y Daladier hubieron cometido la peor traición contra Checoslovaquia. Aquel sueño se vió pronto interrumpido, no por el grito del pueblo checoslovaco contra los traidores, no por la lamentación de los centenares de miles de personas que los militares germano-polacos expulsaban de su patria, no por el grito de desesperación que lanzaban los refugiados alemanes y austríacos devueltos por el señor Spaak, socialdemócrata y ministro belga de Negocios extranjeros, a los verdugos de la Gestapo, ni, por último, por las reiteradas amenazas de guerra de Mussolini y de Hitler contra Francia. Aquel sueño se vió turbado por un acontecimiento ante el cual quedaba al descubierto el pensamiento político de los líderes reaccionarios de la II Internacional. El Gobierno de la República española, bajo la presidencia del valeroso socialista Negrín, fué el que turbó el sueño de la II Internacional. Este Gobierno tuvo el valor de no estrechar la mano a los traidores, de no felicitarlos por su traición, sino de someterlos a la justicia. Este Gobierno no ha tratado como desconocidos ángeles de la paz a los agentes fascistas reunidos en el P. O. U. M., que querían entregar la República española a Hitler y Mussolini. Este Gobierno los ha tratado como lo que son: como mortales enemigos de la clase obrera. Y esta lucha resuelta contra los lacayos del fascismo constituye una oposición enérgica a las ideas políticas de los señores Blum y Citrine, que consideran como héroes a los que prestan su apoyo a los fascistas y reciben de sus manos los soporíferos y los calmantes.

El secretario de la II Internacional ha dirigido un telegrama al presidente del Consejo español, para decirle hasta qué punto se preocupa de los traidores acusados, añadiendo la siguiente advertencia:

«En todo caso, esperamos que la opinión pública mundial, alarmada por las recientes discusiones, tendrá ocasión de seguir los debates del proceso y que no se hará nada irreparable.»

En estas palabras, la hipocresía política raya en la más cínica



audacia. La opinión pública mundial está alarmada, según esas palabras, no por las concesiones ilimitadas de los pseudodemócratas a los pícaros fascistas, sino porque estos pícaros fascistas tienen que comparecer ante los tribunales. La «opinión pública mundial» que invocan esos hipócritas es una opinión de la que está excluida la clase obrera, una opinión mundial representada por los periódicos de la reacción universal, por la propaganda de los señores Hitler y Mussolini, Chamberlain y Flandin. La clase obrera está profundamente alarmada al ver la conjuración de la reacción internacional contra la República española; pero no lo está en modo alguno por las medidas de esta República contra los conspiradores. En cuanto a estas medidas, solamente los fascistas y sus auxiliares pueden alarmarse; las policías secretas italiana y alemana están alarmadas, y el Intelligence Service también, porque pierden en España algunos de sus mejores agentes.

La II Internacional ha tenido mil ocasiones para velar porque no se haga «nada irreparable». Pero no creyó oportuno movilizar a sus afiliados contra Chamberlain y Daladier, que hicieron en Munich algo realmente irreparable. La II Internacional no creyó oportuno oponerse al señor Blum, cuando éste preparó la política de «no intervención» y de estrangulación de la República española. No creyó oportuno llamar al orden al señor Spaak, cuando éste calificaba los acuerdos de su Internacional de pedazos de papel, para atraerse las merecidas alabanzas de los fascistas alemanes y belgas. La II Internacional no se desolidarizó de la socialdemocracia húngara, que apoyaba francamente los planes de bandidaje de los nobles húngaros. Silenciosa siempre, la II Internacional ha tolerado que su propio presidente, De Brouckère, se haya visto imposibilitado de publicar en un periódico socialista un artículo contra la traición de Munich. Pero, en cambio, la II Internacional ha tenido el triste valor de molestar al sincero socialista Negrín, cuyo Partido no ha capitulado contra el fascismo, sino que se ha opuesto a él con las armas en la mano, enviándole un telegrama que refleja su profunda preocupación en cuanto a la suerte de los espías y de los agentes fascistas. Preocupación ¿de quién? No seguramente de los obreros socialdemócratas que sienten la más profunda simpatía hacia la República española y que no sienten la menor simpatía hacia los enemigos mortales de esta República. Los obreros socialdemócratas saben hoy que hay que aplastar al enemigo fascista; lo saben muy bien, como lo saben las decenas de millares de funcionarios socialdemócratas que observan con creciente inquietud la decadencia de su Internacional.

En efecto; la situación actual de la II Internacional es lamenta-



ble. Hoy, en el momento en que el fascismo gana terreno, en el momento de la conjuración universal de la reacción contra la paz, contra la democracia y contra la clase obrera, el grupo dirigente de la II Internacional se compone, en gran parte, de personas que consideran que su tarea primordial consiste en apoyar la política de Chamberlain y en impedir la unidad del proletariado.

¿No es vergonzoso que el Comité ejecutivo de la II Internacional, reunido después de Munich, pueda intentar convencer a los obreros de que «el plan de Hitler, el dominio del mundo, ha «tropezado», al menos por el momento, con una resistencia? La República checoslovaca, aunque muy reducida, se mantiene como Estado; sus fronteras están garantizadas por Francia y por la Gran Bretaña. Hitler, gracias a la conferencia de Munich, ha conquistado más territorio que Berchtesgaden. Pero la opinión pública mundial—aunque no la de Alemania—sabrà que existen ciertos límites a las aspiraciones de Hitler en el marco de la política universal.»

Claro es que existen esos límites, pero no fueron señalados en Munich, ni serán señalados jamás por hombres como Chamberlain y Daladier. La unidad de la clase obrera, el esfuerzo para crear gobiernos democráticos populares en Inglaterra y en Francia, la colaboración de las democracias occidentales con la Unión Soviética, son las condiciones que hacen posible el señalamiento de los límites. La resistencia armada del pueblo español es un límite al fascismo en marcha. Pero, lejos de poner su esfuerzo para sostener a la República española, los líderes reaccionarios de la II Internacional intervienen en favor de los agentes fascistas; en lugar de realizar la unidad de la clase obrera, se dedican a intrigar contra los comunistas y contra la Unión Soviética. Se explica la legítima indignación que obligó a la «Arbeiter Zeitung» de Basilea a declarar amargamente en su número del 14 de octubre:

«El Partido socialista suizo es miembro de la Internacional Socialista. Pero, una vez que los socialistas franceses, bajo la «gloriosa» dirección de Blum, han dejado devastar las más fértiles regiones de España y que Daladier ha traicionado a su pueblo en Munich, sería una vergüenza continuar a su lado en la Internacional. Ni una hora más en una Internacional que ya hace años vive una existencia ficticia y cuyas decisiones están al lado de los que glorifican el triunfo de la fuerza y de la injusticia.»

Este estallido es muy comprensible y estamos de acuerdo en que la tarea de los socialdemócratas honrados, conscientes de su clase, consiste en entablar una lucha en el interior de la II Internacional contra la perniciosa política de los jefes reaccionarios, para imponer,



con todas las fuerzas sanas de la socialdemocracia, un cambio de frente. Al lado de los sostenedores de Chamberlain, al lado de los Citrine, Dalton, Blum, Spaak, etc., existen en la II Internacional y en la F. I. S., jefes honrados como Ziromsky, Jouhaux, Pritt, Nicole, etc. Y está en las filas de la II Internacional el Partido Socialista Español, que lucha sin descanso. En sus filas hay miles de funcionarios, millones de obreros, fielmente adictos a su clase, deseosos de la unidad del proletariado. Después de la traición de Munich, los periódicos socialdemócratas de Suecia, Noruega, Suiza, Holanda y sobre todo de España, interpretan la opinión de las masas obreras colocándose contra la política aprobada por Blum y Citrine. Si todas estas energías sanas de la II Internacional logran unirse estrechamente, si combaten resuelta y tenazmente la política de los jefes reaccionarios, si logran la unidad de acción de la clase obrera, pueden contribuir decisivamente a levantar un obstáculo infranqueable a los avances del fascismo. Hoy, los jefes reaccionarios prohíben a los socialdemócratas sinceros, conscientes de su clase, que luchen por los intereses de los obreros y del pueblo. Se les puede y se les debe replicar adecuadamente. Se puede y se debe suprimir la reacción en las filas de la II Internacional y sustituir a los representantes de Chamberlain con los representantes de los obreros y del pueblo. Se puede y se debe apartar del movimiento obrero a los defensores de los traidores a la democracia y a la clase obrera, a los defensores de Chamberlain y de Daladier, del P. O. U. M., para confiar la dirección de los hombres honrados que han hecho sus pruebas en la defensa de la democracia y de los intereses obreros. Los soporíferos con los que Blum y Citrine intentan adormecer a los miembros de la II Internacional comienzan a perder su eficacia. Hoy resuena con nueva fuerza la vieja palabra:

«¡Despierta, hombre del trabajo; ten conciencia de tus fuerzas!»

Las fuerzas de la clase obrera están en su unidad. Realizar esta unidad en la lucha contra todos los traidores y saboteadores, es la tarea de todos los socialistas que piensan que ya se ha pactado demasiado con una burguesía reaccionaria; es la tarea de todos cuantos penetran resueltamente en el camino de la lucha. Esta tarea no admite más aplazamientos.

### El hermano menor del P. O. U. M.

La cópula entre el fascismo y el trotskismo ha producido un nuevo bastardo: el Partido escisionista del socialista «de izquierda» Pivert.



Si se pudiera llamar «debate» a la palabrería confusa y llena de contradicciones prodigada en la conferencia constitutiva de este partido, podría afirmarse que de este debate ha salido la siguiente idea fundamental: echar lastre, para seguir tirando.

El primer acto del Congreso fué acordar una resolución en favor de las gentes del P. O. U. M., espías de Franco. En esta cuestión, hubo al parecer completa unanimidad. También hubo unanimidad en la cuestión de considerarse «separados de las masas». Las discrepancias se produjeron al pasar al examen de las cuestiones «de principio».

La mayor parte de los ex-afiliados a la «izquierda revolucionaria» se apartó de los escisionistas y, ante la secta reunida con su equipo completo, se planteó la cuestión angustiosa de si era conveniente conservar, sin modificaciones, la fraseología revolucionaria, o si convenía echar agua al vino. Y se produjo el espectáculo regocijante de que los maestros de la frase extremista, que hasta entonces habían tachado de cobardes y traidores hasta a sus propios padres, comenzaban a asustarse de sus propias fórmulas.

«¿Socialización de los medios de cambio?» Imposible. Esto asustaría a mucha gente. «¿Socialización de los medios de distribución?» Esto ya es menos peligroso. Por fin se decidieron por la «socialización de los medios de cambio, con tendencia a establecer un régimen de distribución».

Eso no daña a nadie, y menos al régimen capitalista, y conserva no obstante cierto aspecto «teórico».

Las discrepancias se agudizaron al tratar la cuestión de la «dictadura del proletariado». Estas gentes, que siempre se habían manifestado como portaestandarte de la dictadura del proletariado y hasta se habían atrevido a acusar a los comunistas de haber abandonado este principio, se asustaron de repente ante su propio valor.

Algunos delegados declararon que si el nuevo Partido aceptaba la dictadura del proletariado, podría interpretarse como una coincidencia entre los fines de los pivertistas y los de la Unión Soviética, y el hermano menor del P. O. U. M. no podía transigir con esto. Otros contestaron que la dictadura del proletariado había sido siempre la pieza de mayor efecto de los pivertistas. Al fin, renunciaron a la dictadura del proletariado, pronunciándose en favor de una «dictadura de las clases trabajadoras». El llamado «principio intangible» de la orientación exclusiva hacia la clase obrera fué echado por la borda, tan pronto como la nueva secta se vió fuera del movimiento obrero.

Pero nuestros escisionistas no se hallaban aún al final de su cal-



vario. ¿Cuál era la posición a sostener en el problema de la unidad? «Hay que hacer ofrecimientos al Partido Comunista y al Partido Socialista», declararon aquellos que hasta entonces habían sido los peores enemigos del frente único. «De ninguna manera», replicaron los «pioneros de los principios intangibles».

El colmo fué la intervención de Pivert en favor del Frente Popular. Es posible que llevara en un bolsillo un discurso en que, como de costumbre, calificara al Frente Popular de «triste montón de basura» que había que «barrer» y en el otro un segundo discurso acerca de la necesidad del Frente Popular, desde luego con la intención de deshacerlo desde dentro. Pero fué inútil su sacrificio del antiguo «principio», porque sus partidarios rechazaron por 100 votos contra 83 la participación en el Frente Popular. Realizar una escisión no es tarea nada fácil, cuando las masas quieren la unidad.

Pero, precisamente por eso, son de esperar por parte de Pivert y los suyos desesperados esfuerzos y criminales ataques para debilitar la lucha de los trabajadores. Pivert sabía perfectamente por qué pedía de repente, y ante la sorpresa de sus acólitos, la participación en el Frente Popular. El intento de Doriot de debilitar el movimiento obrero y el Frente Popular desde fuera había fracasado lamentablemente, y los enemigos del Frente Popular y del movimiento obrero tienen gran empeño en minar la unidad del Frente Popular por medio de sus agentes desde dentro. Los pivertistas provocan incidentes en las reuniones obreras, como lo hicieron contra Paul Faure y Dormoy. No hace mucho, han promovido un escándalo en un Congreso de maestros, silbando en la persona de Jouhaux a uno de los autores de la unidad sindical. Pero la provocación de disturbios y choques no surte grandes efectos. Los provocadores sólo son peligrosos cuando logran penetrar en el seno de las organizaciones obreras y del Frente Popular, para introducir en ellas el veneno fascista-trotskista y desorganizar sus filas. Hay que estar alerta constantemente; es preciso aprender a descubrir la propaganda fascista bajo las frases demagógico-revolucionarias. El Congreso de los maestros, reunido en Nantes, ha acordado, por ejemplo, una resolución sobre la orientación sindical, que representa un progreso indudable en comparación con otros documentos anteriores. Sin embargo, también entra en esta resolución toda clase de contrabando trotskista.

Esta resolución, que no menciona a España para nada, contiene un párrafo que dice que la solidaridad internacional está «ligada con la generalización de los conflictos». Esta es una frase que Chamberlain suscribiría con gusto. Es la justificación de la política de «no intervención» (que la resolución no condena en ninguna parte).



Tampoco se encuentra en esta resolución una diferenciación entre los países democráticos y los países fascistas; al contrario, se tropieza con fórmulas reaccionarias sobre los «bloques ideológicos». La lucha de defensa de los países democráticos contra los agresores fascistas aparece en la resolución como «conflictos en los que se hallan enfrentados grupos de Estados». Esta resolución pone además en primer término la lucha contra el Tratado de Versalles, lo que, frente a las exigencias bélicas del fascismo respecto a un nuevo reparto del mundo, no significa otra cosa que el apoyo a los agresores fascistas. La resolución habla de la «aversión absoluta a la guerra», interpretando exactamente el sentir de las masas. Pero lo que en ella se propone concretamente es precisamente lo contrario, porque no se puede defender al mismo tiempo la paz y apoyar a los fascistas.

También en la cuestión del Frente Popular sostiene la resolución una posición ambigua. Después de declarar «lealmente» que reconoce los resultados conseguidos por la clase obrera con el Frente Popular (con la palabra gris «lealmente», los autores de la resolución han demostrado el poco afecto que profesan al Frente Popular), la resolución considera «insuficiente» el programa del Frente Popular, y esto en un momento en que la tarea más urgente consiste en luchar por el cumplimiento de este programa, aunque sea «insuficiente».

Un hecho notable de este Congreso ha sido que, a pesar de los manejos y de las provocaciones de algunos trotskistas, se haya oído la voz de la paz. Los Sindicatos de maestros de todo el país habían encargado a sus delegados la defensa de la política de paz fuerte y consecuente y que combatieran enérgicamente a la banda trotskista partidaria de Hitler. Lo que demuestra palmariamente que muchos delegados no estaban de acuerdo con el contenido de la resolución, a pesar de lo cual los elementos trotskistas lograron atropellar a los delegados y obligarles a votar una resolución que no se puede considerar en manera alguna como expresión del modo de pensar de todo el magisterio.

Este hecho demuestra una vez más que los enemigos del Frente Popular intentan disociarlo desde dentro, así como a las organizaciones adscritas al mismo, y sabotear su trabajo, razón por la cual es necesario extremar la vigilancia. Ante todo, hay que defender contra las provocaciones a la C. G. T., que, con sus cinco millones de socios, es el orgullo del proletariado francés, cuenta con la admiración de los trabajadores de todo el mundo y es uno de los más firmes puntales de las conquistas de los trabajadores franceses. El único medio de combatir a los agentes escisionistas de la calaña de Pivert y eliminarlos para siempre, está en reforzar, consolidar, extender la unidad. Pa-



sionaria dirigió esta advertencia apremiante al pueblo francés, al invitarle a luchar contra esa «lepra del pueblo», contra los Pivert y los Doriot, que, bajo los distintos disfraces de «revolución» y «nacionalismo», no son más que traidores a la revolución y a la patria. Hace cuatro años, cuando los distintos grupos trotskistas, que desde mucho tiempo antes se introducían como cuñas entre los Partidos Comunistas y Socialistas, se dieron cuenta de que un frente único de ambos partidos los aplastaría, se sumaron al Partido Socialista con el propósito de disgregarlo.

Ahora, han llevado a cabo la escisión, en un momento de gran importancia en la lucha contra las fuerzas unidas de la reacción, con la esperanza de crear nuevas discordias entre los Partidos Comunista y Socialista. La consolidación de la unidad de acción, el frente único, la unidad política del proletariado, el fortalecimiento del Frente Popular, sabrán dar su merecido a las enemigos de la clase obrera.

### Doriot, lacayo de Hitler

Doriot ha visitado a Franco. Lo recibieron los lacayos de Hitler y de Mussolini; Queipo de Llano le dió un abrazo; un brillante enjambre de generales y coroneles formaron su escolta; los gobernadores civiles y militares fascistas le colmaron de atenciones. Luego, después de la entrega de distintivos y presentes, tras los brindis y las frases altisonantes (sin contar lo que conviene callar), después de caer el telón que ponía fin a la revista de gran espectáculo, el sumiso criado del fascismo regresó a su patria con toda tranquilidad, cargado con tan repugnante contrabando.

En pleno París, desplegó la bandera del fascismo y de la guerra, cubierta de oprobio. En un mitin, proclamó cínicamente este traidor: «Por primera vez se habla en París de la gloria de los nacionalistas españoles.» Y acto seguido llamó a la unión de todas las fuerzas de la reacción. Un punto ha quedado aclarado, al menos: Doriot se ha puesto sin recato la sangrienta librea de lacayo de Franco, de sublacayo de Hitler y de Mussolini.

Una guerra intervencionista está asolando a España. Las tropas alemanas e italianas y el material de guerra de la misma procedencia causan víctimas en masa en el pueblo español y aniquilan una cultura que data de muchos siglos. Y en el momento precisamente en que el general von Reichenau declara que la guerra de España es «una magnífica escuela de perfeccionamiento» del ejército alemán, en el preciso momento en que la prensa italiana publica cínicamente



las cifras de sus bajas en soldados, oficiales, aviadores, el número de miles de toneladas de bombas arrojadas y de disparos de ametralladora hechos contra la población de la España republicana; Doriot declara (en París y a voces) que «la ayuda italiana a Franco es, sobre todo, una ayuda diplomática». ¡Sin duda han sido también diplomáticas las derrotas de Guadalajara y del Ebro!

¿Qué ha dicho Doriot de la destrucción sistemática de las ciudades más bellas de España por la aviación y la artillería italo-alemanas y de las horribles matanzas en masa de mujeres y niños españoles? No hace más que transcribirnos rastreramente esta cínica declaración de Franco:

«Nosotros no podemos hacer en España una guerra totalitaria...; sólo bombardeamos los puertos y los objetivos militares.»

Y el propio Doriot va más allá en la mentira y en el descaro:

«¿No es acaso necesario proteger las ciudades y las cosechas y evitar la destrucción en lo posible?»

¿De modo que no hay guerra contra España y sólo son bombardeados los puertos y objetivos militares? ¿Y se limita en lo posible la destrucción? ¿Qué pensarán de esto los heridos de aquel hospital de Barcelona, en el que todos los sometidos a tratamiento son mujeres, niños y ancianos? ¿Qué pensará de ésto aquella madre que yace en el lecho con un niño de pecho al que ha sido preciso amputar un brazo? ¿Qué piensan de esto los ciudadanos de Madrid o los supervivientes de Nules, arrasada por los aviadores fascistas?

Se sabe que los bandidos de Franco han cometido en todas partes donde han entrado verdaderas matanzas en masa, han aniquilado familias enteras, no sólo de comunistas, sino también de afiliados a los sindicatos y de adictos al Frente Popular. Todos han sido ejecutados. Esposas, hijos, nietos, parientes lejanos y hasta niños de pecho, han caído asesinados. Nadie ignora que hay más de dos millones de españoles que han huído de las hordas fascistas, abandonando sus casas y todos sus bienes, para refugiarse en la España republicana. Todo el mundo ha leído aquel comunicado del ejército rebelde en el que Franco confiesa amargamente que el éxito de la ofensiva republicana fué debido a la «complicidad de la población civil». A pesar de todo esto, Doriot saca sus consecuencias: se está mejor con Franco que en Francia con el Frente Popular.

No cabe duda: Doriot ha prometido a Franco hacer en Francia lo que Franco ha hecho en España, es decir, desencadenar la guerra civil. Lo mismo que Franco, Doriot puede contar con la ayuda de Hitler y de Mussolini. En un mitin celebrado en Bilbao, dijo: «El gobierno francés es de la misma calaña que aquel contra el cual os



habéis levantado con las armas en la mano. Vosotros nos habéis enseñado el camino y nosotros lo seguiremos.»

¿No es eso un verdadero llamamiento a la guerra civil armada, contra el legítimo gobierno de Francia? Es un llamamiento que incita a imitar el putsch que los rebeldes españoles iniciaron hace dos años. ¿Cabe la menor duda de que Doriot, lo mismo que Franco, ha recibido instrucciones, así como los medios financieros y materiales necesarios para organizar una sublevación?

¿No está del todo claro que la misión confiada a Doriot consiste en organizar una «quinta columna», un verdadero «bloqueo» de todos los enemigos del Frente Popular?

Para poder organizar mejor este repugnante negocio, Doriot se ha puesto la careta del «nacionalismo». Pero su «nacionalismo» es tan ruín como el de Franco, que ha vendido su país al fascismo, como Doriot está dispuesto a vender el suyo. Si alguien dudaba todavía de esto, bastaría presentarle las declaraciones del general franquista Kindelán, que se hace llamar jefe de la aviación de Franco (¡la aviación de Franco!):

«En la primera semana de una guerra con Francia, podríamos reducir a cenizas Burdeos, Toulouse, Marsella, Biarritz y Bayona y entorpecer las comunicaciones ferroviarias francesas... Una guerra con Francia desarrollaría nuestro espíritu guerrero y nos proporcionaría el apoyo de los antiguos enemigos de este país que no han olvidado el viejo odio de los tiempos pasados. Una guerra mundial tendría sin duda alguna la consecuencia de convertir a Francia en una potencia de tercero o cuarto orden...»

Esto se ha publicado en España ocho días antes de la llegada de Doriot. Una semana más tarde, Doriot era recibido por Kindelán.

Al llamamiento del «nacionalista» Doriot, responderá todo el conglomerado de fascistas más o menos declarados, de los amigos de Hitler y de Mussolini en Francia y todo su séquito de asesinos y de lacayos del crimen. Atraídos como los chacales por el hedor de la carroña, no tardarán en agruparse en torno suyo. En una palabra: estamos en vísperas de una conspiración, contra la que deben dirigirse todas las fuerzas unidas del pueblo francés, para evitar una guerra de invasión cien veces más dura y sangrienta que la que desde hace dos años le imponen al heroico pueblo español los verdugos de Burgos, Berlín y Roma.

\* \* \*

Doriot ha descendido a un nivel muy bajo; pero no ha caído



desde gran altura. Si hoy aparece tan palmaria su traición, se debe a las actividades de las masas, a la unidad del pueblo en el Frente Popular, que han sabido desenmascarar al traidor, primero, como traidor al Partido Comunista, después como traidor a todo el movimiento obrero y, por último, como traidor a su patria. Los intereses de todo el pueblo están tan estrechamente ligados con los de la clase obrera, que toda traición cometida contra esta clase tiene como lógica consecuencia una traición contra la nación.

La unidad del pueblo sabrá dar al agente de Hitler el pago que se merece.

### Degrelle felicita a Spaak

Ya hace muchos meses que el Gobierno belga, dirigido por el «socialista» Spaak, sostiene la política llamada de «neutralidad absoluta».

Lo que es en realidad esta política, cuya aprobación impuso Spaak por intermedio del Consejo General al Partido Obrero Belga, y cuáles son los intereses a los que sirve, lo demuestra toda una cadena de acontecimientos y disposiciones.

Hace dos meses, una de las organizaciones fascistas flamencas inició una campaña de propaganda para enviar a Alemania obreros belgas, destinados a sustituir a los obreros alemanes incorporados al ejército o movilizados para las obras de fortificación. Este reclutamiento de esclavos asalariados por el fascismo alemán provocó en Bélgica la indignación general. Muchas organizaciones proletarias y democráticas, entre ellas numerosas organizaciones del P. O. B., pidieron al Gobierno que tomara medidas enérgicas contra tan escandaloso hecho. Pero el Gobierno y su presidente guardaron el más absoluto silencio. En cambio, el órgano de la Unión nacionalista flamenca (F. N. V.) «Volk en Staat», publicó un artículo descubriendo que el ministro de Trabajo concedía a los obreros que se trasladaban a Alemania una reducción de tarifa de ferrocarril del 75 por 100 y que el «socialista» Spaak había llegado a manifestar su agradecimiento oficial a los organizadores de la campaña de propaganda, por su «lucha contra el paro».

«Vean ustedes, señores socialistas», escribía el periódico, «cómo el Gobierno, incluso vuestro propio ministro señor Spaak, se halla en esta cuestión completamente a nuestro lado...».

Cuando, consumada la anexión de Austria por el fascismo alemán, se preparaba el atropello de Checoslovaquia, muchos emigrantes aus-



tríacos y alemanes se refugiaron en Bélgica, con la esperanza de encontrar asilo en un país cuyo jefe del Gobierno era un «socialista». Sus esperanzas se vieron defraudadas. A sabiendas del ministro de Justicia, la Policía belga detuvo a una serie de emigrantes antifascistas y los devolvió a la frontera alemana, entregándolos a la Gestapo. Esta ha sido la colaboración del señor Spaak en la solidaridad socialista.

Los agentes hitlerianos en Bélgica—las organizaciones fascistas «Rex» y F. N. V.—han recrudecido su campaña demagógica, equipando bandas armadas al estilo de la S. A. alemana. Varios periódicos, entre ellos «La voix du peuple» (comunista), han publicado una serie de documentos que demuestran de un modo irrefutable que la «Rex» y el F. N. V. preparan la guerra civil y el trabajo de corrupción que realizan en el ejército y en la administración. Han exigido la inmediata detención de Degrelle y demás jefes de las bandas fascistas y la disolución de las organizaciones terroristas armadas. El presidente del Consejo, Spaak, ha declarado en un comunicado oficial que no existen bases «jurídicas» suficientes para semejante prohibición. Inmediatamente después de las elecciones municipales del 16 de octubre, él mismo propuso que se pusiese en libertad a todos los reixistas detenidos.

La política de la «neutralidad absoluta» tuvo su remate lógico al forjarse el inaudito complot contra la República checoeslovaca. Cuando todavía quedaba la esperanza de que Francia se mantuviese fiel al pacto de ayuda mutua, el Gobierno belga, con su política de «neutralidad» y con su negativa a cumplir sus compromisos ante la Sociedad de Naciones, abrió una brecha en el sistema de la seguridad colectiva y fortaleció las posiciones del agresor fascista. Y cuando llegó la hora de corresponder al simulacro de movilización de Inglaterra y de Francia, Spaak llamó a filas algunas quintas, concentrando la mayor parte de las fuerzas del ejército belga, no en la frontera germano-belga, sino en la frontera franco-belga.

La «neutralidad absoluta» es, por lo tanto, una política de ayuda efectiva al fascismo alemán, un complot contra el frente de la paz, cuya constitución teme más el señor Spaak que los señores Chamberlain y Daladier. Esta política es al mismo tiempo un complot contra la propia Bélgica y se parece mucho a una castración voluntaria.

La traición de Munich amenaza en primer término a los pequeños países independientes de Europa. Muy bien puede ser Bélgica, con sus cantones de Eupen-Malmedy, con sus «sudetes» franceses y sus hitlerianos reixistas, una de las próximas víctimas de la política de capitulación anglo-francesa. Ya habla la camarilla de Chamberlain



y escribe la prensa mundial acerca de la posibilidad de entregar el Congo belga a Alemania. Y los nacionalistas flamencos no ocultan que tienen el propósito de descuartizar a Bélgica. En un comentario a la carta abierta de Mussolini a Runciman, decía el ya mencionado periódico «Volk en Staat» :

«La carta de Mussolini ha sido rebasada por los acontecimientos. Aconsejamos, pues, al gran estadista italiano la publicación de una segunda edición mejorada de su carta, en la que deben sustituirse las palabras «Checoeslovaquia» por «Bélgica», «alemanes sudetes» por «flamencos» y «Praga» por «Bruselas».

Tal es la política de la «neutralidad absoluta», cuya aprobación ha conseguido el señor Spaak de la dirección del P. O. B.

No habían hecho más que descender del avión los «salvadores de la paz» de Munich, cuando Hitler pronunciaba en Sarrebruck un discurso en el que anunciaba a todo el mundo la construcción de nuevas fortificaciones en la frontera belga. Este anuncio no pareció inquietar lo más mínimo al Gobierno belga. Al contrario; el «socialista» Spaak declaró en una sesión de la Comisión de política exterior del Parlamento que se alegraba más, cuantas más fortificaciones construyesen los vecinos de Bélgica.

No debe extrañar, por lo tanto, que la política «hitlerófila» del Gobierno belga encuentre la total aprobación de la prensa fascista y que los reixistas acusen al señor Spaak de «plagiario» y le envíen telegramas de felicitación.

Degrelle, jefe del partido «Rex», publicó después de la traición de Munich, en su órgano «Le pays reel», un artículo titulado «¡Bravo, Spaak!», en el que decía textualmente :

«Para nuestro partido «Rex», es una satisfacción muy grande poder aplaudir a Spaak. Esa política de severa neutralidad ha sido siempre uno de los puntos más importantes de nuestro programa... Después de haberla adoptado Spaak, nos apresuramos a enviarle telegráficamente nuestra felicitación.»

El grupo Spaak-de Man, el conocido grupo de los «socialistas nacionales» que se ha apoderado de la dirección del Partido, era, como De Broukère, Vandervelde, Buset, Brunefaut, Marteau y otros, opuesto a la política de la «neutralidad absoluta».

De Broukère escribió una serie de artículos contra la traición de Munich, contra la política de capitulación de los Estados de Europa llamados democráticos (el primero de estos artículos de De Broukère, presidente de la II Internacional, había sido rechazado por el órgano del P. O. B. «Le Peuple»). Vandervelde y Buset declararon en la sesión del Buró del Consejo General del Partido que no estaban dis-



puestos a aprobar el envío de un telegrama de felicitación a Spaak, y Vandervelde hizo saber que, en el Congreso del Partido, presentaría su dimisión del cargo de presidente y miembro del Buró. Brunfaut y De Broukère hablaron en un mitin de Bruselas haciendo una severísima crítica del ultimátum de Munich. Marteau publicó en el diario comunista «La voix du peuple» un artículo en el que decía:

«Llamarse «neutral» en las actuales circunstancias es hacer el juego al enemigo.»

Sin embargo, hay que decir con toda franqueza que sólo la actividad vacilante de los hombres que dirigen el Partido Obrero Belga ha permitido que Spaak y de Man dicten su voluntad a los 600.000 miembros del partido obrero. La declaración de Vandervelde sobre su proyectada dimisión es una consecuencia de la continua capitulación ante los «socialistas nacionales» en estos últimos años.

Como los Estados llamados democráticos de Europa abandonaron a Checoeslovaquia «en interés de la «salvación de la paz», abandonó Vandervelde al Partido Obrero Belga «en interés de la unidad del Partido», a merced de gentes de la calaña de Spaak. Cabe, pues, a Vandervelde gran parte de la responsabilidad por la confusión y la corrupción reinantes en el Partido Obrero Belga.

Cuando se quiere salvar de veras al socialismo, hay que sacar las consecuencias claras y rotundas de los resultados de la política del titubeo, del doble sentido y de las concesiones al enemigo. Cuando se quiere acabar con el trabajo de los «socialistas nacionales», que destruyen las filas del Partido Obrero Belga, hay que tener firmeza, lograr la unidad de la clase obrera y la alianza de todas las fuerzas democráticas.

Las elecciones municipales del 16 de octubre en Bélgica, que proporcionaron un gran triunfo al Partido Comunista, han demostrado que el pueblo belga está contra el fascismo, contra la concentración católico-fascista, contra la política de capitulación y a favor de la unión en las filas proletarias. Las elecciones en los municipios en que se presentaron listas de candidatos comunes a socialistas y comunistas, han conducido en todas partes a la victoria, dando un considerable aumento de votos.

Vandervelde, De Broukère y demás jefes del Partido Obrero Belga han estado repetidas veces en España y han podido ver con sus propios ojos la fuerza que representa la unión de la clase obrera. En las elecciones de Bruselas, el 11 de abril de 1937, el frente único de todos los demócratas determinó la derrota de Degrelle.

Ya llevan más dos años los socialistas y comunistas de la provincia de Lieja dirigiendo con éxito la administración local.



*¿Se necesitará la irrupción de Hitler primero y la instalación de campos de concentración en Bélgica, para demostrar a los miembros y funcionarios del Partido Obrero Belga la necesidad vital de la unión?*

*Los «socialistas nacionales» de Spaak y De Man constituyen las avanzadillas del fascismo en las filas del movimiento obrero belga. No tienen nada de común con la clase obrera ni con los postulados democráticos y socialistas de las masas populares. Toda concesión que se les hace equivale a una concesión al agresor fascista. El movimiento obrero belga y el pueblo belga sólo pueden salvarse luchando contra la política de los señores Spaak y De Man.*

### **Internacionalismo barato**

*El Partido Laborista inglés, uno de los puntales de la II Internacional, ha ido fielmente a remolque de Chamberlain en todas las fases de la lucha por Checoeslovaquia. Los discursos más o menos violentos de oposición que sus representantes pronunciaron antes de Munich no pueden desmentir este hecho. Se quedaban en los discursos, sin que a ellos siguiera ninguna decisión que llevase a las masas democráticas del pueblo inglés a una acción autónoma, enérgica, por el mantenimiento de la independencia checoeslovaca. Más todavía: el Partido Laborista menospreció el valor de cualquier oposición al gobierno reaccionario, aprobando las gestiones decisivas con que Chamberlain preparó sistemáticamente la traición de Munich. Los jefes del Partido Laborista estaban entre los políticos que apoyaban la misión reaccionaria de Runciman, aunque era manifiesto que Runciman desbrozaba el terreno para la acción de Munich. Los jefes del Partido Laborista felicitaban a Chamberlain por el «valor» legendario demostrado en sus viajes a Berchtesgarden y Godesberg, aunque era evidente para todos que Chamberlain emprendió esos dos viajes como el hombre de negocios que busca un arreglo con su compinche a costa de un tercero. En fin, los jefes del Partido Laborista formaban parte de los políticos que tanto hicieron por producir una humareda alrededor de «la paz», cuyo objetivo, que era la paz real, perdieron de vista durante algún tiempo sus amigos sinceros.*

*Una sola acción concreta del Partido Laborista, un movimiento fuerte y poderoso, habría tenido una gran eficacia en la defensa de la independencia checa, porque una acción semejante habría hallado un potente eco en los países democráticos y en los pueblos sometidos al régimen fascista.*

*Pero los jefes del Partido Laborista han desdeñado cuanto podía*



contribuir al desarrollo y al desenvolvimiento de una acción semejante contra el agresor fascista. Los jefes han tranquilizado y adormecido siempre a las masas democráticas, en Inglaterra, paralizando sus fuerzas. Sin embargo, la dirección del Partido Laborista se atreve a afirmar en la declaración del «Consejo Nacional del movimiento obrero británico» del 3 de octubre, que había «movilizado toda su influencia» para defender al pueblo checoslovaco. ¿Qué actos invoca el Consejo Nacional? En primer lugar, recuerda que el movimiento obrero inglés se había dirigido directamente al pueblo alemán, «para impedir una injusticia irreparable contra un pueblo pequeño».

Nadie se atrevería a discutir al movimiento obrero inglés el derecho a dirigirse al pueblo alemán y al movimiento obrero alemán, aunque era necesario que tal gestión se hiciese movilizando todas las energías del Partido Laborista en el interior del país. Precisamente esa legitimación es la que falta a los jefes del Partido Laborista. Los antifascistas alemanes, que sostienen la lucha en las más duras condiciones, han tenido que darse cuenta, mucho antes del momento culminante de la lucha por Checoslovaquia, de que los jefes reaccionarios del movimiento obrero inglés no han comprendido jamás la necesidad de apoyar a los combatientes alemanes de la libertad en Alemania. Uno de ellos, Landsbury, se dejaba llevar a conversaciones íntimas con Hitler sobre las «garantías de la paz». Por otra parte, los socialistas y comunistas que militan en Alemania saben muy bien que, gracias principalmente a la nefasta influencia de los jefes del Partido Laborista, continúan viéndose fomentadas las energías antiunitarias de la socialdemocracia alemana.

En estas condiciones, «el mensaje al pueblo alemán», publicado el 28 de septiembre por el «Consejo Nacional del movimiento obrero británico», no acudía en auxilio de la República checoslovaca amenazada por Hitler y Chamberlain, ni de los antifascistas alemanes.

La carta del «Consejo Nacional» comenzaba afirmando una cosa completamente falsa, a saber: que el movimiento obrero británico había hecho cuanto estaba en sus manos. No hallaba nada mejor que dedicar al pueblo alemán martirizado un melífluo sermón. Después, proponía al pueblo alemán:

«Os rogamos que, en la medida de lo posible, dediquéis todas vuestras fuerzas y vuestra influencia (sic) a impedir que vuestro gobierno arroje a Europa una vez más a los horrores de una matanza colectiva. Alzad vuestra voz, como nosotros hemos levantado



la nuestra (sic), contra el empleo de la fuerza y de la coacción en la solución de los diversos problemas internacionales.»

No es de suponer que los 200.000 o más infortunados, encerrados en los campos de concentración y en las cárceles de Alemania, hayan tenido conocimiento de ese mensaje. Pero se puede imaginar fácilmente a cualquier verdugo de las S. S., que posea el sentido de un humorismo cruel, yéndose a transmitir el mensaje a los presos, para invitarles irónicamente: «Vamos; haced uso de vuestra fuerza y de vuestra influencia.»

En un país en que existe un gran movimiento obrero legal, donde existe libertad de prensa, de asociación, de huelga, tribuna parlamentaria y que triste valor no hace falta para susurrar amablemente a las masas oprimidas de Alemania: «¡Levantad vuestra voz, como nosotros hemos levantado la nuestra!».

Los jefes reaccionarios del Partido Laborista han levantado su voz para felicitar a Chamberlain por haber puesto remate a su conjuración con el fascismo alemán. ¿Tenían los obreros alemanes que dar las gracias a Chamberlain por haber ayudado a Hitler a salir del atolladero, agravando las dificultades de la lucha del pueblo alemán contra la tiranía fascista? Cuando en 1848, el general austriaco Jellachich aplastaba la revolución, el poeta alemán Freiligrath gritó a todos los pueblos: «Para derrotar a Jellachich, derrotad a vuestros Jellachich.» Los jefes reaccionarios del Partido Laborista han preferido apoyar a su Jell-Chamberlain, atacando por la espalda al pueblo alemán en su lucha contra Hitler.

Ya va siendo hora de decir abiertamente que la solidaridad internacional de la clase obrera no debe reducirse a colectas benéficas y a bellas frases. La clase obrera y el movimiento socialista obrero no deben rebajarse al nivel de un Ejército de Salvación. En la hora presente, se trata, y se tratará en un porvenir próximo, de crear esa comunidad de combate en que cada miembro haga realmente todo cuanto esté en su poder.

### **La destrucción de Versalles a costa del pueblo alemán**

Un alto funcionario del régimen hitleriano, M. Ziegler, consejero del Ministerio, publicó al día siguiente de la entrevista de Munich un artículo triunfal sobre la «Destrucción del diktat de Versalles», en el que describía los sucesivos avances del imperialismo alemán. Era — escribía Ziegler — como una partida de ajedrez. Cada jugada



tiene un sentido muy meditado. Y sólo cuando el juego se ha decidido, se descubre el plan que se mantenía oculto.

¿Qué papel se ha asignado en esta partida a los trabajadores alemanes?

Después de la anexión de los Sudetes, los infatigables oradores del fascismo alemán ponen todo su interés en hacer creer a las masas populares de Alemania que la anexión justifica todos los grandes sacrificios que se les han impuesto en el curso de los últimos años. En el último discurso pronunciado en Berlín después de la entrada de las tropas alemanas en las regiones desmembradas de Checoslovaquia, Hitler pidió al pueblo alemán un nuevo y difícilísimo esfuerzo financiero. Bajo la denominación de «socorro de invierno», se desencadenará en los próximos meses una nueva ofensiva contra los bolsillos de los trabajadores, cuya importancia sobrepasará con mucho los límites habituales. Una gran parte del aparato de las organizaciones fascistas se ha puesto ya al servicio de esta campaña de latrocinio fiscal. En la hora en que Goering y los amos de las empresas decisivas que detentan el monopolio económico calculan los beneficios que esperan de la nueva anexión, se pide a las grandes masas del pueblo alemán que paguen la factura. La prensa de la industria pesada y de los trusts de la química se regocijan de los grandes beneficios que les promete la dominación sobre el Sudeste de Europa. Mientras tanto, los agitadores fascistas, cuya profesión consiste en «trabajar» a las masas populares, enarbolan las huchas, bajo el pretexto del «socorro de invierno» en favor de los sudetes, pero, en realidad, para reunir a expensas de los trabajadores el dinero destinado a cubrir los gastos de la movilización, de la construcción de fortificaciones y de los daños producidos por el putsch de Heinlein.

Así están bien repartidos los gastos y los ingresos: los que tienen los hombros fuertes, aceptan voluntariamente el peso de las ganancias; los gastos quedan a cargo de las masas laboriosas.

Pero la campaña de bandidaje fiscal llamada «socorro de invierno», esa campaña que, según han dicho Hitler y Goebbels, deberá sobrepasar a todo lo realizado hasta el presente en este terreno, no es más que una parte de la cadena que el fascismo ha impuesto al pueblo alemán. La burocracia del Estado fascista forja al mismo tiempo otro eslabón: el «compromiso financiero» («Finanzausgleich») entre el Estado y los municipios. Para realizar las tareas «necesarias en interés de la política del Estado», el fisco sustrae a los municipios gran parte de los fondos de que éstos han podido disponer hasta ahora gracias a los impuestos. Se trata de sumas considerables, cuya des-



aparición de las cajas de los municipios traerá como resultado una nueva reducción en los gastos de utilidad pública, y el intento de descubrir nuevas fuentes de ingresos. También en esto están repartidos gastos e ingresos, con arreglo al mismo principio: para financiar sus proyectadas construcciones, el poder económico central de Goering se embolsa los fondos sustraídos a las tesorerías municipales, mientras que las amplias masas tienen que soportar los gastos de doble manera; de una parte, en razón de la desaparición o de la reducción de algunos servicios municipales, y de otra parte, por el aumento de los impuestos municipales.

Ya se dice que muchas municipalidades recurrirán al impuesto «ciudadano» (Bürgersteuer), introducido en 1931 y llamado entonces por el partido nazi, demagógicamente, el «impuesto de los negros», porque se había creado con el pretexto de las reparaciones. Aunque el partido nazi prometió la abolición de este impuesto, ha sido objeto, bajo el régimen fascista, de considerables y continuos aumentos. Hoy, a la hora en que los gladiadores fascistas del imperialismo alemán anuncian la «destrucción de Versalles», el inminente aumento de este impuesto en las distintas municipalidades demuestra a los trabajadores, de impresionante manera, que la liquidación de las cláusulas del tratado de Versalles con procedimientos imperialistas no significa ni mucho menos la liberación de las masas laboriosas de las cargas que antes les habían sido impuestas invocando el tratado de Versalles. El desarrollo de este impuesto atestigua, por el contrario, que las cargas que pesan sobre las masas trabajadoras aumentan a medida que extiende su poder el imperialismo alemán.

Esta experiencia permite a las masas trabajadoras de Alemania conocer la profunda verdad que Ernesto Thaelman predijo en 1932:

«El armamento imperialista y el militarismo no significan en modo alguno la liberación, sino, muy al contrario, la agravación de las condiciones carcelarias, una represión reforzada, el amordazamiento y la servidumbre de los trabajadores alemanes.»

Hasta el presente, los trabajadores de Alemania han tenido que pagar y «sacrificarse», porque el fascismo preparaba la «destrucción de Versalles». Hoy, se ven obligados a hacerlo todavía más, porque el fascismo quiere perfeccionar su poder militar y económico, con el fin de poder guardar y ampliar sus posesiones conquistadas y anexionadas. En todo esto, no se trata de indemnizar por todo lo que se les ha pedido en el pasado a las masas trabajadoras que, al día siguiente de la guerra, tuvieron que pagar copiosamente las deudas de guerra que el imperialismo alemán hubo de imponer al país, con su política,



con los innumerables impuestos indirectos (que el fascismo ha mantenido y ampliado), con la inflación y la inexorable exacción de los impuestos sobre los salarios y otras contribuciones directas. Mientras tanto, los grandes industriales y terratenientes que se dejaron ricamente indemnizar al terminar la guerra y que además se aprovecharon de las reparaciones, los que se deshicieron de sus deudas durante la inflación, se enriquecen y prosperan mientras el pueblo abona su suelo pagando impuestos y haciendo «sacrificios voluntarios».

En eso consiste la «destrucción de Versalles» por el imperialismo alemán. Es una destrucción de los obstáculos que se oponían a la ilimitada expansión de su poderío. Pero el fascismo no tiene la menor intención de satisfacer las aspiraciones de sus afiliados y simpatizantes de los primeros tiempos, que de la abolición de las disposiciones de Versalles esperaban la liberación del peso de los impuestos y de las deudas que la pandilla capitalista había impuesto a las masas populares alemanas invocando el tratado de Versalles. La pandilla capitalista, los grandes señores de la finanza y de la industria, han establecido a través del fascismo su dictadura absoluta sobre el pueblo alemán. La burguesía reaccionaria de Inglaterra y sus auxiliares franceses han renunciado, frente a los fascistas alemanes, al sistema de Versalles; pero los fascistas alemanes, no sólo han mantenido el sistema de Versalles en lo que se refiere a su propio pueblo, sino que lo han agravado de manera inaudita. Lejos de romper las cadenas, han forjado otras nuevas. Ninguna de las cargas que los capitalistas alemanes impusieron al pueblo para pagar la guerra perdida ha sido abolida; por el contrario, han añadido nuevos impuestos y cargas para pagar la guerra futura. El Versalles «exterior» ha sido liquidado. El Versalles «interior» se ha agravado más todavía. Cada ganancia del fascismo alemán es una pérdida para el pueblo alemán.

### Los instigadores alemanes en los Sudetes

Los Sudetes han formado parte de la República checoslovaca durante cerca de veinte años, siempre han pertenecido a Bohemia y nunca al Reich alemán. Los obreros alemanes de los Sudetes no vivían en muy brillantes condiciones. Los salarios eran bajos, las engorrosas mezquindades de las autoridades checas molestaban al pueblo. La burguesía alemana de los Sudetes, que colaboraba estrechamente con la burguesía checa, sabía utilizar diestramente el descontento de los obreros, en beneficio de sus propios fines. La crisis económica y la



miseria de las masas le permitieron, en el curso de los últimos años, amotinar a importantes masas contra la estrecha política nacionalista de la burguesía checa y organizar un movimiento fascista. Si, en la Alemania hitleriana, el fascismo endosó a los judíos la responsabilidad de todas las miserias del pueblo, en los Sudetes, este papel fué asignado a los checos.

Para la burguesía alemana de los Sudetes, el nacionalismo no fué más que un medio de presión que le permitía arrancar a la burguesía checa las más amplias concesiones. Cuando, en marzo de 1919, los obreros alemanes de los Sudetes lucharon por el derecho a disponer de sí mismos, la burguesía alemana de Bohemia hizo en Aussig un llamamiento a las tropas checas para aplastar a los obreros que luchaban. La burguesía alemana de los Sudetes prefirió la cooperación con la burguesía checa, con el fin de asegurar sus beneficios en el interior de Checoslovaquia. Sirviéndose del fascismo de Heinlein, la burguesía alemana de los Sudetes sólo quería conquistar mejores posiciones económicas y políticas en el interior de la República checoslovaca. En el otro campo, los agrarios checos apoyaban al fascismo de Heinlein, porque veían en él una fuerza auxiliar muy importante al servicio de la reacción. Pero la gran masa del pueblo en las regiones sudetes no luchaba tampoco por el «*anschluss*» con la Alemania hitleriana, sino por el mejoramiento de la situación económica, por la plena igualdad de derechos de los sudetes dentro de la República checoslovaca. Los mismos fascistas de Heinlein no han cesado de subrayar su voluntad, incluso cuando fueron más lejos en sus reivindicaciones: obtener una reglamentación de la cuestión sudete dentro de la República checoslovaca. Las elecciones municipales de este año, en las que los dos tercios de todos los sufragios del pueblo alemán de los Sudetes fueron para Heinlein, no fueron un plebiscito por o contra el «*anschluss*». Heinlein declaró entonces formalmente que su partido reclamaba una solución al problema en el marco checoslovaco, y en favor de tal solución votó la mayoría del pueblo. La población alemana de los Sudetes tenía en la dominación extranjera en Austria un ejemplo repelente y no aspiraba a la triste suerte de los austríacos. A esto se une el que los contratistas de las industrias textil y de la cristalería, que predominan en los Sudetes, temían también, y con razón, que el «*anschluss*» les trajese la ruina económica. Por estas razones, los electores de Heinlein deseaban que la cuestión sudete fuese resuelta dentro del cuadro de la República checoslovaca. M. Eden, el ex ministro inglés de Negocios extranjeros, dijo en un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes:

«Los alemanes sudetes tenían sin duda sus razones para formular



sus quejas ; pero no existe, en el centro y en el este de Europa, una minoría que goce de privilegios como los que los alemanes sudetes han disfrutado siempre. Se está estudiando la manera de dar a las quejas de los alemanes sudetes los remedios convenientes.»

Pero estos «remedios convenientes», aportados a las quejas sudetes por el Gobierno checoslovaco, fueron precisamente los que Hitler quiso impedir, con ayuda de Chamberlain. Lord Runciman, «misionero» del imperialismo inglés, se encargó de aconsejar a los fascistas de Heinlein que no se considerasen satisfechos mientras no fuese desmembrada Checoslovaquia. Los Sudetes no han sido cedidos a los fascistas alemanes por el pueblo alemán de aquella región, sino por la burguesía reaccionaria inglesa. Hitler ha entrado en los Sudetes, al quedar éstos separados de Checoslovaquia, no como «salvador», sino como dictador salvado por Chamberlain.

La ocupación de las regiones checoslovacas por el fascismo alemán no es una «liberación de los alemanes», sino más bien una cruel opresión de más de un millón de checos. Hay en la zona llamada número 5 localidades donde los checos constituyen una aplastante mayoría. En el distrito de Znain (Moravia del Sur), donde se encuentran importantes yacimientos de potasa, la población se compone de 15.000 checos y 8.000 alemanes ; en el distrito de Policka, donde se encuentran importantes fábricas de pólvora, los checos constituyen el 90 por ciento de la población (en el pueblecito de Policka hay 5.891 checos y 149 alemanes) ; en Zagreb (Moravia), localidad habitada por 24.000 checos y 7.000 alemanes, la ocupación ha cortado la principal línea del ferrocarril Praga-Olmütz-Moravska-Ostrava. En numerosas localidades, cundió un verdadero pánico ante la noticia de que el plebiscito no tendría lugar y que las localidades serían sencillamente ocupadas por las tropas alemanas. Sólo en los primeros siete días de la ocupación, 300 empresas aproximadamente emigraron a territorio checo. En los días siguientes, se tenían constantes noticias del traslado a territorio checo de fábricas enteras.

Al caos reinante en el territorio ocupado, ha venido a unirse el terror desencadenado por los nazis. El corresponsal especial del News Chronicle en Praga escribe a este respecto :

«En Techen-Bodenbach, en el antiguo castillo del conde Thun, se ha instalado el primer campo de concentración. Día y noche se oye la fusilería en esta propiedad, donde los F. S. de Heinlein, según las listas impresas en multicopistas de todos los miembros del Partido socialdemócrata, encarcelaron al día siguiente de la retirada de las tropas checas a las personas a las cuales las autoridades checas habían aconsejado que se quedasen en la ciudad para participar en el



plebiscito. Los demócratas fueron arrancados de sus viviendas e incluso de los coches en que intentaban atravesar el puente hacia el territorio checo. De ellos no se sabe más que el horrible eco de la fusilería en el Burg. Los partidarios de Heinlein en las regiones ocupadas no conocen obstáculo, hasta el punto de que tiran sobre las casas por las ventanas abiertas.»

Otro campo de concentración ha sido establecido en Elbogen (Bohemia occidental), donde se interna a los prisioneros de la Bohemia occidental y meridional. Solamente en la pequeña localidad obrera de Hermannshütte, han sido detenidas tantas personas, que para transportarlas al campo de concentración se han necesitado tres autobuses. En Mies fueron detenidos todos los militantes antifascistas. El 5 de octubre, el corresponsal del News Chronicle señalaba «que centenares de familias (en los Sudetes) se habían suicidado»... De todas las localidades del Sudeste de Checoslovaquia se anuncian suicidios en masa, particularmente entre los oficiales y los soldados. En un solo día, cuatro oficiales se han saltado el cráneo en un hotel de Kosice. Para impedir el nacimiento de una minoría de demócratas y de judíos alemanes, los checoslovacos impiden toda emigración, por poco importante que sea, a los territorios situados en los alrededores de Praga. Se han enviado trenes compuestos exclusivamente de vagones de ganado llenos de refugiados. Para resolver este problema, se precisa la ayuda internacional. Es necesario encontrar para estas gentes una patria; de lo contrario, perecerán en un campo de concentración o de hambre.

Mac Leod, presidente de la Liga canadiense por la paz y la democracia, que se trasladó a Checoslovaquia en representación del Comité mundial contra la guerra y el fascismo, el 17 de octubre relata lo siguiente: «Tuve ocasión de ver a los desgraciados refugiados y a los emigrados antifascistas. Su situación es indescriptible. La palabra «desesperados» es demasiado débil para caracterizarlos. He visto cómo se procede para hacer volver a los alemanes sudetes al territorio «conquistado» por Hitler, aunque todos tienen la certidumbre de conocer el campo de concentración o la muerte... La suerte de los alemanes y austríacos en Checoslovaquia también es horrible. Durante mi estancia en Praga, estaban en esta ciudad el comisario para los refugiados, Neill Malcolm, y el lord alcalde de Londres. Que yo sepa, Malcolm no pudo obtener ninguna garantía para la vida y la seguridad de los emigrados antifascistas y de los refugiados judíos. El Gobierno le hizo comprender que esto no dependía de él, sino de Hitler y de los gobiernos democráticos...»

A eso se ha llegado en Checoslovaquia. En el momento decisivo,



la burguesía checa capituló ante los fascistas. Bajo la férrea tutela del fascismo alemán, la reacción checa ha levantado la cabeza. Los mismos reaccionarios que antaño negaban a los alemanes sudetes el derecho a rotular las calles en lengua alemana, traicionan y venden hoy, no solamente a los demócratas y antifascistas alemanes de los Sudetes, sino también a todas las demás naciones, incluso los checos; traicionan y venden al conjunto del pueblo checoslovaco y a la república democrática. Quieren, como dicen las *Isvestia*, la unidad del pueblo, no con, sino contra el pueblo, por medio de la prohibición de todos los partidos políticos...» Tienen prisa en obedecer las órdenes de Hitler. Este servilismo llegó al colmo del horror el día en que Hitler ordenó: «Nadie debe abandonar las regiones que pasan al Reich alemán». El «libertador» de los alemanes de los Sudetes sabía que había cientos de millares de hombres que huían de la «liberación», prefiriendo abandonar todos sus bienes a caer en la esclavitud del fascismo alemán. Sabía que las masas del pueblo esperaban el «*anschluss*» animados de los mismos sentimientos que se experimentan ante la proximidad de la peste. Los conquistadores alemanes quisieron evitar un «plebiscito» en el que las masas habrían votado con los pies, huyendo al territorio checo, y no quisieron renunciar a la matanza de centenares de demócratas y de antifascistas sudetes. Y los conquistadores alemanes pidieron al Gobierno checo que cooperase a la «liberación» de los territorios sudetes e impidiese la huida de los habitantes ante sus «libertadores». En 1919, la burguesía alemana de los Sudetes se dirigió al Gobierno checo para que aplastara, con el auxilio de las tropas checas, el movimiento de libertad de los obreros sudetes; esta vez, el Gobierno alemán pedía a las autoridades checas que obligaran a los habitantes de los territorios «liberados» a no sustraerse a la «liberación» por medio de la huida. Y la reacción checa, obediente a todas las órdenes de Hitler, ha entregado al fascismo alemán no solamente el territorio, sino también los hombres que éste ha reivindicado.

Checoslovaquia ha sido sacrificada a los intereses de la burguesía reaccionaria inglesa. Y la burguesía reaccionaria checa remata la obra, entregando al cuchillo los hombres que estaban dispuestos a defender a Checoslovaquia contra el agresor alemán.

### **El fascismo alemán amenaza a Escandinavia**

Con ocasión de la distribución de los laureles, que habían de mustiarse pronto, a los señores Chamberlain y Daladier, hubo un hom-



bre que se sintió un poco postergado. En efecto, el señor Sandler, ministro sueco de Negocios extranjeros, reivindicó algunos de esos laureles, ya que, según él, había vuelto «triumfante» de la última sesión de la Sociedad de Naciones. «La acción preparada en Copenhague está ya ganada», declaró con tono envanecido. Las palabras «acción ganada» se referían a la forma en que se había paralizado a la Sociedad de Naciones, con arreglo a la receta, acordada en Copenhague por los países llamados «Estados de Oslo», de la «neutralidad absoluta» frente a los agresores fascistas. La primera víctima de esa «acción ganada» ha sido Checoslovaquia, además de la seguridad de todos los pequeños países de Europa. Para celebrar la «acción ganada» se desistió de celebrar una reunión ya anunciada de la organización socialdemócrata de Estocolmo «Por la paz, contra la guerra», destinada a adoptar una posición contra el atentado cometido contra Checoslovaquia. En su lugar, la socialdemocracia de Estocolmo organizó una fiesta de la victoria, para celebrar el resultado de las elecciones provinciales y municipales.

En estas elecciones, más del 50 por 100 de los electores votaron por la socialdemocracia. Todos los partidos filofascistas y las derechas que simpatizan con el fascismo han sufrido una gran derrota. Los nazis suecos han perdido las dos únicas actas provinciales de que disponían. El partido Flyg, trotskista, ha perdido en las elecciones provinciales casi los dos tercios de sus votos y no ha podido conservar más que tres puestos de 21. Los conservadores han perdido 45.000 votos y 84 actas. Los comunistas, en cambio, han ganado 40.300 votos y 11 nuevas actas, la socialdemocracia 421.800 votos y 245 actas. Las elecciones provinciales han constituido una adopción de posiciones absolutamente clara contra el fascismo y la reacción, contra los promotores fascistas de guerras.

Por eso, la manifestación de protesta contra los promotores fascistas, manifestación para la que hubo contraorden, habría demostrado más claramente la voluntad de las masas. Pero frente a la voluntad de lucha antifascista del pueblo sueco, está la política exterior del gobierno dirigido por los socialdemócratas, política que hace concesiones al fascismo y se presta a ser cómplice del agresor fascista, comprometiendo con ello la independencia del pueblo sueco.

Las negociaciones de Chamberlain con Hitler y la traición de Múnich han provocado en todos los países escandinavos, incluso en los círculos burgueses, una decepción y una indignación profundas. En Suecia, sólo los fascistas y los trotskistas defienden abiertamente la línea de la «neutralidad absoluta». Fuera de éstos, nadie se ha atrevido a defender, ante la tragedia checoslovaca, la política de conce-



siones al fascismo, del retroceso «neutral» ante los bandidos fascistas. El órgano central del Partido socialista sueco ha tenido también en cuenta las concepciones de las masas populares. El profesor Holmgren ha escrito con sangrienta ironía en el «Socialdemokraten» :

«Y si hubiese estallado la guerra general, habríamos observado una neutralidad absoluta. Habríamos permanecido neutrales en nuestra causa, neutrales, aunque nuestra neutralidad hubiese aumentado las posibilidades de victoria de esa potencia que, sin ningún escrúpulo, intentaría desarmarnos también si le parecía conveniente... Esa paz cuyo elogio nos hacen, significa la capitulación de Europa ante el régimen de los gangsters en Alemania.»

No ; en Escandinavia, salvo raras excepciones, no reina el júbilo ante la idea de la «paz salvada», sino, al contrario, la mayor angustia ante el porvenir de los países nórdicos. Hasta en la prensa burguesa de Suecia aparece claramente ese estado de ánimo :

«La derrota de los checos... señala, ni más ni menos, el derrumbamiento definitivo del derecho internacional, minado ya hace mucho tiempo. No hay en Europa ningún pueblo que no se vea impulsado a sentir lo que significa esa catástrofe.» («Dagens Nyheter».)

«Nadie cree que Hitler se va a contentar con lo que ha ganado. Europa caerá de una crisis en otra, hasta el día en que se produzca lo inevitable (la guerra). Sería demostrar una candidez inadmisible suponer que el sacrificio de Checoslovaquia, ofrecida en holocausto, va a consolidar la paz en Europa.» («Göteborgs Handelstidning».)

A esto hay que añadir las palabras de indignación a propósito de los señores Chamberlain y Daladier. Se considera que Francia ha terminado su misión como gran potencia. «Francia ha pasado a ser una potencia de segundo orden. En el momento presente, es más débil que después de la firma de la paz de 1871.» El periódico «Ostergötlands Dagblad» resume del modo siguiente el estado de espíritu de los medios burgueses :

Desde hace varias semanas, puede observarse en nuestro país un sensible cambio en la opinión pública. Las simpatías que grandes círculos sentían antes hacia el canciller Hitler y su acción en favor de la nación alemana, parece haber desaparecido de repente, y todo lo que hoy se va sabiendo del estado de espíritu del pueblo deja entrever una violenta reacción ante los métodos empleados por la política alemana.»

Cierto es que, hasta hoy, ninguna voz burguesa o socialdemócrata se ha pronunciado abiertamente contra la política llamada de «neutralidad» ; pero casi nadie se atreve ya a considerar esta política del se-



ñor Sandler, tan ensalzada antes, como un medio de seguridad y mucho menos de salvación.

En Noruega, la situación es algo distinta de la que encontramos en Suecia. En efecto, la prensa burguesa noruega de derecha se unió por completo a los gritos de júbilo de la «paz salvada», sin hallar eco en el pueblo. Estos medios lanzaron la proposición de atribuir el premio Nobel de la Paz al señor Chamberlain. En medio de tan lamentable campaña de «premio Nobel de la Paz», estalló como una bomba la declaración del señor Hambro, uno de los dirigentes del partido conservador, presidente del grupo parlamentario de las derechas y presidente del Storting. El señor Hambro hizo la siguiente declaración, a su regreso de la sesión de la Sociedad de Naciones:

«Habiéndose retirado de hecho, aunque no formalmente, Francia e Inglaterra, deshaciéndose de todas las obligaciones que el pacto impone a los Estados adheridos, y habiendo hecho los Estados de Oslo, como consecuencia lógica, todas las reservas respecto a la aplicación de las sanciones, la Sociedad de Naciones queda fuera de toda posibilidad de cumplir sus funciones como instrumento de alta política...»

Y más adelante:

«... se comprenden las amargas palabras que han circulado en Ginebra de boca en boca: No habrá guerra mientras quede un pequeño Estado susceptible de ser sacrificado por las grandes potencias... Naturalmente, en cada uno de los Estados, se temerá correr la misma suerte, la de ser repartido sin haber sido consultado siquiera, puesto que el juego de las grandes potencias sugerirá esta solución.»

La prensa fascista alemana ha atacado al señor Hambro calificándolo de «promotor de guerra nórdica», lo que ha bastado a los pequeños burgueses reaccionarios para formar un frente contra el señor Hambro, para exigir que dimita su cargo de presidente del Storting.

La prensa liberal, y sobre todo la del partido obrero, tomaron la defensa de Checoslovaquia, denunciando la traición de Munich. La dirección nacional del partido obrero declaró lo siguiente, en un llamamiento:

«El abandono de Checoslovaquia debilita el frente democrático contra el fascismo y el nazismo y paga a altísimo precio la paz de Europa. El nuevo agrupamiento de las grandes potencias supone la mayor incertidumbre y los más graves peligros para las naciones pequeñas, así como la mayor intensificación de los armamentos, con la perspectiva de una nueva conflagración mundial... En la política internacional, el partido y el gobierno deben hacer cuanto de ellos dependa por reforzar la idea que constituye la base de la Sociedad de Naciones y por mantener y extender esta última como instrumento



de estrecha colaboración entre los pueblos y de solución pacífica de las diferencias.»

Después, el «Arbeiterbladet» ha dicho lo que sigue en uno de sus editoriales :

«La idea de la Sociedad de Naciones debe volver a ser un elemento vivo entre nosotros. Pero toda gran idea necesita disponer de un órgano ejecutivo, y ese órgano debe ser la Sociedad de Naciones... Contra el vergonzoso plan basado en la idea de destruir toda cooperación internacional sobre bases democráticas, hay que sostener la lucha más enérgica y más consciente. Es necesario que la verdadera democracia conozca su puesto en adelante, tanto en los países pequeños como en los grandes... El reforzamiento y el triunfo de la democracia son condiciones vitales para los pueblos pequeños. El fascismo, los armamentos a toda costa y la guerra ponen en peligro su existencia... La política de capitulación constituye actualmente el más grave peligro para la democracia, para la independencia de cada pueblo y para la paz mundial.»

En Dinamarca es donde la política de capitulación ha adoptado las formas más peligrosas. «Arbeiterbladet», órgano del Partido Comunista danés, caracteriza perfectamente la actitud adoptada por Dinamarca estos últimos tiempos :

«Cuando se lee el telegrama que la Confederación sindical sueca, en nombre de 900.000 afiliados, ha dirigido al presidente checoslovaco dimisionario, no puede uno dejar de preguntarse : ¿Por qué permanece muda la Confederación sindical danesa? Cuando se lee toda la prensa escandinava, en la que se encuentran todos los nombres de los que dicen francamente lo que piensan de la traición cometida con la democracia, se pregunta uno : ¿Por qué faltan los nombres daneses?

Cuando se observa el potente movimiento de protesta que, a pesar de las resistencias gubernamentales, se desarrolla en todos los países y rompe las ligaduras de la «Gleichschaltung» («Uniformación»), se pregunta uno : ¿Por qué permanece muda Dinamarca?»

Pero el mismo día recobraba la voz el órgano central del partido socialista danés y tuvo el «valor» de deducir las «enseñanzas» de los acontecimientos. El «Socialdemokrater» buscó al culpable de los actuales acontecimientos de Europa y lo «encontró», no en el fascismo, no en la reacción inglesa y francesa. No ; para los dirigentes socialdemócratas daneses, los «culpables» eran la Unión Soviética y el comunismo.

Los nazis del Slesvig del norte reivindican abiertamente la «vuelta al Reich». El gobierno alemán exige la extradición de soldados de



la Reichswehr y se le entregan. El gobierno exige la cesantía de redactores daneses: se les declara cesantes. El gobierno alemán exige una nueva reglamentación de la prensa: el gobierno da instrucciones en consecuencia. Evidentemente, el gobierno alemán ha «sugerido» la prohibición del Partido Comunista y la socialdemocracia intenta ahora preparar el terreno para dicha prohibición.

En Dinamarca, sólo el proletariado revolucionario y su Partido Comunista preconizan ya abiertamente la defensa de los intereses nacionales del pueblo. Ningún otro partido danés, desde la socialdemocracia hasta los conservadores, se atreve hoy a invocar el sentimiento nacional del pueblo danés, porque todo despertar de la conciencia nacional dificultaría la capitulación permanente ante Alemania. En realidad, el Partido Comunista es el único que tiene todavía el derecho a llamarse partido danés. Y precisamente por eso, exige su disolución el fascismo hitleriano.

En todos los países escandinavos, ha aumentado considerablemente, durante las últimas semanas, la autoridad de la Unión Soviética. El órgano de la socialdemocracia sueca, «Socialdemokraten», que hasta hoy ha insertado en sus columnas todas las calumnias contra la Unión Soviética, se ve ahora obligado a confesar que la actitud de la Unión Soviética contribuye a «reforzar el prestigio moral y político de la Unión Soviética». «Arbeiderbladet», de Noruega, dice lo siguiente:

«En estos últimos tiempos, la Unión Soviética ha adoptado una actitud respetable y fuerte. Lejos de vacilar, se ha declarado clara y rotundamente dispuesta a cumplir sus obligaciones internacionales.»

Y el órgano socialdemócrata sueco «Arbetet» se ha pronunciado así:

«Es indiscutible que la Unión Soviética es la única gran potencia que puede recordar los acontecimientos sin sentirse avergonzada.»

Después de los recientes acontecimientos, el plan de una alianza escandinava de defensa, desechado por el señor Sandler y por su pandilla, acaba de ser resucitado. Los obreros conscientes de su clase y los representantes avisados de la burguesía progresiva comienzan a convencerse de que la política de la «neutralidad absoluta» conduce necesariamente al abandono de la independencia de los países nórdicos y a entregar al fascismo todos los países, unos tras otros. Por otra parte, la burguesía reaccionaria intensifica sus esfuerzos con el fin de minar la democracia y paralizar el movimiento obrero, con su política de concesiones a los bandidos fascistas. En un porvenir próximo, todo dependerá de la medida en que la clase obrera concentre a su alrededor a todas las fuerzas avanzadas del pueblo y obligue a los gobiernos



a poner término a la política de las concesiones a los bandidos fascistas. Es necesario que la clase obrera aprenda a evolucionar en el terreno de la lucha política exterior, para defender en cada país, también en este aspecto, las bases de la democracia. Desarrollar todo lo posible los derechos democráticos del pueblo, es crear la más fuerte garantía contra el agresor fascista. De todos modos, para garantizar el completo desenvolvimiento y la consolidación de la democracia, es indispensable poner coto, con una política clara y resuelta, a las insolentes intervenciones del fascismo alemán en los asuntos escandinavos. Los Estados escandinavos se inmunizarán contra el fascismo alemán si se unen para defenderse contra el enemigo fascista y si realizan enérgicamente, en su propio terreno, la política de la seguridad colectiva y se orientan, en su política exterior, hacia todas las fuerzas de paz en Europa y hacia la más fuerte potencia de paz, que es la Unión Soviética.

### El fascismo alemán amenaza a Hungría

El pueblo húngaro atraviesa hoy por una de las mayores crisis de su historia. Hungría ha estado durante 20 años, en virtud de su política interior y exterior reaccionaria, al borde de un abismo, cuya profundidad se ha visto después de la traición de Munich. Hungría ha perdido después de la guerra, con arreglo al tratado del Trianón, los dos tercios de su territorio y más de la mitad de sus habitantes, 12 millones, entre ellos unos 3 millones de húngaros. Con la esperanza de obtener una revisión del tratado del Trianón, de recuperar las antiguas fronteras del «Imperio de San Esteban», los magnates financieros y los grandes terratenientes de Hungría se aliaron con las fuerzas más reaccionarias de Europa. Encadenaron a Hungría al eje guerrero Roma-Berlín y tomaron parte en todas las conspiraciones contra la paz y la libertad de los pueblos de la Europa central. Pero, en el momento en que esperaban recoger el fruto de su política reaccionaria, se evidenció que el fascismo alemán sólo los consideraba como perros guardianes. En efecto, les puso una piltrafa en la boca, que Hungría pagó con su independencia.

Esta política del gobierno húngaro, manejada por los hilos de Hitler, ha sido la mayor traición contra los intereses de la nación húngara. Las clases dirigentes de Hungría no ignoraban que no era por la cara bonita de la población sudete por la que Hitler movilizaba dos millones de soldados; sabían que se trataba de descartar a Checoslovaquia, el obstáculo más serio para la conquista del sudeste de Eu-



ropa. Tampoco ignoraban las clases dirigentes de Hungría que la Alemania hitleriana considera a su país como un «país agrícola atrasado» y que, una vez consumada la conquista de Checoeslovaquia, los sometería Hitler a sus dictados. A pesar de todos los conflictos engendrados por la cuestión de la minoría húngara, Checoeslovaquia era para Hungría un baluarte contra la campaña de saqueo de la cruz gamada. En lugar de reforzar este baluarte, en lugar de sostener al pueblo checoslovaco en su lucha contra Hitler, la reacción húngara ayudó a minar los cimientos de Checoeslovaquia. Desde el momento en que Checoeslovaquia rindió sus armas ante Hitler, en cuanto el gobierno checo se convirtió en un instrumento de Hitler, se encontró Hungría sin defensa, a merced del insaciable apetito del imperialismo alemán.

El gobierno húngaro, que no desconoce los verdaderos planes de Hitler, intentó parar el peligro por medio de pequeñas combinaciones diplomáticas. Se mecía en la ilusión de que podría hacer equilibrios entre Roma y Berlín, y de que iba a ser capaz de aprovechar en beneficio de Hungría la oposición de intereses entre Alemania e Italia en la cuenca del Danubio y mover a una de las potencias del eje contra la otra. Esperaba también obtener el apoyo de Inglaterra y contaba con los deseos de Polonia de cortar la marcha de Alemania hacia el sudeste de Europa. La diplomacia húngara hizo esfuerzos por establecer con Italia y Polonia una especie de alianza que cortase el camino hacia el sudeste de Europa y por conseguir el apoyo de los conservadores ingleses. Los partidos burgueses de oposición, de tendencia anti-hitleriana, vieron en este esfuerzo del gobierno húngaro el más eficaz medio de defensa contra el peligro hitleriano. Los jefes de los partidos del Parlamento creían contar con el apoyo de Mussolini contra Hitler, sin considerar la correlación de las fuerzas en el eje Roma-Berlín, sin tener en cuenta que Mussolini puede indudablemente prodigar las amabilidades al amigo húngaro, pero no está en condiciones de garantizar su independencia. No se dieron cuenta de que los conservadores ingleses buscan llegar a un acuerdo con Hitler y que Polonia era un agente del fascismo alemán en Europa oriental. El plan del gobierno húngaro estaba mal calculado. Hungría se ha extendido territorialmente; esto es indudable. Pero, en la práctica, se ha convertido en un instrumento de la política alemana.

Aun no se había secado la tinta bajo el acuerdo de Munich, cuando la prensa de Hitler comenzaba a insultar a Hungría. El periódico de Goering, el «Essener Nationalzeitung», se echó a reír ante la propaganda revisionista húngara y dijo, el 23 de octubre:

«En Budapest tampoco se dudará ya de que ha naufragado totalmente la política revisionista de viejo estilo. Los campos de lucha que



tuvo que aceptar forzosamente durante los primeros años de la post-guerra: Sociedad de Naciones, misiones cerca de las democracias occidentales, han perdido toda su significación. Por otra parte, las exigencias revisionistas, hasta hoy mismo tan «voraces», tenían que poner los pelos de punta hasta a los interesados más serios. La revisión en el sentido original, es decir, el restablecimiento de las condiciones anteriores a la guerra, significaba nada menos que la devolución de la Croacia, la Eslovenia, el Batschka, el Banato, toda la Transilvania, la Rusia subcarpática y la Eslovaquia, sin hablar del Burgenland, a propósito del cual, al no ser retrotraído el 12 de marzo, algunos ultrapatriotas concibieron un amargo rencor contra la misma Alemania nacionalsocialista.»

El órgano de Goering declara secamente que Hungría no conseguirá más que aquella parte del botín que Alemania quiera dejarle. Pero, hasta esa parte del botín ha de costarle muy cara a Hungría. Intencionadamente, habla la «Nationalzeitung» «de los apoyos históricos del imperio alemán» en el «pueblo de los pastores húngaros». Dice que, gracias únicamente al pueblo alemán, hay todavía 10 millones de húngaros en el Sudeste de Europa. Habla en tono de amenaza de los «600.000 suavos que viven en Hungría y que, como todos los alemanes del extranjero, están hoy más orgullosos que nunca de ser buenos alemanes, es decir, alemanes nacionalsocialistas». Afirma imperturbablemente que por las venas del pueblo húngaro corre también sangre alemana y que esa sangre alemana protege al pueblo húngaro de la decadencia.

Los que recuerdan que Hitler comenzó su campaña contra Checoslovaquia con argumentos por el estilo, pueden apreciar la significación de estas palabras.

El 1.º de octubre, la «Frankfurter Zeitung» dijo que el gobierno Imredi encontraría resistencias en su política interior. Aludía al hecho de que un nuevo gobierno con Daranyi, el amigo de Hitler, a la cabeza, «daría claridad a la línea de la política exterior de Hungría», es decir, que dictaba a Hungría los deseos del imperialismo alemán.

Al fracasar las negociaciones con el gobierno checoslovaco en Komarno, el gobierno húngaro envió al fascista hitleriano Daranyi a Munich para tratar con Hitler. Cuando regresó de Munich con los deseos de Hitler, la burguesía húngara se dió cuenta de que no tenía nada que reclamar, sino que estaba sometida a la voluntad del fascismo alemán.

De aquello, no sacó la única consecuencia posible, que era la de preparar la defensa de la nación húngara contra el yugo amenazador y entenderse con los países vecinos, amenazados por el mismo peli-



gro. Al contrario; el presidente Imredi manifestó que la política húngara se acoplaría en el futuro, más estrechamente aún, a la política de los Estados totalitarios. Algunos días más tarde, comunicó su programa de encuadramiento de Hungría. El encuadramiento no significaría otra cosa que el total abandono de Hungría al imperialismo alemán. Quien recibe el alimento del fascismo, muere en sus manos.

Una vez encuadrada, Hungría descendería al nivel de mozo de labor de la Alemania hitleriana. El poder alemán no necesita de la industria húngara; lo que necesita son los cereales de la llanura de Hungría. Condenaría a gran parte de la clase obrera al paro forzoso o al trabajo obligatorio de peón ordinario. Las clases pobres del campo perderían toda esperanza de una reforma agraria, porque la economía de guerra alemana se apoyaría únicamente en los grandes terratenientes. El conquistador alemán procedería sin ninguna duda a la germanización del pueblo húngaro.

Las experiencias de los diecinueve años últimos demuestran al pueblo húngaro que la política de orientación hacia las fuerzas reaccionarias de Europa ha conducido a Hungría al borde del abismo. La experiencia de estos últimos tiempos demuestra al pueblo húngaro que no puede conquistarse y asegurarse la libertad de Hungría, si el pueblo húngaro no une su destino a la lucha por la libertad de los demás pueblos.

La historia revolucionaria del pueblo húngaro recobra actualidad. El pueblo húngaro ha vivido siglos enteros bajo el yugo extranjero de los turcos y ha luchado por su libertad; durante siglos ha vivido bajo el poder de la Hausburgos y ha luchado por la independencia de su país. La historia del pueblo húngaro es una larga serie de luchas armadas contra los conquistadores extranjeros, por la libertad y la independencia de Hungría. Su sumisión al dominio de la cruz gamada abre un nuevo período de duros combates por la libertad y por la independencia del pueblo húngaro. La clase obrera está a la cabeza de esta lucha del pueblo húngaro por la libertad. En la lucha por la libertad y la independencia de Hungría, el pueblo húngaro se atenderá a las grandes tradiciones de su historia, a las luchas de Hunyadi, de Kinischi, de Zrinyi, a las tradiciones de Rakosi, de Petöfi y de Kossuth, que supieron movilizar a las masas húngaras contra el invasor. En esta lucha por la libertad, contra los conquistadores fascistas, mantendrá la divisa de la legión Rakosi: «Pro patria et libertate», «por la patria y por la libertad».



## La situación en Yugoslavia

En los pueblos yugoeslavos reina profunda inquietud a consecuencia de la conspiración de Munich y de la traición cometida por Inglaterra y Francia con el pueblo hermano checoslovaco, aliado de Yugoslavia. Con motivo de la reunión de los conjurados en Munich, recorrió toda Yugoslavia una oleada de protesta contra el reparto de Checoslovaquia. La indignación de todos los pueblos de Yugoslavia fué inmensa. En Belgrado (Servia), los manifestantes quemaron en la plaza principal de la ciudad la cruz gamada de los fascistas alemanes; en Zagreb (Croacia), los manifestantes rompieron los cristales del Consulado alemán; en toda Yugoslavia, centenares de voluntarios se manifestaron dispuestos a participar en la defensa de la independencia de Checoslovaquia. Pero, mientras las grandes masas de todos los pueblos yugoeslavos se dan cuenta de la inmensa amenaza que los imperialistas alemanes e italianos proyectan directamente sobre su independencia, el gobierno Stoyadinovich continúa su política de traición al servicio de Hitler y de Mussolini. Actuando como agente de Hitler, Stoyadinovich favoreció la ocupación de Austria; en calidad de agente de Hitler y de Mussolini, ha rematado la ruina de la Pequeña Entente y favorecido el aniquilamiento de la independencia de Checoslovaquia; la misma suerte que ese sosias del polaco Beck pretende reservar con su política de traición a los pueblos de Yugoslavia.

¿Quién es Stoyadinovich? ¿A quién representa su gobierno? Stoyadinovich es un representante del gran capital financiero. Personalmente, es banquero. Después de las elecciones legislativas de 1935, en las que el pueblo derribó la dictadura militar fascista, la burguesía gran-serbia y la dinastía, asustadas por la oleada rápidamente ascendente del descontento de las masas, elevaron al poder a Stoyadinovich.

Stoyadinovich formaba parte del ala reaccionaria del partido radical serbio, que se había escindido; era uno de los pretendidos «jóvenes radicales», elementos que han jugado un importante papel en todos los acontecimientos que se han sucedido desde la dictadura militar hasta hoy. Con objeto de formar el nuevo gobierno y procurarse cierta base de masas, Stoyadinovich se vió obligado a buscar aliados. En el Parlamento, no tenía en aquel momento nada más que algunos adictos personales; los demás diputados pertenecían al partido de Yef-tich. Encontró aliados en la persona del sacerdote católico Koroschetz, líder del partido sloveno más numeroso (Slovencka Ludska Stranka) y en Cpach, líder de los musulmanes borniacos. Con estos dos partidos y el grupo de los «jóvenes radicales», se constituyó más tarde el



partido gubernamental llamado de «Unión yugoeslava radical» (J. R. Zajednica).

Stoyadinovich ha vuelto a implantar los métodos fascistas, prohibiendo mítines y manifestaciones, organizaciones obreras, culturales, etcétera; la censura de prensa existe del mismo modo que bajo la dictadura militar fascista. Amenaza con prohibir los sindicatos de clase y tiene el propósito de fundar un sindicato fascista, con arreglo al modelo de los sindicatos fascistas que existen en Alemania y en Italia.

Durante los últimos meses, el gobierno Stoyadinovich se ha modificado en dos ocasiones. Los ministros que no estaban muy satisfechos de la política exterior e interior fueron sustituidos por elementos puramente fascistas. Al comienzo de octubre, entró en el gobierno Chodiera, jefe de la organización fascista «Borbaschi». El partido yugoeslavo de Jestich, partido antes reaccionario, se escindió, y una gran parte de los elementos reaccionarios fascistas se unió al partido de Stoyadinovich. Y la Unión radical yugoeslava se ha convertido en centro de atracción de todos los elementos filofascistas y reaccionarios. Además, actualmente, los fascistas alemanes y de la Croacia y de la Woyewodina están también adheridos al partido de Stoyadinovich.

En otro bando, se encuentran las fuerzas democráticas de Yugoslavia: la oposición servia reunida (el partido democrático de Davidovich, el partido agrario de Yovanovich, los radicales, Atze Stanoyavich); el bloque demócrata campesino de Croacia; el partido campesino croata de Matchek; los «Devitchevtsin», y los demócratas independientes de Pribitchevich; la clase obrera y otras agrupaciones y organizaciones democráticas en toda Yugoslavia.

La oposición servia reunida y el bloque demócrata campesino de Croacia están en la oposición y boicotean al Parlamento y al Gobierno desde la subida de Stoyadinovich.

El bloque demócrata campesino de Croacia y la oposición servia reunida concertaron un acuerdo en octubre de 1937, para resolver el problema nacional de los croatas. Exigen el reconocimiento de los croatas como nación con derechos iguales en cuanto se relaciona con la administración del Estado y reclaman la autonomía política. Resolvieron actuar en favor de la abolición de la Constitución ilegal de 1932 y por una nueva elección de una Asamblea Constituyente en la que el pueblo adopte libremente una decisión en lo que se refiere al orden interior del Estado. El 15 de agosto de 1938, los representantes del bloque campesino democrático de los croatas, con Matchek a la cabeza, fueron a Belgrado a tomar parte en una conferencia conjunta. En presencia de 150 militantes políticos de los servios y de los croa-



*tas, se aprobó una resolución común en la que se dice, entre otras cosas :*

«Los representantes del bloque de la convención popular, que han permanecido fieles a los principios de la democracia y de la soberanía del pueblo, saludan el gesto del 8 de octubre de 1937 como una acción de importancia histórica que inicia una nueva época en las relaciones entre los serbios y los croatas.

Esta convención, que garantiza plenamente los derechos cívicos y políticos se ha adoptado de común y libre acuerdo entre los representantes de los serbios y de los croatas.

En lo que se refiere al sistema parlamentario y al nuevo régimen del Estado, será preciso que la Asamblea Constituyente tome las decisiones adecuadas. No podrá establecerse el nuevo régimen del Estado sin el acuerdo de la mayoría de los serbios y de los croatas. Los acontecimientos políticos en Yugoslavia y en todo el mundo demuestran el acierto y la necesidad de esta convención.»

*Stoyadinovich intenta dividir nuevamente las fuerzas democráticas de los serbios y de los croatas, que se han unido por primera vez, después de una lucha nacional de veinte años ; intenta dividirlos porque esas fuerzas desapruaban su política pro-hitleriana y pro-mussoliniana, porque exigen la instauración de la democracia y el restablecimiento de las libertades democráticas en Yugoslavia y reclaman que, en su política exterior, Yugoslavia se apoye en las fuerzas democráticas, en el bloque de la paz. Se dice en su resolución :*

«Las colisiones internacionales que amenazan en todo momento a todos los pueblos de una manera directa, pueden producirse. Es evidente que nadie podrá escapar a semejante colisión, que comprenderá a todos los pueblos y por lo tanto a nosotros también. Todas las naciones pequeñas deben defender su existencia y su libertad. Se corre el grave riesgo de que esos acontecimientos nos sorprendan en una situación en que la cuestión nacional existente entre serbios y croatas no esté resuelta. El Estado no tendrá la fuerza que necesita, mientras no tenga un gobierno popular. Sólo en la fraternización de los serbios y de los croatas podrá lograr el Estado una fuerza moral, política y militar lo bastante poderosa para hacer frente al peligro que nos amenaza por todas partes.»

*Así piensa la gran mayoría de los pueblos de Yugoslavia. Los pueblos yugoeslavos desapruaban la política exterior de traición que mantiene Stoyadinovich. El pueblo de Yugoslavia se concentra para oponer resistencia a los bandidos fascistas extranjeros y a su agente Stoyadinovich.*

*Si Stoyadinovich y los círculos dirigentes gran-serbios continúan*



oponiendo y persiguiendo tenazmente a los croatas y se oponen a un acuerdo fraternal con los serbios, puede surgir una situación muy grave. Y puede suceder que los separatistas fascistas, que hasta hoy no han tenido éxito en su propaganda en favor de la separación de Croacia, adquieran influencia. Y los Hitler y los Mussolini no renunciarán a gratificar a su agente Stoyalinovitch por los servicios que les ha prestado, preparando la desmembración de Yugoslavia y apoyándose para ello en los fascistas croatas. Por eso el gobierno Stoyadinovich constituye el más grave peligro para Yugoslavia y para la independencia de sus pueblos.

En marzo pasado, el Partido Comunista yugoeslavo publicó un manifiesto invitando a todos los partidos y organizaciones democráticas y a todos los patriotas sinceros, incluso a los simpatizantes del partido de Stoyadinovich, de Yeftich, a unirse contra el peligro alemán y contra el gobierno antipopular de Stoyadinovich, contra ese gobierno cuyo jefe representa en Yugoslavia el papel de socios del polaco Beck. El manifiesto reclama la constitución de un gobierno que garantice la defensa del acuerdo entre los pueblos de Yugoslavia. Este manifiesto tuvo gran resonancia en todo el país y principalmente en Eslovenia. En todas las regiones del país se constituyen numerosos comités conjuntos de lucha contra el peligro alemán y los agentes de Hitler, comités que comprenden afiliados de todos los partidos políticos, excepto de los fascistas.

El descontento de las grandes masas populares, en lo que se refiere al gobierno Stoyadinovich y a la política exterior que mantiene, aumenta desde la tragedia checoeslovaca. El gobierno Stoyadinovich responde aplicando el terror a los partidos democráticos y a la clase obrera. Stoyadinovich ha convocado las elecciones legislativas para diciembre. Con objeto de privar a las fuerzas democráticas de la posibilidad de una buena preparación, ha restringido el tiempo de que puede disponerse para la campaña electoral.

Las elecciones se verificarán con arreglo a la ley reaccionaria de 1931, según la cual sólo pueden tomar parte en las elecciones los partidos que pueden presentar candidatos en las dos terceras partes de las circunscripciones del país. En la lucha contra esta ley reaccionaria, se ha engendrado el bloque opositorista de los serbios, croatas y eslovenos, que se presentó unido en las elecciones de 1935 y que derrotó más tarde al partido gubernamental de Yeftich. Por eso, hoy procura Stoyadinovich por todos los medios impedir la constitución de un bloque popular de poderosa oposición e intenta escindir a la oposición serbia reunida. Quiere destruir la convención entre los serbios y los croatas; esgrime ante los partidos democráticos el espectro del co-



munismo, porque éstos acogen a la clase obrera en el seno de dicho bloque. Alrededor de este bloque democrático, se concentran, además de la clase obrera, todos los demás grupos y organizaciones democráticas, para sostener la lucha contra el gobierno Stoyadinovich. Este ha recurrido al terror, con el propósito de confeccionarse más fácilmente una victoria electoral. Pero la mayoría del pueblo de Yugoslavia sabe que, en el caso de una victoria de Stoyadinovich, le espera la suerte de Checoeslovaquia. En cambio, la victoria de las fuerzas democráticas significa la salvaguardia de la independencia de Yugoslavia.

### Los católicos austriacos y la dominación extranjera

Alrededor de la catedral de San Esteban, cuya silueta se divisa desde todas partes en el cielo de Viena, se desarrollaron en octubre último grandes manifestaciones contra la dominación extranjera del fascismo alemán. Estas manifestaciones, en las que participaron grandes masas del pueblo, han provocado la consternación de los círculos dirigentes del fascismo alemán. Acababa de triunfar el complot de Munich; Chamberlain acababa de autorizar al agresor alemán a desmembrar Checoeslovaquia—como seis meses antes había autorizado la ocupación de Austria—; los buitres fascistas festejaban la «liberación» de los alemanes sudetes y, de pronto, diez mil austriacos se manifestaban contra sus «libertadores».

El 7 de octubre, se congregaron en la catedral de San Esteban 8.000 jóvenes católicos para asistir a un oficio religioso destinado a la juventud. El cardenal Innitzer, el mismo que al día siguiente de la ocupación de Austria se puso de rodillas ante Hitler ofreciendo su adhesión a los conquistadores, pronunciaba una insólita alocución. La desesperación de las masas populares católicas contra la dominación extranjera, su indignación ante la vergonzosa sumisión del cardenal y la inutilidad de esta sumisión, eran hechos que constituían una seria advertencia al alto clero para que no descuidase demasiado el estado de espíritu del pueblo austriaco. La alocución del cardenal traducía este esfuerzo por volver a encontrar un camino hacia el corazón del pueblo. «Existe todavía una juventud», gritaba, «que no cree fácilmente las engañosas consignas y las frases hipócritas. Se nos ha arrebatado nuestra bandera y la organización que habíamos edificado con tanto idealismo y, sin embargo, más bien hemos ganado que perdido; porque hemos aprendido a conocer el enorme valor



de la unión... Guardad vuestra fe en vuestros corazones y expresadla en cuantas ocasiones podáis, aunque ello os proporcione sufrimientos.» Después de su discurso Innitzer fué objeto de calurosas ovaciones por parte de una numerosa muchedumbre congregada ante la catedral de San Esteban. Se oyeron los cánticos religiosos. A los nazis que intentaban sembrar la confusión, les respondió la juventud católica gritando: «¡Heil Jesús!», «¡Innitzer, ordena; te obedecemos!», «¡Heil, nuestro führer!», acentuando la palabra «nuestro». Se produjeron graves tumultos, resultando algunos heridos y numerosas detenciones. Aquel día, los nazis tuvieron que doblegarse. Al día siguiente, se repitieron las manifestaciones. Los S. S. y los S. A. recibieron refuerzos; la pesada puerta del palacio episcopal fué derribada violentamente; los soldados mercenarios penetraron y rompieron todo; robaron la cruz pectoral y el anillo de oro del cardenal; tiraron el mobiliario a la calle; prendieron fuego al resto de los muebles y lanzaron a las llamas el manto de púrpura del cardenal. En el vecino hotel, se desarrollaban las mismas escenas. Habiendo huído el cardenal, fué objeto de amenazas; el canónigo Kraverik fué arrojado desde un segundo piso a la calle, donde quedó abandonado con las dos piernas rotas. El pueblo de Viena se solidarizó con los católicos; se sucedieron diariamente los tumultos y las manifestaciones ante las iglesias, en las calles y en los jardines públicos. La situación llegó a ser tan amenazadora, que Hitler hizo que su comisario, Bürckel, se trasladase en avión a Viena desde el Sarre, para restablecer el orden en el «gau menos seguro de la Gran Alemania». Bürckel pidió al gauleiter de Viena que le preparase un mitin de masas de sus mercenarios en la plaza de los Héroe. Bürckel aulló que «sólo algunos centenares de viejas comadres y de niños engañados» habían participado en las manifestaciones católicas; pero toda Viena sabía que no había sido así. Después, los guardias fascistas se estacionaron ante las iglesias. Los dirigentes fascistas, temiendo nuevas manifestaciones católicas, llamaron a sus gentes para que atacasen a los transeúntes judíos, para que destrozasen y saqueasen los restaurantes y los almacenes judíos, para que pegasen fuego a las sinagogas y a los lugares sagrados. Los comisarios ordenaron también en otras ciudades «la desbordante cólera del pueblo». En Salzburg, los pogromistas asaltaron el convento de los franciscanos, saqueándolo y destrozándolo totalmente. En Klagenfurt, el gauleiter excitó a sus gentes con el pretexto de que el clero se había negado a izar las banderas en las iglesias en un día de fiesta fascista. Pero todos estos actos de violencia no han impedido que los fascistas alemanes se hayan sentido muy inquietos por las manifestaciones en las calles de Viena.



Los fascistas alemanes han comprendido perfectamente que estas manifestaciones han obedecido, no sólo a la resistencia de los creyentes católicos contra las medidas anticatólicas, sino también a la resistencia de todo el pueblo austríaco a la dominación extranjera. Los decretos contra la libertad de creencias, la clausura de las escuelas privadas y de los seminarios católicos, la expropiación de los hogares y de las casas que han pertenecido a las comunidades religiosas y a las asociaciones de caridad, son medidas en que se manifiesta para el pueblo la odiosa dominación extranjera. En otras épocas, la carta del cardenal Innitzer, invitando a los padres católicos a enviar sus hijos a las escuelas de enseñanza religiosa, no hubiese suscitado, ni mucho menos, el aplauso popular; pero, en la lucha contra la dominación extranjera, el pueblo austríaco ofrece toda la resistencia posible a las medidas de fuerza de los conquistadores prusianos. El pueblo de Viena sintió una justa indignación cuando, en marzo último, al entrar las tropas alemanas en Viena, mandó Innitzer que repicaran todas las campanas y que se celebraran Te Deums en todas las iglesias. El pueblo de Viena ha sentido lo que significa el hecho de que las campanas se callen y de que la iglesia católica renuncie de un modo demostrativo a las acciones de gracias, como ha hecho al entrar las tropas alemanas en los Sudetes. El pueblo austríaco, sin distinción de creencias, ha aprobado la ausencia de los obispos austríacos en el homenaje ofrecido a Hitler por el episcopado alemán después del complot de Munich. El pueblo austríaco, sin distinción de creencias, considera la lucha de los creyentes católicos por la libertad religiosa como una parte de la lucha por la liberación nacional.

Los comisarios prusianos han comprendido perfectamente el carácter de estas manifestaciones católicas. Bürckel amenazaba en su discurso de la plaza de los Héroes: «No toleraremos que instigadores sin escrúpulos emprendan la lamentable tentativa de desligar del pueblo alemán a los llamados católicos austríacos por medio de oraciones». Esta amenaza iba concretamente dirigida a la voluntad del pueblo austríaco de desligarse de la Alemania hitleriana, no sólo con oraciones. La «Correspondencia diplomática y política alemana» habla de la «hostilidad hacia el nacionalsocialismo», «de las objeciones clericales contra el Estado», de «las tristes ideas de ciertos elementos nacionales», del «abandono de la idea de solidaridad nacional» y de la «ofensa inferida a los sentimientos patrióticos». La tensión ha tenido que acentuarse forzosamente.

Esta agencia periodística considera acertadamente que los gritos lanzados por los manifestantes católicos constituyen una «parodia de las consignas nacionalsocialistas, una ofensa y un insulto dirigido al



nacionalsocialismo». Bürckel ve en tales consignas el intento de «trasladar la lucha a otro plano». En las manifestaciones, ve una «demonstración política contra el Estado», una «disminución de las prerrogativas de Hitler como führer».

Las manifestaciones católicas austríacas pueden considerarse como las han considerado los conquistadores fascistas; es decir, como actos de hostilidad hacia el nacionalsocialismo, como una negativa a aceptar la «Gran Alemania», como una demostración política contra el Estado opresor alemán, como una disminución de las prerrogativas de Hitler como führer. El frente de lucha contra la dominación extranjera se ha ampliado. La resistencia de los obreros en las fábricas se ha manifestado en una serie de sabotajes; la resistencia de los obreros, reducidos a la categoría de forzados, se ha traducido en motines durante el traslado de estos obreros; la resistencia de los soldados y de los oficiales se ha expresado por medio de actos de desobediencia, que han dado por resultado la disolución de regimientos enteros. Las mujeres han hecho manifestaciones del hambre en los mercados. Los campesinos han protestado contra la dominación extranjera en diferentes formas; en primer lugar, dimitiendo numerosos alcaldes de los municipios campesinos. Y las masas creyentes vuelven a ponerse en movimiento, apoyadas por los obreros revolucionarios. Estos no preguntan cuáles son los móviles que han dictado al cardenal Innitzer su nuevo gesto, porque conocen los profundos móviles que guían a los trabajadores católicos: la voluntad de liberarse de la dominación extranjera que les oprime, y de reconquistar la independencia del pueblo austríaco.

### ¡Adelante, en el frente de la teoría!

E. C. C. del P. C. (b) de la U. S. ha publicado a mediados de noviembre una resolución sobre la organización de la propaganda del Partido en relación con la publicación del «Compendio de historia del P. C. (b) de la U. R. S. S.». Este acuerdo, que reproducimos íntegro<sup>1</sup>, es un documento de importancia fundamental. No exige sólo una reforma total de la propaganda comunista en la Unión Soviética, sino que constituye un llamamiento profundamente pensado y estimulador a todos los comunistas para que no conserven en los museos la teoría del marxismo-leninismo, sino que la empleen como un arma de lucha de extraordinaria importancia.

La fusión de la teoría y la práctica, el acuerdo entre la convicción revolucionaria y la acción revolucionaria, ha sido siempre el secreto

<sup>1</sup> En la sección de Documentos de este número (N. del ed.)



y la base de todas las victorias histórico-mundiales de los bolcheviques. El gran Partido bolchevique ha transformado siempre la realidad aplicando resueltamente la teoría revolucionaria y ha comprobado siempre la teoría revolucionaria por medio de la realidad, desarrollándola hasta su máxima perfección. Mientras que en los partidos socialdemócratas salía a relucir el marxismo los días de fiesta, como una venerable pieza de museo, en manos de los bolcheviques ha sido siempre la bandera en plena lucha, el arma que jamás se enmohece y que aumenta su flexibilidad a medida que crece su fuerza. El camarada Stalin dijo a los delegados del VI Congreso del Partido: «Hay un marxismo dogmático y un marxismo creador. Yo, soy partidario de este último». La resolución del C. C. del P. C. (b) de la U. S. está dedicada a la conservación y al perfeccionamiento de este marxismo-leninismo creador, que no reside en la letra muerta, sino que se desarrolla en la lucha. La grandeza del Partido que ha edificado el socialismo en la sexta parte del mundo ha puesto su sello en este documento. ¿Hay en el mundo algún otro partido que llame a las cosas por su nombre, que acuse abiertamente los defectos y errores en sus propias filas, que ejerza una crítica tan sincera de sus propias deficiencias, que ataque tan resueltamente el mal por la raíz? En el Partido se habían introducido elementos enemigos, interesadísimo en alterar con medidas burocráticas el espíritu ardoroso del marxismo-leninismo y en sustituirlo por el dogmatismo y la escolástica. Los burócratas enmohecidos y los «prácticos puros», atentos únicamente a los problemas del día, les ayudaron directa e indirectamente. El engreimiento de muchos camaradas que contemplaban con orgullo justificadísimo las victorias, únicas en su clase, de los bolcheviques, pero que sacaban la consecuencia injustificada de que la obra estaba hecha y la victoria consolidada, proporcionó las premisas para la negligencia en el trabajo teórico, para cierto entumecimiento de la propaganda. Muchos de estos camaradas no marchaban a tono con el desarrollo impetuoso de una nueva intelectualidad socialista, con la profusión de problemas y de nuevas tareas que se planteaban a todos y cada uno de los miembros del Partido. El gran torrente de la democracia socialista inundaba todas las instituciones del Estado soviético. Masas cada vez mayores intervenían directamente en la administración del Estado. Numerosos jóvenes obreros stajanovistas y jóvenes campesinos colectivos se convertían en directores de empresas. Millones de hombres jóvenes perfeccionaban su formación científica. La lucha contra el enemigo, ataviado con múltiples disfraces, el problema del cerco capitalista, que penetraba en la conciencia del pueblo, reavivando la vigilancia, requería la ilustración polí-



tica de todos. Proporcionar la teoría del marxismo-leninismo a todos estos hombres ocupados en la edificación socialista, procurar que el bolchevismo penetrara hasta su médula, es hoy la tarea decisiva.

A esta tarea se consagra el «Compendio de historia del P. C. (b) de la U. R. S. S.» ; a esta tarea está destinada la resolución sobre la organización de la propaganda.

El placer de aprender, la decisión de abordar los problemas más difíciles y la firme convicción de que no hay ninguna dificultad insuperable, caracteriza a los cuadros del socialismo en la Unión Soviética. El marxismo-leninismo es una ciencia con la que es posible familiarizarse, pudiéndose llegar a dominarla como otra ciencia cualquiera. Es más grande, más digna de ser conocida, está más llena de vida que ninguna otra ciencia. Pero su acceso estaba guardado por toda clase de escolásticos, verbalistas y dómynes, que hacían juegos malabares con las citas y con las fórmulas aprendidas de memoria, dando de lado y rechazando a las personas ávidas de aprender, produciendo en muchos la impresión de que el marxismo-leninismo les estaba vedado, que su inteligencia natural y sus facultades no bastaban para dominar tan complejísima materia. Frente a esto, el C. C. del P. C. (b) de la U. S. declara :

«Hay que devolver a los comunistas la fe en su fuerza y capacidad para dominar la teoría marxista-leninista.»

El marxismo-leninismo no es, desde luego, una ciencia que se asimile sin esfuerzo ; pero todo comunista que piense está capacitado para penetrar en su espíritu y aplicar sus deducciones a su propia actividad. Está más capacitado todavía cuando encuentra el marxismo-leninismo en acción en la historia del gran Partido de Lenin y Stalin, cuando contempla con mirada retrospectiva cómo se desarrolló la teoría en plena lucha y cómo logró la lucha de los bolcheviques realizar la teoría. Y la historia de su Partido se convertirá para él en la historia de las grandes ideas creadoras del marxismo, que han modificado al mundo y siguen modificándolo constantemente.

La resolución del C. C. del P. C. (b) de la U. S., del Partido rector de la Internacional Comunista, tiene también gran importancia para los comunistas y los obreros revolucionarios de los países capitalistas. Claro es que no puede aplicarse mecánicamente al movimiento obrero internacional ; pero se pueden sacar de ella enseñanzas esenciales. Su letra reza para los comunistas en el país del socialismo victorioso ; pero su espíritu sirve para todos los partidos comunistas.

Se trata de luchar por la teoría del marxismo-leninismo. Nunca ha sido tan importante como ahora la lucha para que esta teoría penetre hasta el tuétano en todos los comunistas, para que podamos



apreciar a la luz de ella los acontecimientos del mundo y, con su brillo, atraer hacia nosotros hombres nuevos y nuevas masas. El fascismo sostiene una bárbara guerra de exterminio contra la clase obrera y contra su ciencia revolucionaria. Las sangrientas tinieblas de su ideología de caníbales se extiende sobre Europa. En los países fascistas se educa a la juventud para la brutalidad, la ignorancia y el loco aventurismo. Sin darse cuenta, también sufren el contagio hombres que no son fascistas. La cadaverina de la propaganda fascista rezuma hasta de las propias filas de la clase obrera. Los actos de violencia imperialista del fascismo alemán, la ocupación de Austria y de los territorios sudetes, son aprobados en principio por más de un socialdemócrata. Muchos antifascistas no rechazan con la suficiente energía su insolente exigencia de sojuzgar a todos los hombres de habla alemana. El cáncer de su economía bélica es admirado como un progreso por ciertos «teóricos» socialdemócratas. Su tenaz persecución contra la Unión Soviética es apoyada directa e indirectamente por diversos socialistas. En los círculos directivos de la socialdemocracia se considera al marxismo como responsable de las derrotas sufridas por la clase obrera; se predica un reformismo nuevo que, en realidad, no es más que una capitulación ideológica ante el fascismo.

Mientras que, por una parte, la ideología fascista comienza a contagiar a cierto número de antifascistas, por otra vemos cómo hombres nuevos y nuevas capas toman posición contra el fascismo e intentan seriamente tener una firme ideología antifascista. No observamos sólo estos intentos en las filas de la socialdemocracia, sino también en las de los demócratas, católicos y sin partido, en los que produce una profunda efervescencia el horror al fascismo. Muchos de estos hombres observan frente al comunismo una oposición ya tradicional; pero no desoyen la voz de los comunistas ni están decididos de antemano a rechazar el comunismo en su totalidad; se muestran agradecidos por cualquier luz que les enseña a librarse de las tinieblas del fascismo. Jamás se ha visto hasta ahora tanta confusión ideológica; pero tampoco ha habido nunca tantos hombres dispuestos a aceptar una ideología nueva, clara y llena de esperanza.

Ante esta confusión ideológica, ante este anhelo de hallar una ideología antifascista firme, se plantea a los comunistas la magna y grata tarea de desplegar una propaganda fundamental y general de la doctrina de Marx-Lenin. Ya no se trata tan sólo de agitación, de la discusión correcta y efectiva de los problemas del día, sino de propagar, de popularizar, de un modo accesible a todos, los grandes principios del marxismo-leninismo.

Los comunistas sólo podemos realizar esta tarea si no nos dejamos



vencer por la lucha diaria y sabemos contestar en todos los aspectos de la vida a los problemas decisivos de la época. Para tener esta capacidad, debemos estudiar la obra vital de Marx-Engels-Lenin-Stalin, familiarizarnos con la historia del movimiento obrero y, en primer lugar, con la de los bolcheviques. Debemos perfeccionar y enriquecer constantemente nuestros conocimientos.

Sobre la importancia del estudio a fondo del marxismo-leninismo para la lucha práctica del proletariado y de las masas populares, el camarada Dimitrof, en el VII Congreso mundial de la Internacional Comunista, dijo lo siguiente:

«Los comunistas somos hombres de acción. Ante nosotros se plantea la tarea de la lucha práctica contra la ofensiva del capital, contra el fascismo y la amenaza de la guerra imperialista, la lucha por el derrocamiento del capitalismo. Y precisamente esta tarea práctica formula a los cuadros comunistas la exigencia de pertrecharse obligatoriamente con la teoría revolucionaria; pues, como nos enseña Stalin, el más grande maestro de la acción revolucionaria, la teoría da a los militantes prácticos poder de orientación, claridad de perspectivas, seguridad en el trabajo, fe en el triunfo de nuestra causa»<sup>1</sup>.

Los que se hallan absorbidos por el trabajo práctico del Partido no deben decir que carecen de tiempo para ello. Un día, preguntó el gran bolchevique Kirof a uno de estos militantes por qué no leía ningún libro, y recibió esta respuesta: «No tengo tiempo. Ya ves que tengo la lengua fuera de tanto trabajar». Y Kirof repuso, sonriendo: «Pues guárdate la lengua aunque no sea más que una hora al día y dedica esa hora a la lectura de un buen libro». La división en «teóricos» y «prácticos» no corresponde a la esencia del Partido Comunista. El Partido de Lenin y Stalin debe sus victorias, y no en último lugar, a que los cuadros directivos de este Partido, en el Cáucaso como en Petrogrado, en Siberia como en la Ucrania, en la ilegalidad como en la emigración, practicaban el marxismo con profunda seriedad y ponían toda su pasión en resolver todos los problemas teóricos; se deben a que estos cuadros directivos estudiaban en discusiones interminables el socialismo teórico y lo desarrollaban. Leer de un modo autodidáctico, pensar de un modo autodidáctico, es imprescindible para todo comunista activo. No basta con extraer los conocimientos políticos del periódico. Todo comunista activo debe también atreverse a leer libros. No es suficiente aprender algunas citas de Marx, Engels, Lenin o Stalin, porque el marxismo-leninismo no es una colección de citas, sino una obra universal y uniforme, de la que no pueden desgajarse trozos y frases sueltas. Tiene escasísima eficacia aprender de memoria las máximas marxistas-leninistas; hay que co-

<sup>1</sup> J. DIMITROF, «La lucha por el frente único y contra el fascismo y la guerra», ed. Europa-América, pág. 121.



nocer sus raíces, las relaciones históricas y políticas que lo han producido y los problemas a través de las cuales se ha desarrollado. No se trata de asimilar la letra, sino la esencia del marxismo-leninismo.

El acuerdo del C. C. del P. C. (b) de la U. S. subraya la importancia de la «discusión creadora». Frente a la profusión infinita de nuevos problemas, frente a la confusión ideológica en el movimiento obrero y a las complicadísimas situaciones de lucha, que se suceden y modifican rápidamente, esta clase de discusiones creadoras son tan necesarias como el aire que respiramos. Hay muchos problemas confusos para las grandes masas, problemas de la política pacifista, de la lucha antifascista, de la lucha de liberación nacional, de la defensa de la democracia, etc. En muchos de estos problemas, nos hallamos, incluso dentro del movimiento obrero, en presencia de opiniones encontradas. En muchos de estos problemas pueden producirse discrepancias entre los mismos comunistas. No llegaremos a convencer a los que titubean y dudan, ni a los equivocados, si sólo les presentamos unas tesis y unos acuerdos ya confeccionados. Sólo llegaremos a convencerles con la discusión libre, abierta, en plan de franca camaradería. Sólo en el proceso de tales discusiones se atreverán a manifestarse todas las opiniones, conoceremos todos los argumentos erróneos y nos haremos cargo de la debilidad de nuestros propios argumentos, con objeto de subsanarlos. Pero hay más. Actualmente se discute en todas partes. Los comunistas debemos acoplarnos a estas discusiones; necesitamos tener un oído finísimo para todos los problemas. No basta, para nuestra tranquilidad, que muchas de estas cuestiones estén resueltas ya desde hace tiempo; debemos ocuparnos de ellas con paciencia y tratarlas nuevamente. Debemos tratarlas sin soberbia, de tal modo, que el que pregunte nos comprenda y se persuada de ellas. Nada hay tan erróneo como esta contestación desdeñosa: «Lo que a vosotros os parece un problema no es tal problema. Todo esto está en Marx y Engels». O esta otra contestación orgullosa: «Ya veis; nosotros, los comunistas, lo hemos dicho hace veinte años; pero vosotros, que sois unos burros, no nos habéis comprendido. Habéis tardado mucho tiempo». O esta declaración, hecha con soberbia: «Para nosotros, los comunistas, todo eso está muy claro. No existe ningún problema para el cual no tengamos una solución definitiva». El acuerdo del C. C. del P. C. (b) de la U. S. estigmatiza semejantes «métodos estúpidos, burocrático-escolásticos»; métodos de funcionarios enmohecidos que suelen amargar el trabajo de los círculos comunistas de formación política. No sólo para los círculos comunistas; para los comunistas de los países capitalistas, se trata de los métodos con que hemos de acercarnos a los hombres que



rechazan el fascismo, pero que aun no han conseguido ver con toda claridad. No hay nada que nos perjudique tanto como el menosprecio y la soberbia con que a veces nos acercamos a estos hombres. Y nada es tan propicio para que estos hombres se aparten de nosotros como esta sensación: «Estoy atormentándome con mis problemas y de pronto se presenta un hombre, abre un cajón muy ordenadito y saca algunas fórmulas y citas que tiene preparadas para contestar a mis preguntas.»

Nosotros, los comunistas, somos los únicos capaces de enseñar a las masas la salida, porque nuestra teoría es la verdadera, ya que ha sido experimentada en las luchas más duras y en las más resonantes victorias. Pero eso no quiere decir, en modo alguno, que todo comunista esté siempre, en todas las situaciones, más enterado que nadie ni tenga nada que aprender de los demás. Precisamente porque nuestra teoría, la del marxismo-leninismo, es la verdadera, podemos prescindir de toda soberbia; podemos ser persuasivos sin convertirnos en dómynes. No nos acercamos a las masas como sabihondos y críticos, como profesores que censuran, sino como amigos dispuestos a transmitirles la doctrina llena de vitalidad del marxismo-leninismo, como camaradas que, en su propaganda, no derivan esta doctrina de fórmulas abstractas, sino de los acontecimientos y problemas de actualidad. Son los propios acontecimientos los que plantean las preguntas decisivas y éstas son precisamente las que hemos de contestar de un modo objetivo y concienzudo.

Esta discusión de camaradas dentro del movimiento obrero total, dentro del movimiento antifascista total, es tanto más importante, cuanto que hoy todos los que combaten activamente al fascismo necesitan una base teórica firme para su lucha. Pueden evitarse muchas vacilaciones; pueden corregirse muchos errores si, no sólo los miembros del Partido Comunista, sino también los cuadros del movimiento obrero total, se familiarizan con la teoría de Marx y Lenin, si se asimilan la solidez ideológica que, más que cualquier otra cosa, da fuerza para resistir en las situaciones difíciles. En su artículo del 1.º de mayo de 1937, el camarada Dimitroff escribía:

«La acertada coordinación de la ejecución de la política del Frente Popular con la propaganda del marxismo, con la elevación del nivel teórico de los cuadros del movimiento obrero, con el dominio de la gran teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin, como introducción a la acción, es lo que todos debemos aprender para enseñarlo todos los días a nuestros cuadros y a las masas. No debe permitirse que «los árboles no dejen ver el bosque». No debe permitirse que se abra una sima entre el cumplimiento de las tareas actuales y la perspectiva ulterior y los objetivos de la lucha de la clase obrera.»

El fomentar el desarrollo ideológico, no sólo en las filas del Par-



tido Comunista, sino en las filas de todo el movimiento obrero, es una de las tareas más importantes en el presente período de lucha.

En la resolución del C. C. del P. C. (b) de la U. S. se reconoce que existe un serio atraso en el frente teórico. El C. C. ha acordado:

«Llamar a todos los trabajadores del frente teórico para que procuren vencer rápida y resueltamente el insoportable atraso en el frente teórico; acabar con el temor de plantear audazmente los problemas teóricos que puedan servir al desarrollo ulterior de la teoría marxista-leninista; poner término a las sutilezas, los verbalismos y la escolástica, a la vulgaridad y a la deformación de ciertos principios de la teoría marxista leninista.»

Estas apreciaciones rezan considerablemente para los Partidos Comunistas de los países capitalistas. En la discusión sobre los arduos problemas de la lucha antifascista, debemos plantear atrevida y resueltamente los problemas teóricos, evitando a todo trance el atraso teórico. No lograremos convencer a las grandes masas y nosotros mismos nos colocaremos en una situación difícil, si no llegamos a consolidar teóricamente de un modo fundamental nuestra política de Frente Popular; nuestra posición ante las luchas de liberación nacional; nuestra perfecta apreciación del fascismo como dictadura del sector más reaccionario, más chovinista e imperialista del capital financiero; nuestros esfuerzos por lograr un frente mundial antifascista; nuestra defensa de la democracia burguesa contra los ataques del fascismo.

La política de la Internacional Comunista ha tenido en cuenta, con intrépida decisión, las nuevas condiciones de la lucha; pero el desarrollo teórico se ha quedado muy a menudo a la zaga del desarrollo político. Hemos de recuperar también mucho terreno en la lucha ideológica contra el fascismo, contra las teorías de capitulación, neo-revisionistas, dentro del movimiento obrero, contra las múltiples confusiones y los errores que, como malas hierbas, brotan por doquier.

Por último, no debemos dejar que pase desapercibido que muchos de los capituladores de la II Internacional se van dando cuenta de que se está formando una nueva generación que recibe el fuego granado de la propaganda antimarxista; que los tóxicos del capitalismo putrefacto se propagan también a la clase obrera y que es sumamente necesario explicar los principios elementales del marxismo-leninismo, en relación con las sacudidas producidas por los acontecimientos políticos.

La fortaleza ideológica de los comunistas, su capacidad de seguir teóricamente la marcha de los acontecimientos políticos, es, en esta época, de una importancia absolutamente decisiva.



*Extender y profundizar la propaganda del marxismo-leninismo, despertar el interés de los comunistas por los problemas teóricos, animar a los camaradas del Partido capacitados para que trabajen en el frente teórico, fomentar una atmósfera creadora de cambio de impresiones, es la tarea inaplazable de todos los Partidos Comunistas. En las condiciones de lucha de los países capitalistas, es sin duda alguna más difícil realizar esta tarea; pero no es imposible. Basta tener la voluntad firme de lograrlo.*

*Gracias a la victoria del socialismo en la Unión Soviética, y ante la amenaza creciente del fascismo, las masas escuchan la voz de los comunistas. Nos será más fácil captar su confianza cuando las masas lleguen a ver en los comunistas, no sólo los luchadores más intrépidos, sino también los pensadores más claros de nuestra época.*

*El marxismo-leninismo nos brinda esta posibilidad. De nosotros depende el aprovecharla.*

### **Espías del fascismo alemán en los Estados Unidos de América**

*Durante unas semanas han comparecido ante los tribunales de Nueva York algunos espías alemanes. Los lectores de las informaciones judiciales adquirieron durante el proceso la idea, ya más o menos conocida, de la difusión del espionaje alemán y se enteraron de que los agentes del fascismo alemán no economizan esfuerzos ni dinero para establecer y mantener comunicación con los centros técnicos y militares de los Estados Unidos de Norteamérica. Los espías alemanes trataban por todos los medios de apoderarse de los planos de construcción, dibujos y fórmulas químicas. Y en Nueva York se demostró también en forma impresionante que los espías del fascismo alemán, en todas partes donde actúan, añaden a su actividad una nota especial antisoviética. El espía Rumrich organizó el robo de formularios de pasaportes americanos, de que se había de proveer a los agentes para entrar en la Unión Soviética y que probablemente se habían de utilizar también, como ocurrió hace poco en Holanda, para documentar a los provocadores y asesinos. Las investigaciones hechas, con motivo de los procesos contra los trotskistas y los derechistas en la Unión Soviética, sobre las relaciones y la colaboración de los fascistas alemanes con los criminales trotskistas, quedan ilustradas también a este respecto por los resultados de la práctica de pruebas de Nueva York. Los sucios dedos del fascismo alemán entran en juego para provocar incidentes entre los Estados Unidos y la Unión*



Soviética. Al leer las confesiones de Rumrich, ¿no se recuerda el griterío hipócrita que levantan la prensa de Goebbels y sus secuaces extranjeros, tan pronto como la Unión Soviética descubre a los espías e indeseables en cuyo poder se encuentran pasaportes extranjeros? Ante los tribunales de Nueva York se ha demostrado una vez más cómo los lobos fascistas alemanes tratan de penetrar en la Unión Soviética con la piel de cordero de honrados «ciudadanos extranjeros».

En conexión con los hechos en cierto modo relacionados con el asunto del espionaje, y que afectan al ejército, a la aviación, a la marina y a la industria, salieron a relucir otros hechos que, también fuera de las fronteras de los Estados Unidos, permiten deducir los métodos con que los agentes fascistas suelen influir directamente en el desenvolvimiento político de su «esfera de acción». Los que en Berlín mueven los hilos del espionaje y de la propaganda fascista a él enlazada, están animados de un profundo desprecio hacia las ideas, las opiniones y la voluntad de otros pueblos. Lamentan que su poder no sea suficiente para establecer en otros países campamentos de concentración con arreglo al modelo alemán, quemar y prohibir periódicos y libros y, en general, introducir por la fuerza en todas partes la concepción normal del fascismo. Para compensar en cierto modo esta impotencia, nombran determinados agentes cuya misión es falsear la opinión pública. Dos misiones deben cumplirse a un tiempo: establecer nuevas relaciones de espionaje e influir en políticos y periodistas, preparando el camino a las relaciones personales, organizando recepciones nocturnas y llevando una vida de club aparentemente inofensiva. Las relaciones con Henry Ford, con el rey de la prensa Hearst y demás columnas de la reacción americana, han proporcionado a Griehl, director de la red de espionaje alemán en los Estados Unidos, que supo escapar a tiempo, muchas probabilidades de influir directamente en la vida política norteamericana. Actuaba contra Roosevelt, disponía incluso de la radio y, probablemente por instigación suya, han trabajado numerosos pequeños agitadores reaccionarios y provocadores, que actuaban como el impresor Heperle, cuya detención se anunció el 13 de noviembre, después de haber preparado y repartido en masa folletos antisemitas, hechos a base de propuestas alemanas del famoso «Stürmer», y cuyo objeto era influir en la lucha electoral en beneficio del fascismo alemán. En el proceso, se habló repetidas veces del contrabando de «literatura» antisemita que en enormes cantidades llegaba a los Estados Unidos en los grandes vapores alemanes. Los fascistas alemanes consideran como un derecho especial suyo esta clase de exportación, y reclaman este derecho lo mismo que el de abrir las sacas de correspondencia interna-



cional en los trasatlánticos, enterarse de su contenido y sacar copias. Uno de los abogados de la banda de espías tuvo el descaro de reclamar el derecho de extraterritorialidad para el contrabando de publicaciones fascistas antisemitas y para la actividad de los espías. «Extraterritorialidad» quiere decir hoy en alemán impunidad para los gangsters con frac de diplomático y para sus auxiliares. Apenas son perceptibles los límites entre los diplomáticos acreditados y los agentes secretos. El nombre del espía Papen, que llegó a ser en América un indeseable por sus negocios durante la guerra mundial, aparece de nuevo en los círculos del espionaje. Desde aquellos tiempos, Papen ha actuado como canciller del Reich, ministro, enviado diplomático y especialista en engañar a los círculos católicos políticos. Es más; como lo atestigua la cita de su nombre en el proceso de Nueva York, de él arrancan los hilos que comunican con los agentes del espionaje. El embajador Dickhoff desempeñó manifiestamente, como auxiliar oficial de los agentes en los Estados Unidos de América, un papel análogo al que representara antes en España su colega Welczeck, a cuyas manos llegaban los innumerables hilos del espionaje, de la propaganda fascista y de los preparativos del «putsch». Sonaron los nombres de agentes especiales, como Wiedemann, cuya misión política especial consistía en hacer ofertas o sondeos de gran importancia política, estando al mismo tiempo encargado de transmitir instrucciones a los espías militares y a los «propagandistas» fascistas.

Esta extensa actuación de los agentes fascistas alemanes en los Estados Unidos no es más que una parte de la amplia y metódica campaña del fascismo alemán contra la nación norteamericana. «Portavoces y paladines del bolchevismo judío» llama el «Völkische Beobachter» (26 de noviembre) a los Estados Unidos, y es sabido que estas denominaciones son el pretexto de las más intensas excitaciones. La radio alemana sostiene una gran campaña en la «Correspondencia diplomático-política alemana»; todas las medidas políticas del Gobierno de los Estados Unidos se aprovechan sistemáticamente para sus ataques. ¿Cuál es el objeto de semejante conducta? La propaganda de Goebbels indicaba antes que los Estados Unidos no debían inmiscuirse en los asuntos europeos. Pero ahora se dice claramente que Alemania lucha por el predominio en la América del Sur. Para el imperialismo alemán, los Estados sudamericanos son sencillamente territorios coloniales. Alemania—declara la «Correspondencia diplomático-política alemana»—debe reivindicar el derecho a intervenir para desarrollar la explotación de los «numerosos territorios» de la América del Sur. Estas palabras corresponden aproximadamente a las proposiciones que recientemente ha formulado la propaganda ale-



mana respecto a la explotación colonial de Africa. Para sus planes africanos, el régimen fascista espera el apoyo activo de Chamberlain. Para realizar sus planes en Sudamérica, es requisito previo y necesario desacreditar a los Estados Unidos en la América del Sur, debilitar su fuerza militar, favorecer las tendencias reaccionarias en los Estados Unidos. El evitar la colaboración de los Estados de la América septentrional con la meridional es para Berlín una etapa de la influencia sin cortapisas en la evolución interior de los Estados sudamericanos, para cuya «elaboración» existe un organismo propio, el «Instituto ibero-americano» (conocido por su revista político-militar en lengua española, que tuvo una intervención considerable en la preparación de la guerra de intervención en España).

Para socavar el terreno a los Estados Unidos de América, ha destinado Berlín especialistas acreditados, escogidos, y no por casualidad, entre los antiguos asesinos de la policía secreta y del «cuerpo libre», como el asesino Schultz y el famoso Manfredo V. Killinger, que adquirió triste renombre como organizador de matanzas de obreros y jefes de bandas blancas. (De Killinger procede la frase «matadla a latigazos», refiriéndose a una mujer presa y maltratada.)

Teniendo en cuenta estos datos, el proceso contra los espías alemanes en Nueva York adquiere una importancia más que episódica, pues no significa otra cosa que el sacar a luz una parte exigua, pero de incalculable trascendencia en su pequeñez, de la gran lucha subterránea que el fascismo alemán, consecuente consigo mismo, sostiene por expulsar y humillar a los Estados Unidos de América.



# Pacifismo o lucha de clases

por

PETER RIEDEN

*El pacifismo y la propaganda pacifista abstracta es una forma de engaño de la clase obrera. (LENIN.)*

Los pueblos despiertan de la nefasta ilusión de que la *conspiración de Munich* ha salvado la paz. Las palomas de la paz de los señores *Chamberlain* y *Daladier* se han convertido en aviones de bombardeo; se han fundido las campanas de la paz, para convertirse en cañones y, del laboratorio maldito de los salvadores de la paz, han salido muy robustecidos los incendiarios de la guerra fascistas. Los pueblos empiezan a ver el monstruoso engaño cometido por los cómplices reaccionarios del fascismo.

Se dijo que en Munich se había planteado el dilema de «guerra o paz» y que, para salvar a Europa de la guerra que amenazaba estallar de un momento a otro, los hombres de Estado de la burguesía francesa e inglesa habían sacrificado por la paz el honor, la fidelidad a los compromisos contraídos y a Checoeslovaquia, afirmación que está en pugna manifiesta con la verdad.

En Munich, no se planteó la cuestión de «guerra o paz», sino esta otra: *capitulación del fascismo o capitulación de la democracia.*

Los fascistas alemanes no estaban en condiciones de desencadenar una guerra contra Checoeslovaquia, Francia y la Unión Soviética. Beck, jefe del Estado Mayor alemán, sabrá de sobra la causa de su dimisión. Las noticias que logran atravesar la frontera de Alemania dejan entrever la difícilísima situación en que se encontraba Hitler. No había dinero, ni víveres, ni cuadros militares expertos. La movilización se verificó de un modo deplorable y en muchos sitios se produjo un caos indescriptible. Los soldados estaban mohinos y disgustados. Desertaban por pelotones enteros; pasaban las fronteras francesa y checoslovaca, transmitiendo los saludos de los antifascistas alemanes. Las fortificaciones estaban sin terminar y los obreros que trabajaban en ellas no ocultaban que esperaban a los franceses como a sus libertadores. Estallaron motines que demostraban las grietas y la división existentes en el ejército. Las masas populares estaban indignadas y



observaban una actitud adversa al régimen. La oposición se extendía a círculos cada vez más extensos y ponía de manifiesto una decisión de lucha que iba creciendo de día en día. Los técnicos militares y económicos se daban perfecta cuenta de que la guerra significaba la *derrota segura* en breve plazo. Al fascismo alemán, descompuesto interiormente, se enfrentaban: el ejército checoslovaco, lleno de espíritu de defensa nacional y protegido por fortificaciones casi inexpugnables; el ejército francés, consciente de defender, no sólo la libertad, sino la existencia misma de Francia; el imponente Ejército Rojo de la Unión Soviética, que encarna la inquebrantable voluntad de un pueblo de 170 millones de seres. La guerra no ofrecía la menor probabilidad de éxito al fascismo alemán. Este no podía, pues, atreverse a desencadenarla, y se veía obligado a *capitular*. Y si, a pesar de todo, la hubiese desencadenado, se habría *derrumbado* en pocos meses, tanto en el frente como en la retaguardia.

Los fascistas alemanes lo sabían perfectamente, como lo sabían sus cómplices reaccionarios de Inglaterra y Francia, y, *precisamente por eso*, se llegó al complot de Munich.

Con este complot, no se evitó solamente la guerra, sino también la *capitulación del fascismo alemán*. Sólo después de los regalos de la burguesía reaccionaria inglesa y de sus compinches franceses, sólo después del aumento de poder conseguido sin lucha alguna, puede pensar el fascismo alemán en la posibilidad de una guerra grande. Si las fuerzas de la paz no logran impedir el desencadenamiento de esta guerra, formando un frente sólido y empeñando todas sus fuerzas, millones de muertos serán el precio que habrán de pagar los pueblos por la obra de los «salvadores de la paz» de Munich.

Lo abrumador es que el miedo a la guerra fomente el peligro de guerra; que el pacifismo eche aceite al fuego provocado por los incendiarios de la guerra; que las fuerzas de la guerra progresen bajo la protección de la cortina de humo pacifista.

No podemos dejar de reconocer que la camarilla imperialista ha logrado *utilizar el ansia de paz de las masas*, para *abrir el camino a una nueva guerra mundial*.

Recordemos que los fascistas alemanes se valieron del anticapitalismo de las masas para implantar una ilimitada dictadura del capitalismo. Enseñemos a las masas a vencer su terrible credulidad y a desenmascarar a los enemigos de la libertad y de la paz, que se acercan a los pueblos, envueltos en la bandera de la libertad y de la paz.

En el año 1914, los factores de guerra imperialistas ocultaban sus nauseabundos intereses de clase tras las sangrientas nubes del *chovinismo*. Hoy tienen que contar con el hecho de que hay millones de hombres que aborrecen la guerra, por haberla sufrido en su propia carne. Hoy, se ven



obligados a emplear medios de engaño más sutiles. Es con el humo del pacifismo con lo que procuran engañar a las masas. Coincidiendo en su odio contra todo anhelo de libertad, contra la clase obrera y el socialismo, los dictadores fascistas y sus cómplices reaccionarios en los países democráticos se han repartido los papeles: donde ha quedado victorioso el fascismo, fomentan el chovinismo hasta el punto de ebullición; donde la burguesía reaccionaria, en los países democráticos, tiene que contar con las instituciones democráticas, se intenta debilitar y alejar de la lucha a las masas, valiéndose de un pacifismo falso. Mientras el fascismo fomenta la ideología de la guerra de conquista, sus cómplices en los países democráticos intentan convertir la cobardía en sistema. Mientras el fascismo inculca a sus súbditos la obediencia «hasta la muerte», intentan sus cómplices en los países democráticos elevar la renuncia a toda resistencia a la altura de un principio estatal. Aquí, como allí, el empeño de la burguesía reaccionaria es *rebajar los hombres a la condición de esclavos*.

La voluntad de los pueblos de conservar la paz está justificadísima. Pero esta voluntad es impotente, si los que anhelan la paz no están dispuestos a luchar por ella, si no están decididos a defenderla.

Los bienes más preciados de la humanidad requieren la máxima decisión combativa. Toda conquista por la cual no se lucha ni se hacen sacrificios, está condenada a desaparecer.

Nadie lo sabe mejor que la clase obrera. El derecho más insignificante, la más mínima mejora, han tenido que conquistarlas los obreros en duras luchas llenas de sacrificios. Sólo con su valor, con su tenacidad, con su solidaridad sin par, han sido y siguen siendo capaces de lograr el respeto y el reconocimiento de su dignidad de hombres. Sólo por medio de un heroísmo jamás igualado, ha sido posible vencer en la sexta parte del mundo a la explotación y a la opresión capitalista, y a defender la libertad contra todo un mundo de enemigos. Siempre que se relaja este espíritu combativo proletario y que el enemigo logra adormecer esta decisión combativa, la clase obrera se ve obligada a retroceder y sufre amargas derrotas. En su intrepidez combativa, radica la fuerza del movimiento obrero.

*La lucha y siempre la lucha es la verdadera esencia de la clase llamada a libertar a la humanidad mediante su propia liberación y a abrir con su victoria la verdadera historia de la humanidad.*

La burguesía reaccionaria ha comprendido siempre que, para sus fines, es de suma importancia poder introducirse como sea en el movimiento obrero, con objeto de debilitar su espíritu combativo y llevar la corrupción a sus filas. Hoy, sólo puede la burguesía reaccionaria seguir manteniéndose en el poder y aplazar su caída, engañando a los obreros. Una vez más, ha logrado este engaño; una vez más, ha conseguido introducir, en grandes contingentes de la clase obrera, la *política de capitulación*. En 1914, los



agentes de la burguesía introdujeron la capitulación, disfrazándola con la capa del patriotismo. Esta vez, lo han hecho bajo la capa del pacifismo. Pero la capitulación no ha mejorado la situación. Munich debe considerarse como una derrota de la clase obrera internacional. La clase obrera debe esta derrota a los agentes directos de la burguesía reaccionaria medidos en la dirección de la II Internacional, así como a los pequeños burgueses temblorosos y cobardes que han ocultado su cobardía con los clamores de la campaña con que celebraban la «paz» de Munich.

Los imperialistas, que no ven inconveniente ninguno en las guerras de conquista, pero aborrecen las guerras libertadoras, han descubierto de pronto su espíritu pacífico. Sus agentes dentro del movimiento obrero se han convertido en servidores del pacifismo, como hubieron de convertirse en 1914 en servidores del patriotismo burgués. Y el coro de los pequeños burgueses temblorosos afiliados al movimiento obrero ha visto en el pacifismo la puerta de escape para apartarse de la lucha antifascista.

Hay muchos obreros que se dejan engañar, lo cual demuestra lo peligroso que es para el movimiento obrero el «pacifismo integral». Por eso, es necesaria una explicación enérgica.

### LA LIBERTAD TIENE MAS IMPORTANCIA QUE LA PAZ

«Le Populaire», órgano central de los socialistas franceses, publicó antes del Congreso del Partido socialista una serie de artículos acerca de los problemas de la política pacifista. En algunos de estos artículos, así como en una disertación publicada por el socialista belga *Henri de Man* el 31 de octubre en «Le Peuple», órgano central del Partido obrero belga, encontramos todos los argumentos del *pacifismo integral*.

«El peor arreglo vale más que la victoria más brillante.» Con estas palabras ha formulado del modo más contundente el socialista francés *J. B. Severac* el principio de la capitulación incondicional. («Le Populaire», 26 de octubre.)

La lucha contra el fascismo se sustituye, por lo tanto, con el «arreglo» con los agresores fascistas. Puestos a elegir, entre asestar al fascismo una derrota definitiva o contentarle con un «arreglo», tiene la clase obrera que decidirse por el «arreglo». ¿Qué significa esto? Significa que la clase obrera debe renunciar voluntariamente a la posibilidad de conseguir la derrota del fascismo con medios pacíficos. El fascismo sólo puede ser vencido por una sublevación popular revolucionaria; sólo puede derrotarlo la resistencia resuelta con todos los medios, incluso con las armas. Como *Séverac* desecha esta solución, como considera que el peor arreglo es mejor que la victoria



más grande, aconseja a los obreros que se sometan, *por medio de una serie de «arreglos», al yugo del fascismo.*

No cabe duda de que «el pacifismo integral» de Severac no rechaza sólo la guerra, sino también la revolución y la guerra civil contra el fascismo. La clase obrera española ha opuesto a la rebelión de los generales la resistencia armada. La guerra civil se ha convertido rápidamente en guerra de defensa nacional; la resistencia armada lleva siempre en su seno *el riesgo de la guerra*, cosa que Séverac quisiera evitar a todo trance. La clase obrera española habría podido, mediante un «arreglo» con el fascismo, evitar a España la guerra, renunciar a su libertad con un «arreglo» y entregarse incondicionalmente a la dictadura sangrienta de los fascistas españoles y de los conquistadores extranjeros. La socialdemocracia alemana recorrió el camino de los «arreglos» hasta el fin. Se condujo de acuerdo con los principios de Séverac, y, en todas las situaciones, prefirió el peor «arreglo» al riesgo de la guerra civil, a la victoria sobre el fascismo. Las consecuencias de tales «arreglos» puede estudiarlas Séverac en la Alemania de Hitler: los campos de concentración, las cámaras de tormento de la Gestapo, la absoluta esclavitud a que se halla sometido el pueblo.

Los trotskistas franceses han formulado el principio de Séverac, de un modo más breve y conciso todavía, en esta consigna: *«Antes esclavo que muerto.»* Esta consigna reduce a su verdadero sentido la palabra diplomática «arreglo». El orgulloso grito de libertad de los campesinos frisios *«¡Antes muerto que esclavo!»* se convierte en lo contrario con la cobardía decadente: *«Mejor esclavo que muerto.»* Los agentes de la Gestapo utilizan este lamentable principio para castrar a la clase obrera y romper las filas de los luchadores antifascistas. Este principio está en pugna con la propia esencia de la clase obrera, que ha adoptado el grito de *Pasionaria*, la gran heroína española: *«¡Más vale morir en pie que vivir de rodillas!»* Su grito es: *«Ni muerto ni esclavo»*, porque no se encuentra en la situación de los campesinos frisios de la Edad Media que se sublevaron contra un poderío feudal, sino que es la clase más numerosa y fuerte de la sociedad moderna; que vincula la victoria a sus banderas a condición de estar unida. Sus grandes maestros y jefes no fueron nunca cobardes ni predicaron la sumisión y la renuncia; han educado al proletariado para la máxima decisión combativa y no para la tendencia a sustituir la lucha de clases con «arreglos» con la burguesía reaccionaria. Nada hay tan propicio para el fascismo como esa propaganda desmoralizadora que aconseja a los obreros no proporcionarse nunca armas, para no caer en la tentación de usarlas alguna vez con el propósito de conseguir con ellas una victoria.

La clase obrera se opondrá a esta propaganda desmoralizadora con las palabras del socialista francés *Jean Zyromski*, que lleva razón cuando dice:



«La libertad tiene más importancia que la paz.» («Le Populaire», del 27 de octubre.) Más, la libertad no se consigue con «arreglos», sino luchando sin retroceder ante los «riesgos» de una guerra libertadora.

### GUERRA IMPERIALISTA Y GUERRA LIBERTADORA

Los «pacifistas integrales» son enemigos acérrimos de toda guerra libertadora. «La guerra libertadora no existe», pretende *Henri de Man* («Le Peuple», 31 de octubre). «Toda guerra es desalmada y absurda», asegura *Séverac* («Le Populaire», 26 de octubre). Y *Léon Blum* declara que habla en nombre del partido, cuando dice: «Hemos roto definitivamente con las tradiciones de la revolución francesa, según las cuales, la guerra es un instrumento de liberación de los pueblos o de las clases oprimidas. («Le Populaire», 27 de octubre.)

Como se ve, para estos pacifistas, no existe ninguna diferencia entre una guerra de conquista imperialista y una guerra libertadora revolucionaria. Todavía no se atreven con sus palabras a sacar de esta teoría las consecuencias que hace tiempo han sacado con sus actos, ni a declarar abiertamente: «La guerra libertadora de los pueblos español y chino nos es anti-pática. No queremos nada con ella.» Coincidiendo con los trotskistas, desarrolla *Henri de Man* la «teoría», según la cual, «hoy no se enfrenta en ninguna parte la democracia al fascismo, sino el imperialismo «saciado» al imperialismo «hambriento»; la esencia de todas las guerras modernas es la destrucción de la libertad, incluso la de aquellos pueblos que, por su amor a la libertad, se dejan arrastrar a la guerra.»

¿Qué pasó en Abisinia? ¿Acaso se enfrentaba allí el imperialismo «hambriento» italiano con un «imperialismo abisinio saciado»? ¿No era más bien que el pueblo abisinio sostenía una *guerra libertadora nacional*, para defender su independencia nacional contra los agresores imperialistas?

¿Y en España? ¿Tenemos acaso, frente al imperialismo «hambriento» alemán e italiano, un «imperialismo saciado español», o sostiene el pueblo español una *guerra libertadora nacional* contra los agresores fascistas? ¿Y el pueblo chino, ¿no sostiene acaso una *guerra libertadora nacional*, contra el imperialismo japonés?

*Henri de Man* ha parido una teoría demasiado sutil. Pero esta teoría sutil tiene un pequeño defecto: está en pugna con la realidad. Las guerras que actualmente presenciamos no se ventilan entre el imperialismo «saciado» y el imperialismo «hambriento», sino entre los bandidos fascistas y unos pueblos atropellados que defienden su libertad y su independencia. Para estos pueblos, la guerra es el único medio de defender su libertad y evitar la esclavitud que les amenaza; pero *Séverac* les dice que toda guerra es «desalmada y absurda» y *Blum* declara que la guerra no puede ser



nunca un instrumento de liberación de los pueblos o de las clases oprimidas.

Y Henri de Man los clasifica entre los pueblos que se dejan arrastrar a la guerra por amor a la libertad, destruyendo de ese modo esa misma libertad. ¿Pretenderá quizá que entregándose sin lucha a la dominación fascista extranjera habrían salvado esa libertad?

La negación de la lucha por la libertad, la subdivisión mecánica del mundo en imperialismo «saciado» e imperialismo «hambriento», conducen a consecuencias que algunos pacifistas no se atreven a mirar cara a cara. Lo que los pacifistas socialdemócratas callan, de un modo harto significativo, lo declaran con todo descaro sus aliados los trotskistas. *Marceau Pivert* hizo pegar en París unos carteles en los que se declaraba que «no se podían sacrificar millones de hombres sólo en interés de las clases en el Poder en Checoslovaquia y del capital francés».

Al mismo tiempo que aparecían estos carteles en París, los agrarios checos, representantes de las clases en el Poder, conspiraban con el fascismo alemán, mientras el pueblo checo pedía la resistencia armada; el capital francés se entendía con los agresores, a diferencia de los obreros franceses, que se incorporaban a filas cantando la Internacional. *Maxton*, el payaso del «radicalismo» inglés, hizo que el órgano de su partido, el «Independent Labour Party», declarara que Inglaterra no debía defender a Checoslovaquia, obsequiando el 4 de octubre en la Cámara de los Comunes al Sr. Chamberlain con esta frase: «En un brevísimo lapso de tiempo, el primer ministro ha hecho lo que las masas populares de todo el mundo esperaban de él.» Estas lamentables alabanzas tuvieron su condimento «radical» en la declaración de que «la paz mundial no podía conseguirse dentro del orden capitalista y sobre la base del Imperio británico».

De la tesis según la cual prevalece hoy sobre todo lo demás el contraste entre el imperialismo «saciado» y el imperialismo «hambriento», saca *Maxton* una consecuencia contrarrevolucionaria muy lógica: aplaude al imperialista «saciado» Chamberlain, por haber arrojado la carne de Checoslovaquia al «hambriento» imperialista Hitler.

Los obreros revolucionarios que apoyan la guerra libertadora del pueblo español y del pueblo chino saben muy bien establecer la diferencia entre una guerra de rapiña imperialista y una guerra revolucionaria libertadora. Pero también los imperialistas, tanto los «saciados» como los «hambrientos», saben perfectamente que hay guerras libertadoras. Según el sistema del señor Henri de Man, en España tenían que enfrentarse el imperialismo «saciado» inglés y los imperialistas «hambrientos» alemán e italiano; pero vemos que el imperialismo «saciado» inglés es precisamente el que apoya a los imperialismos «hambrientos» alemán e italiano contra los defensores de la libertad española. Por lo tanto, es indudable que, en el mundo actual,



se dan contradicciones más *hondas* que la que existe entre los imperialistas «saciados» y los «hambrientos».

El marxismo ha visto siempre la diferencia entre las guerras de rapiña imperialistas y las guerras libertadoras, entre las guerras *injustas* y las guerras *justas*. *Marx* y *Engéls* no opinaban que todas las guerras son «desalmadas y absurdas». Todo lo contrario. Entendían que, en determinadas circunstancias, podían ser también las guerras instrumentos de liberación de los pueblos y de las clases oprimidas. *Lenin* desarrolló este mismo pensamiento de la forma más clara y perfecta. En su polémica con Rosa Luxemburg (sobre el folleto de Junius), refutó de un modo magistral la afirmación de que en la era del imperialismo desenfrenado no son posibles las guerras nacionales. Demostró que las guerras nacionales pueden convertirse en imperialistas y, viceversa, las guerras imperialistas en guerras nacionales. Expuso además que, bajo las condiciones de un desarrollo reaccionario general de Europa, a causa de la debilidad de la clase obrera, podían también ser posibles las *grandes guerras nacionales en Europa*. Hizo ver que no sólo son probables las *grandes guerras nacionales en Europa*. Hizo ver que no sólo son probables las guerras nacionales de las colonias y semi-colonias contra el imperialismo, sino que son inevitables, y añadía:

«No sólo son probables y posibles las guerras nacionales contra las potencias imperialistas, sino que son inevitables, por ser *progresivas y revolucionarias*.»

En el esquema de los «pacifistas integrales», sólo existen Estados imperialistas y toda guerra moderna tiene que ser una guerra imperialista. El genial sentido de la realidad que tenía *Lenin* ha deshecho estas sutilezas y demostrado que ni la participación de los Estados imperialistas en una guerra era suficiente para dar a esta el carácter de guerra imperialista. La comprobación de esto queda ilustrada por un ejemplo histórico:

Inglaterra y Francia lucharon en la «Guerra de los siete años» por unas colonias; es decir, que sostuvieron una guerra imperialista (guerra posible, tanto sobre la base de la esclavitud y del capitalismo primitivo, como sobre la base actual del capitalismo muy desarrollado). Francia fué vencida y perdió parte de sus colonias. Pocos años después, comenzó la guerra nacional libertadora de Norteamérica contra Inglaterra sola. Francia y España, que seguían poseyendo parte de los Estados Unidos actuales, acordaron, por enemistad hacia Inglaterra, o sea por sus propios intereses imperialistas, una alianza con los Estados sublevados y contra Inglaterra. Hubo tropas francesas peleando al lado de los americanos contra Inglaterra. Estamos en presencia de una guerra nacional libertadora, en la que la competencia imperialista es un elemento agregado que no tiene gran importancia contra lo que vemos en la guerra de 1914-1917 (el elemento de carácter nacional de la guerra austro-serbia no tiene gran importancia, com-



parado con la competencia imperialista que es el elemento predominante); de donde puede deducirse que no tiene ningún sentido emplear el concepto «imperialismo», como asidero para sacar la consecuencia de la «imposibilidad» de las guerras nacionales. Precisamente el empleo como asidero del concepto «imperialismo» es lo que conduce a los «pacifistas integrales» a la errónea conclusión que pugna con la realidad, según la cual no puede haber hoy guerras de liberación, sino sólo guerras entre imperialistas «saciados» e imperialistas «hambrientos».

Con semejante teoría, se intenta evitar que los obreros se den cuenta de que es en la lucha entre las fuerzas del socialismo y de la democracia por una parte, y las del fascismo y de sus cómplices reaccionarios por otra, donde reside la contradicción histórica decisiva de nuestra época.

Se pretende aniquilar su espíritu combativo, diciéndoles que, en nuestra época, toda guerra ha de tener un carácter imperialista, es decir, adverso a la clase obrera. Se quiere rebajar su solidaridad con los luchadores españoles y chinos por la libertad, su solidaridad con los pueblos subyugados o amenazados por el fascismo, al nivel de meras manifestaciones de beneficencia, pretendiendo demostrarles que la guerra no puede ser en ningún caso un instrumento de liberación.

Henri de Man pregunta: «¿Puede considerarse la guerra como un medio para lograr una victoria en Europa?» Y él mismo contesta: «¡No!» Y motiva su negación afirmando que la guerra convertiría forzosamente a todos los Estados en «autoritarios» o «totalitarios», aniquilando la libertad. La misma aserción se encuentra en el socialista francés Robert Lazurick: «¡La guerra significaría la muerte de la libertad! Entregaría nuestro país a un régimen totalitario, bajo el cual la vida no merece la pena de ser vivida.» («Le Populaire», 26 de octubre.) Y, en el mismo sentido, se expresa el socialista francés Louis l'Hevedez, diciendo que, «en la guerra, no puede haber libertad ni democracia» («Le Populaire», 31 de octubre).

Los representantes del «pacifismo integral» se han puesto notoriamente de acuerdo respecto a este argumento. Conforme a esta argumentación, y para evitar un régimen «autoritario o totalitario» de guerra, se pretende que los pueblos capitulen voluntariamente ante el fascismo, o sea, que se suiciden «por temor a la muerte».

Siguiendo esta argumentación, según la cual la guerra pone en peligro a la democracia, los españoles y los chinos debían haberse sometido sin lucha a los agresores fascistas. Esta es la conclusión lógica final del «pacifismo integral». La socialdemocracia alemana juzgó oportuno suprimir la democracia para protegerla del derrumbamiento. Los «pacifistas integrales» van más lejos y abogan por la capitulación ante el fascismo, «porque la vida, bajo una democracia limitada por la guerra, no merece la pena de ser vivida».



Opinan sin duda que esta vida «resultaría «mejor» bajo el fascismo.

Es extraordinariamente característico que estos «pacifistas integrales» eviten cuidadosamente las expresiones «Estados fascistas» y «régimen fascista» y sólo hablen de Estados «totalitarios» y «autoritarios».

Entre los «totalitarios», cuentan también a la U. R. S. S. y consideran también como régimen «autoritario» al Gobierno español de Frente Popular. Henri de Man y su amigo Spaak no han tenido hasta ahora el menor reparo para abogar por ciertas restricciones de la democracia y por un régimen «autoritario»; pero no temen seguramente que una guerra libertadora contra el fascismo aumente su *propia* autoridad, sino que el pueblo armado se halle en condiciones de imponer la *suya*. Porque no hay nada que demuestre — como pretenden los «pacifistas integrales» — que una guerra nacional libertadora contra los agresores fascistas ha de destruir forzosamente la democracia. No nos atengamos a los asideros de los «pacifistas integrales», sino a la realidad.

La guerra libertadora de España ha fortalecido y consolidado las instituciones democráticas de la República; no existe hoy en toda la Europa capitalista un solo gobierno que se aproxime siquiera al del Frente Popular español.

La guerra de liberación en China ha obligado al Kuomintang a dar su conformidad a una considerable democratización del país. Al meditar el régimen autoritario de Austria en la resistencia armada contra la Alemania de Hitler, reconoció parte de los postulados democráticos de los trabajadores.

Checoslovaquia no ha sido nunca tan democrática como en los días en que el pueblo barrió al Gobierno Hodza y pidió la guerra nacional libertadora contra la Alemania de Hitler. Las experiencias hechas hasta hoy no han confirmado en modo alguno las aseveraciones de los «pacifistas integrales». Mucho más lógico es admitir lo contrario: Es más que probable que toda guerra nacional libertadora contra un agresor fascista ha de provocar una *consolidación de la democracia*; primero, porque el sistema democrático es más apto para la guerra que el sistema fascista; segundo, porque es más fácil vencer bajo la bandera de la democracia, que bajo la de la tiranía y, por último, porque el pueblo en armas es también capaz de defender su libertad contra la traición interior.

Lo decisivo es que semejante guerra contra el agresor fascista se sostenga como una guerra libertadora antifascista o como una guerra imperialista, o sea, como una guerra sostenida con el propósito de conquistar países extranjeros y de someter pueblos extranjeros. Ante una guerra imperialista contra Alemania e Italia, la burguesía reaccionaria de Francia e Inglaterra manifestaría mucha menor aversión que ante una guerra libertadora antifascista. Lo que temen no es la guerra en sí, sino una guerra



que lleva el sello de un movimiento popular antifascista; para sostener una guerra al gusto de ellas, sería necesario contener previamente las fuerzas de la libertad en el propio país y sustituir la decisión combativa antifascista de las masas populares con la ciega borrachera del chovinismo. Impedir esto constituye una de las principales tareas de la clase obrera. Y no podrá impedirlo, si presta oído a las sugerencias de los «pacifistas integrales» y si se muestra dispuesta a capitular ante el fascismo y a dejar sin lucha que se entronice el poder de la burguesía reaccionaria y de las camarillas imperialistas.

El socialista francés Zyromski dijo la verdad al declarar que la clase obrera tenía menos que perder en una guerra contra el agresor fascista que bajo el régimen absoluto del fascismo, victorioso a causa de la capitulación de la democracia. («Le Populaire», 27 de octubre.) Soportar el régimen de los campos de concentración, la opresión y la humillación fascistas, es mucho más duro que morir en defensa de la libertad.

### LA LUCHA INTERNACIONAL CONTRA EL FASCISMO

Los obreros revolucionarios no rechazan la guerra sistemáticamente. Establecen una diferencia entre las guerras imperialistas y las guerras liberadoras y estiman la libertad más que la paz; pero están dispuestos a defender la paz. No consideran la nueva guerra mundial como cosa inevitable; pero se dan perfecta cuenta de que la capitulación ante el agresor fascista no salva la paz, sino que conduce, paso a paso, hacia la nueva guerra mundial.

¿En qué condiciones puede evitarse la nueva guerra mundial? Esta es la cuestión que se plantea a los pueblos. Para resolver correctamente esta cuestión, conviene no hacerse la menor ilusión en cuanto a la esencia del fascismo.

La profunda y peligrosa aberración que produce el «pacifismo integral» en el movimiento obrero, radica en gran parte en las ilusiones sobre la esencia del fascismo.

Si se consideran los medicamentos que recomiendan los curanderos pacifistas, se comprenderá la extrañeza del socialista francés Lebas. Esas gentes plantean la cuestión de la paz como si no existiera el fascismo. ¿Qué debe hacerse para protegerse de una banda de gangsters? ¿Hay que conducirse como si no se tratase de gangsters, mantener relaciones amistosas con ellos y evitar poner obstáculos en su camino?

Sobre esta línea de conducta, se mueven los consejos de los «pacifistas integrales», frente a los agresores fascistas. «¡Es preciso mantener buenas relaciones con todas las naciones y no sólo con algunas!», predica Séverac



(«Le Populaire», 26 de octubre). «¡Para escapar a la guerra, es preciso estar en paz con todos los Estados!», proclama Henri de Man («Le Peuple», 31 de octubre). «¡Hay que hablar con Hitler y Mussolini», grita l'Hevedez («Le Populaire», 31 de octubre). El poeta alemán Schiller demostró ser un político infinitamente más preclaro que estos predicadores pacifistas, al formular esta frase: «El hombre más piadoso no puede vivir en paz, si a ello se opone un vecino malo.»

Las buenas relaciones no pueden establecerse de un modo unilateral y el deseo más vehemente de mantener la paz con todos los Estados resulta infructuoso, si algunos de estos Estados están decididos a subyugar a los Estados vecinos. Si Henri de Man y Séverac se prometen la paz de la aplicación de su receta, deberían hablar amigablemente a los agresores alemanes, italianos y japoneses, para que retirasen sus tropas de España y de China y mantuviesen la paz con todos los Estados; sin lograr esto, su pócima tendrá aproximadamente el mismo efecto que las gotas del valerianato aplicadas a un caso de rabia.

La nefasta argumentación de los «pacifistas integrales» se manifiesta del modo más claro en la advertencia del socialista francés Lazurick: «¡Cuidado con llevar nuestro antifascismo interior al terreno internacional!» (Le Populaire», 28 de octubre). ¡En un momento en que los agresores fascistas están atropellando países extranjeros, se atreve Lazurick a considerar el fascismo como un «asunto de orden interior» de los distintos Estados! No han sido los españoles los que han llevado su antifascismo interior al terreno internacional; sino los fascistas alemanes e italianos quienes no sólo han llevado el fascismo, sino que han enviado a España soldados, cañones y aviones. Lazurick y sus amigos se hacen los sordos y los ciegos; actúan como si los Estados fascistas estuviesen ocupados únicamente en sus asuntos interiores; como si ni en broma pensasen en mezclarse en los asuntos interiores de otros Estados; como si esta incursión en el terreno internacional no procediera de ellos, sino de la democracia.

*Austria* no se había metido jamás en los asuntos interiores de la Alemania de Hitler y, a pesar de ello, fué atropellada y subyugada por la Alemania de Hitler. *Checoslovaquia* se guardó muy bien siempre de enfrentarse con el fascismo alemán y, no obstante, ha sido atropellada y descuartizada por el fascismo alemán. El fascismo alemán predica la cruzada contra la democracia e invoca su «misión» de aniquilar al «bolchevismo» en todos los países. Ha exigido y conseguido la dimisión de ministros ingleses; el despido de redactores daneses; la confiscación de diarios extranjeros. Organiza en Alsacia-Lorena, en Dinamarca, en Lituania y en Polonia, movimientos irredentistas, como había hecho anteriormente en las regiones de los sudetes. Provoca «putschs» en Austria, en Rumania y



en el Brasil. Pretende que su misión histórica es la «reorganización de Europa». ¡Y ante estos monstruosos atropellos contra la seguridad de todos los pueblos y Estados, ante *esta ofensiva mundial* del fascismo, se presentan los señores pacifistas como Lazurick y de Man y conjuran a los partidarios de la democracia a no llevar su antifascismo al terreno internacional!

Tales conjuros pacifistas son una *tergiversación consciente de los hechos, un engaño consciente de la clase obrera*. Todo se encuentra en una misma línea: la afirmación de que, en el mundo actual, lo decisivo es la contradicción entre el imperialismo «hambriento» y el imperialismo «saciado»; la insolente equiparación de la U. R. S. S. con los agresores fascistas, bajo la expresión elástica de Estados «totalitarios y autoritarios»; la negación de la posibilidad de las guerras libertadoras y, por último, la infame alusión de que, en el fondo, es la democracia la que pone en peligro a la paz mundial.

Todo esto forma parte de un sistema que está en manifiesta pugna con la realidad y favorece considerablemente la propaganda fascista.

La clase obrera tiene que darse cuenta de que el mundo se ha modificado radicalmente desde 1914. No es la diferencia entre el imperialismo «hambriento» italiano y alemán y el imperialismo «saciado» inglés lo decisivo hoy día, sino el *contraste entre las fuerzas del socialismo y de la democracia, cuyo puntal más firme es la U. R. S. S., y las fuerzas del fascismo y de la reacción, cuyo gendarme es la Alemania hitleriana*.

Es indudable que existen serias contradicciones entre los Estados imperialistas y es de suponer que estas contradicciones pueden verse ventiladas de un modo bélico; pero siempre prevalecerá la contradicción entre el movimiento libertador, socialista y democrático por una parte, y la burguesía reaccionaria por otra. La guerra de 1914 comenzó como una guerra de conquista, en la que chocaron entre sí dos grupos de Estados imperialistas. La guerra actual ha empezado de un modo muy distinto, con un atropello de un grupo de Estados fascistas contra pueblos que defienden su libertad y su independencia. Lleva *desde el principio y marcadísimamente el carácter de una guerra contrarrevolucionaria, con el sello de la guerra civil, de la lucha de clases*.

Los reaccionarios ingleses luchan al lado de los agresores fascistas contra el pueblo español; las capas reaccionarias de la burguesía china apoyan al enemigo del país, al Japón, contra el pueblo chino. Los frentes atraviesan los países. Mientras que los obreros ingleses y franceses se consideran como aliados de la República española, las camarillas reaccionarias de Francia e Inglaterra se han unido a los agresores fascistas contra la República española. Mientras que los obreros y las amplias masas trabajadoras de todos los países se hallan al lado de la U. R. S. S., los círculos de la burguesía reaccionaria de todos los países fomentan los manejos contrarrevolucionarios.



rios dirigidos contra la U. R. S. S. Los círculos dominantes del imperialismo «saciado» inglés no consideran como su enemigo principal al imperialismo «hambriento» alemán e italiano, sino al movimiento de liberación socialista y democrático, cuyo más fuerte baluarte es la U. R. S. S.

Los «pacifistas integrales» tipo Lazurick conjuran a los obreros a limitarse a la lucha de clases *dentro* del propio país y a no llevar su antifascismo al *terreno internacional*. Se pretende por lo tanto que los obreros franceses cierren los ojos ante el hecho de que los círculos reaccionarios de la burguesía francesa se unan al fascismo extranjero, para poder sostener más eficazmente la lucha de clases contra los obreros y trabajadores en su propio país. Se quiere que cierren los ojos ante el hecho de que el fascismo alemán arma a los fascistas franceses y que nadie molesta a estos lasquetetes de la Alemania hitleriana. Se quiere que cierren los ojos ante el hecho de que los discursos y las disposiciones de Daladier, adversos a los obreros, están íntimamente ligados con la conspiración de Munich; de que la capitulación ante Hitler va unida a una ofensiva de la burguesía reaccionaria francesa contra la clase obrera francesa. *¿Cómo es posible salvar a Francia del peligro del fascismo, si se capitula ante el fascismo alemán? ¿Cómo es posible sostener la lucha de clase contra las doscientas familias, si no se tiene en cuenta el acuerdo de estas doscientas familias con el fascismo alemán? ¿Cómo puede defenderse la democracia atacada contra su enemigo interior, si no se opone resistencia a su aliado del exterior?*

«¡No os ocupéis del incendio de la casa del vecino! ¡No penséis en el viento que puede empujar las llamas hacia vuestra casa! ¡No abandonéis por nada del mundo vuestra casa para ayudar en la calle a evitar la propagación del fuego!» Estos son los consejos que da a los obreros el «pacifismo integral».

Aconsejar al obrero, frente a la conspiración internacional del fascismo y de la reacción contra la clase obrera, la democracia y el socialismo, a no considerar la lucha de clase como una lucha internacional, a quedarse dentro de sus cuatro paredes y a esperar, completamente aislados, que los bandidos unidos irrumpen en la propia casa, es lo que se llama sencillamente *traicionar a los intereses de la clase obrera*.

### ¿COMO PUEDE SALVARSE LA PAZ?

¿De qué modo puede salvarse la paz? «Por la debilidad»; contestan los «salvadores de la paz» pacifistas. «Hay que debilitarse y aislarse para salvar la paz.»

«Nada es tan peligroso», asegura Henri de Man, «como oponer a los Estados fascistas una fuerza militar superior de los Estados democráticos.»



Esto conduce a la guerra. Esto es jugar con fuego, sin pensar en el incendio posible» («Le Peuple», 26 de octubre). Séverac opina de un modo idéntico: «Buenas relaciones con todo el mundo; pero jamás una alianza» («Le Populaire», 26 de octubre). «Toda alianza», añade, «hace correr el peligro de tener que sostener una guerra de la que no es responsable». Toda alianza militar aumenta la conciencia de la propia fuerza, y, por lo tanto, disminuye la propia prudencia e impide la inclinación a preferir los «arreglos» a las soluciones fuertes. En fin, cuanto más aislado se viva, cuanto más débil se sea, más se logrará escapar a un atropello fascista. El caso es que los agresores fascistas han demostrado hasta la fecha su acusada tendencia a precipitarse sobre los adversarios débiles, mientras que encogen el rabo en presencia de adversarios fuertes. Pero los señores pacifistas creen sin duda en los milagros y esperan que los agresores fascistas se conviertan a principios nuevos. Creen que el fascismo alemán se emocionará mucho si Francia procede a su propia castración, hasta tal punto que, de puro emocionado, no le saltará al cuello, sino que caerá en sus brazos. El socialista francés *Lebas* opina, sin embargo, de otro modo. Dice lo que piensa cualquiera sobre cuyo modo de pensar no hayan pasado todavía las ruedas del fascismo: «Echar a correr ante el riesgo de la guerra significa que Francia se halla *aislada* en el Este, a merced de los antropófagos fascistas.» («Le Populaire», 29 de octubre.)

Ni siquiera el «pacifista integral» puede admitir en serio que el fascismo alemán, cuya especialidad es el asesinato de seres indefensos, pueda respetar la debilidad más que la fuerza. Ya que no podemos considerar a estos pacifistas como niños, sino que, al fin y a la postre, son hombres capaces de calcular las consecuencias, sólo podemos ver detrás de sus propuestas el propósito de debilitar y aislar a los Estados democráticos, de tal modo, que desistan de resistir y eviten la guerra, para entregarse sin lucha ni condiciones al fascismo agresor.

Mientras algunos vociferan contra *todas* las alianzas, otros, como l'Heuvez, abogan por una alianza con la Alemania hitleriana, haciendo la propaganda abiertamente en favor de una inteligencia franco-alemana.

A modo de consuelo, añaden «que Francia no tiene necesidad de presentarse en camisa, con la soga al cuello, dispuesta a todas las humillaciones y a la esclavitud». Por lo visto, se cuenta en el campo de los pacifistas con tal eventualidad, ya que éstos consideran que el «peor arreglo» es preferible a una victoria.

Como cumple el fascismo alemán los «tratados bilaterales», lo ha demostrado al mundo la ocupación de Austria. La forma en que suelen tratar a los Estados que no le ofrecen resistencia, la han experimentado los checoslovacos.

El verdadero motivo de estas propuestas absurdas se descubre más o



menos descaradamente. Los pacifistas, estilo Séverac y l'Hevedez, quieren suprimir el *pacto de amistad entre Francia y la U. R. S. S.*

Sin la menor vergüenza, declara Séverac: ¿Habríamos sufrido la guerra de 1914, si no hubiésemos estado ligados a Rusia por una alianza militar? Con un cinismo sin precedentes, aplica l'Hevedez al acuerdo bilateral con la U. R. S. S. la justa crítica que hiciera Jaurés del pacto imperialista con la Rusia zarista, diciendo que Francia «se pone en el peligro de tener que sostener una guerra por unos búlgaros cualesquiera».

Estos hombres de honor pacifistas saben, como todo el mundo, que Francia ha tratado como un papel mojado el pacto de amistad con Checoslovaquia, mientras que la U. R. S. S. demostró hasta el último momento su decisión de respetarlo. Saben, como todo el mundo, que *la U. R. S. S. no necesita la ayuda de Francia y que Francia, en cambio, sí necesita la ayuda de la U. R. S. S.* El socialista francés Lebas, que no es izquierdista, ni mucho menos, ha fijado perfectamente los hechos al escribir: «Francia tenía un sistema de alianzas que ofrecía para todos la máxima garantía de su propia paz y de la paz de los demás. De este sistema *no ha quedado nada*. La firma de Francia ha perdido mucho de su valor... El pueblo francés, cercado por el fascismo alemán e italiano y amenazado en los Pirineos, necesita para su seguridad, *más que ninguna otra nación*, los pactos de ayuda mútua.» Zyromski ha subrayado la importancia decisiva de tales pactos, considerando el pacto con la U. R. S. S. como una etapa importante del bloque entre Francia, la U. R. S. S., Inglaterra y los Estados Unidos de América. Ha demostrado también que Francia tiene *más interés que ningún otro Estado* en la seguridad colectiva.

Efectivamente: *el fascismo alemán ha realizado siempre sus conquistas en el terreno de la mínima resistencia*. Su temor a una gran guerra es evidente. Ante los adversarios potentes, suele retroceder, como en mayo de 1938. Y he aquí que aparecen las plañideras pacifistas y quieren persuadir a Francia de que debe proceder a su propia castración; que esto animaría al fascismo alemán a no atacar a la débil Francia, sino a la pujante U. R. S. S. No creemos que el fascismo alemán esté dispuesto a hacerle este favor, porque siempre preferirá, sin duda alguna, precipitarse sobre una Francia débil a exponerse a los golpes del Ejército Rojo.

Los pacifistas que ven la salvación en la debilidad de la democracia no reparan en los procedimientos a emplear para producir esta debilidad de la democracia. Puesto que ellos mismos desean la debilidad de los Estados democráticos, es muy lógico que recomienden *las concesiones a los agresores fascistas hasta el último límite*. Se apresuran a sobrepujar con sus ofrecimientos las mismas exigencias de la Alemania hitleriana. L'Hevedez opina que se deben satisfacer todas las exigencias coloniales de la Alemania de Hitler y examinar además «ciertos problemas de las minorías



nacionales», es decir, aquellos problemas que interesan al imperialismo alemán. Lazurick cree, en cambio, que se le debe abandonar Europa, yéndose Francia a encauzar su «dinamismo nacional» hacia las colonias. Todos ellos, incluso Léon Blum, abogan en favor de hacer concesiones «hasta el último límite», sin precisar exactamente cuál es este límite.

«Existe un límite de lo aceptable», declara Léon Blum, y añade: «La guerra es inevitable, si se ataca la integridad del territorio, la independencia del Estado y la libertad de los ciudadanos.» («Le Populaire», 27 de octubre).

Estas palabras no tienen un solo sentido. Séverac intenta precisar un poco más y dice que el partido llamará a la resistencia, si Francia es objeto de violencia material (si, por ejemplo, vuelan aviones sobre París o entran ejércitos extranjeros en territorio francés). Sólo en este caso y en ningún otro, debe llegarse a la guerra. Dice que, cuando habla de Francia, piensa únicamente en «la gran realidad histórica a la que están apegados los franceses mientras son libres». («Le Populaire», 26 de octubre). Hay que reconocer que todo esto es tan oscuro como un oráculo de Delfos. Hay que reconocer, además, que estas palabras permiten las más diversas interpretaciones en cualquier situación concreta. Esto lo hemos vivido ya una vez: la socialdemocracia alemana y austriaca han descubierto continuamente nuevos «límites de lo aceptable». Como la realidad no se ha atenido jamás a estos subterfugios, los «límites de lo aceptable» fueron revisados constantemente, hasta que el fascismo se encontró lo suficientemente fuerte para poder atravesarlos, sin peligro alguno, e instaurar su dominio. El límite de las últimas «concesiones» no se traza con sutilezas, sino en la dura realidad. Cuando se llega a ellas, ya pueden considerarse como sacrificadas. *Con cada nueva concesión, se modifica la correlación de las fuerzas; el atacado es cada vez más débil y el agresor cada vez más fuerte.* El resultado de esta política de capitulación es inevitable: llega un día en que no es el agredido quien traza los últimos límites, sino el agresor quien los dicta.

Al entregar Checoslovaquia sus fortificaciones al agresor alemán, muchos de sus políticos hablaron de una «segunda línea de defensa» que había que mantener a toda costa. No llegaron siquiera a ocupar esta segunda línea de defensa; ya no les quedaba fuerza para ello. El «último límite» no dependía ya de su voluntad, sino de la voluntad del agresor fascista.

Es probable que Léon Blum se diese cuenta de lo quebradizo que se vuelve el terreno, cuando se quieren fijar los «últimos límites» a las concesiones, y llamó la atención sobre el hecho de que la integridad de la nación francesa no había sido amenazada *directamente* por «la crisis de los pasados meses» — con esta frase designa prudentemente la traición de



Munich — pero *indirectamente* sí. Planteó la cuestión de la «defensa nacional indirecta», pero sin resolverla. («Le Populaire», 29 de octubre.) La clase obrera francesa no tendrá más remedio que resolver muy seriamente esta cuestión. Francia ha sacrificado a sus aliados en Europa Central y se dispone a estrangular a la República española. Los círculos reaccionarios, apoyados por los «pacifistas integrales» en las filas del partido socialista, exigen la denuncia del tratado de amistad con la U. R. S. S. y se están meditando nuevas «concesiones». Con todo esto, Francia se halla de tal modo debilitada y aislada, que cualquier día puede verse forzada a tener que aceptar la lucha en las condiciones más desfavorables o entregarse sin lucha al fascismo alemán. Siguiendo esta política, que comienza con la «no intervención» en España y que lleva, a través de la capitulación de Munich, a concesiones y capitulaciones ulteriores, se verá algún día incapacitada para fijar este «último límite», viéndose obligada a dejar al fascismo alemán el cuidado de determinarlo.

Por lo tanto ¿deben los obreros abogar por una guerra *preventiva*? No; no se trata de eso; no se trata de sostener una guerra preventiva, sino de domeñar a los agresores fascistas por medio de una *paz preventiva*. Aún cabe hoy la posibilidad de una paz semejante.

Pero ésta sólo es posible, si la clase obrera se libra de las ilusiones pacifistas y comprende que el agresor fascista no retrocede más que ante la fuerza y nunca ante la debilidad del adversario.

Es posible, si la clase obrera consigue la unión en cada país y de un modo internacional, para oponer en todas partes al fascismo su fuerza bien unida.

Es posible, si la clase obrera está decidida a defender su libertad con todos los medios y, si es preciso, con las armas en la mano, como los luchadores españoles por la libertad, no sólo contra el fascismo en el propio país, sino también contra cualquier agresor fascista.

Es posible, si la clase obrera unida logra, tanto en el propio país como internacionalmente, aliarse con todas las fuerzas dispuestas a defender la independencia de su país en cualquier circunstancia y si, al lado de estas fuerzas, consigue sustituir a los gobiernos de traición nacional y de vergüenza, por gobiernos de resuelta defensa nacional antifascista.

Es posible, si todos los pueblos democráticos amenazados por el fascismo forman un bloque de unión con el gran pueblo soviético, con objeto de oponer a los agresores fascistas un cordón protector de pueblos dispuestos a la lucha.

Es posible, si el agresor fascista se ve enfrentado a un bloque aplastante de Estados democráticos que, con la adhesión de la U. R. S. S., recibiría una fuerza irresistible capaz de arrastrar a todos los pueblos a defenderse.

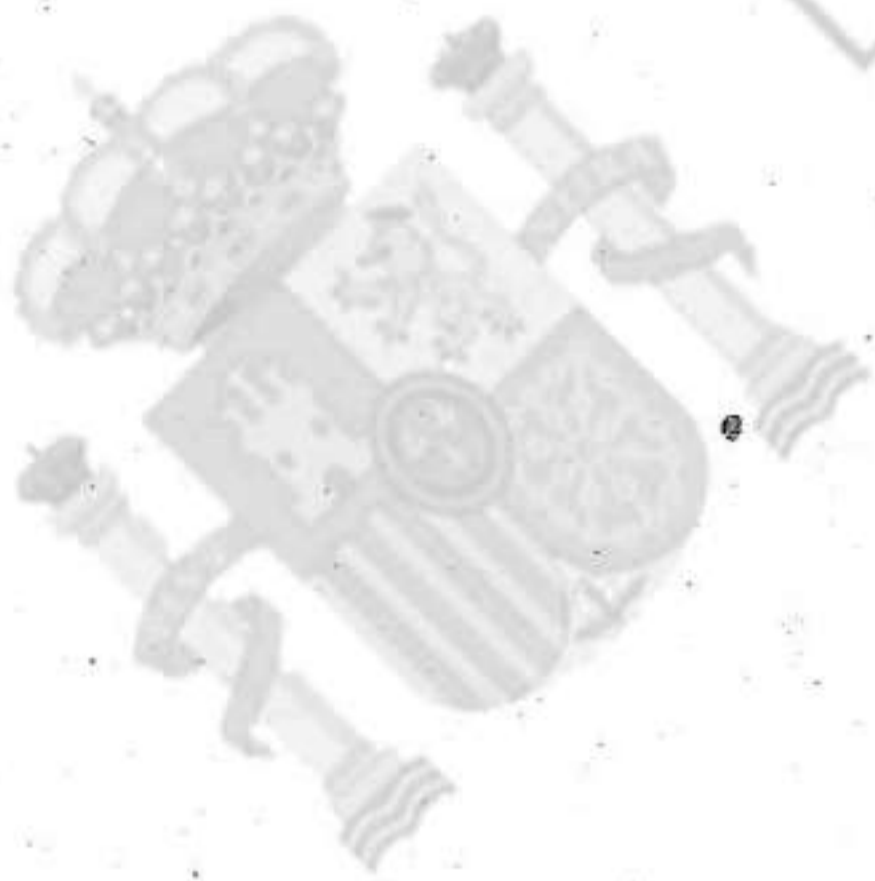
Sólo de este modo se puede salvar la paz.



Sólo será capaz la clase obrera de cumplir esta misión histórica, si se libra de los agentes de la burguesía que llevan a sus filas los gérmenes de la corrupción y de la capitulación, si arroja de su seno a los falsos pacifistas y se dispone a realizar la organización de la paz antifascista, con el espíritu de la lucha de clase proletaria.

«El pacifismo y la propaganda pacifista abstracta representan una forma de engaño de la clase obrera.» (Lenin, Conferencia de las Secciones extranjeras del Partido socialista obrero de Rusia.)

Estas palabras del más gran caudillo revolucionario de los obreros son de la mayor actualidad. Luchemos por la paz, no por medio de «arreglos», concesiones, capitulaciones y soporíferos pacifistas, sino por medio de la valentía proletaria, de la firmeza, de la decisión y de la solidaridad.





# La guerra intervencionista de Hitler en España y las fuerzas de la paz en Alemania

por

WALTER ULBRICHT

La heroica lucha del pueblo español contra los invasores fascistas, que tantas víctimas está costando, ha fortalecido la confianza de los antifascistas de Alemania, animándolos a la resistencia contra los promotores de guerra en su propio país.

Cuando en 1933, durante el proceso de Leipzig, desplegó el camarada Dimitroff la bandera de la unión de todas las fuerzas para luchar contra la barbarie fascista, los enemigos de Hitler cobraron nuevos ánimos. Cuando, en otoño de 1936, comunicaba la radio que los rebeldes fascistas habían sido rechazados ante Madrid y que el ejército popular español, apoyado por las Brigadas internacionales, formaba un baluarte inexpugnable alrededor del Madrid del Frente Popular, se levantó una ola de entusiasmo en los barrios obreros, iniciación de un cambio en el modo de pensar en Alemania. Madrid había suministrado la prueba de que, incluso con una superioridad técnica, las tropas fascistas podían ser vencidas militarmente por el ejército de la libertad.

La guerra de Hitler y de Mussolini y la lucha heroica en favor de la República democrática española tuvieron enorme influencia sobre la vida de todos y en el modo de pensar del pueblo alemán. Su posición frente a los acontecimientos de España suponía la posición en pro o en contra de la paz, de la libertad y del progreso, en pro o en contra del fascismo hitleriano, como lo demostró, sobre todo, lo siguiente:

Las grandes masas han adquirido la conciencia de que el fascismo alemán no quiere «la igualdad de derechos de Alemania», sino que Hitler es el agresor, que se inmiscuye en los asuntos interiores de España, para saquear el país y ocupar posiciones estratégicas para una guerra contra Francia y para el triunfo del fascismo en Europa. Los obreros y hasta las capas burguesas han visto de un modo cada vez más claro que Hitler precipita



a Alemania en locas aventuras bélicas que sólo pueden terminar con una espantosa derrota.

El pueblo alemán ha visto cada vez más claro *para qué* sirven los enormes sacrificios a que le obligaba el fascismo. La guerra de Hitler en España, que se traga enormes cantidades de material bélico, ha conducido a la militarización del país y a la limitación de toda la vida del pueblo alemán, siendo cada vez más evidente que la causa de las calamidades crecientes es la política de guerra del fascismo.

*El miedo a la guerra crece en el pueblo, y la oposición se ha apoderado de círculos más amplios que nunca.* Mientras que antes sólo manifestaba su descontento parte de los católicos campesinos y de la clase media, hoy se ha apoderado ya de la masa principal de estas capas. La amplia coincidencia del Partido Comunista alemán y de los grupos socialdemócratas, en la lucha contra la política de guerra de Hitler, facilita un mejor trabajo en común. Al propio tiempo, las obligaciones, las privaciones y el peligro de una catástrofe nacional a causa de la política de guerra fascista, han *creado nuevas condiciones para la unión de la clase obrera con los campesinos y la clase media.*

#### LOS FINES IMPERIALISTAS DE GUERRA DEL FASCISMO ALEMÁN EN ESPAÑA

Antes, el gobierno hitleriano organizaba sus preparativos bélicos con el pretexto de «proporcionar trabajo», declarando hipócritamente que el enorme armamento no estaba destinado a atacar, sino tan sólo «a proteger el hogar alemán». Pero no pudieron ocultarse al pueblo alemán los incesantes suministros de material de guerra y el envío a Franco de contingentes del ejército imperial alemán. Muchos alemanes ponían de relieve que Alemania no posee ninguna frontera común con España y formulaban la pregunta: «¿Qué se le ha perdido a Alemania en España?» Los antifascistas decían en su propaganda por medio del rumor: «Mussolini y Hitler son los culpables de la guerra civil en España; sin sus armas mortíferas, España sería un país pacífico.» El secretario general de la Internacional Comunista, camarada Dimitroff, ha subrayado en su artículo dedicado al segundo aniversario de la heroica lucha del pueblo español, que los fascistas alemanes «habían reanudado los planes del imperialismo alemán que, ya antes de la guerra mundial imperialista, preveían la ocupación de España». En mayo de 1933, el general nazi Faupel, más tarde embajador de Hitler cerca de Franco, escribió en la revista de Economía de guerra «Wissen und Wehr», que la Península Ibérica «tenía por su situación geopolítica una importancia decisiva»:

«España — escribía — domina la ruta de Gibraltar por sus posesiones en



Marruecos. La península y su llave de Baleares dominan el flanco Mediterráneo y las líneas de las fuerzas francesas e italianas. Las Baleares, desde el punto de vista estratégico y marítimo, constituyen la clave del Mediterráneo occidental.»

Y el encargado de la prensa del partido nacionalsocialista alemán en España decía entonces en una Memoria:

«Una mirada al mapa muestra la importancia estratégica de España en una guerra entre Alemania y Francia.»

¿Cuáles eran los fines que guiaban al fascismo hitleriano, al preparar en España sus puntos de apoyo y la sublevación fascista?

Hitler dió en su discurso de Wersburg, el 27 de junio de 1937, la siguiente justificación de su intervención bélica:

«Necesitamos en España un gobierno nacional para asegurarnos el hierro español.»

Con lo que pretendía dar la impresión de que la guerra aportaría al pueblo alemán alguna utilidad. Si bien la propaganda hitleriana según la cual la conquista de colonias mejoraría el nivel de vida de los trabajadores alemanes, hizo efecto durante algún tiempo incluso en las filas de los trabajadores, estas ilusiones se han ido desvaneciendo a medida que duraba la guerra en España. A pesar de la explotación de los yacimientos de minerales españoles por el fascismo alemán, no se ha mitigado la crisis de materias primas en Alemania; por el contrario, va en aumento.

Por desgracia, el pueblo alemán desconoce aún quienes son los grandes capitalistas alemanes que tienen participación en las minas y en las grandes empresas industriales de España y un interés inmediato en el putch fascista en España, para poder esclavizar a los obreros españoles en mayor provecho suyo. Después de la guerra mundial, sobre todo, se concentraron los círculos del gran capital con mayores intereses en la explotación de los tesoros del subsuelo de España. Para explotar los yacimientos de plomo, zinc, plata y mercurio de España, se fundó la «S. A. minera de producción de plomo y zinc de Stollberg, en Westfalia». La mayoría de las acciones pertenecía al industrial alemán Otto Wolf, a quien Hitler confiara más tarde otros asuntos de importancia en el extranjero y que era también miembro del Consejo de Administración del trust del acero. Está asociado con el banquero Schroeder, de Colonia, uno de los principales financieros del Partido nazi antes de 1933, que sostiene estrechas relaciones con el banquero Henri Schroeder. Además, éste mantiene relaciones con la «Frankfurter Metall-Aktiengesellschaft», en la que están representados una serie de importantes trusts alemanes, como el de los Colorantes I. G., Bosch, Siemens (éste tenía 15 grandes sucursales en España), así como los representantes de los mayores Bancos de Alemania. Pero en esta Frankfurter Metall-Aktiengesellschaft figuran también importantes representantes del



*capital inglés*, por medio de los cuales se mantiene la relación con la conocida Sociedad de Riotinto. Está pues demostrado que la intervención bélica de Hitler en España no tiene nada que ver con el «honor de Alemania», sino que se trata de los intereses de esos capitalistas de los trusts alemanes, cuyas ganancias en España peligran porque los obreros, con la lucha del Frente Popular, conquistan más derechos y mejores salarios. Los minerales españoles se han pagado con la vida de numerosos soldados del ejército imperial alemán y con el despilfarro de fabulosas cantidades de materias primas transformadas en material de guerra.

### LAS REVELACIONES DE LOS SUMINISTROS DE GUERRA POR LOS TRABAJADORES ALEMANES

El fascismo hitleriano intentó por todos los medios ocultar al pueblo alemán el envío de soldados alemanes y el suministro de material de guerra alemán a Franco, por lo que adquirieron más importancia *las revelaciones periodísticas acerca de los suministros de guerra fascistas, revelaciones hechas por los marineros y portuarios alemanes, así como los relatos procedentes de las fábricas de armas alemanas y españolas.*

*Los marineros se negaban cada vez más a embarcarse en vapores que llevaban material bélico a Franco.* A pesar de la oferta de gratificaciones extraordinarias, las tripulaciones seguían en su negativa; tanto es así que, en algún caso, tuvo la Gestapo que proceder a la detención de toda la tripulación de un barco. Un marinero decía: «Aunque me paguen lo que quieran, yo no voy a exponer el pellejo en España por Franco. He estado una vez y no volveré más.» La tripulación del barco alemán «Henrica» se declaró en huelga en Rotterdam y se negó a continuar el viaje. El barco llevaba a bordo municiones para Franco.

La prensa fascista relataba también que muchos de los *motores de aviación* presentaban defectos y que tales defectos se observaban también en una serie de tanques. Un marinero decía que llevaban a bordo, entre otras cosas, dos lanchas rápidas de un nuevo tipo. Al descargarlas en el muelle, se rompió la cadena y una de las lanchas se estrelló contra el muelle, quedando destrozada.

También dentro del ejército del Reich se hablaba de los transportes de tropas, del envío de aviadores, de artilleros y de técnicos a Franco. Se dijo, entre otras cosas, que sólo en marzo de 1938, habían marchado 54 aviadores alemanes y que estaban preparados para la marcha 85 alumnos de la escuela de aviación de Luneburg. En febrero de 1938, fueron trasladados a Portugal 80 aviadores de la escuela de aviación de Magdeburg. En una conversación entre un soldado y un amigo suyo, manifestaba éste sus



dudas acerca de la *deserción de soldados alemanes* y el soldado contestó: «No dejará de ser verdad, porque de los nuestros, nadie quiere ir ya a España. Todos se niegan.» En una proclama repartida en Hamburgo leemos:

«No hay oprobio mayor para un soldado alemán, para cualquier alemán, que ser mercenario comprado y lasquenete a sueldo de los capitalistas y generales extranjeros.»

De la región de Brandeburgo cuentan incluso que en las paredes apareció la consigna de oponerse al envío de tropas a España.

Cada vez se habla más de los que ya no volverán de España. En el «Cuerpo negro», órgano de los S. S., y en otros periódicos nazis, aparecen cada vez más noticias de los miembros de la S. S. y S. A. muertos por «accidente». Los cadáveres de los oficiales del ejército imperial son transportados a Alemania en ataúdes de zinc o en cajas de madera. De los numerosos relatos de los marineros, se deduce el número de los muertos que «vuelven» de este modo al Reich. Un soldado escribe que de su compañía de tanquistas salieron 15 hombres. Cinco de ellos han caído ya. Respecto al ambiente que reina, los soldados dicen: «Con el resto del dinero (se refieren a la parte de la soldada que se les paga en Alemania) puede uno comprar un ataúd.» Es cada vez más frecuente esta pregunta que corre de boca en boca: «¿Por qué no se publican las listas de bajas?» Los nombres de los caídos no se ignoran, gracias a la propagación de noticias en voz baja.

Las revelaciones sobre los suministros de armamento, los transportes de tropas y las bajas en muertos, heridos y prisioneros, contribuyen a llevar a la conciencia de los alemanes la certidumbre de que Hitler sostiene la guerra. Aparece claramente la contradicción entre los intereses de guerra del fascismo alemán en España y el miedo creciente a la guerra que experimentan las masas, desde el bombardeo de Almería por la flota de Hitler.

Mientras que antes los obreros se rebelaban contra las múltiples suscripciones que no podían dar más por motivos familiares u otros, a partir del bombardeo de Almería se motivaba la negativa en la creencia de que estas colectas no servían para el bien del pueblo, sino para la guerra. Los obreros decían: «Lo que se pretende es financiar a los generales franquistas.» En una empresa decían: «No tenemos nada para las tropas de Franco; todo lo que recoge el socorro de invierno va a parar a España.» En una fábrica textil, armaron dos obreras de 16 años un gran escándalo y declararon: «No damos nada para Franco.» Unos obreros socialdemócratas dijeron: «En las discusiones acerca de España, se habla casi siempre al mismo tiempo del mísero salario y de sus innumerables mermas, relacionándolas con la ayuda de Hitler a Franco.»

Esta creciente oposición no encuentra sólo su expresión en la propa-



ganda de rumores, sino que los obreros han pasado a escribir con tiza consignas en las paredes de las fábricas y a repartir proclamas. En un pozo de Oberschlesien, recorrieron la mina unas vagonetas en las que se leía, escrito con tiza: «Nada para nosotros. Todo para Franco», y en otra, en verso: «Hitler y Mussolini quieren llegar a Madrid. Todos somos del Frente Popular.» El día en que Mussolini llegó a Munich, se leían en sitios concurridísimos las consignas: «Contra las manifestaciones bélicas de Hitler y de Mussolini, sólo sirven las brigadas internacionales de la paz.»

En tales consignas, se expresaba abiertamente la profunda aversión del pueblo al aliado de Hitler y al eje Berlín-Roma.

### MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD EN ALEMANIA

Anteriormente, se limitaba el descontento y la resistencia contra las medidas de la dictadura hitleriana a las cuestiones de orden económico, contra las medidas forzosas. Desde la guerra española de Hitler, la oposición contra los males del día se relaciona con la lucha contra la causa de todos estos males, que es la política bélica del fascismo. Esta posición de extensos sectores del pueblo alemán ha sido expresada por el Comité preparatorio del Frente Popular, en su mensaje de abril de 1937, en el que se lee:

«El pueblo alemán no quiere que le lancen contra otros pueblos, ni conquistar territorios ajenos... Celebramos que — a pesar de las circunstancias difíciles — se movilicen en nuestro pueblo las fuerzas de resistencia contra los insoportables impuestos para armamentos y contra la esclavización indigna. El pueblo alemán no quiere desangrarse defendiendo a los reaccionarios españoles ni por la locura de armamentos del fascismo de Hitler.»

La heroica lucha del Frente Popular español contra la intervención bélica de Hitler ha dado lugar en muchos casos a la acción común entre comunistas y socialdemócratas en Alemania. De una empresa, nos relatan, por ejemplo:

«Con motivo de la guerra de España, hemos llegado a un cambio de impresiones entre socialdemócratas y comunistas. Los socialdemócratas abogan por el apoyo al Frente Popular en España, para que pueda conservar la dirección política del país. A causa de España, hemos hablado también de la situación del obrero alemán.»

De una empresa metalúrgica nos escriben:

«Los socialdemócratas opinan que lo principal, por ahora, es nuestra unión. Los camaradas socialdemócratas preguntan a los comunistas si no se podrían llevar a cabo colectas para España, dónde se podría entregar el dinero y de qué modo sería posible asegurar su llegada al campo republicano...»



Hemos discutido acerca del modo de propagar la verdad sobre España y cuál debe de ser la consigna que debe de difundirse por medio de la propaganda del rumor.»

Los antifascistas se han dispuesto en muchas empresas, por iniciativa propia, a reunir dinero en favor de sus hermanos españoles. En los primeros meses de la lucha, hiciéronse colectas en las minas de Sajonia y de Schleswig, reuniendo en ellas 72 marcos. En algunas empresas de la Alemania central y meridional, se reunieron el 19 de septiembre 20 marcos, el 20 de septiembre 15 marcos, el 21, 17,65, el 22, 5 marcos y el 25 de septiembre 67 marcos.

En una conocida fábrica de aviones de Alemania del Norte, se reunieron 180 marcos y 50 en una fábrica de material de guerra de Berlín. Con ocasión del match de fútbol entre Checoslovaquia y Alemania, mandaron algunos deportistas de Praga 100 marcos. En verano de 1937, llegaron de una fábrica de armas de Berlín 40 marcos, de una empresa de armamento de Alemania central, 53 marcos; de una empresa metalúrgica sajona, 45 marcos; de unos astilleros del Norte de Alemania, 75 marcos; de una empresa de industrias químicas, 36 marcos, y de la fábrica Krupp, 78 marcos. En una de estas empresas, un obrero dió 0'50 marcos con estas palabras: «¡Quizá sirva para fabricar una bala!» En las cercanías de Berlín, un campesino se ofreció a hacer salsichas para enviarlas a los luchadores como ración de hierro. Al ver que esto no era factible, pagó gustoso un marco.

A pesar de la gran cantidad de estas colectas, muy pocas de ellas son descubiertas por la Gestapo. Se han efectuado detenciones en dos secciones de las empresas Krupp en Rheinhausen, entre los obreros de Osram en Berlín, en la fábrica de Aquisgram Garbe-Lahmeier y en la región industrial de Waldenburgo.

La solidaridad de combate se ha revelado heroicamente al acudir los antifascistas alemanes a España para ofrecer su vida al Ejército Popular español en favor de la victoria sobre Hitler y Franco. Muchos de los que acababan de salir del campo de concentración se fueron a luchar en las filas de las Brigadas Internacionales. Algunos, hasta tuvieron que recorrer a pie enormes distancias atravesando seis puestos fronterizos. Por desgracia, algunos fueron cogidos por la Gestapo en el momento de pasar la frontera alemana para trasladarse a la España leal. El tribunal de Karlsruhe condenó a un obrero a un año y dos meses de presidio y a otro a un año de cárcel. Ambos confesaron que iban a alistarse en las Brigadas Internacionales. El tribunal de Sarrebruch condenó a dos obreros a cinco y seis meses de cárcel, por haber intentado atravesar la frontera por Steiringen para marchar a España. Por el mismo motivo, el tribunal de Constanza condenó a cuatro jóvenes obreros a cuatro años de cárcel. «Su simpatía por la República española — así decía la acusación — no los dejaba en paz, hasta el punto de



intentar conseguir sin pasaporte alguno su propósito de trasladarse a España. «Poco antes de pasar la frontera, los detuvo la Gestapo.

Pero las tareas más importantes de los antifascistas alemanes habían de realizarse en la misma Alemania. Un folleto de los adheridos al Frente Popular alemán en Hamburgo explica fehacientemente la índole de estas tareas:

«Todos los camaradas que trabajan en las empresas como obreros o como empleados, los maestros, los campesinos, los funcionarios o los médicos, *tienen la posibilidad de propagar la verdad*. Todos tienen medios de luchar contra la fiebre de armamentos de Hitler. Cada céntimo del sueldo que percibe al mes el obrero, el empleado, el funcionario, es un céntimo menos para los armamentos. Cualquier mejoramiento en la receta del médico a su cliente, todo buen medicamento que salga de la caja, disminuye el dinero que Hitler roba a las instituciones de previsión social para fabricar armamentos.

*Todo campesino que sabotea las medidas forzosas del organismo de la alimentación del Reich entorpece la preparación bélica totalitaria*. El maestro que enseña a sus alumnos las *verdaderas tradiciones alemanas*, que abre a su entendimiento la grandeza de los clásicos, que aniquila en la juventud alemana el espíritu guerrero, siembra la semilla del pensamiento libre y progresivo. El abogado que no se aviene a torcer el derecho en su actuación diaria, que busca la justicia verdadera, contribuye a la lucha contra la dictadura fascista. Todo estudiante que logra en sus clases la *libertad de la ciencia y de la investigación* es un luchador en favor de la paz.

Pensemos en los verdaderos alemanes, en nuestros camaradas que luchan al lado de la República española en defensa de la democracia y de la libertad que, en parte, han logrado lavar con su sangre nuestras culpas. Pensemos en los hombres y en las mujeres libres de Alemania que se pudren en los presidios y en los campos de concentración, en cuantos perdieron la vida en la lucha contra la dictadura.

*Unámonos en la lucha contra el sistema pardo; forjemos el Frente Popular alemán, para que Alemania vuelva a ser libre y respetada; para volver a hacer de Alemania un país de cultura, de libertad y de paz.»*

### LA MOVILIZACION Y LA REUNION DE TODAS LAS FUERZAS DE PAZ Y DE LIBERTAD EN ALEMANIA

A pesar de que la propaganda ilegal contra la política de guerra de Hitler, por medio de folletos, se ha mantenido, logrando influir en las masas; a pesar de que la propaganda radiada de la emisora de la libertad ha llegado al último rincón del país; a pesar de haberse utilizado todas las



posibilidades legales, tanto en el pueblo como en las empresas, la organización de la resistencia se limita todavía a unos pocos antifascistas activos. El camarada Dimitroff recuerda esto en su artículo a los comunistas y antifascistas alemanes, al decir:

«En el segundo aniversario de la lucha heroica en España, es deber de todas las organizaciones obreras y de todos los funcionarios del movimiento obrero, de todos los políticos antifascistas sinceros, examinar las causas que se oponen a un apoyo eficaz a la España republicana, impidiendo que la clase obrera cumpla su deber frente al pueblo español.»

Las experiencias de la lucha contra la intervención bélica de Hitler en España ponen de relieve que el Partido Comunista alemán no está capacitado para la magna tarea que se le ha asignado. Las fuerzas comunistas dentro del país no se han agrupado lo suficientemente, ni la unión entre comunistas y socialdemócratas ha sido considerada como cuestión primordial.

Merced a la lucha heroica de liberación sostenida por el pueblo español, ha podido arraigar más profundamente la idea de unificación en las filas de la clase obrera alemana. Mientras que en Madrid luchaban juntos los comunistas alemanes y los socialdemócratas alemanes y ofrecían su vida por la patria, los comunistas y los socialdemócratas de Berlín, del Ruhr y de Hamburgo tomaban acuerdos sobre la lucha común contra la política de guerra de Hitler. Pero todo esto no constituye, hoy por hoy, más que el comienzo de la actuación para conseguir la unidad entre el Partido Comunista alemán y el Partido socialdemócrata y entre todas las fuerzas amantes de la libertad y de la paz. A pesar de que los miembros de la directiva de Praga se trasladaron a España donde hicieron declaraciones de solidaridad, éstas no fueron seguidas por hecho ninguno. Incluso Federico Stampfer tuvo que confesar el peligro inminente de un incendio mundial provocado por el fascismo hitleriano; pero no supo decir lo que debía hacerse en Alemania contra Hitler, promotor de la guerra. Los mismos jefes socialdemócratas, que no cesan en su propaganda en favor de la democracia burguesa, permanecían inactivos en el preciso momento en que el fascismo alemán que sostiene la guerra en España, contra la República democrática, preparaba la guerra contra la República checoslovaca. Recordemos que la directiva de Praga de 1934 publicó un manifiesto que decía:

«Los motivos de la escisión caen por su base. La lucha por el derrocamiento de la dictadura no se puede librar más que revolucionariamente... La unificación de la clase obrera es una necesidad dictada por la propia historia.»

Por lo visto, no es éste el momento oportuno para que los que acordaron la publicación de este manifiesto actúen conforme al mismo, ante la intervención bélica de Hitler en España y ante el peligro de una nueva guerra mundial. Tal vez critiquen la política ultrarreaccionaria de no-inter-



vención del Gobierno Chamberlain; pero su propio modo de proceder, su resistencia contra la unificación de la clase obrera y contra la creación del Frente Popular alemán, es también una especie de «política de no-intervención».

Muchos socialdemócratas, demócratas o católicos, temen que la unión de todas las fuerzas antihitlerianas pueda entorpecer el desarrollo de su propia organización. No puede darse este caso, porque el Frente Popular no debe ser una organización única, sino que supone la iniciativa de grupos ilegales lo más potentes posibles y las buenas relaciones entre las organizaciones que participen en él. Nosotros, los comunistas, deseamos precisamente que las organizaciones socialdemócratas, demócratas, católicas, etc., se produzcan con mayor fuerza en su política contra los promotores de guerra fascistas, adelantando la unión de las fuerzas de la paz y de la libertad mediante iniciativas propias.

Puesto que el pueblo trabajador está descontento por las cargas de la guerra y de los armamentos inauditos, los obreros protestan contra las leyes de esclavización de Goering, los católicos y protestantes se oponen a las medidas de opresión, los soldados y oficiales del ejército están descontentos y murmuran contra la política de alianzas de Hitler, los campesinos se rebelan contra la economía forzada, incluso los círculos burgueses consideran la economía de guerra de Goering como un sabotaje de la economía alemana, y los propios nazis hablan indignados de los que se benefician con la guerra y de los grandes capitalistas, éste es el momento oportuno para que los partidos comunistas y socialdemócratas se presenten al pueblo para defender los verdaderos intereses del pueblo alemán contra los provocadores de guerra fascistas, para salvar a Alemania de la desgracia de la guerra. El resorte de mayor eficacia en la lucha de la clase obrera alemana es el de redoblar los esfuerzos para crear un magno movimiento de paz y de libertad en Alemania, un movimiento de masas que requiere la iniciativa organizada de los activistas antifascistas, de los comunistas, socialdemócratas y católicos, pero que sólo puede producirse como tal a condición de utilizar todas las posibilidades legales de las organizaciones fascistas de masas, presentándose a las masas con consignas legales, procurando que incluso en las filas de los obreros nacionalsocialistas cunda la duda sobre la política fascista y que se unifiquen las fuerzas de los obreros y de los empleados en las empresas, lo mismo que en los campos.



# La cuestión judía y el antisemitismo

por

F. FÜRNBURG

La persecución contra los judíos no es un fenómeno nuevo. En la Edad Media, y más tarde en la Rusia zarista, hubo gran número de pogromos. Durante los últimos siglos, la reacción ha enganchado siempre a su carro el antisemitismo, tanto para apartar a las masas de la lucha por sus verdaderos intereses, como para conseguir sus fines nacionalistas. Sin embargo, no hay ejemplo en la Historia de una persecución antisemita como la que los nazis dirigen. Han llegado a tal grado de bajeza, a tal ausencia de escrúpulos, a una brutalidad y a una trivialidad de las que hasta ahora no se hubiera creído capaz al hombre. La continuidad y crueldad con que los nazis realizan estas persecuciones contra los judíos corresponde a la desesperada tarea que el capital les ha encomendado: salvar de la ruina un orden social en plena descomposición, privando totalmente de sus derechos y reduciendo a la esclavitud a la clase obrera ascendente, saqueando al pueblo sin moderación ninguna, hundiendo a la democracia y a la civilización humana, invadiendo otras naciones, haciendo la guerra a los Estados democráticos y al país del Socialismo.

No es nuevo en la Historia el empleo del antisemitismo como arma de lucha contra el progreso y para servir a los turbios fines de la reacción, ni es una casualidad que los nazis hagan uso de ese procedimiento, sin freno de ninguna clase. Lo que se proponen es utilizar para sus propios fines los prejuicios seculares, las oposiciones con raigambre histórica, las contradicciones de clase, desfiguradas por el antisemitismo y tergiversadas. Con la forma más reaccionaria del capitalismo, que es el fascismo, las oposiciones en la cuestión judía son llevadas al límite más extremo y las persecuciones antisemitas han adquirido una gravedad que manifiesta la profunda descomposición del sistema capitalista. Por otra parte, es muy característico que la Unión Soviética, país del socialismo, no sólo ha perseguido el antisemitismo, sino que ha resuelto realmente la cuestión judía.



## LA CUESTION JUDIA Y EL ANTISEMITISMO A TRAVES DE LA HISTORIA

El pueblo judío ha conocido una evolución histórica propia. Sin embargo, esta evolución no tiene por base caracteres de raza, ni ningún carácter étnico específico. Las razones de esa evolución se hallan en el desenvolvimiento social y económico del judaísmo que, a su vez, está condicionado, ante todo, por la situación geográfica particular del antiguo Estado judío, por las consecuencias de las guerras que en la antigüedad condujeron a los judíos a un destierro temporal, y por la evolución general, social y económica de la Edad Media.

El antiguo Estado judío se hallaba situado en el punto de contacto de los dos continentes, entre Asia y Africa, sobre la ruta comercial que unía a Mesopotamia con Egipto. La independencia del pueblo judío había de desaparecer en el transcurso de las luchas entre estas dos grandes potencias de la antigüedad, luchas que duraron siglos enteros. Quedó dependiente y, finalmente, cuando resistió al Imperio de Mesopotamia, dejó de existir como Estado. Por aquella época, los asirios hicieron uso de un nuevo método para completar la conquista del país, método consistente en expulsar a la clase superior de la población, y, hacia el año 600 antes de nuestra era, burgueses, aristócratas y terratenientes partieron desterrados a Babilonia. Este destierro duró 60 años. Cuando los persas conquistaron Babilonia, devolvieron a los judíos la libertad, y la segunda generación pudo ya volver a su patria. La corta duración del destierro hizo que los judíos expulsados no se asimilasen al pueblo vencedor, tanto más cuanto que las primeras décadas del destierro tuvieron como consecuencia natural un fortalecimiento del sentimiento que les ligaba a su comunidad de origen y a su comunidad social. El destierro no hizo, pues, otra cosa que consolidar la comunidad judía. Pero este hecho se explica, precisamente, por esas condiciones históricas particulares, y nada tiene que ver que con los caracteres de raza o con las particularidades de la religión judía, como lo demuestra el hecho de que los asirios no desterraran a las dos únicas tribus judías que se quedaron. Las otras diez tribus judías formaban el Estado de Israel, que ya había sido destruido 150 años antes, tribus éstas completamente asimiladas al pueblo vencedor.

La duración relativamente corta del destierro, la vuelta a Jerusalén, hicieron de los judíos originarios del Estado de Judea un pueblo único, con cierta ideología nacional, que tenía su expresión en la religión judía. Si, hasta el destierro, no había constituido la religión judía un fenómeno particular entre los cultos religiosos de entonces,



después de él se diferenció cada vez más de las religiones de los demás pueblos. Débil en la lucha entre las grandes potencias, en la desgracia del destierro buscó el pueblo judío el auxilio de las fuerzas sobrenaturales. En este sentido, no podían servirles los dioses ordinarios y el culto religioso usual, y en su mitología nació el dios de los dioses, el dios único, omnipresente y todopoderoso, que había hecho de los judíos su pueblo elegido. Surgida de la miseria y de la debilidad, esta creencia, que sin duda alguna era superior a los cultos de los demás pueblos, influyó en el pueblo judío, ejerciendo sobre él una acción de fortalecimiento y de unificación. Pero la raíz de esta original concepción sólo se encuentra en las particulares condiciones históricas y sociales en que el pueblo judío se hallaba situado.

En su origen, el pueblo judío fué uno de tantos pueblos nómadas. Los judíos pastoreaban, robaban, luchaban, servían de mediadores, unas veces pacíficamente y otras por la violencia, entre otros pueblos sedentarios. Todavía no había grandes diferencias entre los demás pueblos nómadas y el pueblo judío. Pero los judíos, al contrario que otros pueblos nómadas, se establecieron sobre la ruta comercial entre los dos países más poderosos de entonces. De modo que, ya por aquella época, sacaban sus riquezas del comercio. Estas condiciones duraron varios siglos y se reforzaron particularmente después del destierro, hasta que los judíos cayeron bajo la soberanía alternativa de las grandes potencias de la antigüedad. Su fuerza fué el comercio y la desarrollaron cada vez más.

Entre tanto, había progresado la evolución del mundo antiguo. Con Grecia, y más tarde con Roma, aparecieron en la historia nuevas potencias. Poco a poco, la ruta comercial del Asia Menor dejó de tener una importancia predominante. El comercio se desenvolvía en las costas del Mediterráneo. Si anteriormente los grandes viajes de exploración eran obras de marinos aislados, ya las relaciones se iban regularizando cada vez más. El comercio entre los diferentes países era normal. Las fuerzas más considerables en ese aspecto eran, en el mundo antiguo, los fenicios, los judíos y los griegos, que concentraban casi todo el comercio en sus manos. Así comenzó la «*Diaspora*», la dispersión de los judíos en el mundo antiguo. Fundaron en todas partes sus centros comerciales, lo que no fué una especialidad exclusiva de los judíos. Este mismo fenómeno se acusa en griegos y fenicios. Nada tenía tampoco de particular que las colonias comerciales judías no se asimilasen a los demás pueblos, pues estaban estrechamente unidas entre ellas por su actividad y, al mismo tiempo, se diferenciaban de los demás pueblos y podían, por lo tanto, mantenerse como un pueblo particular. Pero, mientras detrás de las co-



ionias comerciales griegas había una fuerte potencia militar, no era este el caso de los judíos. No podían, por lo tanto, amenazar ni castigar, así como tampoco protegerse militarmente. Su sola protección, imaginaria, era la idea de su dios todopoderoso. Es indudable que éste no les protegía; pero la fe los unía estrechamente. Lo cierto es que su dios no les aseguraba una protección real; por lo tanto, el hecho de que estuvieran constantemente expuestos a las agresiones y a las derrotas, y al aniquilamiento de sus colonias, era una razón que les obligaba a unirse más estrechamente.

Derrumbada la potencia militar helénica, el comercio griego pudo mantenerse todavía por algún tiempo; pero quedó condenado a la decadencia. Además, en el caso de los griegos, observamos hasta el momento actual cierta disposición en algunas partes del mundo, sobre todo en el llamado viejo mundo, y cierta aptitud para el comercio. Es importante recalcar que, como sabemos, los griegos son arios, lo cual es una prueba más de que la evolución particular de los judíos no tiene nada que ver con los caracteres raciales.

Los fenicios no disponían de potencia militar protectora ni contaban con un dios superior a los demás, y desaparecieron de la historia. Como otras tribus semíticas vencidas, se unieron a los judíos, y la creencia de un mesías les dió la esperanza de un renacimiento de su grandeza.

De este modo, ya en la época del Bajo Imperio romano, los judíos eran un pueblo diseminado en numerosos países, un pueblo que tenía tras sí cierta tradición y que, para su actividad económica, el comercio, se había forjado una superestructura espiritual adecuada. En cuanto al fondo, las colonias comerciales judías salieron intactas de la caída del Imperio romano. El orden social antiguo zozobraba y volvía a la irremediable oposición entre esclavos y hombres libres; degeneraba y se descomponía; de él quedaba la contradicción de considerar el trabajo como un deshonor, mientras que el trabajo de los esclavos no bastaba para sostener a la sociedad. En las comunidades judías no existía esta contradicción. Claro es que había judíos esclavos; pero eran esclavos de otros pueblos. También había en las comunidades judías esclavos procedentes de otros pueblos; pero no eran los judíos quienes los habían hecho esclavos; no habían hecho más que comprarlos. Desde luego, no era el trabajo de estos esclavos el que proporcionaba las fuentes esenciales de las comunidades judías. Estas vivían, ante todo, del comercio que hacían con los productos del trabajo de los esclavos de otros pueblos. No contenían, por consiguiente, la contradicción fundamental de la sociedad antigua.

Si el comercio hubiese desaparecido con la sociedad antigua, los



judíos habrían naufragado con él. Pero no sucedió así, ni era posible que sucediese. Por el contrario; si con la caída del Imperio romano disminuyó enormemente el comercio en extensión, ganó considerablemente en significación e importancia, siendo él el que comunicó a los pueblos bárbaros la cultura y la civilización del mundo antiguo y les llevó productos y mercancías nunca vistos. Es indudable que en este trasiego de la cultura antigua a los pueblos del norte, desempeñaron los comerciantes judíos un papel predominante al lado de los griegos y de los árabes.

Las comunidades judías conservaron las mismas funciones que habían tenido durante los últimos siglos de la antigüedad; fueron, en la Edad Media, colonias comerciales. Pero a este hecho se agregaba la continuación de la *Diaspora*, porque cuanto más numerosos eran los países que entraban en el comercio mundial, más se extendían y diseminaban las colonias judías, lo que dió por resultado que, durante aquella época, aumentasen las persecuciones contra los judíos, viéndose éstos obligados a emigrar de un país en otro. Las persecuciones antisemitas de la Edad Media obedecen a causas económicas. Al principio, los comerciantes judíos eran bien acogidos, lo mismo que los comerciantes griegos, sirios, árabes y frisios, que desempeñaban un importante papel en la ciudad de la Edad Media. Los mercaderes frisios, sobre todo, se ven citados al lado de los judíos en numerosas crónicas de la Edad Media; por consiguiente, el hecho de ocuparse esencialmente del comercio no era una característica «racial», puesto que los frisios, habilísimos comerciantes, eran «arios puros». Los comerciantes judíos llevaban a los países europeos mercancías extranjeras muy solicitadas y, en primer término, productos naturales de Oriente; aceleraban el cambio en los países donde comerciaban, contribuyendo a que la economía natural pasase al estadio de la economía monetaria. Al lado de los hombres de negocios, hubo en la Edad Media numerosos artesanos judíos; sin embargo, fueron expulsados de los oficios poco a poco, viéndose obligados a refugiarse en el comercio. Como de costumbre les estaba prohibido poseer tierras, no les quedaba otra ocupación que la del comercio. La potencia económica de los comerciantes judíos, resultante de esto, inquietó seriamente a los hombres de la Edad Media, para quienes los judíos representaban la economía monetaria que había destrozado y transformado el sistema de la economía natural. En los tiempos de la economía natural, el oro aparecía como una cosa inquietante; el hecho de que los mercaderes judíos dispusiesen de grandes cantidades de dinero y de que se concentrasen en sus manos grandes riquezas, aparecía como un robo y un engaño. Dueños del dinero, los



judíos ricos eran también grandes usureros. El hecho de que los judíos se ocupasen de negocios monetarios y de que practicasen una religión extraña, a la cual se aferraban tenazmente, daba a los mercaderes judíos, a los ojos de los ingenuos hombres de la Edad Media, un carácter en cierto modo siniestro y extraño. No se veían los numerosos judíos pobres, y la imaginación se deslumbraba con el espectáculo de los judíos ricos, que eran los hombres de negocios de los príncipes y que los competidores envidiosos y las masas supersticiosas suponían en contacto con los poderes infernales. Sabido es que el oro ha ejercido una gran atracción en todos los tiempos. Si, en la antigüedad, se veían atacadas y destrozadas las colonias comerciales de los judíos y de los griegos, en el preciso momento en que alcanzaban cierta prosperidad, en la Edad Media, los príncipes y los poderosos quitaban, de cuando en cuando, sencillamente, a los judíos las riquezas que habían amontonado. Si en la antigüedad era éste un procedimiento de guerra habitual, de uso corriente, que no se aplicaba solamente a los judíos, en la Edad Media era una forma específica de expoliación de los grandes terratenientes, judíos o no judíos. Después, esta expoliación tomó a menudo la forma del pogromo, porque la masa del pueblo no se explicaba la riqueza de los judíos más que por sus particularidades, por su religión extranjera sobre todo, de modo que la legítima lucha de las masas populares contra la usura y la especulación se transformaba en una lucha contra los usureros judíos. Este peligro perpetuo en que se encontraban las comunidades judías era todavía mayor en la Edad Media que en la antigüedad, porque los judíos, a causa de su gran dispersión y debido a que, desde hacía muchos siglos, no se ocupaban más que del comercio, eran incapaces de defenderse por sí mismos. Frente a este peligro de pogromo, cada vez más amenazador, los judíos se unieron más estrechamente todavía. El hecho de que fuese precisamente su religión el pretexto para perseguirlos, esta religión y su dios único y poderoso les pareció la única y verdadera fuerza que podía protegerles, y se afianzaron cada vez más en sus creencias. La comunidad cerrada de los judíos desarrolló una civilización más elevada, en general, que la de los pueblos que la rodeaban. Tales son las principales causas de que en la Edad Media no pudiesen los judíos confundirse con los pueblos entre los cuales vivían.

En la Edad Media, las comunidades judías tenían también una estructura económica particular y una función en el marco de la sociedad feudal. Sus aristócratas eran príncipes del comercio y sacerdotes. No poseían bienes inmuebles y desconocían la propiedad de las personas. En el interior de la comunidad judía, las oposiciones de cla-



ses se situaban en otro plano. Los pobres se hallaban entre los artesanos y entre los empleados de los comerciantes. Estos pobres, no sólo tenían la esperanza de llegar a ser ricos, sino que lo lograban en numerosos casos, así como, en muchos otros, los judíos ricos se empobrecían rápidamente. Los pobres y los ricos estaban igualmente expuestos a las persecuciones y ligados por una misma religión, que difería de la de los pueblos que los rodeaban. La comunidad judía no era una unidad económica encerrada dentro de sí misma, sino que formaba parte de la sociedad feudal. No podía ser destruída de dentro a fuera, pero, en el transcurso del tiempo, hubo de desempeñar como centro comercial un papel económico progresivo y una misión revolucionaria, en la medida en que el comercio en general desempeñaba un papel semejante.

### *LOS JUDIOS EN EL PERIODO CAPITALISTA*

La especial función económica y la estructura de la comunidad judía de la Edad Media, la religión particular de esta comunidad, las persecuciones antisemitas y la defensa contra estas persecuciones, tuvieron como consecuencia, por una parte, que la comunidad judía no fuese disuelta desde el interior y que los judíos no se confundiesen con los demás pueblos; y, por otra parte, que el importante papel del capital comercial en el período inicial del capitalismo se reflejase sobre todo en la actividad de las comunidades judías. De igual modo que en la Edad Media los judíos estaban a la vanguardia del progreso, desempeñaron en esta época, gracias a su situación económica, un papel particularmente progresivo. No es extraño que la reacción se levantase especialmente contra los «elementos extranjeros», sobre todo si se tiene en cuenta que la función de ese papel progresivo consistía en introducir la forma capitalista de la economía.

Pero no se podía impedir que se estableciese el capitalismo pretextando manejos de los judíos. El orden social capitalista fué apoderándose poco a poco de toda la vida humana, transformándolo todo en mercancías. La reacción feudal podía presentar las cosas de tal manera que los comerciantes conocidos por el pueblo, los judíos, apareciesen como responsables del nuevo régimen, lo que no impidió que los mismos señores feudales llegasen pronto a ser los más importantes capitalistas. La economía cpitalista, que creó organismos sólidos y constituyó naciones, comenzó a dividir a la comunidad judía. En la antigüedad, la comunidad judía existía como elemento particular de la sociedad, sin contener contradicciones y cumpliendo ciertas funciones mediadoras. En lo esencial, sucedió lo mismo en la sociedad



feudal. Pero, en el capitalismo, estaba a punto de acabarse el papel particular de los judíos, como comunidad coherente en el seno de la sociedad. Ya no eran más que comerciantes, capitalistas, al lado de otros comerciantes y de otros capitalistas, porque toda la producción humana se había convertido en producción de mercancías. Pero, además, inversamente, las contradicciones de clase de la sociedad capitalista penetraron en la misma comunidad judía. Si antiguamente no podían los judíos pobres ser campesinos y tenían que permanecer en la comunidad, podían ahora alquilarse como trabajadores llamados libres, y trabajar para los capitalistas judíos y para los capitalistas cristianos. La comunidad judía comenzó a disgregarse, se separó, siendo presa de la lucha de clases de la sociedad moderna. Y comienza el proceso de asimilación.

La asimilación de los judíos en los Estados capitalistas adelantados tuvo lugar, tanto en lo alto como abajo, en los ricos como en los pobres. Los grandes capitalistas judíos se convierten en jefes de la industria iguales, en jefes de la economía y, por lo tanto, del país. Su propiedad está protegida por la ley y por el Estado, lo mismo que la de los demás ricos, porque la propiedad es sagrada en la sociedad burguesa. Y la «propiedad» de los judíos pobres se encuentra en las mismas condiciones que la de todos los judíos. No poseen otra cosa que su fuerza de trabajo y tienen que venderse a cualquier capitalista, sea o no judío. Por una y otra parte, comienza la asimilación de los judíos a los demás pueblos.

Es natural que, en esta asimilación, la norma haya sido la evolución interior del judaísmo. Habiendo sido habitantes de las ciudades durante siglos enteros, continuaban siéndolo. Habiéndose ocupado durante siglos enteros del comercio y del estudio, seguían orientándose hacia el comercio, la banca y las carreras intelectuales. Pero al mismo tiempo, se constituía a partir de la evolución capitalista una amplia capa de proletarios judíos, que recibía cada vez mayores refuerzos de las comunidades judías de los países feudales y semi-feudales.

El capitalismo pasó de ese modo a la liquidación de las comunidades judías, a la disolución del judaísmo. Fue más tarde cuando este fenómeno encontró una expresión ideológica y se empezó a hablar de la manera de resolver la cuestión judía. El capitalismo intentó resolverla a su manera, haciendo de la mercancía y del valor, elemento vital de la antigua comunidad judía, el factor dominante de toda la sociedad. Pero el capitalismo era tan incapaz de resolver la cuestión judía, como la cuestión nacional en general. Esto, sin poder hablar de una nación judaica, porque hace ya dos mil años que los ju-



díos no existen más que como grupitos en el seno de otros pueblos, sin disponer de un territorio de dependencia económica propia. El capitalismo no ha podido completar la asimilación de los judíos. La competencia capitalista, el aprovechamiento por la reacción de los prejuicios seculares contra los judíos, en la lucha de clases, el hecho de que las comunidades judías continuasen existiendo y constituyendo constantes reservas en los países feudales y semif feudales, han impedido esta asimilación. Pero el capitalismo ha realizado la disolución de las comunidades judías en los países occidentales, aunque sin haber resuelto realmente la cuestión judía, cuya solución le está reservada al socialismo.

Pronto se dió cuenta la competencia capitalista de que el antisemitismo era un arma que podía aprovecharse. Apartar a los competidores con campañas contra los judíos era un método tentador. Pero, en los tiempos de su juventud y de su prosperidad, el capitalismo no podía consentir que se atentase directamente a la propiedad judía, porque precisamente la propiedad en general es lo sagrado del capitalismo. No era todavía posible la expropiación descarada de los judíos ricos y había que limitarse a molestar a los competidores judíos. El método de las campañas antisemitas se utilizó con tanta mayor satisfacción cuanto que, al mismo tiempo, se podía atacar al movimiento obrero. Muchos judíos pobres eran combatientes de vanguardia de las clases oprimidas. Esto ofreció el pretexto y la posibilidad de herir al movimiento obrero con la campaña antisemita, lo mismo que las persecuciones contra los judíos en la época del feudalismo habían frenado el progreso.

«La opresión de los «extranjeros» es una espada de doble filo. Por una parte, hiere a los «extranjeros», y por otra, al pueblo ruso» <sup>1</sup>.

Pero a pesar de toda la resistencia de la reacción, sostenida activamente por los reaccionarios judíos, la asimilación continúa. El hecho de que no se haya terminado esta asimilación se explica por la continua emigración de los judíos procedentes de Oriente, de los países feudales y semif feudales, donde se habían mantenido en colonias cerradas. Estos judíos equilibraban siempre el proceso de asimilación, haciéndole retroceder; al mismo tiempo, daban al antisemitismo nuevas posibilidades de agitación, porque al emigrar, sus usos y costumbres no eran los del nuevo país, sino los del país de donde procedían.

En este período, la cultura y la ciencia continuaron desarrollándose entre los judíos, que ya en la Edad Media se encontraban a un

<sup>1</sup> LENIN, *Obras completas*, t. XVII, ed. rusa.



elevadísimo nivel de civilización. El pueblo judío proporcionó grandes eruditos y filósofos, artistas e investigadores de reputación universal. Todos ellos estaban muy ligados a los pueblos en que vivían, y sus obras en el terreno de la medicina, de la física, de las matemáticas, de la química, así como sus creaciones literarias, musicales y arquitectónicas, han entrado en el patrimonio cultural de la humanidad.

Al mismo tiempo, del pueblo judío salieron ardientes combatientes de la libertad que marcharon a la cabeza de la más dura de todas las luchas. El genial fundador del socialismo científico, Carlos Marx, era de origen judío. Sus relaciones y su amistad con el «ario» alemán Federico Engels, ponen de relieve la unidad, el progreso, el humanismo internacional de la clase obrera.

### *LA MENTIRA ANTISEMITA Y RACISTA DEL NACIONALSOCIALISMO*

El nacionalsocialismo ha resucitado el antisemitismo, el odio a los judíos, convirtiéndolo en una de las armas más importantes de su arsenal de armas envenenadas. Pero no se ha limitado a continuar la obra de los antiguos movimientos reaccionarios antisemitas. En esto, como en todo, ha reunido todas las opiniones y todas las falaces y groseras «teorías» enemigas del progreso, todos los procedimientos contrarrevolucionarios y bárbaros, «desarrollándolos» en tal medida y de tal manera, que la banda que domina en Alemania despierta y practica el canibalismo antisemita nazi, suscitando el horror y el desprecio de todos los hombres honrados.

Como la clase obrera y el socialismo toman todo cuanto hay de progresivo y culto en la obra de la humanidad, desarrollándolo con amor y con cuidado, el nacionalsocialismo toma todo cuanto la historia ha podido ver de reaccionario, de inhumano, de repugnante, todo lo que se funda en los más bajos instintos; lo reúne y sitúa en un grado tan bajo, que ningún movimiento reaccionario había podido alcanzar hasta el presente. El nacionalsocialismo desarrolla la regresión, la barbarie y la vulgaridad en su «teoría». El antisemitismo y la teoría racista constituyen una de las piedras angulares del nazismo. Lo mismo que todas las demás pseudo-teorías del nacionalsocialismo, ésta está «destinada a las masas», aunque los jefes no han creído en ellas jamás y están convencidos de que todo eso es una estafa y una mentira.



El nacionalsocialismo declara que los judíos son, por naturaleza, un pueblo de comerciantes capitalistas, incapaces de pensamientos idealistas, dotados por instinto de disposiciones criminales; carecen del sentido de la conveniencia humana y son capaces de deshacer la sociedad con tal de conseguir sus beneficios. Según él, los judíos son los enemigos naturales del pueblo alemán, al que explotan desde hace siglos. No tienen ni civilización ni arte propios y, por esta razón, se las quitan al «pueblo extranjero» para arruinarle. Son unos parásitos desde todos los puntos de vista.

En todas estas mentiras, en todas estas calumnias contra un viejo pueblo civilizado, los nazis parten del principio de Hitler: «No hay mentira, por estúpida que sea, que no produzca efecto». Y, efectivamente, el enorme engaño relativo a los judíos, la incesante campaña antisemita, producen su efecto. En lugar de desenmascarar decidida y resueltamente las mentiras de los nazis, muchas gentes que no son antisemitas comienzan a hacerles concesiones. En lugar de demostrar que *todas* las afirmaciones antisemitas de los nazis son esencialmente falsas y falsificadas, se empieza a reconocer una u otra, intentando sólo contener lo exageradísimo, con el débil argumento de que las cosas «no son tan malas» como las presentan los nazis, y que no se puede condenar a todo un pueblo. En realidad, no sólo las cosas no son tan malas, sino que toda la teoría del antisemitismo y la teoría racista no son más que una estafa y una mentira, construídas para encubrir con las persecuciones contra un pueblo débil la peor forma del capitalismo y su ignominia.

Examinemos, sin embargo, las calumniosas acusaciones de los nazis contra los judíos. Todo lo que dicen los judíos es aplicable en realidad al capitalismo, y en particular a su peor forma de poder, que es el fascismo. Por eso, para desviar a los que se dan cuenta de ello, los nazis intentan hacer responsables a los judíos de la existencia del capitalismo y hasta presentan los hechos como si el judaísmo y el capitalismo fuesen una misma cosa. «Por lo tanto, si quieres librarte del capitalismo, tienes que exterminar a los judíos», dicen los nazis.

Hemos estudiado el papel de los grandes comerciantes judíos en el desarrollo del capitalismo. En aquella época, era este un papel históricamente progresivo. Es indudable que el capitalismo nació en la sangre y en el fango. El capitalismo se abrió camino como forma social, y en todos los países, sus dirigentes eran judíos en muy escasa proporción. ¡Qué bajeza y qué desprecio al pueblo y a la evolución histórica de la humanidad, atribuir a algunos millares de judíos—



que ya fueron perseguidos y expulsados por eso—toda la transformación de la evolución económica y política! Pero el capitalismo dividió y descompuso también a la misma comunidad judía. Si desde el principio hubo capitalistas judíos, también hubo desde el principio combatientes judíos de la libertad, grandes y desinteresados, que lucharon contra la reacción, no sólo con la palabra y la pluma, sino empuñando las armas, y que dejaron su vida en esta lucha, demostrando que los judíos, como los demás pueblos, son capaces de los mayores heroísmos. Entre los combatientes más ardientes, más generosos y más consecuentes que luchan contra el capitalismo, hay decenas de millares de judíos.

El capitalismo no descansa sobre el judaísmo, sino sobre la propiedad privada de los medios de producción. Las fábricas, las minas y las grandes empresas pertenecen a la sociedad. En las empresas capitalistas no hay ni puede haber desde hace mucho tiempo iniciativa privada creadora del poseedor que desconoce la empresa en absoluto. La supresión de la propiedad privada de los medios de producción es el único medio de suprimir la explotación del pueblo. Pero, en Alemania, el exterminio de los judíos no ha destrozado al capitalismo, sino todo lo contrario; no ha desaparecido la explotación, sino que se ha hecho todavía más inhumana, entre los capitalistas «arios», ayudados por la banda fascista que está a la cabeza del Estado.

Para los grandes capitalistas, la lucha contra los judíos es al mismo tiempo un excelente medio de hacer desaparecer la competencia, apropiándose de sus bienes y de su capital. Esto pueden demostrarlo dos ejemplos: ¡Qué gigantesca campaña han hecho los nazis contra los «almacenes judíos»! El llamado socialismo alemán iba a suprimirlos. Después de cinco años y medio de poder hitleriano, ni un sólo almacén ha sido suprimido. Los almacenes no han pasado tampoco a manos de los empleados o de la colectividad. Los empleados reciben salarios de hambre peores que antes, y la calidad de las mercancías que se compran es peor que antaño. Sin embargo, algo ha cambiado. ¡El Consejo de administración! Los capitalistas «arios» han expulsado a los capitalistas judíos. Y los dividendos y los beneficios han aumentado. La institución típicamente judía, según los nazis, de los almacenes continúa existiendo en el Reich hitleriano. La campaña antisemita no era más que la cortina de humo tras de la cual el gran capital alemán espoliaba y expropiaba a sus competidores judíos. Lo mismo ocurrió con el capital bancario. Los nazis prometieron «des-



truir la servidumbre». Pero la explotación del pueblo por el capital bancario se ha agravado. Sin embargo, esta actividad la ejercen exclusivamente los grandes capitalistas arios y han sido excluidos los grandes capitalistas judíos que antes colaboraban con ellos. Y de pronto, los teóricos nazis declaran que lo que en los judíos era «parasitismo» es económicamente útil al pueblo, como todos los capitalistas y como los señores «führers» fascistas.

El mismo engaño se ha propagado en Austria en mayor medida todavía. Los capitalistas alemanes han encontrado el medio de conservar la santidad de la propiedad capitalista y al mismo tiempo espoliar y saquear directa y brutalmente a los competidores. En la antigüedad, las colonias judías se veían directamente atacadas, se les hacía la guerra, como era costumbre de la época. En la Edad Media, la espoliación de los judíos aparecía ya como un acto común, parasitario. El capitalismo decadente ha convertido este saqueo en un sistema vulgar y despreciable, por medio del fascismo y disimulándolo bajo una abyecta ideología. Pero ahora, como antes, sólo se trata de echar una mano rapaz al oro y a los bienes de los judíos, para llenarse los bolsillos. La profunda vulgaridad que aparece hoy en esto corresponde sólo a la intensidad de la competencia capitalista; es el signo inverso del nivel de la civilización humana; porque la división de la humanidad no fué jamás tan profunda como en nuestra época. Si en la antigüedad, la vulgaridad y la humanidad, la barbarie y la civilización, estaban todavía en estrecho contacto, en nuestros días están de un lado la vulgaridad, la infamia, la barbarie y la sed de lucro capitalista, mientras que todo el sentimiento humano y todo el pensamiento, se refugian en el otro campo, en el campo del socialismo.

Los judíos no son naturalmente capitalistas, sino que se dividen en capitalistas, pequeños burgueses y trabajadores. Los capitalistas judíos no son ni mejores ni peores que los demás capitalistas. Los capitalistas judíos son hoy tan enemigos del progreso y de la clase obrera como los demás capitalistas. Por lo tanto, la clase obrera consciente los ha combatido como a los demás y continúa combatiéndolos al lado de los elementos progresivos de los judíos y de los trabajadores judíos. Y los obreros y los artesanos judíos, los judíos pobres son numerosos. Constituyen en todo la gran mayoría de los judíos, como lo demuestran las estadísticas de Viena, donde hasta la anexión hitleriana, vivía un gran número de judíos, constituyendo el 9,4 por 100 de la población vienesa. El porcentaje de los judíos en los oficios manuales era el siguiente:



Carniceros. . . . .	10,6	por	100
Panaderos. . . . .	9,4	»	100
Carpinteros . . . . .	9,5	»	100
Peluqueros. . . . .	9,35	»	100
Cerrajeros. . . . .	5,6	»	100
Pintores . . . . .	6,6	»	100
Hojalateros . . . . .	20,0	»	100
Peleteros . . . . .	67,0	»	100

La misma proporción existe en todos los centros en que los judíos viven en grandes masas. Como esa falsedad fascista de confundir los judíos con el capitalismo, todos los argumentos fascistas están basados en hechos falsos. Afirman que los judíos tienen disposición para el crimen, aunque las estadísticas demuestran que, entre los judíos, la criminalidad es más baja que la media general. Al fascismo sí se le puede aplicar esa afirmación porque, bajo su poder, la criminalidad ha aumentado extraordinariamente en el pueblo alemán, y el fascismo es quien comete cada día mayores crímenes.

Los judíos no tenían ni cultura ni arte propios, según los nazis, que destrozan todos los valores artísticos y culturales del pueblo alemán. La verdad es que precisamente el arte y la cultura alemana han recibido de los judíos una aportación extraordinaria. Los grandes poetas y los grandes pensadores alemanes se levantaron en su época contra unas campañas antisemitas que eran juegos de niños al lado de las que desencadenan hoy los nazis. La lucha del humanismo alemán contra el oscurantismo medieval comenzó con la lucha de Reuchkin contra el antisemitismo. Herder, Lessing y Goethe—por no mencionar más que algunos de los más grandes—, no sólo han admirado la cultura y el arte judíos, sino que han traducido sus obras al alemán (Herder), y las han estudiado. Por el contrario, los nazis han instalado en Weimar, la ciudad de Goethe, un lugar de sádicas torturas para los judíos, un campo de concentración, en el cual se contaron cuarenta muertos en las primeras semanas.

El capitalismo y los nazis odian la cultura judía, porque, gracias a la particular condición del pueblo judío, presenta rasgos acusadamente progresivos.

«...donde no hay formaciones de casta de los judíos, se han manifestado clara y evidentemente los grandes rasgos universalistas y progresivos de la cultura judía, su internacionalismo, su capacidad de acoger las corrientes progresivas de la Edad Media» <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> LENIN, *Observaciones críticas sobre la cuestión nacional*. Obras completas, t. XXVII, ed. rusa.



La mentira de los nazis, según la cual los judíos son particularmente enemigos del pueblo alemán, la campaña antisemita de la reacción austríaca en 1848, es la que mejor les desenmascara. En su lucha contra la revolución burguesa, la reacción feudal declaró que la consigna de la Gran Alemania no era más que una «invención judía». En esta época, la lucha por la Gran Alemania era una lucha revolucionaria, progresiva, y por eso la tachaban de judía las fuerzas negras de la reacción. Hoy, Hitler dirige, con la consigna de la Gran Alemania, una guerra de destrucción contra el progreso, sirviéndose de esa consigna para encubrir su campaña de saqueo imperialista, y llamando judío a todo cuanto se le pone por delante.

En realidad, los judíos han aportado mucho al pueblo alemán en cultura, en ciencia y en progreso. Ante todo, han hecho mucho por el movimiento obrero alemán.

La impúdica mentira de los nazis va tan lejos que niega a los judíos el sentido de comunidad, aunque, desde la antigüedad, el sentido de comunidad de los judíos ha sido siempre tenido en cuenta. Si, en la antigüedad y en la Edad Media, el sentido de la comunidad se limitaba sobre todo a las colonias judías, después de la disolución de éstas se ha conservado entre los judíos pobres en la lucha de los oprimidos. Decenas de millares de trabajadores han conocido y admirado este sentido de comunidad de los trabajadores judíos en la lucha y en las cárceles, como lo demuestra el hecho de que el porcentaje de los judíos que se han afiliado al socialismo y que combaten fielmente en él, a pesar del sangriento terror y de las crueles persecuciones, sea mayor que el de los demás pueblos. Los judíos pueden estar orgullosos de esto y la clase obrera de los otros países no lo olvidará. Si este hecho atrae especialmente el odio y la cólera de los nazis, no por eso vamos a retroceder. Conocemos sus razones y sabemos que esas razones no están en las cualidades de una raza, sino en la evolución histórica; reconocemos la valentía de los trabajadores judíos que, a pesar de todo, sostienen con firmeza la bandera del socialismo y luchan contra los capitalistas judíos y «arios».

El capitalismo degenerado se sirve de los métodos más dudosos, más sangrientos, más sucios, para defender la duración de su reinado, empujando al antisemitismo al estado más primitivo y aumentando la vergüenza de las persecuciones racistas que se practican hoy en Alemania. La teoría racista debe dar al mismo tiempo al fascismo hitleriano la posibilidad de preparar la gran guerra imperialista contra los demás pueblos, y ante todo contra la Unión Soviética. El antisemitismo no es sólo uno de tantos medios, sino uno de los más importantes. Pero, cuanto más sangrientas e inhumanas son las perse-



cuciones antisemitas, más cuenta se dan las masas de su contenido capitalista, imperialista y bárbaro. Con sus campañas antisemitas, el fascismo alemán quiere desviar a las masas de la lucha por sus intereses, de la lucha contra el capitalismo.

«Naturalmente, el gobierno puede, provocando la exacerbación de la enemistad de raza y de la raza natural, detener un momento el desarrollo de la lucha de clases, pero sólo por poco tiempo y a costa de una gran extensión del campo de batalla»<sup>1</sup>.

Estas palabras de Lenin se han confirmado centenares de veces. Las persecuciones antisemitas del Austria anexionada han provocado, no sólo el desprecio y la repugnancia de los hombres honrados, sino también la creciente contradefensa del pueblo. Hitler y su pandilla de asesinos no podrán salvarse de la cólera del pueblo, con el antisemitismo. También en el pueblo alemán triunfará el principio impregnado de verdadera humanidad y que Stalin ha expresado, en relación con la cuestión judía, en estos magníficos términos:

«El chovinismo nacional y el chovinismo racial son una supervivencia de costumbres antihumanas, propias de la época del canibalismo. El antisemitismo como forma extrema del chovinismo de raza es la supervivencia más peligrosa del canibalismo. El antisemitismo es beneficioso para todos los explotadores, es el pararrayos que desvía del capitalismo los golpes de los trabajadores. El antisemitismo es peligroso para los trabajadores, es un mal sendero que los desvía de la verdadera ruta, conduciéndolos a la selva inextricable. Por consiguiente, los comunistas, como internacionalistas consecuentes, no pueden ser otra cosa que enemigos jurados e irreconciliables del antisemitismo.»

### *EL SOCIALISMO RESUELVE EL PROBLEMA JUDIO*

Lo mismo que el socialismo conduce a la liberación de todos los pueblos, también conduce a los judíos a la liberación definitiva de las persecuciones y de la opresión. La Unión Soviética lo ha demostrado prácticamente.

«En la Unión Soviética, el antisemitismo se persigue como un movimiento profundamente enemigo del sistema soviético» (Stalin).

La base de esta lucha de la Unión Soviética contra el antisemitismo, lucha que tiende a exterminarlo efectivamente, es la verdadera solución al problema judío. Y tiene lugar en la Unión Soviética en una doble dirección.

De una parte, prosigue por sí misma una integración orgánica de

<sup>1</sup> LENIN, *Obras completas*, t. VII, ed. rusa.



los judíos. Las diferencias entre los judíos y el resto de la población desaparecen. Con la revolución proletaria, desaparecieron en el terreno económico y en el político. Los judíos son ciudadanos de la patria socialista con plena igualdad de derechos y la Unión Soviética les da las mismas condiciones y las mismas posibilidades de desarrollo. Desde el punto de vista de la conciencia, la igualdad avanza también a pasos agigantados; las diferencias de religión desaparecen, porque la religión agoniza. Los judíos serán hombres completamente socialistas. Se mezclan con los rusos, los ucranianos y otros pueblos de la Unión Soviética y, en una o dos generaciones, no serán ya judíos.

Por otra parte, el socialismo ha reconocido a los judíos como nación—que hasta aquí no habían tenido posibilidad de desarrollarse en forma de nación—, dándoles un territorio de residencia habitual, con una vida económica propia y una organización administrativa independiente. En el Birobichan se desenvuelve un Estado socialista judío, que refuta cien veces el antisemitismo. En la Unión Soviética, los judíos son hoy obreros y campesinos y trabajan con el mismo éxito que los demás campesinos y obreros y que los otros intelectuales. Tienen la misma capacidad que las demás razas y los demás pueblos, y defenderán su patria soviética con la misma valentía, con la misma tenacidad y con el mismo entusiasmo, si los fascistas se atreven a atacarla.

El socialismo proporciona a este pueblo, torturado y trágicamente perseguido, la paz y la igualdad de derechos, poniendo, de este modo, al servicio de la humanidad todo lo bueno que hay en su cultura milenaria. Y la bandera del humanismo socialista resplandece en la noche de la barbarie fascista.



# Una breve enciclopedia de bolchevismo

## Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.

por

E. IAROSLAVSKI

El Partido y la Internacional Comunista acaban de recibir una magnífica obra de combate popular del bolchevismo, así como una exposición de la doctrina fundamental de Marx-Engels-Lenin-Stalin: la historia verdaderamente bolchevique del Partido Comunista de la U. R. S. S. Esta historia, escrita con la colaboración personal de Stalin y aprobada por el Comité Central del P. C. (b.) de la U. S., constituye para los Partidos Comunistas de todos los países un arma poderosa, en su lucha contra la reacción y el fascismo, por los intereses de la clase obrera y de los trabajadores y por la victoria sobre el capitalismo mundial. Los pueblos soviéticos estudian la historia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética con profundo interés y en ella encuentran nuevas fuerzas para luchar por el comunismo. En los países capitalistas, millones de hombres estudiarán también este libro y lo considerarán como un manual de acción revolucionaria.

Es tan grande el interés por la historia del P. C. (b.) de la U. S., que, en las días en que se puso a la venta, se estacionaban enormes multitudes ante las librerías y los kioscos para adquirir un ejemplar lo más pronto posible. Espectáculo totalmente insólito, jamás visto en ningún otro país. De todas partes, de todos los sectores de la población trabajadora de la Unión Soviética, llegan cartas que contienen apreciaciones y juicios sobre el compendio de historia del P. C. (b.) de la U. S., que manifiestan el inmenso interés que la historia del Partido despierta, no sólo entre los comunistas, sino también entre numerosas gentes sin partido, entre los koljosianos y los intelectuales soviéticos, así como la alta estima de que dicho compendio goza en todo el país.

No tiene nada de extraño. El Partido Comunista (bolchevique) de



la Unión Soviética desempeña un papel tan decisivo en la vida del país y goza de tal autoridad ante los millones de trabajadores de la ciudad y del campo—obreros, koljosianos, empleados, estudiantes, intelectuales—, que el interés por una obra sobre la historia del Partido aprobada por el Comité Central del Partido y en la que ha participado directamente el camarada Stalin, es perfectamente legítimo y comprensible. Las masas trabajadoras saben que el Partido bolchevique nació en la Rusia revolucionaria en las más difíciles condiciones. El zarismo creía que no existía en Rusia una fuerza capaz de quebrantar su poderío. Sin embargo, se encontró esta fuerza. Primero, fueron pequeñas células o grupitos de marxistas, cuyo origen se remonta a la década del 80 del siglo pasado; estos grupos se vincularon al movimiento obrero, infundiéndole una tendencia socialista. Después, estos grupos ilegales engendraron el potente Partido político de los bolcheviques que hoy gobiernan el primero y, hasta hoy, el único Estado de obreros y campesinos.

El Partido bolchevique, fundado por *Lenin* y *Stalin* sobre la base teórica, sólida como el granito, del marxismo-leninismo revolucionario, se ha desarrollado y fortalecido en una lucha de principios contra los partidos pequeñoburgueses vinculados al movimiento obrero: los socialrevolucionarios y, anteriormente, contra sus precursores los populistas («narodniki»), los mencheviques, los anarquistas, los nacionalistas burgueses de todos los matices y, en el seno del propio Partido, contra los representantes de las tendencias mencheviques y oportunistas—los trotskistas, los bujarinistas, los nacionalistas y demás grupos antileninistas (*Historia del P. C. (b.) de la U. S.,* Introducción).

Hasta la gran revolución de Octubre, el Partido bolchevique vivió siempre al margen de la ley. Sólo en los momentos en que la ola revolucionaria culminaba, conquistó el Partido por un período muy breve una prensa legal y la posibilidad de que sus representantes hablasen desde la tribuna del Parlamento reaccionario, desde la Duma. Lenin ha escrito que, de 1903 a 1917, el Partido atravesó por un período único, en lo que se refiere a la abundancia de las experiencias adquiridas, puesto que ningún país había adquirido en aquellos quince años (1903-1917) tanta experiencia revolucionaria ni había visto sucederse tan rápidamente movimientos tan diversos; movimientos legales e ilegales, pacíficos y violentos, subterráneos y abiertos, parlamentarios y terroristas; movimientos ejecutados por pequeños grupos o realizados por grandes masas. Ningún otro país había visto, en tan breve período, tal diversidad de formas, de matices y de métodos en las luchas en que intervenían *todas* las clases de la sociedad



moderna ; el atraso del país y el pesado yugo del zarismo hicieron que esta lucha madurara con una rapidez especial y que utilizara, con un fervor y un éxito extraordinarios, la «última moda» de las experiencias políticas americanas y europeas (Lenin, *La enfermedad infantil del comunismo*).

En efecto, después de 1900, la clase obrera, guiada por el Partido, pasa de las huelgas puramente económicas de la década del 90 a las huelgas y a las manifestaciones políticas. En el breve período que va de enero a diciembre de 1905, la clase obrera rusa pasa de la «rebelión de rodillas» del 9 de enero de 1905 a la huelga general política de Octubre y a la sublevación del acorazado «Potemkin» y de otras unidades del ejército y de la flota ; a la insurrección armada de diciembre. Esta insurrección fué reprimida, porque una importante fracción de los campesinos tenía todavía confianza en el zar y una parte de los soldados y de los marinos cumplió el mandato de reprimir por las armas la insurrección de los obreros revolucionarios y de los campesinos conscientes. La revolución de 1905 fué derrotada porque la clase obrera no estaba todavía unida. Una parte de los obreros seguía aún a los mencheviques y una fracción considerable de los campesinos continuaba navegando a remolque de los populistas («*anarodniki*») y de los socialrevolucionarios.

El movimiento revolucionario vió entonces el comienzo de un durísimo período de reacción. Los verdugos zaristas y las expediciones de castigo ejecutaron a millares de hombres o los martirizaron en los presidios o en Siberia. El Partido bolchevique, que hasta entonces había presidido la ofensiva de la clase obrera, dirigió su retirada. Enseñó a la clase obrera el arte de trabajar y de luchar en las peores condiciones creadas por la reacción, de continuar su actividad ilegal y de aprovechar las menores posibilidades de agitación, de propaganda y de organización.

El Partido bolchevique supo, en tan durísimas condiciones, conservar el fondo esencial de sus cuadros, estrechar su organización en la Conferencia del Partido reunida en Praga (1912), crear un Comité Central bolchevique y romper todas las relaciones formales que aun mantenía con los mencheviques.

El Partido bolchevique fué el que dirigió el movimiento revolucionario durante la guerra imperialista, porque era el único partido ruso y casi el único de la Segunda Internacional que mantenía en alto la bandera del internacionalismo con dignidad y audacia revolucionarias. Fué el único Partido que no se dejó llevar por la borrachera del patriotismo, sino que se unió a la bandera del marxismo-leninismo revolucionario, a la bandera de la Internacional Comunista. Bajo



el fuego y la sangre, en plena tempestad de la guerra imperialista de 1914-1918, el Partido bolchevique dirigió, por encima de las trincheras y de las alambradas, su grito de combate a los trabajadores y a los soldados de las diversas naciones, exhortándolos a confraternizar entre ellos y a volver sus armas contra su propia burguesía.

El Partido bolchevique supo preparar a las masas de obreros, soldados y campesinos para derribar el zarismo.

Desde los primeros días de su lucha, el Partido afianzó la alianza entre los obreros y los campesinos, alianza que demostró ser lo suficientemente poderosa para derrotar al zarismo, base principal de la reacción europea e internacional.

Después de la caída del zarismo, la revolución rusa recorrió, en el breve espacio de tiempo que media entre febrero y octubre de 1917, un camino de importancia histórica mundial.

Cuando el Partido bolchevique pasó a ser legal, contaba, dentro del país, con 40 o 50.000 afiliados cuando más. En octubre, con 250.000 miembros, condujo la revolución proletaria socialista a la victoria. Para lograrlo, tuvo que desenmascarar tanto a la burguesía liberal (los kadetes), como la política traidora, sembrada de compromisos, de los mencheviques y de los socialrevolucionarios, y a sus propios traidores; tuvo que sustraer a la influencia de los partidos conciliacionistas a la fracción de los obreros, de los campesinos, de los soldados y de los marineros que todavía creía en estos partidos; tuvo que educar políticamente a las masas, que unir las y armar las para la lucha de Octubre y, finalmente, tuvo que adquirir autoridad, porque la Revolución socialista de Octubre triunfó bajo la dirección del Partido bolchevique solo, con exclusión de todos los demás partidos y luchando en contra de ellos.

Si esta victoria fué posible, se debe, en primer lugar, a que la clase obrera poseía un Partido marxista-leninista revolucionario, probado en dos revoluciones. En las dos revoluciones burguesas democráticas de 1905 y de febrero-marzo de 1917, las masas habían visto actuar a *todos* los partidos y a *todas* las clases y se habían convencido prácticamente de que el único Partido fiel a la revolución y al pueblo era el Partido bolchevique.

¿Cómo pudo adquirir semejante autoridad el Partido bolchevique? ¿A qué circunstancias debió su triunfo sobre tan numerosos enemigos? ¿Qué brújula le guió en las épocas más diversas y en las situaciones más complicadas? ¿De dónde extrajo su fuerza y su firme confianza en la victoria, así como su capacidad para orientarse en la complicadísima lucha por la victoria de la revolución y por la edificación de la sociedad socialista?



Esta fuerza y esta seguridad las tomó el Partido bolchevique de la doctrina revolucionaria de Marx y Engels, desarrollada y completada, bajo las nuevas condiciones del imperialismo, de la guerra imperialista y de la revolución proletaria, por Lenin y por Stalin.

«Que esta teoría revolucionaria es justa — que es la única justa — ha sido demostrado, no sólo por la experiencia internacional de todo el siglo XIX, sino también por las particularidades de la experiencia de las desviaciones, los titubeos, los errores y las defecciones del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo de un despotismo zarista salvaje y reaccionario, buscaba ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con un celo y una atención admirables, cada «última palabra» de Europa y América en este terreno. Rusia puso a prueba la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de comprobación en la práctica, de desengaños, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales, con un conocimiento excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario, como no se podía hallar ejemplo análogo en ningún otro país del mundo»<sup>1</sup>.

Esta brújula infalible—la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo—guió también al Partido después de la revolución socialista, conduciendo al joven país de los Soviets, primer Estado socialista del mundo, a través del fuego y de las dificultades de la guerra civil, hasta la victoria sobre la contrarrevolución rusa, apoyada por el capitalismo extranjero. La teoría revolucionaria del marxismo-leninismo se reveló como el arma más eficaz en la lucha de las masas contra todos los enemigos de la revolución: terratenientes, capitalistas, kulaks, saboteadores, espías, así como contra todos los mercenarios del mundo capitalista circundante y, en esta lucha revolucionaria, el Partido Comunista de la Unión Soviética (bolchevique) creció se fortaleció y se templó como el acero.

Guiado por esta teoría revolucionaria, el pueblo soviético pudo romper el bloqueo imperialista, poner fin a la guerra, restaurar la atrasada economía rusa, quebrantada y destrozada por la guerra imperialista y la guerra civil, y transformarla en una economía socialista altamente desarrollada. Gracias a esta teoría revolucionaria, el País de los Soviets se ha convertido en la ciudadela de la revolución proletaria, en el país de una floreciente agricultura socialista y de una potente industria, de una gran cultura socialista de las masas trabajadoras, cuyo nivel material, político y cultural crece continuamente.

Guiado por la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo, el

<sup>1</sup> LENIN, *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, página 17. Ediciones Europa-América.



Partido supo, en un país de composición nacional heterogénea, donde el gobierno zarista había excitado los mayores odios nacionales y donde el chovinismo de los gran-rusos y el nacionalismo de los pueblos oprimidos se habían extendido considerablemente, crear una gran alianza fraternal de naciones. De este modo, el Partido bolchevique demostró cómo se debía resolver el problema nacional y crear para todas las naciones condiciones iguales, a fin de que puedan desarrollar sus respectivas culturas, socialistas por su contenido y nacionales por su forma.

El Partido bolchevique ha creado admirables cuadros de técnicos, ingenieros, obreros stajanovistas, que han establecido nuevas normas de productividad del trabajo y desarrollado formas desconocidas de disciplina obrera, demostrando la superioridad del Estado socialista sobre el Estado capitalista.

Bajo la dirección del Partido bolchevique, bajo la dirección de *Lenin* y *Stalin*, se ha creado el heroico Ejército Rojo, guardián de la revolución proletaria, que sólo defiende los intereses de los trabajadores.

El Partido bolchevique ha demostrado, en primer lugar, *la justicia de la teoría marxista-leninista, que constituye el fundamento teórico inquebrantable sobre el que el Partido nació, creció y se fortaleció.*

En el artículo «Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo», escribía *Lenin* :

«La doctrina de Marx es omnipotente, porque es exacta. Es completa y armónica, da a los hombres una concepción del mundo íntegra, inconciliable con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa. Es la legítima heredera de lo mejor que creó la humanidad en el siglo XIX, bajo la forma de la filosofía alemana, la Economía política inglesa y el socialismo francés» <sup>1</sup>.

Est doctrina ha sido completada por *Lenin*, *Stalin* y sus discípulos.

«Sin exageración puede afirmarse que el mayor teórico, después de Engels, fué *Lenin*; pero después de él, *Stalin* y los demás discípulos de *Lenin* han sido los únicos marxistas que han desarrollado y enriquecido la teoría marxista con los resultados de las nuevas experiencias hechas en las nuevas condiciones de la lucha de clase del proletariado» <sup>2</sup>.

Para el movimiento proletario, es una singular fortuna que la doctrina marxista-leninista sea hoy la doctrina de la clase obrera avanzada de *todos los países* y que, gracias a la actividad del Partido

<sup>1</sup> *LENIN, Marx y el marxismo*, páginas 44-45. Ediciones Europa-América, 1938.

<sup>2</sup> *Historia del Partido Comunista de la U. R. S. S. (Partido bolchevique). Conclusión.*



bolchevique, se haya creado en el *mundo* entero la gran unión internacional del proletariado, la Internacional Comunista.

Las más crueles persecuciones y las dolorosas consecuencias para tal o cual Partido Comunista, son impotentes para detener la marcha victoriosa del comunismo. La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. es una riquísima fuente de energías para los Partidos de los trabajadores de todos los países. No se limita a sacar las conclusiones que se derivan de tres revoluciones—revolución democrático-burguesa de 1905, revolución democrático-burguesa de Febrero de 1917 y Revolución socialista de Octubre de 1917.

«La historia del Partido bolchevique es la historia del derrocamiento del zarismo, del derrocamiento del Poder de los terratenientes y capitalistas, la historia del aplastamiento de la intervención armada extranjera durante la guerra civil y la historia de la instauración del Estado soviético y de la sociedad socialista en la U. R. S. S.»<sup>1</sup>.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. contiene también los resultados de una de las más grandes experiencias internacionales. Las tres formas fundamentales de lucha de la clase obrera—lucha política, lucha económica y lucha teórica—han sido objeto de un profundo análisis en el curso de la historia de nuestro Partido, siendo examinados con la misma atención los diferentes movimientos de masas, desde las huelgas y las manifestaciones hasta la insurrección armada; desde la actividad de las organizaciones clandestinas, hasta la edificación creadora de la sociedad socialista.

En el curso de su evolución, el Partido bolchevique ha visto abrirse ante él nuevos horizontes y nuevos problemas grandiosos, que ha sabido resolver con éxito. Cada paso de avance ha enriquecido el arsenal de la lucha internacional del proletariado contra el capitalismo y por el socialismo. *El bolchevismo se ha convertido en la teoría y la táctica de todos los partidos obreros.* La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. demuestra también que la doctrina de Marx es omnipotente, porque es exacta; demuestra que la doctrina marxista-leninista es igualmente omnipotente, porque también es exacta y porque

«da al Partido la posibilidad de orientarse dentro de la situación, de comprender el nexo interno que une los acontecimientos que le rodean, de prever la marcha de los acontecimientos y discernir, no sólo cómo y hacia dónde se desarrollan los acontecimientos en el presente, sino también cómo y hacia dónde habrán de desarrollarse en el porvenir.

Sólo un partido que posea la teoría marxista-leninista puede avanzar con paso firme y conducir hacia adelante a la clase obrera.

Por el contrario, un partido que no posea la teoría marxista-leninista verá obli-

<sup>1</sup> *Historia del Partido Comunista de la U. R. S. S. (Partido bolchevique). Introducción.*



gado a vagar a tientas, perderá la seguridad en sus actos y no será capaz de conducir a la clase obrera hacia adelante»<sup>1</sup>.

Al publicar la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S., el Comité Central del P. C. (b.) de la U. R. S. S. ha querido dar a la historia del Partido bolchevique determinadas directivas, que excluyen las interpretaciones arbitrarias de tal o cual autor que haya escrito sobre el mismo tema; al mismo tiempo, ha querido dar una interpretación, cuidadosamente analizada y aprobada por el Partido, de los hechos y acontecimientos históricos. Estos hechos y acontecimientos históricos se exponen desde el punto de vista de la teoría marxista-leninista; mientras que las obras anteriores sobre la historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. no contienen, en la mayoría de los casos, más que un relato superficial y deshilvanado de los acontecimientos, sin explicación suficiente o sin explicación ninguna, desde el punto de vista teórico. Estas obras no exponen los fundamentos del marxismo-leninismo. En el trabajo práctico de los propagandistas y de los profesores de historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S., se falsean la mayoría de las veces las relaciones recíprocas existentes entre la historia del Partido, el leninismo y la doctrina de Marx y Engels.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. liquida estos errores. Pone de relieve lo que hay de nuevo en la doctrina del leninismo; pero demuestra al mismo tiempo que esta doctrina está vinculada indisolublemente a la de Marx y Engels y que, para ser un buen leninista, es indispensable conocer los trabajos fundamentales, es decir, la doctrina de Marx y Engels. La Historia pone término a las exposiciones simplistas contenidas en los anteriores manuales de historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. Por ejemplo: estos manuales suelen describir el camino recorrido por el Partido como una ininterrumpida sucesión de triunfos, sin mencionar jamás una derrota o una retirada forzada del Partido en tal o cual momento de su evolución. La Historia liquida esta tendencia perjudicial a toda educación bolchevique y expone, por ejemplo, las causas de las derrotas sufridas por la revolución en 1905, así como las dificultades surgidas en la época de Brest-Litovsk; muestra las causas y relata las modalidades de las retiradas ejecutadas por el Partido durante la reacción y al comenzar la Nueva Política Económica.

De este modo, la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. pone a los miembros del Partido en condiciones de vencer las dificultades y de salir airoso de las derrotas temporales. El movimiento

<sup>1</sup> *Historia del Partido Comunista de la U. R. S. S. (Partido bolchevique). Conclusión.*



obrero internacional puede sacar de la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. abundantes experiencias y preciosas enseñanzas, siendo la más importante de todas la siguiente: estar siempre con las masas; conducir las hacia adelante en los períodos ascendentes; después de una derrota, no lamentarse ni amilanarse, no ser pesimistas ni perder la cabeza; continuar el trabajo en cualquier régimen reaccionario; en caso de necesidad, vivir la existencia más clandestina y continuar trabajando con confianza, aplicando nuevos métodos de lucha y pensando que las fuerzas del comunismo progresan continuamente.

Otra enseñanza no menos importante de la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. consiste en lo siguiente: no dejarse embriagar por el triunfo; estar siempre despiertos, mientras el enemigo no está aniquilado; combatir resueltamente todo espíritu de transacción con el enemigo, sea éste la socialdemocracia, el oportunismo, los trotskistas, los bujarinistas o los nacionalistas burgueses; extirpar de nuestro propio ambiente la indulgencia oportunista que tolera tendencias hostiles al marxismo y al leninismo.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. garantiza el nivel teórico de los miembros del Partido y liquida cuanto pueda haber de atrasado en sus concepciones. Esta es la razón de que el manual consagre una gran atención a los problemas teóricos, que son examinados desde el primer capítulo. A pesar del carácter sucinto de la Historia, ésta trata en detalle, no sólo de los trabajos teóricos fundamentales de Lenin y Stalin, sino también de numerosos trabajos teóricos de Marx y Engels. La Historia expone, no sólo la marcha de los acontecimientos revolucionarios y de la vida del Partido desde los orígenes del P. C. (b.) de la U. R. S. S., sino también las tesis fundamentales de la teoría y de la filosofía marxista-leninista, así como el materialismo, tanto dialéctico como histórico.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. es el marxismo-leninismo hecho realidad activa. Para manejar acertadamente este arma, hay que conocerla a fondo. El manual expone, pues, los fundamentos de la dialéctica y del materialismo histórico. El materialismo dialéctico y el materialismo histórico suministran la clave para comprender las leyes del desarrollo social; pero no hay que buscar esta clave en la cabeza de los hombres, ni en las ideas y opiniones de una sociedad determinada, sino en el modo de producción empleado en el período histórico de que se trata; es decir, en el terreno económico.

Por consiguiente, la tarea primordial de la historia consiste en el estudio y en el descubrimiento de las leyes que rigen la producción,



el desarrollo y las mutuas relaciones de las fuerzas productivas, así como la evolución económica de la sociedad.

De donde se deduce que, si el Partido del proletariado quiere estar a la altura de su misión, debe, ante todo, conocer a fondo la ciencia que estudia las leyes de la producción y del desarrollo económico de la sociedad.

Así, pues, para no cometer errores políticos, el partido proletario debe, al elaborar su programa, así como en toda su actuación práctica, inspirarse sobre todo en las leyes que rigen el desarrollo de la producción y la evolución económica de la sociedad.

La Historia pone a todo marxista al corriente de los principios más necesarios de la economía política. Muestra que el Partido bolchevique ha realizado en el frente de la edificación socialista un trabajo gigantesco. Se puede decir, por consiguiente, que este libro constituye una enciclopedia sucinta de las ciencias bolcheviques.

El primer grupo marxista de Rusia, denominado «Emancipación del Trabajo» y organizado por Plejanof, Axelrod, Vera Sasulich y otros, no estaba vinculado al movimiento obrero. Puede, sin embargo, atribuirse el indiscutible mérito de haber propagado el marxismo en Rusia, en una época en que todavía no existía ningún partido obrero. También le cupo el mérito de haber asestado el primer golpe serio al partido de los populistas («narodiki»).

No obstante, sólo al crearse la «Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera», dirigida por Lenin, tuvo a su cabeza el movimiento obrero una organización que contenía el germen del futuro Partido bolchevique y de la Internacional Comunista.

*Lenin, Stalin* y sus discípulos, realizaron el sueño de Marx y Engels, creando una verdadera Internacional Comunista. Para alcanzar este objeto, hubo que echar a un lado a diversos grupos y partidos antimarxistas y antileninistas que a menudo se disfrazaban de marxistas. Sabido es que los mencheviques rusos, que huyeron ante la revolución proletaria, han estado (y todavía continúan) sostenidos por los dirigentes de la II Internacional.

La lucha de *Lenin* contra los economistas, los marxistas «legales», los mencheviques, los socialrevolucionarios y los anarquistas, tuvo desde sus comienzos una enorme importancia internacional. Toda la historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. tiene, sin duda alguna, un alcance internacional; pero esto no significa que los partidos obreros de los demás países hayan de limitarse a copiar la actividad del P. C. (b.) de la U. R. S. S.; en condiciones diferentes, la doctrina marxista-leninista debe recibir, naturalmente, una aplicación diferente. Para los partidos obreros que tengan que trabajar en la clai-



destinidad—la extensión del fascismo y los progresos de la reacción obligan a los Partidos Comunistas y a otros Partidos obreros de numerosos países a vivir clandestinamente—, la experiencia adquirida por el Partido bolchevique antes de la revolución socialista proletaria de Octubre tiene considerable importancia. Porque, incluso en 1917, después de la caída del zarismo, el Partido bolchevique hubo de vivir en la clandestinidad, cuando fué perseguido por el gobierno Kerenski, al que apoyaban los partidos oportunistas menchevique y socialrevolucionario. Si el Partido bolchevique triunfó, fué porque no admitía el oportunismo; porque sostenía una guerra implacable contra toda manifestación oportunista; porque era intransigente con los partidarios de componendas y capitulaciones; porque asumía una actitud revolucionaria, frente a la burguesía y a las fuerzas reaccionarias; porque poseía la teoría progresiva del movimiento obrero; porque sabía, como sabe también hoy, criticar sus propios defectos y porque estaba estrechamente vinculado a las masas. He aquí lo que enseña la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S.

Piénsese en la actividad de Lenin posterior al II Congreso del Partido, en la época en que los oportunistas, inquietos por los éxitos del bolchevismo, hicieron un frente común y, sostenidos por los líderes de la Segunda Internnacional, combatieron a Lenin. En su libro «Un paso adelante, dos pasos atrás», Lenin descubrió todo lo que había de perjudicial en las vacilaciones oportunistas; supo unir a la mayoría del Comité Central del Partido al programa revolucionario de acción que desarrolló en el folleto «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática».

La corriente bolchevique arrastró a la clase obrera, *convenciendo* el Partido a los obreros de la justeza de su doctrina, así como del oportunismo de los mencheviques y de los socialrevolucionarios. El Partido bolchevique triunfó porque estaba vinculado a las grandes masas y porque supo desplegar una agitación activa, así como una seria propaganda teórica. Triunfó, gracias a su actividad intransigente frente a los mencheviques, a sus propios fraseólogos de «izquierda» (los «otsovistas») y a los trotskistas, que disimulaban su hostilidad, como los camaleones, bajo los más diversos colores. Otra característica de los bolcheviques consiste en la perseverancia y la tenacidad de que dan pruebas en la persecución de sus fines.

Estas cualidades características del Partido bolchevique se reconocen fácilmente en el curso de toda la historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. Todas las persecuciones de la época reaccionaria de Stolypin no impidieron a los bolcheviques apoderarse de todas las formas del movimiento obrero y penetrar en todas las organizaciones donde



podían influir sobre los obreros y los campesinos; estas persecuciones no impidieron tampoco que utilizaran la Duma como una tribuna revolucionaria, desde donde lanzaban a las masas trabajadoras, por encima de las cabezas de los diputados reaccionarios—popes, terratenientes y capitalistas—, sus consignas revolucionarias. Todas las persecuciones de la prensa obrera bajo la reacción no impidieron que el Partido bolchevique propagase entre las masas la palabra bolchevique. Por eso, en el año 1917, ninguna calumnia fué lo bastante fuerte para que los bolcheviques no pudiesen rechazarla y encontrar, a pesar de todos los obstáculos, el camino hacia las masas.

Se puede afirmar que la teoría marxista-leninista es el arma más afilada y eficaz de los bolcheviques. Lenin subrayó siempre que nuestro Partido bolchevique es el guardián de las tradiciones revolucionarias legadas por Marx y Engels.

Pero nosotros no guardamos estas tradiciones como un archivero guarda un viejo pergamino. Las guardamos como un luchador guarda su arma. Perfeccionamos este arma y la conservamos siempre dispuesta a prestar servicio.

La teoría revolucionaria de Marx y Engels no podría ser útil al Partido de la clase obrera, si los bolcheviques considerasen esta doctrina como un dogma inmutable. En el artículo ya mencionado «Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo», escribía Lenin en 1913:

«La historia de la filosofía y la historia de la ciencia social enseña con toda claridad que en el marxismo no hay nada que se parezca al «sectarismo», en el sentido de una doctrina retráida, anquilosada, que ha surgido *al margen* de la gran ruta del desarrollo de la civilización mundial. Por el contrario, el genio de Marx está precisamente en haber dado soluciones a los problemas planteados antes de él por el pensamiento avanzado de la humanidad»<sup>1</sup>.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. muestra que no hay que considerar la doctrina marxista-leninista como algo inmutable, momificado, es decir, como un dogma. Para los bolcheviques, la doctrina revolucionaria de Marx-Engels-Lenin-Stalin no es un dogma, sino una guía para la acción.

«La teoría marxista-leninista no puede considerarse como un conjunto de dogmas, como un catecismo, como un artículo de fe, ni a los marxistas como eruditos pedantes y exégetas. La teoría marxista-leninista es la ciencia del desarrollo de la sociedad, la ciencia del movimiento obrero, la ciencia de la edificación de la sociedad comunista. Y, como ciencia, no está ni puede estar estancada, sino que se desarrolla y se perfecciona. Es evidente que, en su desarrollo, no puede por menos de enriquecerse con la nueva experiencia, con los nuevos conocimientos, y que algunas

<sup>1</sup> LENIN, *Marx y el marxismo*, página 44. Ediciones Europa-América, 1938.



de sus tesis y conclusiones no pueden por menos de cambiar a lo largo del tiempo, no pueden por menos de ser reemplazadas por nuevas tesis y conclusiones, con arreglo a las nuevas condiciones históricas»<sup>1</sup>.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. muestra, con numerosos ejemplos, que Lenin y Stalin han sacado de la nueva experiencia revolucionaria conclusiones inéditas. Lenin desarrolló la nueva teoría de la revolución socialista proletaria, ya que la antigua teoría sobre la posibilidad del triunfo simultáneo de la revolución socialista en todos los países no era aplicable en las nuevas condiciones. El nuevo período del capitalismo, el imperialismo, ha demostrado la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país. Marx y Engels habían enseñado que, al día siguiente de la revolución proletaria, cuando el proletariado se hubiese apoderado de los medios de producción, el Estado comenzaría a atrofiarse. Al formular esta tesis, Marx y Engels admitían como posible el triunfo simultáneo del socialismo en todos los países capitalistas. Sin embargo, la revolución proletaria no se ha producido más que en un solo país. El joven Estado soviético, rodeado de países capitalistas que se extienden sobre las cinco sextas partes del globo, no ha podido reducir sus funciones estatales, sino que, por el contrario, ha tenido que darles un mayor desarrollo, por ejemplo, en lo que se refiere a la defensa del país, a la represión de las clases explotadoras, a la protección de las fronteras y de su sistema social, así como de la vida y de la propiedad de los miembros de la sociedad socialista. En el transcurso de los veintiún años de existencia de la U. R. S. S., el Estado no se ha atrofiado y sus funciones más importantes perdurarán, mientras persista el cerco capitalista.

La historia del Partido distingue dos clases de guerras: *las guerras justas y las guerras injustas*.

«Los bolcheviques no eran contrarios a toda guerra. Eran contrarios solamente a la guerra anexionista, a la guerra imperialista. Los bolcheviques entendían que hay dos clases de guerras:

a) Las guerras justas, no anexionistas, de liberación, que tienen como finalidad defender al pueblo contra una agresión exterior y contra cuantos intenten esclavizarle, liberar al pueblo de la esclavitud del capitalismo o, finalmente, emancipar a las colonias y a los países vasallos del yugo de los imperialistas; y

b) Las guerras injustas, anexionistas, que tienen como finalidad la anexión y esclavización de países y pueblos extranjeros.

Los bolcheviques apoyaban la primera clase de guerras. En cambio, propugnaban por mantener una lucha resuelta contra las guerras de la segunda clase, llegando hasta la revolución y el derrocamiento del gobierno imperialista del propio país»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Historia del Partido Comunista de la U. R. S. S. (Partido bolchevique), Conclusión.

<sup>2</sup> Idem, capítulo VI.



Conocemos numerosos ejemplos de guerras justas e injustas, tanto antes como después de la guerra imperialista de 1914-1918. Hoy, los bandidos fascistas sostienen guerras de rapiña, ocupan territorios y subyugan a pueblos extranjeros. Así, los agresores fascistas han sojuzgado a Abisinia, ocupado Austria, desmembrado Checoslovaquia y libran una guerra imperialista en España y China. Los heroicos pueblos de España y de China sostienen contra los conquistadores fascistas una guerra justa, porque defienden su independencia, su libertad y la integridad de su territorio.

Numerosos hechos del mismo género, citados en la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S., demuestran que la teoría marxista-leninista no es un dogma, sino una norma de acción y que el marxismo dogmático no es más que un velo destinado a encubrir a los oportunistas y su actividad nociva al proletariado.

«El Partido bolchevique no habría podido vencer en Octubre de 1917, si sus cuadros avanzados no se hubiesen asimilado la teoría marxista y si no hubiesen aprendido a considerar esta teoría como una norma de acción, a desarrollarla y a enriquecerla con nuevas experiencias «sacadas de la lucha de clases del proletariado».

En el libro «El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo», Lenin responde a la pregunta: ¿Combatiendo a qué adversarios en el seno del movimiento obrero se ha desarrollado y fortalecido el bolchevismo?

«En primer lugar y sobre todo, en la lucha contra el oportunismo, que en 1914 se convirtió definitivamente en socialpatriotismo y que se ha pasado definitivamente al lado de la burguesía, contra el proletariado. Este era naturalmente el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo en todo el mundo. El bolchevismo le ha prestado y le presta la mayor atención. La actividad de los bolcheviques en este sentido, es ya bastante conocida en el extranjero»<sup>1</sup>.

Sin embargo, el Partido bolchevique tuvo, a la vez, que luchar contra el *radicalismo pequeñoburgués* en el seno del movimiento obrero,

«...que roza con el anarquismo o que ha tomado algo de él y carece de todo lo esencial para las condiciones y exigencias de una firme lucha de clases proletaria. Los marxistas han establecido de un modo categórico, y la experiencia de todas las revoluciones y los movimientos revolucionarios de Europa lo han confirmado enteramente, que el pequeño propietario, el pequeño patrón — tipo social que en muchos países europeos está muy difundido — que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento brusco y rápido de sus condiciones de existencia que le lleva a la ruina, adquiere fácilmente una mentalidad ultra-revolucionaria, pero que es incapaz de manifestar firmeza, espíritu de organi-

<sup>1</sup> LENIN, *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, página 25. Ediciones Europa-América.



zación, disciplina, constancia; el pequeño-burgués, enfurecido por los horrores del capitalismo, es un fenómeno social propio, como el anarquismo, de todos los países capitalistas. La inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad, su facilidad de cambiarse rápidamente en sumisión, en apatía, en imaginación fantástica, hasta en un entusiasmo furioso por tal o cual tendencia burguesa «de moda», son universalmente conocidos»<sup>1</sup>.

El Partido luchó desde un principio contra las corrientes del movimiento obrero hostiles a la revolución proletaria, contra el oportunismo y el revolucionarismo pequeñoburgés, cuyos adeptos se reclutaban, de una parte, entre los millones de pequeños burgueses de las ciudades y del campo, y de otra, en la capa superior de la aristocracia obrera, comprada por la burguesía imperialista. Los oportunistas de diversos matices, que luchaban contra el partido del marxismo-leninismo revolucionario, contra los bolcheviques, eran muy útiles a las clases dirigentes del régimen capitalista.

Cierto es que, en lo que se refiere a las vacilaciones oportunistas de algunos miembros aislados y de grupos enteros del Partido, ha desempeñado—y desempeña todavía—un importante papel el bajo nivel teórico, la incomprensión de las leyes de la evolución y de las luchas sociales, así como la ignorancia de los procedimientos y de los métodos de la lucha revolucionaria.

El Partido bolchevique se ha desarrollado y fortalecido, desembarazándose de estos elementos poco seguros, así como de los acólitos y agentes a sueldo de las clases hostiles a la revolución proletaria. Se ha desembarazado de ellos por medio de las depuraciones del Partido, separando de él a los oportunistas, echando a los miembros aislados o a los grupos que habían emprendido la senda del oportunismo. La lucha contra los economistas, contra los liquidadores de derecha y de «izquierda», contra los trotskistas, contra los «comunistas de izquierda», contra el grupo del «centralismo democrático», contra la oposición obrera anarcosindicalista, contra los nacionalistas burgueses, etc., constituyó una premisa necesaria para el triunfo de la revolución y del socialismo.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. ha demostrado que la lucha contra el bolchevismo, lejos de debilitarse, reviste formas cada vez más agudas, a medida que se intensifica la lucha por el comunismo y que el Estado socialista se consolida. Habiendo perdido los oportunistas en la Unión Soviética la base social de su actividad—ya que las grandes masas se han sumado irrevocablemente al socialismo—pasan a métodos antisoviéticos de lucha y recurren a la contrarrevolución, al espionaje; se ponen en relación con los servi-

<sup>1</sup> LENIN, *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, páginas 25 y 26.



cios secretos extranjeros, concertan acuerdos con los Estados imperialistas, ejecutando las tareas que éstos les encomiendan y llegando hasta traicionar y vender al país del socialismo.

Por esta razón,

«el Partido de la clase obrera no puede mantener la unidad y la disciplina dentro de sus filas, ni desempeñar su papel de organizador y guía de la revolución proletaria y de una nueva sociedad socialista, sin mantener una lucha implacable contra los oportunistas que se introducen en su propio seno».

Podría parecer que los bolcheviques han consagrado demasiado tiempo a la lucha contra los elementos oportunistas del Partido y que han exagerado su importancia. Tal opinión es totalmente errónea. No se puede tolerar el oportunismo en el Partido, lo mismo que un organismo sano no puede tolerar un cuerpo extraño. El Partido es la vanguardia de la clase obrera, su fortaleza más avanzada, su Estado Mayor. No se puede admitir que en el Estado Mayor general de la clase obrera existan escépticos, oportunistas, capituladores ni traidores. Luchar a vida o muerte contra la burguesía y al mismo tiempo tener en el propio cuartel general, en la propia ciudadela, capituladores y traidores, es hallarse entre dos fuegos. Es evidente que un combate así sólo puede conducir a la derrota. Una fortaleza se toma desde dentro mucho más fácilmente. Para lograr la victoria, es necesario, ante todo, depurar el Partido de la clase obrera, su Estado Mayor general, su ciudadela más avanzada, limpiándola de capituladores, desertores, rompehuelgas y traidores.»

El Partido bolchevique ha realizado esta magna tarea. Ha liquidado todos los partidos conciliadores, todos los grupos antiproletarios y antibolcheviques que se han entregado a la contrarrevolución en el curso de la lucha, que han conspirado con los incendiarios fascistas o han recurrido al terror, al sabotaje y al espionaje. De este modo, ha prestado un servicio, no sólo a los pueblos de la Unión Soviética, sino también al proletariado internacional, a todos los antifascistas a todos los amigos sinceros de la paz. Sólo los dirigentes reaccionarios de la Segunda Internacional, que cuentan en sus filas con «políticos» como el menchevique Dan, convicto de hallarse alistado al servicio del espionaje alemán, protegen a los espías y a los agentes de los servicios secretos extranjeros que desean restaurar el régimen capitalista en la Unión Soviética.

En la introducción a la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S., se subraya con razón que «el estudio de la historia de la lucha de nuestro Partido contra todos los enemigos del marxismo-leninismo, contra todos los enemigos de los trabajadores, nos facilita la asimilación del bolchevismo y aumenta nuestra vigilancia política».

La Historia pone, al mismo tiempo, de relieve que las vacilaciones oportunistas se explican, en muchos casos, por el bajo nivel teórico de los miembros del Partido y saca de este hecho el siguiente corolario: si un comunista quiere escapar al peligro de caer en errores oportunistas, debe, en primer lugar, poseer a fondo la teoría bol-



chevique, *conocer* el marxismo-leninismo y, después, reforzar su vigilancia revolucionaria, a fin de que el enemigo no le sorprenda.

El Partido bolchevique ha sido siempre fuerte gracias a su unión con las masas. Esta unión data del período en que la «Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera», dirigida por Lenin, pasó, de la propaganda entre los grupitos aislados, a *la agitación en gran escala* y tomó la dirección de las huelgas y demás movimientos de masas. Lenin enseñaba que el Partido bolchevique debe aprender a utilizar todas las formas de lucha revolucionaria y debe saber, en caso de necesidad, utilizar todas las clases sociales y en primer lugar, naturalmente, los elementos revolucionarios y democráticos de la sociedad. Por eso, el Partido bolchevique supo desarrollar su trabajo, no sólo en las ciudades, entre los obreros, sino también en el campo, entre los campesinos. Supo también atraerse a los elementos democráticos del ejército y de la marina, así como a los estudiantes e intelectuales.

Esta vinculación con las masas fué la fuerza del Partido durante la revolución de 1905. Mantuvo esta ligazón en las durísimas condiciones de la era reaccionaria que separa las dos primeras revoluciones y la desarrolló, en una escala gigantesca, a partir de 1917. Sin esta ligazón con las masas, no hubiese podido vencer en la guerra civil.

Al enumerar las causas de la victoria del Ejército Rojo, la Historia, en la sección titulada «Cómo y por qué venció el País Soviético a las fuerzas coaligadas de la intervención anglo-franco-japonesa-polaca y de la contrarrevolución de los burgueses, terratenientes y guardias blancos dentro de Rusia», dice lo siguiente :

«El Ejército Rojo venció porque la política del Poder Soviético en nombre de la cual combatía, era una política acertada, la política que correspondía a los intereses del pueblo, porque el pueblo sentía y comprendía esta política como acertada, como su política propia, y la apoyaba hasta el fin.

El Ejército Rojo venció porque era un ejército abnegado fiel sin reservas a su pueblo, por cuya razón éste le quería y le apoyaba como a un ejército de su propia sangre.

El Ejército Rojo venció porque el núcleo dirigente del frente y de la retaguardia del Ejército Rojo era el Partido bolchevique, unido por su cohesión y su disciplina, fuerte por su espíritu revolucionario y por su decisión de afrontar cualquier sacrificio con tal de que triunfase la causa común, no superado por nadie en cuanto a capacidad para organizar a las masas de millones de hombres y dirigirles acertadamente en las situaciones más complicadas» <sup>1</sup>.

El Ejército Rojo venció porque supo forjar en sus filas jefes militares de nuevo tipo ; porque los hombres más eminentes del Partido se habían preocupado de educar políticamente al Ejército Rojo y por-

<sup>1</sup> *Historia del Partido Comunista de la U. R. S.S. (Partido bolchevique)*, capítulo VIII.



que contaba en sus efectivos con organizadores y jefes brillantes : los comisarios de guerra.

El Ejército Rojo venció porque en la retaguardia del ejército de los guardias blancos hubo unos bolcheviques formidables que realizaron un trabajo subterráneo.

El Ejército Rojo venció porque el País de los Soviets no estaba solo en su lucha contra la contrarrevolución de los guardias blancos y la intervención extranjera y porque la lucha y los éxitos del Poder Soviético provocaban la simpatía y la ayuda de los proletarios del mundo entero.

Esta victoria fué posible porque la mayoría aplastante de los obreros y campesinos comprendió, a pesar de todas las dificultades de la guerra civil, la justeza de la política del Partido bolchevique y porque amó y apoyó a este Partido.

Esta victoria fué posible porque el Partido bolchevique dirigió la lucha por el triunfo de la verdadera democracia, la democracia proletaria y la solcialdemocracia.

Mientras, en numerosos países son pisoteados por el fascismo los principios de la democracia, la verdadera democracia o democracia socialista, garantizada por la Constitución de Stalin, llena la vida entera de la Unión Soviética.

La Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S. enseña el camino que conduce a la verdadera democracia. En esta democracia, el poder de las clases explotadoras, el poder de los parásitos, está suprimido. El antagonismo entre el trabajo intelectual y el trabajo manual se ha eliminado, habiéndose liquidado las clases. Esta democracia se aproxima incesantemente a la era del comunismo, en la que toda la actividad de la sociedad habrá de regularse por este principio : «De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades».

La titánica lucha de un pueblo de 170 millones por el comunismo es un espectáculo majestuoso y emocionante. A la cabeza de este pueblo, marcha la vanguardia del proletariado internacional, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Sus actos llevan la aureola de los hechos heroicos y prosigue su camino con optimismo y confianza en el triunfo definitivo del comunismo.

La bandera de la revolución comunista, la bandera de Marx-Engels-Lenin-Stalin, está en manos seguras y robustas. La lleva un glorioso abanderado, uno de los fundadores del Partido bolchevique, el amigo y maestro de los trabajadores de la Unión Soviética y de todos los pueblos oprimidos del mundo, el camarada Stalin.

Todo lo que antecede está expuesto en la Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S.



# Las lecciones de una lucha por la república democrática

Examen retrospectivo de 9 de noviembre de 1918  
en Alemania

por

KURT FUNK

Los acontecimientos políticos de los últimos veinte años han proporcionado a la clase obrera internacional la gran experiencia histórica consistente en que la política de Lenin y Stalin ha conducido al triunfo del socialismo, mientras que la política socialdemócrata de colaboración con la burguesía ha conducido a la derrota del proletariado y al triunfo del fascismo.

Bajo la dirección de Lenin y Stalin, los trabajadores se han libertado. Su Estado, la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, es el más fuerte del mundo. Bajo la dirección de los políticos que predicaban la unión de las clases y que profetizaban el «paso» pacífico al socialismo, los trabajadores de Alemania y de Austria han sido unidos al sangriento régimen de violencia del fascismo. Hoy, es Alemania la potencia imperialista más agresiva.

Los trabajadores de todos los países tienen, precisamente hoy que experimentan «en su propio cuerpo» las consecuencias de la «senda alemana», todas las razones para estudiar los resultados de estas dos sendas y asimilarse las experiencias de la clase obrera más progresiva del mundo, la clase obrera de la Unión Soviética. Sin embargo, no se trata de experimentar y comprender los dos caminos. Hoy, el proletariado de muchos países corre el inminente peligro de que le arrebaten los derechos democráticos más elementales. La clase obrera internacional puede aprender en la experiencia alemana qué tendencias debe combatir en su propio campo, si quiere vencer al fascismo y a la reacción. La senda seguida por la socialdemocracia alemana en 1918 era un callejón sin salida, en el que la clase obrera se encontró expuesta desde el principio a los más graves peligros por parte de la reacción. El examen retrospectivo del 9 de noviembre de 1918 nos demuestra que la política de la socialdemocracia (es decir, la teoría y la práctica de la colaboración con la burguesía), pone en peligro las conquistas democráticas y desarma a la clase obrera.



## LAS BASES DE LA CORRELACION DE FUERZAS EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1918

En noviembre de 1918, la inmensa mayoría del pueblo alemán se separó completa y resueltamente de la monarquía. La mayoría del pueblo, aplastada, se rebeló contra la guerra imperialista. Aunque los dirigentes de la socialdemocracia habían ocultado a la clase obrera la verdad sobre la gran revolución socialista de Octubre en Rusia y difamado la política de los bolcheviques, el ejemplo del proletariado ruso estimuló y decidió a la clase obrera alemana a pasar también a la acción.

La clase obrera alemana se puso en movimiento durante el mes de noviembre. Las huelgas se extendieron rápidamente, haciéndose cada vez más serias. En los frentes y en las guarniciones, los soldados se sublevaron contra los oficiales reaccionarios. En las masas pequeñoburguesas y campesinas, era tan grande la aversión a la guerra imperialista del kaiser, a la dictadura militar y a la economía de guerra, que la mayoría de estas masas estaban dispuestas a seguir a la clase obrera.

Pero, sin tener en cuenta estas bases evidentes, que eran entonces las bases para la conquista por la clase obrera de sólidas posiciones democráticas de lucha, cierto número de escritores socialdemócratas, que después de la instauración del fascismo en Alemania se han impuesto la misión de describir los catorce años de república alemana, buscan las causas llamadas «objetivas» que expliquen el derrumbamiento ulterior, como si éste hubiese sido en cierto modo «natural y necesario» desde un principio. Federico Stampfer se destaca entre estos escritores de manera especial, porque forma parte de los políticos que tienen más responsabilidad en la actitud de la socialdemocracia alemana y porque, después de la toma del Poder por el fascismo, sigue influyendo considerablemente en la posición de la socialdemocracia. En sus investigaciones críticas, Federico Stampfer ha intentado varias veces utilizar para la lucha presente las lecciones del pasado. Pero, hasta hoy, siempre se ha embrollado al tratar de justificar la política socialdemócrata por causas «objetivas» («La República se estrelló contra la crisis económica»), o lamentándose de la falta de madurez política del pueblo. Stampfer atribuye la principal responsabilidad de la evolución política en Alemania a aquel sector del proletariado que desde el principio combatió a la reacción y defendió la idea de una democracia consecuente.

Wenzel Jaksch busca sobre todo las causas del fracaso de la República alemana en la constelación internacional de fuerzas de los años que siguieron a 1918 («Los tratados de paz fueron un instrumento de clase del capitalismo occidental victorioso contra la República de Weimar procla-



mada por los obreros y soldados»). Otro argumento que emplea Jaksch, para explicar el desarrollo de la situación política, en Alemania, y para defender la política de la socialdemocracia, es la «base alimenticia» de Alemania. Este «argumento» representa el puente que Jaksch ha tendido entre ciertas representaciones «pangermanistas» del «espacio». Con Stampfer, Wenzel Jaksch acusa a la parte del proletariado influenciada por el comunismo de ser la responsable del fracaso de la República. Con «mayor consecuencia» que Stampfer, llega a una «revisión» de los principios del marxismo. En la línea de esta «revisión», en el sentido de un «aburguesamiento» del movimiento obrero, hay todavía otras contribuciones socialdemócratas a la crítica de la revolución de noviembre y de sus consecuencias (uno de estos revisionistas, Franzel, se pasó al fascismo). El artículo que el órgano de la dirección de la socialdemocracia alemana, el «Neuer Vorwärts», publicó en el 25.º aniversario de la muerte de Augusto Bebel, retrata fielmente estas tendencias. En dicho artículo, se reprocha a Bebel el haber «sobrestimado el instinto de masas y la conciencia de clase» y haberse atado en exceso a las direcciones de pensamiento del Manifiesto Comunista. El órgano de la dirección del Partido socialdemócrata de Alemania deplora todavía que, después de todo lo ocurrido, la «concepción rígida» (es decir, la teoría de Marx y Engels), se haya impuesto, «incluso después de la fusión, a los dotados de la mejor voluntad, a los más constructivos». Después de esto, no debe extrañar que el «Neuer Vorwärts» sea opuesto a la influencia de la Revolución francesa sobre la Comuna de París y sobre el movimiento obrero alemán, y que se queje de que «el carácter inmutablemente rígido del Estado de clase prusiano-alemán» haya dado a la socialdemocracia pocas ocasiones de «familiarizarse con los problemas de la mecánica del Estado», lo que naturalmente quiere decir que este Estado no le había dado ocasión, antes de la guerra, de aprender la política de coalición con participación en los gobiernos capitalistas. Finalmente, en este artículo, se acusa formalmente a Augusto Bebel y a la antigua socialdemocracia (incluso a los fundadores del socialismo científico) de ser responsables de los resultados de la revolución de noviembre. En su polémica contra los «negadores radicales de izquierda» y contra su exacto punto de vista de que la obra y el espíritu de Augusto Bebel habían sido traicionados en 1918 por los jefes socialdemócratas», declara el «Neuer Vorwärts»:

«El partido que tuvo el Poder en sus manos en 1918 y que creyó haber obtenido con la democracia de masas la base a partir de la cual habían de desarrollarse el socialismo y la evolución socialista de las leyes económicas, era la continuación lógica del Partido de Bebel que conducía a sobrestimar el instinto proletario de masas y de clase. Al instinto existente de creación del Estado, le faltaba el sueño creador del Estado, la gran representación clara, la concepción profunda.»

No se necesitan muchas palabras para explicar que, con tales frases, el



órgano de la dirección de la socialdemocracia alemana quiere hacer que caiga sobre Marx y Engels la responsabilidad por el derrumbamiento de la revolución de noviembre y de la República alemana. Porque lo que se pretende criticar en Augusto Bebel no es el haberse desviado de la línea del marxismo, sino el haberse atendido de una manera rígida a la teoría de Marx. La socialdemocracia alemana no se ha atrevido hasta hoy a separarse abiertamente de la herencia de Marx y de Engels. Pero las declaraciones que acabamos de citar son un síntoma de las acusadas tendencias revisionistas existentes en el seno de la socialdemocracia, tendencias que hasta ahora no se habían condensado en fórmulas programáticas, por consideración a los miembros conscientes del partido.

De este breve resumen de la crítica socialdemócrata de la revolución de noviembre y de sus consecuencias, se desprenden algunas cosas con absoluta claridad: en la literatura socialdemócrata, se ve claramente que, al buscar la explicación de la victoria del fascismo, se hacen evidentes esfuerzos por hacer responsables a las mismas masas trabajadoras, a las «condiciones naturales» y a la teoría del marxismo.

Estos esfuerzos son tanto más peligrosos para el presente y para la política futura, cuanto que, hasta hoy, los numerosos votos que en el campo socialdemócrata se oponen a estas tendencias no están todavía unidos ni han encontrado una expresión clara. No se sirve a la clase obrera pasando ligeramente sobre las tendencias revisionistas que acabamos de citar. Los acontecimientos del pasado más reciente hacen una penetrante advertencia: hay que llevar una claridad efectiva a la lucha sobre la democracia, al frente único de la clase obrera y a la lucha contra la burguesía reaccionaria. En esta lucha por la claridad, representa un papel predominante el conocimiento de las enseñanzas de 1918.

Los esfuerzos realizados en defensa de las conquistas democráticas contra el fascismo, los esfuerzos para preparar el camino de una nueva democracia alemana que sustituya al fascismo, se verán siempre defraudados y reducidos a la nada si no se buscan en los propios factores subjetivos las causas que dieron lugar al derrumbamiento de la República de Weimar.

### LA POLÍTICA DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1918

En 1918, la mayoría de la clase obrera alemana seguía a la socialdemocracia. Sin embargo, las fracciones avanzadas del proletariado, agrupadas alrededor de Carlos Liebknecht y de Rosa Luxemburg (aún no estaban organizadas en un partido sólido y único), se oponían enérgica-



mente a la dirección de la socialdemocracia, que había votado los créditos de guerra del imperialismo alemán y que había respetado la «paz civil» durante los cuatro años de guerra. Los políticos de la «paz civil» seguían aprovechando el aspecto que la socialdemocracia se había dado a los ojos del proletariado alemán, gracias al trabajo realizado durante decenas de años al servicio de la lucha de clases. No se pudo vencer la influencia de los políticos de la «paz civil», a causa de la actitud vacilante de la socialdemocracia independiente.

¿Con qué representaciones, con qué programa, se puso a trabajar durante las jornadas de noviembre el partido «que obtuvo el poder en 1918 de una manera inesperada»(!)? Sabido es que el presidente del partido por entonces, Ebert, odiaba a la revolución, según sus propias palabras, «como al pecado». Federico Stampfer interpreta esta expresión diciendo que Ebert «sólo» era enemigo de una revolución consistente en «un proceso de política interior acompañado de combates sangrientos». Sin embargo, desde los comienzos de la revolución, se demostró que Ebert no retrocedía ante la «lucha sangrienta», cuando ésta iba dirigida contra las masas proletarias, contra los campeones de una democracia consecuente.

Si, en 1918, los hombres responsables de la socialdemocracia hubiesen tenido realmente algo que ver con la democracia, habrían tomado desde el primer día todas las medidas adecuadas contra las maquinaciones de la contrarrevolución. Habrían velado porque el proletariado obtuviese la libertad política ilimitada que necesita para combatir a la cabeza de una revolución democrática. Su misión habría consistido en poner en guardia al proletariado contra los seudodemócratas burgueses y, apoyados en las masas trabajadoras, establecer inmediatamente los derechos fundamentales y las posiciones democráticas de lucha. Sin embargo, en el mes de agosto, Ebert, presidente de la socialdemocracia, se había pronunciado resueltamente contra el proyecto de una acción de masas en favor de la paz. En la segunda quincena de septiembre, se había opuesto a que se interviniese al fin contra los créditos de guerra. Todavía en vísperas del 9 de noviembre, intentaban los dirigentes de la socialdemocracia impedir el movimiento revolucionario y pactar con el gobierno imperial de aquel entonces, gobierno en el que, desde principios de octubre, había dos socialdemócratas de la dirección del partido. Bajo la presión del movimiento popular en el Reich y bajo la inmediata presión de las masas en Berlín, la dirección del partido se decidió con retraso a sumarse a la huelga general; Ebert se presentó con algunos diputados en la cancillería del Imperio, donde comunicó al canciller, príncipe Max de Baden, que sabía que le seguía la inmensa mayoría del pueblo y que estaba dispuesto a realizar la democracia completa. Cuando Ebert hubo contestado afirmativamente al canciller del imperio, al preguntarle éste si creía «poder garantizar el mantenimiento



del orden», el príncipe le dió su autorización en forma debida. El primer acto oficial de Ebert fué publicar una proclama que terminaba con esta frase característica :

«¡Conciudadanos! ¡Os ruego encarecidamente que os retiréis de la calle y veléis por la tranquilidad y el orden!»

El primer cuidado de Ebert no fué, pues, el de satisfacer el objetivo natural de dar al movimiento democrático revolucionario el mayor impulso y la más decisiva fuerza de ataque. Su primer acto tendía a liquidar el movimiento popular.

Inmediatamente después de la ceremonia que tuvo lugar en la cancillería, Ebert demostró elocuentemente sus concepciones antidemocráticas, sus concepciones «constitucionales». En la plaza situada delante del Reichstag, hubo durante aquellas horas grandes masas de hombres a las que dirigió la palabra Schedemann, que había ido a la cancillería con Ebert. Concluyó su discurso con estas palabras: «¡Viva la República democrática alemana!», cosa que Ebert le censuró duramente. Pero Federico Stampfer nos da la explicación de esto: «Ebert no quería hechos consumados en el problema de la forma del Estado; quería que la decisión correspondiese a una asamblea nacional.»

Ebert y sus amigos, que compartían con él sus concepciones, se detuvieron en la Asamblea nacional, en lugar de tomar inmediatamente la dirección del movimiento popular. El Gobierno provisional, que se asignó el nombre de Consejo de mandatarios del pueblo, no tomó ninguna medida seria para desarrollar el movimiento revolucionario, para la inmediata aplicación de los derechos y de las conquistas del pueblo. Ebert no consideraba el Gobierno provisional como un órgano de la revolución, cuya misión había de consistir en hacer todo lo posible por acelerar la revolución y aumentar el poder de las masas populares democráticas. El gobierno de Ebert actuó como un «albacea testamentario», que había recibido su cargo de manos del gobierno anterior, como consecuencia de un compromiso con las fuerzas del antiguo régimen, para restablecer la «tranquilidad y el orden» lo más rápidamente posible. No quería, no tendía a apoyarse realmente en el alzamiento popular. Los órganos del alzamiento, los consejos de obreros y soldados, etc., fueron excluidos sistemáticamente por el gobierno y se procedió al desarme de las masas populares. La misión del Gobierno popular era la de orientar desde los primeros instantes al movimiento por la senda que garantizase un avance considerable y consecuente hacia la realización de la democracia, hacia una represión absoluta de la contrarrevolución. Su misión debió consistir en apoderarse de las grandes fortunas y de la gran propiedad territorial, para asegurar desde los primeros momentos la subsistencia de la población y



el pago de las deudas de guerra. Su tarea debió ser la de destruir el poder económico, político y militar de la gran propiedad feudal. El gobierno no hizo nada de eso. Actuó como un gobierno interino, que veía su misión principal en el apaciguamiento de las masas revolucionarias, que rompió su impulso, que se limitó a preparar de un modo formal las elecciones a la Asamblea nacional. No actuó jamás sin ponerse en estrecho contacto con las fuerzas cuya supresión era el objetivo del movimiento popular: con los antiguos militares, la burocracia, los industriales y los grandes terratenientes. En vez de aprovechar el tiempo de que disponía hasta la Asamblea constituyente, para establecer las posiciones democráticas del movimiento popular, y para reducir a la impotencia a la reacción, disfrazada de pseudo-democracia, el Gobierno provisional de Ebert dió a las fuerzas contrarrevolucionarias el tiempo, la ocasión y la posibilidad de reagruparse y emprender los primeros ataques. «El tiempo trabaja en nuestro favor», escribía el «Vorwärts», «y debemos esperar con el reloj en la mano nuestra última victoria decisiva.»

¿Puede explicarse esta actitud criminal de los dirigentes responsables de la socialdemocracia por el hecho de que ésta se hallase ante tareas totalmente imprevistas? ¿O se puede, como hacen algunos críticos socialdemócratas, echar sobre el marxismo la responsabilidad de esta actitud de la socialdemocracia? Al contrario. Marx y Engels dejaron a la socialdemocracia indicaciones concretísimas sobre las necesidades de la lucha por la república democrática. En la «Neue Rheinische Zeitung» del 29 de diciembre de 1848, terminaban su balance de la revolución prusiana con esta observación:

«La historia de la burguesía prusiana de marzo a diciembre, como la de la burguesía alemana en general, demuestra que en Alemania es imposible una revolución puramente burguesa y la instauración del Poder burgués bajo la monarquía constitucional; que solamente son posibles la contrarrevolución feudal absolutista o la revolución social republicana.»

Marx y Engels indicaban en estos términos las particularidades de la evolución en Alemania, donde la burguesía no ha tenido ningún papel revolucionario independiente. En su balance de la revolución prusiana, caracterizan la diferencia que hay entre la evolución de Alemania y la evolución de Francia y de Inglaterra. Los acontecimientos posteriores les han dado la razón. El Poder burgués en Alemania estaba mezclado con las supervivencias feudales, que ejercían una influencia decisiva en ciertos dominios particulares del aparato del Estado, como el ejército, la diplomacia y la burocracia. La importancia de la clase obrera para la realización de la revolución democrática era por ello mucho mayor. La clase obrera tenía que reconocer más claramente todavía que era la fuerza más decisiva y



que sólo ella podía conseguir impulsar a los elementos burgueses progresivos y sobre todo a los campesinos.

Engels escribió más tarde, en su crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891:

«Hay quien se engaña y engaña al partido creyendo que la sociedad moderna se eleva hacia el socialismo, sin preguntarse si, al elevarse por encima de su antigua constitución, no deberá romper violentamente su vieja envoltura, como hace el cangrejo; sin preguntarse si, en Alemania, tendrá que romper las trabas del orden político todavía semifeudal, atado por esas trabas de un modo innumerable.»

En aquella época, Engels criticaba severamente el oportunismo de la socialdemocracia frente a la reivindicación de la República democrática. A la objeción de que no era posible, bajo el gobierno de entonces, abogar abiertamente por la República democrática, respondió Engels que el hecho «de que no se pueda siquiera plantear en Alemania un programa abiertamente republicano prueba cuán colosal es la ilusión de que sería posible instaurar en este país la República por caminos agradablemente pacíficos, y no solamente una República, sino también la sociedad comunista».

Acercas de las primeras medidas para derribar el Estado en Alemania, Engels tenía concepciones muy realistas. Escribía:

«Por una parte, hay que suprimir el sistema de los pequeños Estados, no se puede revolucionar la sociedad mientras exista un derecho reservado para Baviera y Wurtemberg, mientras el mapa de Turingia, por ejemplo, sea el lamentable cuadro que es hoy. Por otra parte, Prusia debe dejar de existir; debe dividirse en provincias que se administren por sí mismas, para que el prusianismo específico deje de pesar en Alemania. Pequeños Estados, prusianismo específico, son los dos aspectos de la contradicción de que hoy es prisionera Alemania; dos aspectos que se sirven mutuamente de excusa y de razón de ser... Por lo tanto, República única. Pero no en el sentido de la República francesa actual, que no es más avanzada que el imperio sin emperador de 1798. De 1792 a 1798, cada departamento, cada municipio francés, poseía una administración totalmente independiente, siguiendo el modelo americano y eso es lo que nosotros necesitamos también.»

Al instaurarse la República, la socialdemocracia no pasó a realizar estas tareas. Sus dirigentes responsables sólo pensaban en la Constituyente, sin querer siquiera una verdadera constitución republicana de Alemania. Los hombres de gobierno socialdemócratas retrocedían ante los derechos reservados, racionarios, de la burguesía y de los grandes terratenientes, concentraron en Prusia un Poder reaccionario y en Baviera dejaron que la reacción aprovechara las tendencias y las reivindicaciones anti-prusianas que también estaban justificadas. Todavía hoy, admira Federico Stampfer el «fuerte Poder estatal que el fascismo ha creado», sin comprender que la fuerza de un movimiento democrático republicano en Alemania no consiste en una «centralización», sino, ante todo, en una formal administración marcadamente autónoma y realmente democrática, por la cual debe com-



batir ese movimiento. Los hombres de gobierno socialdemócratas no realizaron las tareas de la constitución de la República democrática. En vez de hacerlo, prometieron el socialismo en términos confusos; pero arruinaron la democracia.

### LA CORRELACION ENTRE LA SOCIALDEMOCRACIA Y LAS FUERZAS DE LA REACCION

El 16 de enero de 1919, publicaba el «Vorwärts» un artículo sobre el «Partido del pueblo nacional-alemán», en el que se decía:

«No queremos volver a las costumbres bárbaras de los tiempos antiguos; estamos orgullosos de que nuestra revolución haya sido generosa. No se ha tocado a ninguno de esos responsables (del antiguo régimen, K. F.). Se mueven libremente entre nosotros; escriben en sus periódicos, en los que injurian a la revolución y al pueblo alemán y discursen en las reuniones electorales. Se sienten en nuestra República como el pez en el agua y hacen abundante uso de sus libertades. ¡Que lo hagan!»

La «generosidad» con la reacción fué uno de los aspectos de la política gubernamental de la socialdemocracia, cuyo reverso fueron los sangrientos ataques a las masas populares que querían impedir el avance de la reacción y luchar por la democracia consecuente. En la lucha contra la Liga espartaquista (el futuro Partido Comunista de Alemania), dirigida por Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburg, el gobierno socialdemócrata se apoyó en las armas y en la ideología de la contrarrevolución. En la primavera de 1919, el junker ultrarreaccionario Oldenburg-Januschau, que más tarde fué uno de los más impúdicos promotores del fascismo hitleriano, pudo observar con satisfacción en la «Deutsche Tageszeitung»:

«¿Quién protege al gobierno actual y a la patria de Spartacus? ¡Los mismos que el «Vorwärts» acostumbra a injuriar como junkers y camaradas de los junkers!»

No era el Gallifet de la revolución alemana, Gustavo Noske, el único en mantener las más estrechas relaciones con la soldadesca blanca. No constituyen una excepción los hombres, como Noske y como Augusto Winnig, que hoy comen bajo el régimen fascista un pan tan bien ganado; pero eran figuras particularmente relevantes de aquella época, que llevaban a sus últimas consecuencias el método del socialdemocratismo. La prensa socialdemócrata justificaba cínicamente el empleo de los oficiales contrarrevolucionarios contra el pueblo, diciendo que «no se quería renunciar al apoyo competente de los oficiales». «Así como no se puede hacer un periódico sin redactores..., así como las empresas no pueden ser productivas sin directores expertos..., no pueden dirigirse las operaciones militares sin el concurso de los especialistas militares», escribía el «Vorwärts»



el 14 de enero de 1919. Observemos que se trataba de «operaciones militares» contra las fracciones del pueblo alemán que se declaraban en huelga por la realización de la República democrática y frente a la contrarrevolución y que combatían en la calle.

La alianza de los socialistas del gobierno responsable con la dirección superior del antiguo ejército imperial, descansaba en el motivo expuesto en la orden del día del ejército del 20 de noviembre, en los términos siguientes:

«El señor general feld-mariscal ha declarado que la dirección superior del Ejército desea colaborar... con el canciller del Reich, Ebert, para impedir la extensión del bolchevismo terrorista en Alemania.»

El cliché con cuya ayuda se justificaron catorce años después todas las medidas terroristas del fascismo contra las masas laboriosas, nació ya en 1918, en la colaboración de Ebert con la dirección superior del ejército. Pero no es esto todo. Existe una orden secreta del 16 de noviembre, dirigida a las tropas alemanas del Este, en la que se declara «que no conviene en modo alguno al interés nacional y económico de Alemania la evacuación rápida de la región oriental superior, sobre todo de Ucrania y de la región báltica». Esta observación está estrechamente relacionada con la creación de «Uniones de voluntarios» que sirvieron «no solamente en Alemania», sino en «puntos importantes de la región oriental superior». La reacción especulaba con la tolerancia benévola de las potencias imperialistas de la Entente, cuando intentaba conservar en su poder territorios de Ucrania, etc.

En política interior y en política exterior, los socialdemócratas responsables evolucionaban, por consiguiente, en la dirección que correspondía absolutamente a los intereses del capitalismo alemán. Su antibolchevismo de entonces nació en el terreno de la colaboración con la burguesía, sobre la base de la defensa de los intereses capitalistas de la burguesía alemana. En 1914, Ebert y sus amigos se acoplaron a la guerra imperialista, dispuestos a ganarla. Al final de la guerra, volvían a estar al lado de la burguesía, decididos a remolcar al capitalismo y a defender su integridad a través de la derrota. Las comunicaciones telefónicas secretas entre Ebert y el Estado Mayor simbolizan las estrechas relaciones entre la socialdemocracia y las fuerzas de la contrarrevolución, relaciones cada vez más estrechas y más sólidas, mientras se ahondaba el abismo entre los políticos socialdemócratas del gobierno y las grandes masas populares.

El mando de las tropas contrarrevolucionarias del general Lequis escribía al gobierno el 12 de diciembre de 1918:

«Exigimos del gobierno fidelidad por fidelidad; exigimos de él, no solamente el deseo de orden, sino la fuerza para ejecutar ese deseo. Exigimos su protección, como estamos dispuestos a protegerle.»



El gobierno socialdemócrata aseguró a las tropas blancas la protección que exigían. Ordenó, por medio de una ley, la entrega inmediata de todas las armas que se hallaban en poder de la población civil. El gobierno que pretendía edificar la República democrática allanó el camino a las fuerzas que han traído el fascismo. Los servicios que a su vez prestaron al gobierno las tropas del general Lequis fueron el baño de sangre en que empaparon a los soldados republicanos en los días anteriores a la Navidad de 1918.

A las relaciones que aquel gobierno mantenía con los oficiales reaccionarios, correspondían las que mantenía con la vieja burocracia, con los dirigentes de la industria y de la gran propiedad territorial. Ya el 12 de noviembre, Koth, hombre de confianza de la industria pesada, que había dirigido hasta entonces el departamento de materias primas de guerra, fué nombrado dirigente dictatorial del «paso de la vida económica a la paz». Los privilegios de la burocracia, de la justicia de clase, de los diplomáticos, quedaron intactos, protegidos por el gobierno contra la intervención de las masas populares. La agitación política de estos círculos volvió a manifestarse descaradamente. Durante algún tiempo, los políticos burgueses influyentes jugaron seriamente con la idea de la convocatoria de la antigua Cámara, es decir, de la Cámara de la Alemania imperial, porque sabían que Ebert no tenía ninguna objeción fundamental contra este proyecto. Ya a fines de noviembre de 1918, pudo la reacción, por medio de proclamas, de carteles y de mítines, excitar descaradamente a cometer progromos antisemitas y fomentar ciertas tendencias fascistas envueltas en la capa de la «democracia». Los aventureros como Kolis Ross, mercenarios de los distintos «cuerpos francos», podían, sin dificultad alguna, hacer campaña contra la realización de la democracia. Cuando se leen hoy sus papeluchos de entonces, salta a la vista su semejanza con los agitadores hitlerianos que aparecieron después.

Durante las semanas siguientes al 9 de noviembre, la democracia fué sabotada por los políticos socialdemócratas del gobierno, que permitieron que la reacción se reagrupase y volviese sistemáticamente a conquistar las posiciones que había perdido. Los periódicos más reaccionarios, como la «Kreuz-zeitung» y la «Deutsche Tageszeitung», pudieron navegar bajo el pabellón de la «democracia», tras el cual ocultaban sus objetivos contrarrevolucionarios. La traición consciente hacia las masas revolucionarias (Noske en Kiel) se simultaneaba con el empleo de la soldadesca contrarrevolucionaria (por ejemplo, contra la División de marinos en Berlín). En la campaña contra el sector más avanzado de la clase obrera, contra Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburg, los periódicos socialdemócratas oficiales estaban de acuerdo con los de la burguesía.

Durante este período, gracias a la política del gobierno, que acabamos de caracterizar, y a consecuencia de la política vacilante de la «socialdemo-



cracia independiente» (cuyos representantes, que más tarde habían de unirse a la socialdemocracia oficial, ayudaban a los socialistas del gobierno en las situaciones decisivas), los órganos y los hombres de confianza elegidos por los obreros y por los soldados fueron relegados sistemáticamente a segundo plano y considerados como simples elementos decorativos de la política gubernamental. Un gran movimiento revolucionario cayó bajo la influencia de políticos firmemente partidarios de la «armonía de clases» con la burguesía; fué dispersado y dividido; perdió su fuerza y su dinamismo. En cuanto a las consecuencias, aquello fué una preparación para el gran ataque futuro de la reacción.

### ¿COMO PAGARON INMEDIATAMENTE LOS TRABAJADORES ALEMANES LAS CONSECUENCIAS DE ESTA POLITICA?

Un ejemplo particularmente revelador de las consecuencias materiales de la política antidemocrática de los socialdemócratas responsables, fué la «indemnización» de los príncipes destronados. Habría sido facilísimo poner inmediatamente en vigor la expropiación de las ex-majestades expulsadas por el pueblo en virtud del derecho revolucionario. Los tesoros que habían reunido, sus grandes propiedades rústicas, los objetos de arte que habían arrebatado al pueblo, en una palabra: sus bienes muebles e inmuebles, debían ser confiscados inmediatamente y entregados al Estado «sin indemnización». Pero la «magnanimidad» de la democracia se puso también de manifiesto en beneficio de los antiguos príncipes. Se defendió la continuidad jurídica y, ocho años después, los partidarios de la República democrática hubieron de proceder a una consulta popular para la expropiación de los príncipes, expropiación que quedó suspendida en las redes de la democracia formal.

La carga de las deudas de guerra sobre los hombros de las masas laboriosas forma también parte de las consecuencias inmediatas de la política antidemocrática de la socialdemocracia durante los meses siguientes a la revolución de noviembre. Uno de los primeros actos del Gobierno provisional debía consistir en crear las bases del pago de las deudas de guerra por los poseedores. Prefirió cargar a las grandes masas con un gravosísimo sistema de impuestos, en lugar de obligar a los ricos y a los responsables a pagar aplicando medidas rigurosas. «Indemnizó» a la industria pesada e hizo que pagaran las masas trabajadoras. Y, con los créditos puestos a su disposición, los capitanes de industria organizaron el movimiento fascista contrarrevolucionario, cuyos principales terrenos de agitación fueron el des-



contento de las masas contra los impuestos, contra las consecuencias de la inflación para las gentes modestas, etc.

Nos saldríamos de los límites de este artículo, si quisiéramos exponer cómo esos errores fundamentales tuvieron por consecuencia inconvenientes siempre nuevos para las grandes masas y ventajas cada vez mayores para los elementos capitalistas (hasta los impuestos por medio de los decretos-leyes por un lado, y el escándalo de la Osthilfe por otro). No se trata únicamente de las consecuencias de la «crisis económica mundial» que habría que aceptar con fatalismo, como intenta hacernos creer Federico Stampfer, sino de los sistemáticos servicios prestados al capitalismo.

*Si no se superan la ideología y la práctica de la «armonía de clases», no puede triunfar la unidad de la clase obrera.*

Para grandes sectores del movimiento obrero internacional, el advenimiento del régimen fascista en Alemania fué la ocasión para preguntarse seriamente: ¿cómo se puede rechazar al fascismo? La idea de que la victoria del fascismo puede evitarse constituyendo el frente único de la clase obrera, va siendo, desde entonces, cada día más poderosa. El gran ejemplo que ofrece la clase obrera de España que, desde 1936, como unidad de combate, permite al pueblo español una resistencia de acero contra la intervención fascista, no se habría podido producir si la clase obrera de España no se hubiese librado de las ideas del socialdemocratismo, que ataban al proletariado alemán.

El ejemplo español demuestra con toda evidencia que hay que combatir por la democracia, que ésta debe afirmarse.

La posición de los jefes de la II Internacional ante la lucha en España y su actitud ante los aliados reaccionarios del fascismo hitleriano en los Estados democráticos burgueses, demuestran que en la II Internacional ejercen todavía una influencia predominante la ideología y la práctica de la colaboración con la burguesía. Las resoluciones más positivas que, bajo la presión de la voluntad de esas masas obreras, han adoptado los organismos de la II Internacional, carecen de eficacia, porque su aplicación tropieza con que, prácticamente, los jefes socialdemócratas navegan a remolque de sus gobiernos burgueses. Para ellos, la democracia es un juego como el de la vieja política de coalición. Temen al desarrollo de un movimiento popular lo más extenso posible, en defensa y por la conquista de la socialdemocracia, como aquellos socialdemócratas responsables alemanes cuya política y cuyos resultados hemos examinado aquí.

El frente único del proletariado internacional contra el fascismo y contra sus aliados imperialistas reaccionarios no puede ser efectivo ni puede vencer más que superando esa influencia predominante del socialdemocratismo, influencia que ata las manos de la clase obrera frente a sus enemigos. Un proletariado que no se libra de esa influencia corre el riesgo de



tener que recorrer algún día el calvario de la clase obrera alemana. En los países dominados por el fascismo, los trabajadores no pueden entablar su lucha emancipadora más que combatiendo enérgicamente todas las tendencias de la ideología y de la práctica de la armonía de clases. No basta con desear y anhelar la unidad. Esta no puede llevarse a cabo más que sosteniendo duros combates contra esas tendencias burguesas que perduran en el movimiento obrero; tendencias que, en Alemania, han provocado el fracaso de la construcción de una verdadera democracia y que, bajo otras formas, entorpecen hoy la lucha de la clase obrera contra el fascismo.





# Teorías que sólo sirven a Hitler

## ¿Vivimos una nueva etapa del desarrollo del capitalismo?

por

K. WERNER

El fascismo es la reacción feroz y la contrarrevolución; es una dictadura terrorista descarada, ejercida en interés de los imperialistas más rabiosos; es el poder del mismo capital financiero. De este modo se define el carácter de clase del fascismo.

Las complicadas luchas políticas que precedieron en Alemania a la dictadura fascista, así como diversas «teorías» socialdemócratas, facilitaron la acción del partido nazi, permitiéndole ocultar a los ojos de las masas el carácter de clase del fascismo. A este respecto, citaremos a Otto Bauer, quien caracterizaba el fascismo como un poder estatal entronizado sobre las dos clases, tanto sobre la burguesía como sobre el proletariado. No citamos por azar a Otto Bauer y sus teorías, sino porque recordamos el último artículo que escribió antes de su muerte, artículo cuyo falso contenido teórico conduciría a las más peligrosas conclusiones políticas. Dicho artículo anima a seguir en el error que cometen muchos antifascistas extraviados y que consiste en creer que el fascismo ha puesto fin al «período del capitalismo liberal» y que contiene elementos anticapitalistas. Los que adoptan tales opiniones no parecen haberse dado cuenta todavía de hasta qué punto se aproximan a los ideólogos del fascismo. Hace sólo algunas semanas, el fascista alemán Windschuch escribía en la «Deutsche Allgemeine Zeitung»:

«El mercado liberal... ha sido sustituido en numerosos terrenos por la organización socialista del mercado.»

En el mismo plano que las especulaciones de Otto Bauer, hay que colocar las afirmaciones de Federico Stampfer, el cual declara muy seriamente, en el «Neue Vorwärts», del 28 de agosto, que el fascismo «tiene acusadísimo rasgos anticapitalistas y supercapitalistas». Stampfer va aún más lejos que Bauer, quien decía en su artículo que el fascismo «re-



presenta una nueva fase del desarrollo del capitalismo», que demuestra «la superioridad de la organización social de la economía sobre la anarquía capitalista». Pero el peligro de las concepciones teóricas de Stampfer se ha evidenciado con extraordinaria precisión por las consecuencias que de ellas deduce él mismo.

Las afirmaciones de Bauer y de Stampfer pugnan con la realidad. Son aventuradas invenciones que sólo benefician al fascismo.

Examinemos, en primer lugar, la afirmación según la cual el fascismo ha vencido al «liberalismo económico». El «liberalismo económico» (si se acepta el empleo de este término), ha sido una etapa concreta de la evolución capitalista; la etapa de la antigua competencia libre de los patronos dispersos, ignorados unos de otros, que producían para un mercado desconocido<sup>1</sup>. Esta época del capitalismo, anterior a los monopolios, no ha desaparecido en nuestros días, sino mucho tiempo antes de la guerra, a fines del siglo pasado, siendo sustituida por los monopolios capitalistas. El imperialismo ha surgido como desarrollo y continuación directa de las propiedades esenciales del capitalismo en general. El capitalismo ha pasado, por lo tanto, a la etapa más elevada de su desarrollo. El desarrollo del capitalismo hasta la etapa del imperialismo es, al mismo tiempo, la agudización de la contradicción fundamental entre producción social y «apropiación» capitalista. El capital monopolizado entorpece cada día más el proceso de producción. Las fuerzas de producción social se disgregan y se descomponen bajo la presión de la «apropiación» capitalista, y entran en putrefacción. Hay que deshacerse de los restos del capitalismo. Por eso Lenin ve también en el imperialismo la víspera de la revolución social del proletariado.

A la Economía del imperialismo, corresponde el paso «de la democracia a la reacción política... Al monopolio, corresponde la reacción política»<sup>2</sup>. El fascismo encarna la reacción política más cruel y más feroz; la reacción que, «bajo el yugo de un puñado de monopolizadores sobre el resto de la población, se hace cien veces más agobiadora, más sensible, más intolerable»<sup>3</sup>.

La esencia económica del imperialismo o de la «época del capital financiero» consiste, por consiguiente, en la sustitución de la libre competencia por el monopolio. Con ello, no ha cambiado nada en la producción capitalista como forma social. Mediante los monopolios, la socialización, la concentración de la producción en la sociedad se ve impulsada bajo el capitalismo a sus límites más extremos. «Cuando se halla en la etapa im-

<sup>1</sup> V. I. LENIN, *El imperialismo; etapa superior del capitalismo*.

<sup>2</sup> *Idem*.

<sup>3</sup> *Idem*.



perialista, el capitalismo conduce muy cerca de la más completa socialización de la producción, arrastrando, por decirlo así, a los capitalistas, sin que éstos lo sepan ni lo quieran, a una especie de orden social nuevo, que representa el paso de la competencia absolutamente libre a la socialización completa» (LENIN). El desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado un grado tal, que exige ya una socialización efectiva. Los monopolios capitalistas obstaculizan e impiden su ulterior desarrollo, lo que la conduce al estancamiento y a la descomposición. Para que las fuerzas de la producción continúen desarrollándose, es necesario el socialismo. Por eso, el monopolio es también el «paso del capitalismo a un orden más elevado (LENIN).

Pero, estos monopolios no son elementos del socialismo, pues pertenecen a los capitalistas y no a los productores inmediatos. Aquí está, por tanto, la causa más importante del error de Otto Bauer, cuando dice que en la Alemania fascista se ha entrado en «una nueva fase de la evolución del capitalismo». O Bauer niega el carácter capitalista de los monopolios, descubriendo en ellos elementos socialistas o, en contradicción con el marxismo una vez más, retoca, para presentarlos como una «fase nueva del capitalismo», los fenómenos nuevos que surgen en la economía fascista de crisis, tales como el control del dinero y del mercado, el control de las divisas, de las primeras materias, etc. Pero, ¿qué es todo eso, en realidad?

La característica económica *fundamental* que Lenin evidencia, en su análisis del imperialismo, es el monopolio *capitalista*; y, bajo el fascismo, el monopolio capitalista ha aumentado considerablemente su peso específico<sup>1</sup>. El proceso de concentración y de centralización ha proseguido a un ritmo más rápido. Sin suprimir completamente la libre competencia, el poder económico de los monopolios ha conseguido un poderoso desarrollo, de tal suerte que hoy, los verdaderos amos de Alemania son 50 ó 60 capitalistas poseedores de monopolios. Por consiguiente, la contradicción fundamental del capitalismo se ha agravado y agudizado considerablemente.

### ¿A DONDE CONDUCE LA LOCURA DE LOS ARMAMENTOS EN LA ALEMANIA FASCISTA?

La inversión de una gran parte de los medios de producción y de las fuerzas productivas de Alemania en la fabricación de artefactos de guerra, ¿limita o refuerza los rasgos de estancamiento y de descomposición que caracterizan al imperialismo? Si observamos los fenómenos superficialmen-

<sup>1</sup> A propósito de esto, véase mi artículo «Quiénes son los verdaderos dueños de Alemania», publicado en LA INTERNACIONAL COMUNISTA, núm. 6-7 de 1938.



te, se puede tener la ilusión de que la economía fascista ha logrado un «florecimiento». Pero también la tisis galopante da al rostro un aspecto saludable. Sin embargo, las apariencias engañan. Si penetramos en la esencia de las cosas, observaremos en Alemania una deformación de la Economía capitalista, peor aún que la que tuvo lugar en el transcurso de los últimos años de la guerra mundial.

El conjunto de la producción social se divide en numerosas ramas; el número de estas diversas ramas de la producción sigue aumentando en el transcurso del desarrollo y de la extensión del modo de producción capitalista. Pero, por grande que sea el número de dichas ramas de la producción, pueden clasificarse, según su función, en dos grupos o secciones: la sección en que se producen los medios de producción, y la sección donde se producen los «objetos de consumo». La producción social no puede avanzar sin tropiezos a menos que, entre el crecimiento y el desarrollo del capital en las diversas ramas de las dos secciones de que acabamos de hablar, subsista cierta proporción. Aunque la sección de los medios de producción en general crece siempre más deprisa que la sección de los objetos de consumo, la sección de los medios de producción depende de la sección de los objetos de consumo. La proporción existente entre estas dos secciones ha sido violentamente destruída en la Alemania fascista por la locura de los armamentos. El desarrollo de la sección de los objetos de consumo se ha contenido aplicando medidas de violencia. Esta sección se halla estancada y en descomposición. Tomemos algunos ejemplos, entre centenares de ellos: considerables limitaciones de la producción en la industria textil, en la fabricación de cigarrillos, en la industria relojera, en la industria cerámica, prohibición de construir nuevas fábricas o de ampliar las ya existentes. En cambio, extensión de las ramas de producción de la sección de medios de producción, en la medida en que éstos sirven para los armamentos. Pero, todo esto tiene su reverso. Actualmente, hay secciones enteras de grandes empresas organizadas de tal modo, que sus máquinas no pueden servir sino para fabricar armas y municiones. Caso de quedar suspendida esta producción, dichas máquinas sólo podrán ser utilizadas como tornos. Por lo tanto, las medidas coercitivas fascistas han deformado la Economía capitalista. Tal estado de cosas podrá sostenerse durante un cierto período; pero provoca el acelerado empobrecimiento de las masas populares.

Todas las ramas de la producción que producen armamentos, así como algunas otras que dependen de éstas, acumulan el capital de una manera hasta ahora desconocida. Surgen nuevas empresas mineras; se amplían las fábricas metalúrgicas y se crean nuevas fábricas, en las que se produce



petróleo sintético o fibra artificial, pongamos por ejemplo. La situación es muy distinta en numerosas ramas de la industria de objetos de consumo. La plusvalía, que también en este caso pasa a manos de los capitalistas, no puede servir, en la parte que éstos no despilfarran, para ampliar las empresas de esta sección, puesto que dicha ampliación está prohibida. Esta plusvalía se transforma en crédito bancario. El Estado fascista echa mano de este crédito; es decir, los bancos están obligados a poner sus créditos a la disposición de los empréstitos del Estado. El dinero que el Estado obtiene por medio del empréstito sirve para pagar los armamentos. Por lo tanto, gracias a la ayuda del Estado dictatorial, toda la plusvalía pasa a manos de los capitalistas de los monopolios de armamentos, en cuyas empresas se halla comprometida, mientras los que prestan el dinero tienen que contentarse con los intereses más bajos. En general, todo el capital dinero, todo el capital crédito y todas las reservas del ahorro que todavía quedan, son movilizados a la fuerza y colocados bajo la dirección del capital de la industria pesada y de la industria de los armamentos. Todas estas medidas constituyen operaciones de gran envergadura, destinadas a mejorar la explotación del capital de los dueños de los monopolios, no sólo a expensas de las masas populares, sino también de otros sectores de la burguesía. La renta nacional pasa a manos de un pequeño número de capitalistas monopolistas. Esta especie de «regularización de la Economía» por el Estado fascista, profundiza y extiende de un modo considerable la oposición que existe en el campo de la burguesía, oposición que también se ha expresado en la proclamación del Poder de Hitler. Así, en vez de percibir aquí la grave y profunda contradicción, en la cual la oligarquía financiera más reaccionaria se enfrenta con toda la nación, Otto Bauer descubre, sencillamente, que «el capital ha intentado refugiarse en el estatismo fascista».

Consideremos los armamentos desde otro punto de vista. El inaudito desarrollo del militarismo en la Alemania fascista es uno de los fenómenos que ponen de manifiesto el carácter parasitario, el avanzadísimo proceso de descomposición y de putrefacción del capitalismo alemán. El considerable desarrollo de la industria de los armamentos quita a la sociedad la mayor parte de sus fuerzas de producción, poniéndolas al servicio de la fabricación de medios de destrucción. Los nuevos descubrimientos están dirigidos hacia un solo y único objetivo: permitir durante la guerra la destrucción en masa, más eficaz, más terrible, de las fuerzas productoras.

Pero el monopolio constituye un obstáculo para el mismo progreso técnico, como lo ha demostrado Lenin en su análisis del imperialismo. Bajo el fascismo, los monopolios han seguido creciendo de modo considerable. Y, al mismo tiempo, ha crecido su poder para frenar el progreso técnico. Los institutos de investigación y los laboratorios que aún quedan en Ale-



mania se hallan en manos de los grandes trusts. Así, los capitalistas monopolistas están en condiciones de ocultar y de conservar secretos los nuevos descubrimientos para utilizarlos en su exclusivo beneficio. Tomemos la producción de hierro sin el empleo de los altos hornos. El procedimiento es conocido y ya se emplea en la industria de la Unión Soviética. Sin embargo, los industriales del Ruhr no tienen interés en emplear este método. Por motivos de interés, impiden el desarrollo de las nuevas fuerzas de la producción. En cambio, en la Alemania fascista, el espíritu inventivo se aplica a extraer la grasa del agua de fregar. De este modo, el sentido económico de los nuevos descubrimientos se convierte en su reverso y la razón se transforma en un absurdo.

En la Alemania fascista, los «cártels» forzosos constituyen también un obstáculo estatal al crecimiento de las fuerzas productivas. En efecto; los cártels forzosos suprimen a los productores aislados que, con medios de producción superiores, rompían el ciclo de los precios de monopolio, logrando conquistar ciertos sectores del mercado.

La podredumbre, el carácter parasitario del fascismo en la Alemania hitleriana, aparece también en el aparato del Estado, que ha crecido de un modo gigantesco, y en ese aparato monstruoso cuya existencia se debe únicamente a las «Regulierungen» (regularizaciones). Hay que considerar incluidos en ese aparato, la Gestapo, la policía, las S. A. y las S. S. Los gastos que suponen las S. A. y las S. S. se calculan en 440 millones de marcos al año. Quien pretenda hoy construirse en Alemania una miserable casita, tiene que pasar por 29 oficinas, antes de obtener la autorización necesaria. El calvario comienza con los materiales de construcción. La industria se queja públicamente de que el aparato parasitario burocrático, en el que hay cerca de 500.000 empleados y que ha surgido de los más diversos controles (los gastos *directos* que supone dicho aparato se elevan a dos mil millones de marcos), le obliga a organizar un sistema idéntico y costoso, con la misión de orientarse en el laberinto de los millares de reglamentos y de oponerse a la burocracia estatal. Una Cámara de Comercio del Sudoeste de Alemania ha observado que una empresa que emplea de 100 a 200 obreros, invierte el 75 por 100 de los gastos comerciales en este aparato. (Redacción de formularios, divisas, etc.). Para una simple transacción, son necesarios no menos de 140 formularios. Los burócratas se embolsan sueldos muy respetables; para ellos, se construyen despachos y establecimientos; se les facilitan automóviles. Como afirma Goering, pueden muy bien trabajar hasta doce horas diarias en sus oficinas sin que la riqueza material de la sociedad aumente en un solo céntimo. Al contrario, recogen lo que otros han sembrado para ellos. Tanto el aparato del Estado como el aparato económico fascista es parasitario. Es una ma-



nifestación del gigantesco despilfarro de valores materiales que hay en Alemania.

Ilustremos más todavía los gastos de los armamentos desde este punto de vista. Cálculos muy serios nos dicen que actualmente los 2/3, por lo menos, de los gastos de Reich son gastos *directos* de armamento. En 1928, el 1 por 100, aproximadamente, de la producción material se dedicaba a armas y material de guerra. Hoy, se eleva a un mínimo de 11 a 12 por 100. En 1912, el conjunto de los gastos para el ejército y la marina se elevaba a mil millones de marcos. En 1937, estos gastos se han elevado a 18 mil millones. Esta actividad socialmente improductiva exige impuestos cada vez más elevados, destruye las reservas del país y crea cargas cada vez más insoportables que pesan sobre las masas populares, así como una tributación cada día más fuerte de ciertas partes de la plusvalía. Los presupuestos del gobierno para fines culturales y educativos, para construcción de viviendas y para previsión social, han quedado reducidos a su mínima expresión. ¿Es esto, acaso, lo progresivo? No. La dictadura fascista contribuye a acelerar los fenómenos de descomposición del capitalismo alemán, revelándose cada vez con mayor precisión su carácter parasitario.

### ¿TIENE LA DICTADURA FASCISTA RASGOS ANTICAPITALISTAS?

¿En qué consisten hoy los rasgos «supercapitalistas y anticapitalistas» que Federico Stampfer cree reconocer en la Economía de la Alemania fascista?

Tal manera de pensar, no conduce ni mucho menos a hacer nuevos descubrimientos y tiene su punto de partida, su raíz, su fundamento teórico, en la ideología del reformismo, convertido en sistema por Eduardo Bernstein. En el centro de dichas concepciones reformistas, está la teoría de la relación entre el Estado y la Economía. Sobre esta teoría, se apoya la concepción reformista del contenido socialista de la «acción» del Estado sobre la Economía capitalista. En una carta a Conrado Schmidt, aclaró completamente Engels las consecuencias reales de la acción del Estado burgués sobre el desarrollo económico del capitalismo:

«Las relaciones del Estado sobre el desarrollo económico pueden ser de tres clases distintas. Puede ir en la misma dirección, lo cual acelera el proceso; puede oponerse a éste y entonces acabará por arruinarse, como ocurre a todos los grandes pueblos, o puede impedir que el desarrollo económico siga ciertas direcciones, proponiéndole otras; pero, en fin de cuentas, este último caso está ligado a cualquiera de los dos anteriores» (Carta del 27-10-1890).

Cualquiera que sea la clase de acción que ejerza el Estado sobre el



desenvolvimiento económico, las leyes económicas en que descansa la Economía capitalista no podrán ser jamás suprimidas por esta acción. Siempre queda en pie la explotación capitalista. Lenin ha caracterizado luminosamente el sentido económico de la «acción» del Estado burgués sobre la sociedad capitalista durante la guerra mundial:

«Tanto América como Alemania, reglamentan la vida económica de tal suerte que el resultado es un *presidio militar* para los trabajadores, y un paraíso para los banqueros y capitalistas».

Consideremos la «reglamentación» de la producción de primeras materias, de la importación y del consumo, en la Alemania hitleriana. Claro es que Stampfer tiene que caracterizar estas medidas como medidas capitalistas o como medidas socialistas. Cuando, durante la guerra mundial, se instituyó la misma reglamentación del comercio de las primeras materias, la redacción reformista de la «Chemitzer Volksstimme» (10-2-1915) dijo que se trataba de una medida socialista, puesto que «gran parte de todas las materias primas se sacan del comercio privado, pasando a una administración común». Sin embargo, la triste realidad es muy diferente. Aparte del hecho de que estas medidas se toman para la preparación de la guerra, contribuyen también a formar el círculo de los beneficiarios de los armamentos y a limitarlo por la fuerza. La miseria de las pequeñas empresas y de las empresas medianas dice claramente lo que se disimula bajo esas supuestas medidas socialistas: los beneficios más cuantiosos de la oligarquía financiera <sup>1</sup>.

Consideremos ahora la «reglamentación» de los precios. No podemos, en el marco de este artículo, probar con datos estadísticos el aumento de precios sobrevenido desde el advenimiento de la dictadura fascista. No obstante, el hecho es tan indiscutible, que no necesita demostración. La potencialidad comercial del pequeño comercio ha sido reducida sin escrúpulos por la «reglamentación» de los precios, y hasta el gran comercio se ha resentido. A pesar de estas medidas, Alemania sufre un sensible aumento en los precios. El aparato gigantesco del «Reichsnaehrstand» («Oficina de Abastecimiento del Reich»), que quiere vivir, y que quiere vivir «honorablemente», se ha interpuesto entre los productores alimenticios y los consumidores. Del mismo modo, el «Stahlverein» («Asociación del Acero»), en su mejor época antes de Hitler, transfería a su cuenta 80 millones de marcos cada año. En 1935, las transferencias se elevaban a 127,5 millones, a 118 millones en 1936, y a 131 millones en 1937. Mientras que las transferencias del «Hoesch-Konzern», por ejemplo, se

<sup>1</sup> Véase mi artículo «Quiénes son los verdaderos dueños de Alemania», LA INTERNACIONAL COMUNISTA, núm. 6-7 de 1938.



elevan por término medio al 8 por 100 de las operaciones, las del «Stahlverein» llegan al 13 por 100.

En la Alemania hitleriana, la producción se halla al servicio de los preparativos de guerra. sin que se tenga en cuenta cómo han de saldarse los gastos que ocasionan las diferencias de los precios, como dice muy bien la «Frankfurter Zeitung». ¿Cómo se hace ésto? En el caso del caucho artificial, por medio de los aranceles aduaneros, que se elevan a 170 marcos por cada quintal de caucho natural; en el caso de la gasolina, a 16 pfenning de aduana por litro; con suplementos sobre el petróleo sintético; en el caso de los metales, compensando la diferencia entre los gastos de transporte y los precios interiores; así, los gastos de transporte disminuyen y el capitalista obtiene además un beneficio suplementario, por medio de las garantías de rebaja sobre las cantidades y los precios fijados previamente. Se consideran los precios al por menor como «base eficaz del financiamiento privado». Tal es el gran secreto del «autofinanciamiento». En fin, se estrangula más todavía a los consumidores con prohibiciones de uso y con «ofertas de uso» (productos alimenticios, vestidos, objetos del hogar, etc.). La «Frankfurter Zeitung», que sigue siendo un órgano fascista dirigente, designa el conjunto como una «intervención del Estado para organizar la escasez (Organisierung der Knappheit)». Y, ¿cuál es el sentido social de estas medidas? Además de la explotación de las masas, sacrifica también a ciertos consumidores capitalistas, en provecho de la oligarquía financiera capitalista.

¿Qué sucede ahora en el mercado del capital? La dictadura fascista reivindica por completo el mercado público, con objeto de poder financiar en parte los armamentos. ¿Impide esto, acaso, que la fracción más reaccionaria del capital financiero se busque un capital adicional? De ninguna manera. La dictadura fascista como «Auftraggeber» («comitente») paga a sus «Auftraggeber» políticos unos precios tan altos, que pueden agrandar sus institutos (si ya no lo hacen por medio de subvenciones), simplemente con la «Selbstfinanzierung» («auto-financiamiento»). La dictadura fascista, en cuanto representa a la oligarquía financiera, quita a las pequeñas empresas, a las empresas medianas e incluso a ciertas empresas más importantes, la posibilidad de hacer uso del mercado; sin embargo, estas empresas no tienen la posibilidad de una «Selbstfinanzierung» suficiente para fundar nuevas empresas. La reglamentación del mercado del capital se revela, por lo tanto, como una medida tomada en interés de la oligarquía financiera más reaccionaria. ¿Dónde están, pues, en este caso, los rasgos «anticapitalistas» o los «rasgos socialistas», sobre los cuales ejercita su imaginación Federico Stampfer?

Y ¿dónde están las tendencias «hacia el capitalismo de Estado», que



según él existen en la dictadura fascista? Mientras exista el modo de producción capitalista — y existirá mientras el proletariado no entierre los restos del capitalismo —, el capitalismo de Estado no es más que la expresión del hecho de que «el capitalismo es reconocido por el Estado, controlado por el Estado, en favor de la burguesía y contra el proletariado» (Lenin, en el III Congreso de la I. C.).

¿Qué suerte corren estas tendencias, en la Alemania fascista? El Estado capitalista, que en la crisis de 1931 salvó de la bancarrota a los más grandes consorcios del capital financiero reaccionario, gracias a los recursos de los contribuyentes (en lo que Otto Bauer vió también un paso hacia el socialismo, y Hilferding la «realización de toda una parte del marxismo»), devolvió a dichos consorcios, bajo la dictadura fascista de Hitler, a cambio de algunos pfenigs, las participaciones que había adquirido en 1931; es decir, las participaciones que le otorgaban la mayoría en las empresas. Estos amos del capital financiero no podían siquiera imaginarse una campaña de saqueo más brillante. Y, ¿quiénes fueron los señores que se aprovecharon de la operación? Thyssen, Voegler, Flick, V. Strauss y Rheihard. Si este saqueo forma parte del socialismo, los vampiros capitalistas no deben desear más régimen que el socialismo.

Sin embargo, la «mano pública» dispone todavía de cierto número de empresas: fábricas de electricidad, fábricas de aluminio, minas y «Goeringwerke». En los balances, en las reuniones de los consejos de administración y de las direcciones de estas empresas del Estado, en su política de precios, no se ve el menor asomo de tendencias «anticapitalistas». Ni siquiera se disimula la explotación más desvergonzada de los consumidores. Mencionemos un solo ejemplo. Los «Vereinigten Aluminiumwerke A. G. Lautawerk», que pertenecen al Estado, con un capital de 24 millones de marcos, han invertido en el transcurso de los últimos cinco años 74 millones de marcos de «excedente» sobre la venta corriente. De ellos, 38,1 millones de marcos solamente en 1937. La relación de las transferencias al capital por cada acción inicial es, pues, de 3 a 2. Esto debería bastar para caracterizar la especulación que se realiza. ¿Cuáles son los resultados de nuestro análisis concreto? Se comprueba únicamente la existencia de una interferencia cada vez más rápida y profunda de la dirección del capital financiero con el Estado capitalista, una utilización sin ejemplo del aparato del Estado, con fines de bandidaje, por la oligarquía financiera reaccionaria.

### EL FASCISMO NO ES UNA ECONOMIA SOCIALISTA DE URGENCIA

Federico Stampfer afirma, con la mayor despreocupación, que el fascismo alemán «realiza, hasta cierto punto, en la época actual, la «Bedarfsdec-



kungswirtschaft» (economía destinada a cubrir las necesidades) socialista», con la particularidad de que se limita a la «necesidad que tiene el Estado de cuarteles y cañones». Tales son, pues, los resultados del «cambio de método» de que Stampfer habla en su artículo. Nosotros creemos que, para llegar a semejante resultado, no era necesario cambiar de método. Stampfer no hace más que aplicar a la realidad fascista la vieja ideología reformista del «paso al socialismo».

La lamentable «teoría» del «paso al socialismo» ha surgido del esfuerzo hecho para dar de lado a las «inoportunas» cuestiones del Poder. Bernstein, primer teórico del reformismo, veía, por lo menos, este paso como una consecuencia de la constante democratización, que él pretendía haber observado. Veía el socialismo saliendo de la «relación entre las creaciones organizadoras de los trabajadores, en el dominio de la economía libre, y las creaciones y las adquisiciones de la democracia, en lucha dentro del Estado y del municipio». La experiencia histórica ha demostrado que esta concepción era falsa. Bernstein no cesó de defender esta concepción bajo la República de Weimar. Pero, ¿no es precisamente una monstruosidad el hecho de expresar la misma concepción bajo la dictadura fascista? ¿Es que nada ha cambiado, desde la República de Weimar? ¿Dónde están las cooperativas obreras de consumo? Han sido destruídas. ¿Dónde se hallan las empresas constituídas sobre bases cooperativas? Han pasado a manos de los capitalistas. ¿Dónde está la democracia dentro del Estado y del municipio? Ha sido sustituída por una dictadura absoluta, la más terrible que pueda imaginarse.

¿Qué es, pues, la «Bedarfwirtschaft socialista» que, en la época más extendida de la división del trabajo social, lleva a la autarquía, imponiendo a las masas populares los más terribles sacrificios materiales? ¿No es un sarcasmo tapar con un pequeño manto socialista tal reacción, tal regresión y tal barbarie? Esa economía, en la cual se colocan en último término las necesidades de las masas; esa economía que, frente a los obreros, a los campesinos, a las clases medias trabajadoras y a ciertas capas de la burguesía, no conoce más que la violencia más brutal, ¿puede considerarse como una economía socialista? ¿Cómo pueden los antifascistas atraerse en la lucha contra el fascismo a las masas populares, que odian esa economía, que la combaten, que aguardan su fin, si se les dice que lo que en el fondo se pretende es lo mismo? ¿Cree Federico Stampfer que lo único que hay que hacer es cambiar la dirección y sustituir a Hitler por un socialdemócrata, para que todo vuelva a estar en orden? No; toda la coacción que exhala el aliento apestado de la corrupción debe hundirse; el aparato parasitario que se sostiene a costa del sudor y de la sangre del pueblo debe ser destruído, anulado. En esta lucha, por esta lucha, caerá también el poder de la fracción más reaccionaria del capital financiero y se derrumbará el fas-



cismo. Entonces, quedará libre el camino para esa República democrática libre, que Federico Stampfer considera de un modo extraño como una regresión. Esa República democrática libre será el terreno en el cual lucharemos por el socialismo.

Las teorías de Otto Bauer y de Federico Stampfer conducen lógicamente a rechazar toda la política del Frente Popular, a rechazar la lucha por una Alemania democrática y libre. Pero, únicamente por medio de la lucha por una Alemania democrática libre podrán todos los adversarios de Hitler participar en una acción común, y podrá crearse el frente de lucha contra el fascismo. Sólo este frente único de lucha será capaz de derrumbar al fascismo. Cuanto más preparemos y organicemos conscientemente esta lucha, más rápido será nuestro avance hacia el objetivo del socialismo.

Estas nuevas «teorías» reformistas confirman las palabras que el camarada Dimitroff citaba en su artículo «La Unión Soviética y la clase obrera de los países capitalistas»: «Stalin tenía mil veces razón al decir: es imposible acabar con el capitalismo, sin acabar antes con el socialdemocratismo en el movimiento obrero.»





## En el país del socialismo

# Espíritu y esencia de la intelectualidad soviética

por

A. CLAIRE

En un puerto meridional de la Unión Soviética, se bañan dos marineros. El uno es ruso y el otro inglés. El inglés habla un poco el ruso y el ruso un poco mejor el inglés. El inglés comete una imprudencia y pierde el conocimiento. El ruso lo saca del agua, manda un chico por una jeringuilla y le pone una inyección. El inglés vuelve en sí, apercibe el estetoscopio y la jeringa y se queda muy sorprendido. Resulta que ambos son médicos. El ruso había sido marinero, pero termina ahora sus estudios en la Facultad de Medicina. Ha venido con permiso al barco, para visitar a sus antiguos camaradas. El inglés, en cambio, se ha hecho marinero, porque no lograba encontrar trabajo como médico. El uno llegó a la medicina desde abajo y el otro recorrió el camino en sentido opuesto...

Esto no es un cuento; es un hecho. Un hecho de nuestra vida de todos los días.

Dos mundos. dos destinos. Dos intelectualidades de distinta clase. La primera brota de las masas populares. La otra va tras el pedazo de pan; camina en busca del sentido de la vida; se encuentra entre los dos campos: entre la clase obrera, a la que pertenece el porvenir, y la burguesía, que representa el pasado de opresión y el presente amargo.

\*

Se dice que la intelectualidad de la Unión Soviética es una intelectualidad nueva. Lo es en un doble sentido. En primer lugar, porque sus filas se nutren continuamente de hombres nuevos — obreros, campesinos, hijos del pueblo — que, en otros países, pueden elevarse rara vez. Y es nueva también porque, por vez primera en la historia, la intelectualidad no sirve más que al pueblo. «Antes, tenía que servir a las clases ricas, porque no



le quedaba otro remedio. Hoy, tiene que servir al pueblo, porque ya no existen clases explotadoras»<sup>1</sup>.

Estos dos sentidos completamente nuevos de la intelectualidad en la Unión Soviética, han dado por resultado un fenómeno completamente nuevo también: el papel que desempeña la intelectualidad soviética en la sociedad. Hoy, se suele decir en la Unión Soviética: «la intelectualidad es la sal de la tierra soviética».

Lo que dijera Stalin en 1928 se ha convertido ya en una realidad incommovible: «la clase obrera no puede adueñarse efectivamente del país, si no se empeña en librarse de la incultura, si no logra crear su propia intelectualidad, si no se apodera de la ciencia y consigue dirigir la economía sobre la base de la ciencia».

El pueblo realiza ahora este programa de acción con toda su alma. El pueblo mismo ha producido, en su propio seno, la nueva intelectualidad a la que ha reservado el primer puesto en toda su actividad creadora. Hay que tener en cuenta que esta intelectualidad no es una «aristocracia del espíritu», que no está situada sobre la clase obrera, sobre el pueblo, sino que es la parte más adelantada del pueblo mismo, su sector más culto, más emprendedor y de mayor responsabilidad.

\*

Todo el país está aprendiendo. Ni la edad, ni el sexo, ni la nacionalidad, constituyen un obstáculo para el estudio. En las escuelas, hay 33 millones de alumnos y alumnas. Existen 600.000 estudiantes; cien mil más que en 23 países capitalistas de Europa juntos. Sólo el número de estudiantes recién admitidos en el presente año escolar es de 166.000; dos veces y media más que el número total de estudiantes en todas las universidades de Alemania.

Pero esto no es todo. Por cada mil habitantes, hay en la Unión Soviética 268 que estudian en algún sitio. Estos 42 millones y medio de hombres, que suman más que la totalidad de los habitantes de Francia, trabajan en su perfeccionamiento cultural. Hay aprendiendo obreros, campesinos de las explotaciones colectivas, mujeres; los hay con el pelo cano y otros que acaban de salir de la Universidad. Al admitir un obrero en una empresa, no se considera como único deber primordial el de pagarle un sueldo, sino también el de comunicarle dónde puede aprender y lo qué puede aprender, sin abandonar su trabajo. El que estudia no tiene que pagar nada por el estudio; al contrario: le pagan a él.

Los niños crecen con la firme convicción de que todos los caminos están abiertos ante ellos. Hace poco, daban algunos niños vueltas a su pregunta preferida: ¿Qué profesión abrazaremos? Y el más pequeño de

<sup>1</sup> STALIN, *La constitución del Socialismo*, Ediciones Europa-América.



todos dijo: «Yo seré aviador y, en los días de asueto, artista.» Ni los niños ni los mayores se extrañan de tales palabras. Los niños eligen dos o tres profesiones: «una para los días de trabajo» y otra para los «días libres». Tanto los niños como los adultos saben que basta proponerse una cosa a la manera bolchevique, es decir, estudiando y siempre estudiando, para lograrla y no encontrar nada imposible. *Paulina Osipenko* trabajaba en la granja avícola de un koljós; se propuso ser aviadora y, cinco o seis años después, llevaba ya la primera condecoración. *Constantino Ivanof*, en otros tiempos un golfillo, adoptado y educado por el Ejército Rojo, se propuso ser músico y, siete años más tarde, le vemos ya como director de orquesta, premiado en un concurso extensivo a toda la Unión Soviética. A cada paso encontramos hechos de esta clase que, aunque todavía se pueden considerar como milagros, no son excepciones en la Unión Soviética.

\*

La intelectualidad soviética no es un puñado de elegidos: es un ejército formidable.

No fué Lenin precisamente quien reuniera los datos estadísticos del censo de la población rusa de 1897. Desde entonces, ha pasado ya mucho tiempo; pero ¿qué es lo que ha cambiado en estos cuarenta años en el destino de otros pueblos? Mucho, por cierto; pero lo decisivo permanece intacto. El nieto tiene que trabajar como un negro, igual que hubo de hacerlo su abuelo; no se ha cerrado el abismo existente entre los intelectuales y las personas sin cultura; entre los pobres y los ricos; entre los oprimidos y los opresores. Sólo el destino de los pueblos que habitan hoy la Unión Soviética ha cambiado radicalmente, como si hubiese transcurrido un siglo.

Lenin calculaba que, en 1897, no existían en toda Rusia más que 4.010 ingenieros. En 1937, existían, sólo en la industria pesada de la Unión Soviética, más de 600.000 ingenieros y otros mil estaban a punto de terminar la carrera. En 1897, había en toda Rusia 79.000 maestros; en cambio, papas y monjes había 295.000 y propietarios de lupanares y burdeles 300.000. La Unión Soviética cuenta con 950.000 maestros y sólo en el año 1937 salieron de la Universidad 30.000 pedagogos. En 1897, había 16.956 médicos; en cambio había unos 14.000 curanderos. En la Unión Soviética, trabajan en las instituciones de Sanidad 100.000 médicos y más de 200.000 obreros sanitarios. ¡Qué diferencia entre la distribución geográfica de los médicos de hoy y la de los tiempos pasados! En el centro más culto de Rusia, en Moscú, existían entonces 1.380 médicos, y hoy, sólo en la *Georgia soviética*, hay más de 3.300, y en el *Usbekistan soviético* más de 2.500. No hay un rincón en Rusia, desde las costas del Artico hasta el Pamir, don-



de no haya un médico, un hospital bien instalado, un gabinete de rayos X.

Mas, ¿por qué hemos de establecer tan sólo comparaciones con el pasado y con la Rusia zarista? En 1931, había en Alemania 190.000 maestros y después de cuatro años de dictadura fascista hay menos de 183.000. El año de la toma del Poder por Hitler, tenía Alemania 51.000 médicos, y tres años después, su número se había reducido a 48.000. Alemania, antes famosa por su técnica, no tendrá en 1940 más que 120 nuevos técnicos de electricidad y 300 nuevos ingenieros mecánicos. En 1928, ingresaron en las escuelas superiores 4.900 estudiantes de esta especialidad, contra 1.570 en 1936. Esto demuestra la decadencia de Alemania y el formidable florecimiento de la Unión Soviética.

\*

Desaparece el contraste entre la ciudad y el campo, lo que se refleja en la composición de la intelectualidad soviética en la ciudad y el campo.

En los talleres de Kirof, trabajan cerca de 5.000 personas pertenecientes al personal técnico, entre las que hay unos 500 ingenieros y técnicos bolcheviques con o sin carnet, ocupando puestos de dirección. En Tomsk, a donde solían enviar bajo el zarismo a los estudiantes, profesores y obreros que no inspiraban confianza al gobierno, existen hoy 20.000 estudiantes y 300 maestros y profesores. En los últimos años, terminaron sus estudios en el Instituto de Medicina de Tomsk 4.210 especialistas y se formaron en el mismo 1.000 trabajadores científicos.

En la república soviética de Armenia, está enclavado el koljos «Sverdlof», cuyos ingresos han pasado este año de los dos millones de rublos. Pero el orgullo de aquella economía colectiva no consiste en esto. Su orgullo está en su propia intelectualidad campesina. Entre los 1.500 campesinos colectivos, hay 28 maestros, 29 especialistas de vinicultura, 2 agrónomos, 2 agrotécnicos, 22 stajanovistas del algodón; hay además un especialista de la horticultura, que ha creado un magnífico parque de cultura y recreo, un montador electricista, un mecánico cinematográfico, bibliotecarios, médicos, tenedores de libros, zootécnicos, el personal de la casa de maternidad: más de 100 personas pertenecientes a las profesiones intelectuales en una sola explotación colectiva.

*Mecheniskaia* es un pueblecito cosaco situado a orillas del Don. Hay en él 60 maestros y el número total de personas dedicadas a trabajos intelectuales es de 150.

En los pueblos de la Unión Soviética, trabajan 560.000 maestros, 150 mil obreros sanitarios, 40.000 agrónomos, 220.000 agrimensores, agrotécnicos y zootécnicos y 25.000 actores de teatro, directores de escena, músicos, etc.



Tal es el aspecto que presenta la aldea soviética.

\*

Ha desaparecido el exclusivismo de clases, aquel nefasto aislamiento que producía en la intelectualidad ilusiones serviles y prejuicios, así como agrupaciones y formaciones de castas morbosas y peligrosas. Un impetuoso río de sangre proletaria sana y fresca ha enriquecido y modificado por completo la intelectualidad soviética.

¿Quién está al frente de la intelectualidad soviética? *Stajanof* y *Papanin*, un minero y un marinero. El minero *Nikita Isotof*, el zapatero *Smetanin*, los conductores de locomotoras *Alejandro Ogræf* y *Pedro Krivonos*, el leñador *Musinski*, el cargador *Blidmann*, son los hombres que se han convertido en jefes de la multitud de intelectuales técnicos de la Unión Soviética, y ellos son los que forjan el nexo entre la clase obrera y su intelectualidad. Estos hombres no sólo han anulado audazmente muchas «leyes» de la ciencia antigua; han creado leyes nuevas y han abierto nuevas rutas.

El sabio americano *Wilcox* es el autor de la ley del «límite máximo» de la cosecha de remolacha, que es de 1.200 quintales por hectárea. El campesino colectivo *Utenbergerof*, completamente desconocido, hijo de un cabrero, no sólo ha anulado la teoría del «límite» de *Wilcox*, sino que desafió a todos los pusilánimes pseudo-sabios en 1936, diciendo: «¡Que venga alguien a decirme que la cosecha de 1.410 quintales por hectárea que yo he producido es un capricho casual de la naturaleza! Yo les contestaré: En nuestro país, ninguna victoria se debe al azar. El año que viene, daré al Estado no menos de 1.500 quintales por hectárea.» Y ha cumplido su promesa.

Sigue a estos jefes todo un ejército de jóvenes investigadores y prácticos, llenos de ardiente celo por transformar el suelo de su patria. Hombres que no retroceden ante ninguna dificultad, que vencen todo lo que se atraviesa en su camino y marchan con paso firme hacia adelante.

No hace mucho, la Unión de Juventudes Comunistas de la Unión Soviética organizó un concurso entre jóvenes investigadores, en el que tomaron parte 8.000 personas. De sus trabajos se seleccionaron los 3.000 mejores, y al final fueron admitidos 615 trabajos sobresalientes para un concurso de toda la Unión. Los premios máximos recayeron en dos obreros. El autor de una de estos trabajos era el profesor *Sobolief*, matemático de 27 años, cuyos trabajos científicos son conocidos en Cambridge y en Oxford. El otro autor premiado, *Vaslof*, no tiene más edad; su trabajo sobre el desplazamiento del trigo hacia el Norte, merced al empleo de los mé-



todos de «primaverización» del académico *Lysenko*, ha merecido los máximos elogios de los principales agrónomos de la Unión Soviética.

Estos jóvenes profesores, *Sobolief* y *Vlasof*, trabajan en las filas de la intelectualidad soviética, en íntima colaboración con el académico *Williams*, cuyo 75 cumpleaños acaba de celebrar la Unión Soviética, con el académico *Keller* (presidente de la Academia de Ciencias), con *Komarof* y con el académico *Bach*. Estos hombres de ciencia encanecidos estimulan a la juventud y se alegran de sus éxitos; más ninguno de ellos consentiría que nadie le considerara más viejo que sus jóvenes colegas y se conservan jóvenes en medio de la arrolladora juventud de la intelectualidad soviética.

Sería un craso error suponer que sólo esos viejos sabios universalmente renombrados realizan un trabajo creador en las filas de la nueva intelectualidad soviética. Entre la intelectualidad progresista de la Rusia antigua existían también innovadores, hombres de grandes iniciativas. Había hombres que soñaban con domeñar los torrentes del Dnieper, con la explotación de los fabulosos tesoros subterráneos del Extremo-Oriente, del Asia Central y del Artico. Estos sueños se han realizado ahora. El *Dnieprostroï*, el canal del *Mar Blanco*, el *Canal Volga-Moscú*, la cuenca carbonífera de *Karaganda* (Asia central), *Magritogorsk*, las nuevas ciudades de *Kirof* y *Monchegorsk* en la península de *Kolski*, son cosas que ya existen. Y la vieja intelectualidad progresiva realiza su trabajo creador en colaboración con la juventud.

\*

El escritor *Nicolai Wirta* ha escrito un libro, «Soledad», sobre la sulevación de los kulaks, que sostuvieron la guerra civil durante dos años en el antiguo Gobierno de *Tambof*. El teatro de Arte ha representado, a base de esta novela, una obra teatral titulada «Tierra». En esta obra, el artista *Chmelef* hacía el papel del kulak *Ivan Storochef*. Cerca de un año después de la aparición del excelente libro de *Wirta*, el 9 de mayo de 1938, podía leerse en la prensa soviética la siguiente noticia: «Ha sido hallado el kulak *Ivan Storochef* que se había evadido dos veces de la prisión y seguía su trabajo de zapa contra la Unión Soviética. Se había procurado trabajo en una estación de ferrocarril, usando un nombre supuesto.»

Este es un ejemplo de la historia viva a la que sirve el arte de la Unión Soviética.

El escritor *Nikolai Tchnikonof* y el cineasta *Leo Armstamm* estaban haciendo una película, que llamaron «Amigos», en la que aparece *Kirof* en la guerra civil, al frente de la lucha de los pueblos del Cáucaso. El escritor y el cineasta hacían las tomas de vistas para la película en los sitios en que *Kirof* había actuado en aquella época. Al presentarse en un pueblo de la montaña el artista encargado del papel de *Kirof*, levantáronse gritos



de alegría, como los que habían acogido a Kirof 19 años antes, y los habitantes decían: ¡Ha llegado Kira! ¡Salud a Kira!» Al realizarse las tomas de vistas para la lucha en los montes, acudían de todas partes de los montes del Cáucaso aquellos a quienes Kirof había conducido a la lucha 19 años antes. Ninguno quería hacer el papel de «blanco». Por fin, decidieron sortear a los que habían de representar a los blancos. Entonces, salieron del pueblo montañés las viejas, maldiciendo a los «blancos», como lo habían hecho 19 años atrás. Al filmar la escena que representa la llegada del Ejército Rojo, que acudía en auxilio de los montañeses, todos los jinetes que formaban parte de las comparsas, galoparon gritando detrás del Ejército Rojo. El cineasta y el escritor, hondamente conmovidos por tan profundo cariño a Kirof, al Ejército Rojo y a los recuerdos heroicos de la guerra libertadora, prometieron a sus millares de nuevos amigos que la cinta se titularía «Amigos». Se proyectó la película en primer lugar a los héroes que habían vivido los días de lucha y habían ayudado a reproducir las escenas.

El cineasta Rappoport ha realizado la película «Profesor Mamlok», que se estaba representando en el momento en que se cometía la odiosa traición de Munich y cuando millones de hombres soviéticos recibían con los puños crispados las noticias de Praga, de Londres y de París. La película se convirtió en el grito de guerra contra el fascismo. El profesor Mamlok contesta irónicamente a su ayudante fascista, que en Verdún no se había dado cuenta de que su sangre judía, que brotaba de una grave herida, se diferenciara de la sangre «aria» de cualquier soldado alemán, y los espectadores aplauden durante largo rato. El profesor Mamlok, que había hablado con desdén en su clínica de los casos cada vez más frecuentes de «cirujía política» y que había rechazado de mal humor a los obreros heridos por los fascistas, bajo las balas de los hombres de la S. A., vaticina a los fascistas su próxima derrota y muere persuadido del advenimiento de una nueva Alemania libre. Toda la sala manifiesta apasionadamente su simpatía por el pueblo alemán subyugado, por la nueva Alemania libre.

El poeta *Basili Lebedief-Kumach* escribe versos y los compositores *Dunaievski* o *Chostakovich* ponen música a sus poesías, que poco después canta todo el pueblo soviético. Y no sólo el pueblo soviético. Estas canciones se cantan en las trincheras de la España republicana, en los barrios obreros de Londres o de París, allí donde hay un cariño fraternal hacia la Unión Soviética. El pueblo agradecido ha elevado al poeta *Lebedief* y al compositor *Dunaievski* a la dignidad de diputados del Consejo Supremo.

*Trofim Lisenko*, hijo de un campesino ucraniano, agrónomo sin partido, demostró en 1929 a los honorables agrónomos viejos, que los conceptos «trigo de invierno» y «trigo de verano» son relativos y que él había encontrado el medio de transformar el trigo de invierno en trigo de verano.



Los honorables agrónomos se burlaron de este «joven excesivamente celoso», pero el pueblo y el gobierno le dieron su apoyo. Millones de campesinos colectivos hicieron lo que aconsejaba Lisenko y, en 1937, dió el nuevo trigo del académico Lisenko, en 9 millones de hectáreas, una cosecha sin igual. Sólo el aumento de cosecha logrado en los últimos cinco años, por la «primaverización», método del académico Lisenko, es de 150 millones de puds. El modesto agrónomo Lisenko es actualmente vicepresidente del Consejo de Unión, posee dos condecoraciones y es un sabio de fama mundial.

Estamos viviendo tiempos atroces. La segunda guerra imperialista se extiende cada vez más. Es posible que alguien crea que actualmente, en los momentos del choque inminente entre las fuerzas de la guerra y las de la paz, no sea oportuno escribir sobre la intelectualidad soviética y de alegrarse de sus nuevas conquistas y de su pacífico trabajo creador. Pero la nueva intelectualidad, que se está formando en la Unión Soviética, es una garantía de la victoria de las fuerzas de paz sobre la barbarie que engendra la guerra. El pan que multiplica, el acero que temple, el espíritu que instruye, redundan en beneficio de toda la humanidad.





## La lucha heroica del pueblo español

Ante la nueva situación internacional

# Deberes del proletariado y del pueblo de España

por

JOSÉ DÍAZ

En todos los momentos agudos, difíciles o de confusión que ha habido en el curso de nuestra guerra, ha sido preocupación fundamental de las organizaciones obreras, y en primer lugar de nuestro Partido, examinar la situación objetivamente, con frialdad y espíritu crítico, destacando los factores positivos de nuestra resistencia, así como los defectos y los peligros, y esto no con el fin de sembrar pánico o desconfianza, sino para precisar bien el punto hacia el cual habían de ser dirigidos los esfuerzos de todos para corregir una situación peligrosa. Hoy, después de la traición a Checoslovaquia, no por parte de Francia e Inglaterra, sino de los señores Chamberlain y Daladier, después de la entrega del pueblo checo a los bandidos fascistas, hecho que crea en Europa una situación profundamente diferente de la que existía, me parece que uno de los puntos en el cual se debe concentrar nuestra atención es precisamente esta nueva situación internacional.

No nos hagamos ilusiones ni cerremos los ojos ante la realidad. Lo que ha ocurrido con Checoslovaquia es *una derrota del proletariado internacional*, una derrota de las fuerzas democráticas y de la paz. El fascismo ha obtenido una victoria. La ha obtenido gracias al descarado apoyo de la burguesía reaccionaria inglesa y francesa, a la orientación falsa, la desunión y la cobardía de las fuerzas democráticas y a la ausencia de una acción enérgica y *unida* de la clase obrera internacional. Ha ocurrido hoy, en el campo internacional, lo mismo que sucedía en Italia, en Austria, en Alemania durante el período en que el fascismo luchaba por el Poder en cada uno de estos países. El apoyo abierto de la gran burguesía, el encubierta de los jefes reaccionarios demócratas y socialdemócratas y la consi-



guiente desorientación y la desunión de las masas antifascistas, y en primer lugar de la clase obrera, permitían al fascismo realizar, por etapas y casi sin combatir, sus criminales objetivos y dar el asalto supremo al Poder, cuando ya sus enemigos estaban desmoralizados, desunidos, desarmados, incapaces de combatir. El sofisma que utilizaban para justificar sus traiciones los que abrían el camino al fascismo era el mismo que se ha utilizado ahora. Afirmaban que capitulando se desarmaba a los fascistas, así como hoy dicen que entregándole a Hitler Checoslovaquia han salvado la paz. ¡Esto es mentira; lo cierto es lo contrario! Europa y el mundo entero están hoy mucho, mucho más cerca de la guerra que lo estaban antes. Lo que los señores Chamberlain y Daladier han obtenido es únicamente salvar a los agresores fascistas y al fascismo en general de la grave situación en que se encontraban, pues los pueblos habían empezado a unirse, ante las amenazas de Hitler y de Mussolini, en un frente de defensa de la paz y de la independencia de los pueblos, que, extendiéndose desde Francia e Inglaterra hasta la Unión Soviética y los Estados Unidos, ofrecía una barrera inatacable e inexpugnable. Para salvar al fascismo de una derrota y quizás de una catástrofe, estos hombres, sobre los cuales ha de caer muy en breve la acusación de todos los pueblos, han traicionado la fe en los tratados y los compromisos solemnemente contraídos por sus propios Estados, la causa de la paz, la causa de la democracia, la causa de la libertad. Han sido, en suma, los verdaderos artífices del triunfo que el fascismo ha conseguido.

### CUAL ES LA VERDAD

Lo que no se ha comprendido o, mejor dicho, la verdad que la burguesía reaccionaria aliada del fascismo, y preocupada, sobre todo, de salvar de una catástrofe a los dictadores fascistas y a los regímenes de terror que existen en Alemania e Italia y en la España invadida, ha hecho todo lo posible por enmascarar ante los ojos de las masas populares, difundiendo en ellas el pánico ante una guerra inminente, la verdad que nosotros, los comunistas, y otros verdaderos amigos de la paz, no hemos sabido hacer penetrar profundamente en la conciencia de estas masas y, sobre todo, de la clase obrera, es que no hacía falta hoy ninguna guerra para hacer retroceder al fascismo, que sólo hacía falta unidad y energía en la defensa de la independencia del pueblo checo y de la paz. La guerra no era necesaria hoy, pero sí será inevitable mañana o pasado mañana, cuando el fascismo, aprovechando sus nuevas conquistas, decida lanzarse a nuevos ataques, y ya las posiciones sobre las cuales los pueblos atacados tendrán que defenderse serán más débiles y más grande la insolencia del enemigo.

Será necesario examinar, y muy pronto, y en toda su amplitud, por qué



todo esto ha podido producirse. Será necesario señalarlo sin piedad alguna y corregir todos los errores. En la historia de las luchas sociales hay muchas derrotas que no han sido seguidas de una desmoralización de las masas, ni de una caída del movimiento obrero, porque han servido para abrir los ojos a las clases explotadas, mostrándoles el camino de la resistencia y de una nueva lucha victoriosa. Tal ocurrió, por ejemplo, después de la toma del poder por Hitler en Alemania, que impulsó, internacionalmente, a la clase obrera por el camino de la unidad. Y lo mismo sucedió en España después de octubre del 34. Pero, para que se produzcan estas saludables reacciones, que hacen reconquistar en poco tiempo, a la clase obrera y al pueblo, todo o gran parte del terreno perdido, es necesaria la acción enérgica de la vanguardia de la clase obrera.

### LA UNICA LINEA

Las fuerzas obreras, las fuerzas de la democracia y de la paz que hoy están desorientadas, acobardadas, en parte, por el golpe que les han dado los señores Chamberlain y Daladier, en alianza con Hitler y Mussolini, deben recomponerse rápidamente, reorganizar sus filas y establecer una nueva línea de resistencia y de lucha activa contra los agresores y sus cómplices.

Hoy, esta línea no puede ser otra que la de la defensa de España, la de la lucha para que se haga justicia al pueblo español. No solamente como españoles, que combatimos por la independencia de nuestro país, sino como internacionalistas, como antifascistas y como defensores de la paz, debemos ayudar a que se organice y se defienda esta línea, sin ceder un paso. Es decir, que incumbe al proletariado de España y a sus organizaciones un deber urgente: ayudar al proletariado del mundo entero a reconstruir rápidamente su frente de lucha contra los agresores fascistas y por la paz y a mantener este frente mejor que se ha mantenido hasta ahora, sin dejarse arrastrar y engañar por capituladores y traidores; con la firmeza con que nosotros, obreros y trabajadores de España, estamos defendiendo desde hace dos años el suelo de nuestra patria.

Se engañan profundamente y engañan al pueblo los que pretenden que la entrega de Checoeslovaquia al fascismo podría tener consecuencias favorables para nosotros, porque habiéndose cedido a la prepotencia de los agresores, en un punto, sería lógico resistirles en otro. No; desgraciadamente la experiencia de los últimos años nos ha enseñado que la «lógica» de los señores que apoyan al fascismo en sus criminales empresas, no es ésta. Los que han capitulado en Munich no lo han hecho casualmente ni por error. El plan de la gran burguesía reaccionaria, que estos señores representan y a la que sirven, es entregar todos los pueblos al fascismo antes



que permitir que los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía productora, los demócratas sinceros y honrados, marchen unidos en un amplio y sólido movimiento de frente popular, por el camino del progreso social, de la libertad y de la paz. Quieren entregar todo el mundo al fascismo, por miedo a que el pueblo les obligue algún día a renunciar a sus privilegios de clase y de casta. Para ellos, el fascismo es un aliado natural, un hermano, y nosotros, que luchamos unidos, porque no queremos que se nos reduzca a la condición de esclavos, somos sus enemigos, como lo son también los obreros que en todos los países aspiran a mejorar sus propias condiciones de existencia y luchan por sus reivindicaciones de clase.

Hablaré muy claro porque quiero que se me entienda bien. Afirmino que los cuatro de Munich — y el hecho de que exista en nuestro país una cuidadosa censura de Prensa me exime de aplicarles el calificativo que merecen — están dispuestos a traicionar y entregar otros pueblos independientes y libres de igual manera que han traicionado y entregado a Checoslovaquia. Pero afirmo al mismo tiempo que los cuatro no pueden, no podrán hacer todo lo que quisieran y está en sus planes. Y esto porque existe una opinión pública, porque en las filas de la burguesía misma hay hombres que comprenden lo que está ocurriendo y lo que se prepara y están horrorizados ante ello; porque existe una masa de pequeña burguesía demócrata y liberal y, sobre todo y ante todo, porque existe una clase obrera, un proletariado internacional, que no solamente debe comprender lo que significan para su propio porvenir los planes del fascismo y sus cómplices, sino que, además, tiene sus métodos propios y probados de lucha y está en condiciones de mostrar el camino, con su propia acción decidida, a todas las fuerzas democráticas y de paz y de romper las maniobras de la burguesía reaccionaria.

No creo que la gran burguesía de Francia — cuyo gerente y servidor es el Gobierno del señor Daladier — estuviera de acuerdo en conceder a los obreros franceses, hace dos años, las cuarenta horas de trabajo, las vacaciones pagadas por el patrono, el reconocimiento de los derechos de los Consejos obreros de fábricas y las demás grandes conquistas sociales. Pero las organizaciones obreras y el Frente Popular supieron imponer a la gran burguesía la voluntad de las masas. Comprendo que, cuando se trata de problemas de política internacional y no de reivindicaciones económicas inmediatas, les es más fácil a la gran burguesía y a los jefes socialdemócratas reaccionarios engañar a las masas; pero aquí ya se plantea un problema de nuestro trabajo, de la insistencia, energía y eficacia de nuestra agitación, de nuestra capacidad para ampliar el frente de la lucha hasta que se hallen comprendidos en él todos los posibles aliados sin que se pierda la iniciativa de combate de la vanguardia más consciente; de reaccionar a tiempo en las situaciones graves y de criticar también a nuestros



aliados y amigos para poner en guardia a las masas contra los capituladores, los vacilantes y los cobardes.

Además, no creo que el problema de la lucha contra el fascismo en el campo internacional se pueda aislar del problema de la defensa de las reivindicaciones y conquistas económicas obreras. La entrega de Checoslovaquia a Hitler ha sido para la gran burguesía francesa condición y premisa para su próxima ofensiva contra las conquistas sociales del Frente Popular, y es ridículo pensar que en una Europa sojuzgada por el fascismo, en una Europa en la cual los invasores de España hubieran logrado realizar sus criminales intentos, los obreros de Francia podrían mantener las conquistas sociales, de las que tan justamente se sienten orgullosos. Ni una hora se podrían mantener estas conquistas el día en que — por hipótesis que todos rechazamos — en Barcelona, Valencia y Madrid no continuara desplegando sus colores la bandera republicana.

## LA DEFENSA DE ESPAÑA

Desde cualquier punto de vista que escojamos para juzgar la actual situación europea — sobre todo si elegimos, como es natural, el punto de vista de la clase obrera — el problema de España está en el centro de todo.

Defender a España significa hoy defender todas las conquistas del proletariado y las libertades de los pueblos. Quizá sea España el último baluarte de la democracia y de la paz. Este baluarte no puede caer y no puede perderse, porque ello sería la catástrofe segura para todos los países libres de Europa, y en primer lugar para la clase obrera.

¿Lo comprenderán así los obreros y los trabajadores de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de los países escandinavos, de América? ¿Comprenderán que lo que hacen algunos de los jefes socialdemócratas del movimiento obrero internacional, poniéndose a la cola de la Prensa reaccionaria para presentar la actuación de Chamberlain y Daladier como una «defensa de la paz», es un engaño, una traición a los intereses del proletariado y del pueblo? ¿Comprenderán que hay que imponer a estos jefes una política eficaz de defensa de la paz contra los agresores fascistas y que el eje de esta política debe ser la acción *unida* del proletariado internacional y de sus organizaciones? ¿Comprenderán que cuando falta esta acción unida del proletariado es difícil y casi imposible organizar en un frente de lucha común a todos los restantes amigos de la paz? ¿Comprenderá el pueblo de Francia que lo acontecido en Checoslovaquia significa para él una derrota nacional y que si se perdiera la independencia de España el destino del



pueblo francés estaría ya resuelto sin combate, y por un largo período de tiempo no existiría para los franceses ni independencia ni libertad?

No soy pesimista. Creo que todas estas cosas serán comprendidas por el proletariado y por los pueblos interesados. Creo, además, que a la peligrosa depresión que hoy existe en los países democráticos sucederá en breve una potente reacción de las masas populares, que barrerán a todos estos Chamberlains y Daladiers, a todos los capituladores y cobardes, e impondrá una acción que haga retroceder a los agresores. Pero para que así suceda, hace falta que las fuerzas de vanguardia de la clase obrera desarrollen una formidable labor de esclarecimiento y agitación y se apresten, con todas sus fuerzas, al combate contra la burguesía reaccionaria y sus agentes. Y hace falta que un espíritu nuevo y una decisión inquebrantable de frenar y hacer retroceder al fascismo y a sus cómplices en todo el mundo, penetre en todas las organizaciones obreras y que éstas unan su esfuerzo para una lucha suprema, de la que depende el destino del mundo.

#### NUESTRA AYUDA

Nosotros, españoles, ayudaremos con toda energía.

Ayudaremos, en primer lugar, declarando claramente y haciendo comprender a todos, por todos los medios posibles, que no somos ni Austria ni Checoeslovaquia y que se engañan los que piensan poder arreglar los problemas de España sin tener en cuenta nuestra voluntad o en contra de ella. Queremos ser libres e independientes; queremos que se marchen de España los invasores extranjeros y no aceptaremos ni transacción ni pacto de ningún género con ellos, y defenderemos la independencia y la integridad de España, cueste lo que cueste y contra todos.

Ayudaremos también manteniendo y fortaleciendo nuestra unidad, la unidad de todo el pueblo en el Frente Popular y alrededor del Gobierno de Unión Nacional. Esta unidad será un ejemplo para los obreros y los pueblos de todas las latitudes, así como debería ser un ejemplo para todos los partidos socialistas la actuación del Partido Socialista Obrero Español, que, a pesar de que haya en sus filas algunos elementos adversarios de la unidad, ha contribuido y contribuye de manera eficaz, manteniendo con los comunistas una colaboración fraternal desde hace dos años, al fortalecimiento del Frente Popular y a la resistencia de todo el pueblo.

Ayudaremos, asimismo, haciendo comprender a los capituladores y cobardes que puedan existir en nuestro país y quisieran aprovechar la nueva situación internacional para sembrar desórdenes y confusión en nuestro campo, que el pueblo español, todo unido, está decididamente frente a ellos y no tolerará ninguna maniobra, ninguna vacilación que



pueda mermar nuestra resistencia y poner en peligro la independencia nacional.

Ayudaremos, en fin, trabajando todos: comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos y masas sin partido, bajo la dirección del Gobierno, a resolver rápidamente los problemas militares y económicos de hoy, que conciernen al fortalecimiento de nuestra resistencia y a la preparación de las condiciones que han de permitirnos emprender, a su tiempo, las acciones necesarias para expulsar para siempre de nuestro suelo a los invasores italianos y alemanes.

Ayudaremos a la clase obrera internacional a unir sus esfuerzos contra el fascismo y la guerra; por la defensa de sus intereses, de la libertad y de la paz.

Ayudaremos a las fuerzas democráticas a oponer una resistencia activa a los agresores fascistas, mediante el aislamiento de los agentes fascistas que en todos los países trabajan para sacrificar las conquistas de la civilización y del progreso en el altar de los privilegios de la gran burguesía parasitaria.

Y salvaremos nuestra independencia, haciendo una vez más de nuestra España el país que señala al mundo el camino de la dignidad y de la libertad.





# Una declaración del Frente Popular de España

En la reunión celebrada el 19 de noviembre por el Comité Nacional del Frente Popular se acordó hacer pública la siguiente nota:

«Todos los partidos políticos y organizaciones sindicales, representando a la totalidad de sus afiliados, que constituyen la inmensa mayoría de los ciudadanos españoles, declaran en este momento, para que más allá de sus fronteras nadie pueda ignorar lo que siente y piensa España:

Primero.—Que no es posible buscar soluciones para nuestra guerra a espaldas del pueblo español, representado por el Gobierno legítimo de la República.

Segundo.—Que los caminos de la solución sólo pueden encontrarse en el Derecho internacional, hasta ahora menospreciado, retirando de España todas las tropas extranjeras que la invaden, y sus técnicos y material de guerra, con el que vienen destrozando nuestra Patria.

Tercero.—Que el Gobierno de España cuenta — como difícilmente podrá contar otro Gobierno en el mundo entero — con todo el pueblo español, que está resueltamente a su lado para defender la independencia del país y la soberanía nacional.

*Por Izquierda Republicana, Emilio Baeza Medina.*

*Por Unión Republicana, Manuel Mateos Silva.*

*Por «Esquerra Republicana de Catalunya», José Andreu.*

*Por «Acció Catalana Republicana», Eduardo Ragasol.*

*Por el Partido Republicano Federal, Silverio de la Torre.*

*Por el Partido Nacionalista Vasco, Julio de Jáuregui.*

*Por el Partido Socialista, Ramón Lamonedá.*

*Por el Partido Comunista, José Díaz.*

*Por el Partido Socialista Unificado de Cataluña, Juan Comorera.*

*Por el Partido Sindicalista, José Sánchez Requena.*

*Por la Federación Anarquista Ibérica, Germinal de Sousa.*

*Por la Unión General de Trabajadores, José Rodríguez Vega.*

*Por la Confederación Nacional del Trabajo, Mariano R. Vázquez.*

*Por Acción Nacionalista Vasca, Tomás de Echave.»*



## La lucha heroica del pueblo chino

# Mao Tse Dun nos habla de la guerra de China por la libertad

*Entrevista celebrada por el camarada Mao Tse Dun con un grupo de delegados de la Asociación Internacional de estudiantes, en Yenan, el 2 de julio de 1938.*

*Pregunta:* ¿Qué importancia tiene y qué papel corresponde a la región limítrofe, en la fase actual de la guerra?

*Respuesta:* Para juzgar la importancia de la región limítrofe para China y el papel que le corresponde en el conjunto del país, hay que considerar el carácter de esta región. La región limítrofe es, ante todo, una base de la democracia y de la lucha contra los agresores japoneses. Toda la población de esta región — obreros, campesinos, comerciantes, estudiantes, intelectuales, mujeres, jóvenes, creyentes — tienen sus organizaciones y disfrutan de la libertad de palabra, de prensa, de reunión, a condición de que su actividad no sea contraria a los principios de la lucha contra el agresor japonés. El Partido Comunista chino y el gobierno de la región limítrofe conceden a las organizaciones de masas su ayuda y su apoyo.

Hoy es la región limítrofe un territorio en contacto con el frente, donde están concentrados los efectivos del octavo ejército popular revolucionario y las secciones armadas locales.

En estos efectivos, como en el ejército, reina el espíritu de la más perfecta democracia en las relaciones entre los jefes y los soldados y entre el ejército y el pueblo. Los jefes y los soldados, el ejército y el pueblo, están estrechamente ligados y en esta ligazón está la garantía de la victoria del pueblo chino, en la guerra contra el Japón.

La economía de la región fronteriza se desenvuelve con un espíritu de democracia y en interés de la guerra de defensa. La educación se basa en los principios democráticos y en la lucha antijaponesa. Se ha desarrollado el movimiento cooperativo y, en la agricultura, se ha concentrado toda la atención en el mejoramiento del nivel de vida de los campesinos y en la



movilización de las masas para la resistencia al Japón; los viejos impuestos y gabelas han sido sustituidos por un solo impuesto progresivo.

Pero lo más importante es que los órganos del gobierno de la región limítrofe han sido elegidos por el pueblo mismo. Esto prueba que está desprovista de fundamento la leyenda de la imposibilidad de hacer efectivo un sistema electoral democrático, a causa del atraso cultural de los obreros y campesinos chinos. Todo el mundo puede convencerse de que los resultados de las elecciones organizadas en la región fronteriza son buenos. En efecto; para ocupar los puestos de los órganos gubernamentales, el pueblo ha elegido obreros que están a la altura de su misión y trabajan mucho mejor que los que han sido nombrados simplemente. La movilización del pueblo para la resistencia contra el Japón ha dado excelentes resultados. Son electores y elegibles todos los obreros, todos los campesinos, las mujeres, los intelectuales, los estudiantes, los comerciantes y los que pertenecen a las clases acomodadas de la población, a condición de tener 18 años cumplidos y consagrar su actividad a la resistencia al Japón.

Hemos registrado muy positivos resultados, allí donde se han ligado estrechamente los problemas de la democracia con la resistencia armada al Japón. Bajo este sistema político, todo ciudadano puede ejercitar su capacidad en todas las profesiones y en cualquier actividad y todo hombre capaz puede desarrollar sus facultades. En este sistema reside el carácter particular de la región fronteriza. Queremos extender este sistema democrático a toda China. Queremos que la resistencia armada contra el Japón esté ligada en todas partes a la instauración de la democracia. Solamente la realización de una amplia democracia nos ha de permitir conseguir la victoria en la guerra contra el Japón. Cuando se haya asegurado al pueblo la libertad de palabra, de organización, de reunión, cuando soldados y jefes, ejército y pueblo estén estrechamente compenetrados, cuando se dé la instrucción en todo el país con el espíritu de la democracia, cuando se realice la movilización de todas las fuerzas del pueblo para el resurgimiento económico, simultaneándola con la elevación del nivel de vida del pueblo, cuando se implante el sistema electoral para todos los órganos del gobierno del país, en fin, cuando todo ello tienda a un solo fin, que es obtener la victoria por medio de la resistencia armada, se podrá determinar la época en que China vencerá definitivamente al Japón. La misión que incumbe a la región limítrofe consiste en demostrar a todo el pueblo chino que sólo un sistema democrático puede permitir la organización de una eficaz resistencia armada al Japón, para salvar al país. Para poder implantar semejante sistema en toda China, es necesario que el pueblo lo comprenda y lo reconozca como justo. Por esta razón, recibiremos gustosos a los delegados de los diferentes partidos, de las distintas tendencias y de los grupos sin partido, que acudan a la región fronteriza para estudiar el sistema de administración democrática. Ya hemos



tenido muchos visitantes, sobre todo estudiantes, que en su mayoría aprueban el régimen democrático de nuestra región y nos sentimos orgullosos de ello.

La región limítrofe constituye una parte de China y está sometida al gobierno central, con los mismos títulos que las demás provincias del país.

Se tropieza con dos opiniones falsas a propósito de la región fronteriza; ciertos elementos conservadores afirman que «en la región fronteriza no hay nada positivo»; otros dicen que «la región fronteriza es un perfecto paraíso terrenal». Es exacto que se ha instaurado en esta región un sistema democrático y que toda la población está animada de un espíritu combativo y antijaponés; tales son los aspectos positivos de este territorio, dignos de servir de modelo a toda China. Pero hay todavía muchas dificultades, por ejemplo, en el terreno de la economía. En numerosos sectores de nuestra acción, son indispensables nuevos mejoramientos; no se puede decir que todo es perfecto. Acogemos con simpatía toda crítica que venga del exterior y que nos ayude a vencer las dificultades.

Os agradecemos vuestra visita a Yenan; vuestras críticas serán bien recibidas. Os rogamos que nos pongáis de manifiesto las imperfecciones de nuestra acción, lo que nos permitirá remediarlas en interés de la gran causa que servimos: la resistencia armada al Japón y la defensa de la patria.

*Pregunta:* ¿Qué tareas se imponen actualmente en toda China al Partido Comunista?

*Respuesta:* La principal línea de conducta del Partido Comunista, en la situación actual, consiste en proseguir enérgicamente la resistencia armada, consolidar el frente único nacional antijaponés, sostener una guerra larga y difícil; tal es su misión y su acción en toda China.

¿Qué significa una resistencia armada enérgica? Somos partidarios de una resistencia armada enérgica, llevada hasta el fin, y contra todo acuerdo con el enemigo. Colaborando con el Kuomintang y con los demás partidos y tendencias, colaborando con todo el pueblo chino, queremos continuar firme e inquebrantablemente la resistencia, hasta que los japoneses sean arrojados más allá del río Yal-ú (que marca la frontera entre Corea y Manchuria).

¿Qué significa la consolidación del frente único nacional antijaponés? Significa la unión absoluta de todo el país. Sólo será posible oponer una enérgica resistencia armada al enemigo, a condición de que todo el pueblo esté unido. Para esto, se precisa, no sólo la unión de los partidos y de las tendencias, sino también la de todos los sectores del pueblo, en las organizaciones adecuadas. Sólo el reforzamiento de estas organizaciones para la resistencia armada permitirá realizar completamente el frente único nacional antijaponés.

¿Qué significa sostener una guerra larga y difícil? Sobre este punto,



existen dos opiniones erróneas. Unos dicen, en efecto, que China no puede sostener una guerra larga y difícil y que se hundirá. Otros afirman que el ejército chino logrará expulsar pronto a los invasores japoneses y que, por consiguiente, no es necesario prepararse para una guerra larga y difícil. Ambas opiniones nos parecen falsas. China no se hundirá. Aún siendo superiores en fuerza militar, los japoneses no tienen suficientes reservas para poder sostener una guerra larga y difícil. Además, en el Japón, existen numerosas contradicciones exteriores e interiores. Aun siendo un país débil en comparación con el Japón, China dispone, tanto en el interior como en el exterior del país, de condiciones mucho más favorables. A pesar de haber perdido parte de su territorio durante el primer período de la guerra, China está en condiciones de continuarla y de conseguir la victoria final. En todo caso, es difícil ganarla en poco tiempo. En China, se dan todas las condiciones para una victoria; pero todavía no se han utilizado completamente.

A pesar de los progresos realizados en China, a pesar de la ayuda internacional que se nos presta y a pesar de las dificultades económicas y financieras crecientes del Japón, China no puede vencer en poco tiempo. Por eso debemos prepararnos a sostener una guerra larga y difícil, sin esperar un triunfo rápido.

En adelante, nuestra política deberá consistir:

- 1.º En organizar una enérgica resistencia armada.
- 2.º En consolidar el frente único nacional antijaponés.
- 3.º En sostener una guerra larga y difícil.

*Pregunta:* ¿Se cumplen en China las condiciones que permiten reducir la duración de la guerra?

*Respuesta:* Para abreviar la guerra, hay que consolidar y ampliar más aún el frente único nacional antijaponés; ésta es la condición principal. La realización del frente único nos permitirá desarrollar nuestra acción en todos los terrenos con mayor fuerza todavía y, cuanto más grande sean los progresos que se registren en nuestro trabajo, más rápido será el fin de la guerra. Además, el pueblo japonés ha de solidarizarse más todavía con los pueblos de China.

Por el momento, esta solidaridad se manifiesta en diferentes formas. Por ejemplo, hay soldados del ejército japonés que se niegan a combatir. Hay casos de suicidio como protesta contra la guerra contra China; otros soldados japoneses se pasan al campo del ejército chino, y se difunden proclamas antijaponesas. En el pueblo japonés, aumenta la hostilidad contra la guerra. Cuanto más evidentes son las manifestaciones del pueblo japonés y del ejército japonés en favor de China, más se reduce la duración de la guerra. Además, la ayuda internacional es indispensable a China. Necesitamos la ayuda de los pueblos y de los gobiernos de todos los países, de la juventud y de los estudiantes del mundo entero. Cuanto más rápida y generosa sea



esta ayuda, más próximo estará el final de la guerra. Estas tres condiciones están estrechamente ligadas unas a otras. Cuanto más rápidos sean los progresos realizados en China, cuanto más completa sea la unión en el interior del país, más se desarrollará la solidaridad del pueblo japonés y más rápidamente recibirá China la ayuda internacional. Todo esto contribuirá al desarrollo de las fuerzas antijaponesas en China. Asestando golpes al imperialismo japonés por medio de su resistencia armada, China ayuda al pueblo japonés en la lucha por su emancipación y a los pueblos de todo el mundo en su lucha contra el enemigo común, el agresor fascista. La misión del Partido Comunista, de todos los partidos antifascistas y de todo el pueblo chino, así como la de todos los partidos avanzados del pueblo japonés y de los pueblos de otros países, consiste en contribuir a que se cumplan esas tres condiciones indispensables para acortar la guerra.

*Pregunta:* ¿Cuál será la tarea principal del Partido Comunista chino después de la victoria en esta guerra de defensa?

*Respuesta:* Una vez terminada con la victoria la guerra de defensa, la principal tarea del Partido Comunista consistirá en establecer una República libre, independiente y democrática. En China, se creará un gobierno único, democrático, y un Parlamento único, que representarán la voluntad de todo el pueblo, más una Constitución unitaria al servicio de los intereses del pueblo. Serán reconocidos iguales derechos a todas las naciones que pueblan China y sobre este principio se realizará la alianza de todos los pueblos de China. La industria, la agricultura y el comercio se desarrollarán rápidamente. El pueblo y el Estado realizarán conjuntamente el resurgimiento económico; se pondrá en vigor la jornada de ocho horas; los campesinos recibirán tierras; se establecerá un impuesto progresivo y se concertarán tratados de paz y de comercio y pactos de mútua ayuda con los países extranjeros. Se garantizará al pueblo la libertad de palabra, de reunión, de organización y de religión; todo ciudadano podrá desarrollar sus facultades; se elevará el nivel cultural del pueblo; se desarrollarán las ciencias y se acabará con el analfabetismo. Se establecerán relaciones fraternales entre el ejército y el pueblo. Un Estado y un gobierno semejantes no son todavía socialistas, no son todavía soviéticos. China será un Estado absolutamente democrático, dominado por el principio de la propiedad privada. Será un Estado que significará la liberación de la población de una situación semifeudal y semicolonial. Tal es el Estado que necesitamos. El Partido Comunista quiere luchar, con todos los partidos y con el pueblo entero, por la creación de un Estado que refleje las aspiraciones y las reivindicaciones de todos los pueblos de China; de un Estado por el que también combatió Sun Yat-Sen. La creación de tal Estado ha comenzado ya con la evolución de la guerra de defensa. Es indudable que cierto número de medidas importantes sólo se tomarán cuando haya terminado vic-



toriosamente la guerra de defensa; por ejemplo, la del resurgimiento económico, etc. Pero las condiciones adecuadas a la edificación de ese Estado deben crearse durante la guerra de defensa. La principal condición es la expulsión de los imperialistas japoneses, misión que no incumbe solamente al Partido Comunista, al Kuomintang y a los demás partidos antijaponeses, sino que es la misión histórica de todo el pueblo chino.

*Pregunta:* ¿Cuál será la principal misión de la juventud china y de los estudiantes del país durante la guerra de defensa? ¿Cuál será la principal misión de la juventud y de los estudiantes de todo el mundo en el movimiento de ayuda a China?

*Respuesta:* La juventud tiene dos misiones: la primera es de orden general. Consiste en continuar enérgicamente la resistencia armada, en reforzar el frente único nacional antijaponés y en sostener una guerra larga y difícil para expulsar a los imperialistas japoneses e instaurar una República libre, independiente y democrática. En estas tareas, no hay diferencia entre la juventud y la totalidad del pueblo. La segunda misión de la juventud consiste en luchar por sus intereses específicos, por la reforma de la enseñanza, por el mejoramiento de la instrucción, por el derecho a participar en el movimiento de defensa de la patria, por la creación de una organización de estudiantes para la defensa de la patria y de otras organizaciones de la juventud, por conseguir que los jóvenes mayores de 18 años sean electores y elegibles, por la enseñanza gratuita a los estudiantes pobres, etcétera.

Por lo que se refiere a la principal misión de la juventud mundial en el movimiento de ayuda a China durante la guerra de defensa, creo que la mayoría de los jóvenes y de los estudiantes, con el apoyo de la Asociación Internacional de estudiantes, deberá sobre todo darse cuenta de la necesidad de ayudar a China sosteniendo una lucha común contra el Japón. Deberá comprender que sus intereses son estrechamente solidarios de la obra de ayuda a China en la lucha contra el Japón y de una paz indivisa. Los agresores fascistas son los enemigos de la paz mundial. Los estudiantes deben contribuir a hacer comprender a los pueblos de todos los países la necesidad de ayudar a China en su lucha contra el imperialismo japonés. Las medidas de ayuda efectiva pueden consistir en una propaganda hablada y escrita, en llamamientos a los pueblos y a los gobiernos, para que apoyen materialmente a China, para que boicoteen las mercancías japonesas y para que dificulten la venta de mercancías al Japón; las medidas de ayuda pueden llegar hasta la organización de brigadas internacionales antijaponesas de voluntarios, y hasta la instrucción de tales brigadas para que puedan participar en la guerra de defensa de China. En vuestra calidad de delegados de una gran organización internacional de estudiantes, habéis venido a visitar China y nos habéis testimoniado una gran solidaridad. Todos los pue-



blos de China os lo agradecen. Tengo el honor de transmitir el saludo del Partido Comunista y de los pueblos de China.

Espero que a vuestro regreso, daréis cuenta a los estudiantes y a los pueblos de todo el mundo de la gran guerra de defensa que China sostiene contra el Japón. ¡En estrecha alianza con vosotros, lucharemos por una China libre e independiente, por la paz y la felicidad del mundo entero!



MINISTERIO  
DE CULTURA



# La guerra de agresión contra China y la actitud del pueblo japonés

por

OKANO

## SITUACION ECONOMICA Y POLITICA DEL JAPON

Apenas transcurrido un año desde el comienzo de la agresión de rapiña en China, han tenido que afrontar los militares fascistas serias dificultades económicas. La estadística de la Oficina Americana del Comercio interior y exterior demuestra que, durante los cinco primeros meses del año, la importación en el Japón de materias primas indispensables para la continuación de la guerra, ha descendido del 25 al 80 por 100 (productos de hierro, acero, cobre — aviones, automóviles — residuos de hierro, de cobre, gasolina, etc., con la única excepción del petróleo). Es decir, que la situación económica obliga a los imperialistas japoneses a frenar la importación de productos necesarios para la guerra, en el preciso momento en que el país tiene más necesidades de ellos.

Una de las principales causas de esta reducción es la falta de oro. Según las últimas noticias, el gobierno ha decidido extraer — de una reserva de 800 millones de yens en metales preciosos — 300 millones de yens y enviarlos a los Estados Unidos. Esto significa que el gobierno se ve obligado a mermar la última reserva de oro. Este envío, por una parte, y la producción de oro, por otra, que alcanzará este año unos 250 millones de yens, equilibran la balanza comercial negativa, para el año actual y para los primeros meses del próximo. Pero, entonces, el gobierno se verá obligado a recurrir a la última reserva de oro, lo que quebrantará fatalmente todo el sistema financiero japonés.

Otra causa de la disminución de las compras de materias primas indispensables para la guerra, es que el rendimiento de la industria pesada japonesa está muy lejos de bastar a la necesidad de municiones; necesidad que aumenta sin cesar a causa de la extensión cada vez mayor de los frentes de China.

Gracias a la reorganización provocada artificialmente y realizada bajo el



apremio de la industria japonesa, el Japón ha desarrollado su industria pesada a expensas de la industria ligera, de modo que la industria pesada, que en 1931 no producía más que un 17 por ciento, ha aumentado su rendimiento hasta alcanzar, en 1936, el 32 por ciento de la producción industrial del país. Sin embargo, en 1937, la industria pesada japonesa no pudo satisfacer más que un 34 por ciento de los pedidos del Gobierno (2.500 millones de yens); en una palabra, su rendimiento no satisface más que un tercio de las exigencias militares.

Por último, un hecho importante es la regresión que sufre la importación de algodón barato en el Japón; regresión que ha sido del 32 por 100 durante los cinco primeros meses del año actual en comparación con el mismo período del año pasado. Por consiguiente, de aquí en adelante, el Japón tendrá que limitar su exportación de productos de algodón. Como consecuencia de la disminución de la producción, por una parte, de los elevados gastos y del movimiento de boicot, por otra parte, el Japón perderá los mercados exteriores de sus productos de algodón. «En el mes de marzo del año anterior, el precio de venta (de productos de algodón) era de unos 8 pesos, vendiéndose sólo productos japoneses. En el mes de marzo del presente año, nuestro precio era de 7,40, mientras que el precio americano era de 6,80. En el momento actual, los productos japoneses no se venden.» (Del informe de la Cámara de Comercio Japonesa en Manila, Filipinas).

En medio de todas estas dificultades, el primer ministro Konoye procedió, en junio de este año, a un importante reajuste del Gobierno. En los círculos militares fascistas, escogió al general Itagaki para el ministerio de la Guerra y al general Araki para el ministerio de Educación nacional; en el grupo llamado del «statutos quo» — los moderados — escogió al general Ugaki, para Negocios Extranjeros y Colonias; y en el mismo grupo, al antiguo director del trust Mitsui, Ikeda, para los ministerios de Finanzas, Comercio e Industria. Fué mucho más que un cambio de ministros. Esta operación era la consecuencia de un reagrupamiento en los círculos dirigentes y expresaba el reforzamiento de la solidaridad entre los militares fascistas, el capital financiero y la corte.

Poco tiempo después, tuvo que dimitir Ugaki, ministro de Negocios Extranjeros, acontecimiento que indica que los rozamientos en los medios dirigentes no han cesado y, al mismo tiempo, que los militares fascistas hacen esfuerzos para apoderarse de todo el aparato gubernamental, interesándose especialmente por el ministerio de Negocios Extranjeros, último bastión del grupo del «statu quo», para dominar en absoluto tanto la política exterior como interior.



## SITUACION DEL PUEBLO

En mayo del presente año, el gobierno impuso la «ley de movilización general», que autoriza al gobierno a apoderarse de todas las materias primas y mercancías que estime necesarias para la guerra, y a controlar, por medio de la policía o del ejército, toda la vida económica, desde los pedidos más importantes hasta los movimientos de los individuos. Apoyado en esta ley, el gobierno ha limitado las nuevas inversiones de capitales y los empréstitos para la industria que no produce para la guerra. Ha prohibido o limitado la importación de algodón, lana, caucho, trapos, madera y otras materias que no forman parte de las «materias movilizables». También ha prohibido o limitado la producción y la venta de tejidos de algodón para el mercado interior, así como el uso del petróleo, del carbón, del hierro, del acero para usos no militares.

Los resultados han sido catastróficos para el pueblo, aplastado ya por las pesadísimas cargas fiscales, el aumento de los precios, las suscripciones forzosas al presupuesto de la guerra y el trabajo obligatorio. Las fábricas de hilados de algodón se han visto obligadas a disminuir su producción en un 50 por ciento; en las fábricas de seda artificial, la baja ha sido del 70 por ciento. Las grandes sociedades han podido pensar en su reorganización para la fabricación de productos químicos o asegurarse beneficios, gracias a la exportación; pero las medianas y pequeñas empresas están condenadas a la quiebra. Los comerciantes, que no tienen nada que vender, han recurrido a los negocios ilícitos. El mismo fenómeno se produce en las industrias que fabrican artículos de caucho, juguetes y algunas otras mercancías y, por último, en la construcción, los transportes por carretera, etcétera. Hasta los pequeños productores de municiones se encuentran entre las víctimas de este régimen, porque sufren la carencia de materias primas y elevadísimos precios de producción. Numerosas empresas han cerrado sus puertas. No sólo las masas obreras sufren las consecuencias de la economía de guerra, sino también amplias capas de la clase media y de la pequeña burguesía. El número de personas que trabajan en la industria de guerra, es de unos 4.680.000; el comercio ocupa 3.255.000 personas, el 80-90 por ciento de ellas en las empresas medianas y pequeñas. (Estas cifras están tomadas de la estadística de 1930 y comprende patronos, empleados y obreros.) La guerra y la política del gran capital monopolizador han dado un durísimo golpe a una gran parte de la pequeña burguesía y a los obreros.

Para asegurar la plena eficacia de sus medidas, el gobierno ha instituído en el mes de agosto una «policía económica» para todo el país. La misión de esta policía consiste en denunciar a todas las empresas de venta,



sean al detall o al por mayor. Sólo la primera quincena del mes de agosto, fueron detenidos 10.181 comerciantes y productores. (La mitad de los inculcados son comerciantes de tejidos de algodón.) Continúan las detenciones en masa de los «elementos antipatrióticos». Menudean los suicidios. Los pequeños productores y todos los comerciantes son presa del pánico.

En cuanto a la situación de los obreros, ha empeorado desde que comenzó la guerra. Los precios al detall de las mercancías han aumentado el 31,7, mientras que el salario medio del obrero no ha subido más que el 6,1. El Gobierno ha tasado las mercancías más corrientes; pero, en realidad, a causa de la insuficiencia de los stocks, se venden tres o cuatro veces más caras que el precio oficial. La mayoría de los obreros no come más que arroz y un guiso de soja; van vestidos con harapos, calzados con sandalias de madera y con los pies desnudos.

Los obreros que no trabajaban en las industrias de guerra son los que han sufrido más. Los salarios de estos 4.000.000 de obreros han bajado. Les amenaza el paro forzoso. Según los prudentísimos cálculos del Gobierno, más de medio millón de empleados y 800.000 obreros han perdido su colocación. Si a esto agregamos el paro forzoso existente antes, llegamos a los 18 millones de parados totales o parciales. El paro forzoso se ha desarrollado de un modo especialmente rápido en los grandes centros industriales: Tokio, Nagoya, Osaka, Fukuoka, etc. Sólo tiene trabajo el 50-70 por 100 de los obreros. Y los patronos, no sólo se niegan a dar «los ocho días» a los despedidos, sino que además les descuentan sus deudas, práctica en vigor sobre todo con los jóvenes obreros de las fábricas textiles. En el Japón, no hay fondo de paro forzoso. Perder la colocación equivale, por lo tanto, a estar condenado a morir de hambre.

No pudiendo el Gobierno ignorar por más tiempo que la situación había llegado a ser gravísima, ha creado a principios del mes de julio, armando un gran alboroto, una Comisión encargada de «encontrar» remedio al paro forzoso. En agosto, publicó esta Comisión un plan que comprende doce puntos y puede resumirse fácilmente en este consejo dirigido a los parados: «procurad buscar trabajo en el sector de la industria en que todavía se trabaja, o volved al campo». La industria de armamentos replicó: «Sólo necesitamos obreros especializados.» Y los delegados agrícolas de la Comisión declararon, indignados: «La afluencia de obreros industriales a los distritos agrícolas conduciría sólo a agravar todavía más la situación.» Por consiguiente, se negó todo auxilio a los parados. Aunque algunos encuentran trabajo en la industria de guerra, y otros, muy contados, pueden volver a las aldeas de donde proceden, la mayoría de ellos continúan en las ciudades, buscando desesperadamente una colocación y constituyendo un gigantesco ejército de reserva. En muchos sitios, ha habido colisiones entre los parados y la policía.



A diferencia de la industria ligera, durante estos últimos años, la industria pesada ha admitido obreros y, en parte, concedido aumentos de salarios. Sin embargo, también en esta industria se han creado dos categorías de obreros. De una parte, el grupito de los obreros calificados que cobran jornales elevados — la suerte de este grupo está vinculado a la guerra —; de otra parte, los obreros no calificados, que cobran salarios de hambre y se ven constantemente amenazados por el paro forzoso. Además, desde el punto de vista de las condiciones de trabajo, existen grandes diferencias entre las grandes y las pequeñas empresas de la industria de guerra. Los militaristas y la burguesía explotan las diferencias para introducir la discordia en las filas del proletariado y cultivar el chovinismo de la aristocracia obrera. De este modo, aquellos círculos han logrado ligar a su servicio a los jefes reaccionarios del «Shakaitaishato» (Partido socialdemócrata), el cual se apoya principalmente en los grupos de obreros acomodados, empleados en la industria de las municiones.

Sin embargo, hay una serie de circunstancias que sufren por igual todos los que trabajan en la industria de los armamentos: la duración de la jornada de trabajo, el ritmo inaudito del trabajo y el debilitamiento progresivo a que da lugar. La jornada mínima de trabajo en las fábricas de municiones es de doce horas. La jornada de catorce y quince horas es cosa corriente. Estas empresas están controladas por el ejército, y los guardias armados imponen una disciplina militar. El discurso de un obrero nos pinta un cuadro vivo de lo que son tales empresas. Escuchémosle:

«El trabajo comienza a las 7 y 20 de la mañana. Normalmente, la jornada de trabajo debería terminar a las 5 de la tarde. Pero nos quedamos a trabajar horas extraordinarias toda la noche, hasta el día siguiente. Después de la comida que nos traen de casa, volvemos a emprender el trabajo, y otra vez trabajamos hasta las cinco de la tarde. Esto significa 36 horas de trabajo ininterrumpido. Pero, si nos negásemos a ejecutar este trabajo, no ganaríamos lo necesario para vivir. Sabemos muy bien que, a este paso, arriesgamos nuestra salud; pero no podemos negarnos a trabajar horas extraordinarias. Algunos de nosotros hacen este trabajo tres veces por semana. Como es lógico, se agotan pronto. Y, para nosotros, el agotamiento físico no significa la enfermedad, sino la muerte.» (De la discusión recogida por el Instituto Kyocho kai, semi-oficial.)

Esto lo dice un obrero calificado. La situación de los obreros no calificados es todavía peor. Un médico escribía en un artículo: «...Muchachos de 17 a 18 años, recién llegados del campo, son admitidos como obreros no calificados. En un plazo de tres a seis meses, la mayoría de ellos han caído enfermos de pulmonía o de tuberculosis... Cierta número de fábricas se han visto obligadas a suspender el trabajo nocturno, porque todos los obre-



ros, uno tras otro, estaban atacados de tuberculosis o de pulmonía...» (Kaizo, agosto 1938.)

El número de accidentes en las fábricas aumenta de manera aterradora. Según el informe del municipio de Tokio, el número de obreros heridos o muertos a causa de accidentes sobrevenidos durante el trabajo se ha elevado, en la prefectura de Tokio, de 697 en noviembre de 1936, a 1.333 en noviembre de 1937. El mismo informe dice que, sólo en los siete primeros meses de 1938, se han registrado ya 68 accidentes mortales, mientras que el número de todo el año 1937 fué de 84.

Prácticamente, el salario algo más elevado de los obreros especializados tiene poco valor. La escasez de mercancías de consumo corriente y los precios extraordinariamente elevados no les permiten comprar lo que necesitan. Por otra parte, en el momento actual, el gobierno y los patronos procuran arrancar por vía de apremio a los obreros todo lo que les ha producido el trabajo extraordinario, para invertir esta suma en el presupuesto de guerra. Antes de agosto de este año, en 1.200 empresas de la prefectura de Tokio, se realizó un descuento del 5 por 100 sobre los salarios, a título de «retención de economía». Recientemente, el gobierno fué todavía más lejos. El periódico «Osaka Mainichi» del 3 de septiembre informa que el gobierno tiene el propósito de decretar una baja de 40 a 50 por 100 sobre las ganancias de los obreros especializados. De este modo, quedará destruído todo privilegio de estos obreros. Además, escudándose en la ley de movilización, ha decidido instituir el servicio de trabajo obligatorio. Según esta nueva ley, todos los obreros que hayan cumplido los 16 años serán empadronados, quedando sometidos al riguroso control de las autoridades militares. El trabajo y el salario estarán «reglamentados» por estas autoridades. De este modo, los militares arrancan a los obreros lo poco que les queda de libertad individual. No tiene pues nada de extraño que se extienda el descontento y que durante estos últimos meses se aquieten y desaparezcan las oleadas de chovinismo. Se observa un recrudecimiento de las luchas y de las huelgas entre los obreros que trabajan en la industria de las municiones.

El campo proporciona la mitad de los soldados japoneses y produce la casi totalidad de los artículos alimenticios destinados al frente. Cuando la miseria y el hambre reinen en la aldea, esto repercutirá inmediatamente en el estómago y en la moral del soldado.

La guerra arruina a los campesinos. En primer lugar, hay escasez de mano de obra agrícola. Los expertos extranjeros calculan el número de movilizados en millón y medio aproximadamente. Si este cálculo es exacto, la agricultura ha perdido 750.000 hombres. «En muchas aldeas, dice el informe de la Cooperativa Central, de cada dos cabezas de familia, uno ha



sido movilizado. No es extraordinario ver que en el campo hacen todos los trabajos los viejos y las mujeres.» (Tokio, «Asahi», 19 junio.)

Para salir de esta situación, habría que movilizar gran número de caballos y de máquinas agrícolas, y emplear más abonos artificiales. Pero hay una gran escasez de caballos y son numerosas las aldeas en que el 40 por 100 de los caballos han sido requisados para el ejército. El empleo de máquinas es imposible a los campesinos, que generalmente son pobres. Aunque fuesen más ricos, los campesinos no podrían comprarlas, por ser muy escasa la producción de maquinaria agrícola, ya que la agricultura no forma parte de la industria de armamentos. Además, tampoco pueden los campesinos adquirir suficientes abonos artificiales — que, sin embargo, tienen una importancia vital en la agricultura japonesa —, porque los precios de estos productos han aumentado el 15 por 100 desde el año pasado. Los campesinos están, además, cogidos en una especie de tenaza, puesto que los precios de los productos industriales han aumentado de 10 a 33 puntos, mientras que el precio de los productos agrícolas no ha aumentado más que 4 puntos. Circunstancia agravante: el movimiento de boicot contra las mercancías japonesas y la crisis económica en los Estados Unidos han determinado una sensible regresión en la exportación de la seda. La burguesía hace esfuerzos por cargar sobre los productores el déficit que resulta de la pérdida de los mercados. A esto, hay que agregar que ya eran los impuestos gravosísimos para los campesinos y en la última sesión del Parlamento se han aumentado. Todo esto, en el preciso momento en que millares de muchachas, que habían trabajado en las fábricas textiles y perdido su colocación, vuelven de las ciudades al campo, llevando a la aldea sus deudas y la tuberculosis, siendo una carga más para sus familiares, alcanzados por la crisis... Esto es lo que la guerra ha traído a los campesinos. La miseria y la ruina no se detienen en los campesinos pobres; toda la población rural es víctima de ellas, con excepción de los grandes propietarios. Se ha podido observar en los últimos tiempos un rápido aumento de las quiebras entre los campesinos medianos y pequeños.

El gobierno ha anunciado, con el alboroto de rigor en este género de empresas, «una acción de socorro» a la aldea. Se ha recomendado una panacea: la organización de oficio del «trabajo en común», es decir, los trabajos del campo hechos en común, la reunión en común de las herramientas agrícolas, el cultivo colectivo del gusano de seda. También, bajo la coacción de las «secciones de servicio de trabajo», se han organizado Rodo-Hoshi-han para obligar a las familias de los soldados del frente a trabajar sin restricción, como obreros agrícolas. Estas medidas no sólo han quedado incumplidas, sino que han provocado gran descontento y oposición entre los campesinos. Bajo la acción de estas medidas, la psicología campesina ha experimentado algunas modificaciones. Los campesinos van



aprendiendo a celebrar reuniones, a discutir los problemas del momento, a organizar el trabajo cooperativo y, por último, a unir sus energías por la causa común. Se sabe que, en más de una ocasión, el famoso «trabajo en común» ha terminado en la formación de comités de campesinos para luchar por sus reivindicaciones económicas.

La desastrosa influencia de la guerra se hace sentir también en otros sectores de la agricultura: las cosechas de arroz, de cereales, de seda natural experimentan un retroceso. Según los cálculos del «Osaka Mainichi», la cosecha de arroz sufrirá este año una baja de 6 por 100 en relación con el año último<sup>1</sup>. En cuanto a los demás productos agrícolas importantes, el gobierno ha tenido que reconocer que la cosecha de cereales ha sufrido una baja del 14,7 por 100 (la baja de 1937 era de 4,9 por 100) y que la producción de seda artificial ha bajado el 10,2 por 100 desde el punto de vista del volumen, y el 29,7 por 100 desde el punto de vista de la calidad. Este es un terrible golpe que alcanzará, no sólo a los campesinos, sino también a los militaristas: la deficiente cosecha compromete sin duda ninguna el avituallamiento del ejército, mantenido hasta aquí difícilmente, gracias a las importaciones procedentes de Corea y de Formosa.

La guerra ha impulsado a la mayoría de la población campesina a sustraerse a la influencia de los militaristas, que habían contado con encontrar en los campesinos un sólido apoyo.

Los empleados, los intelectuales, los estudiantes, etc., no son una excepción: también para ellos ha bajado el nivel de vida. Una prudente apreciación del gobierno prueba que, en el momento actual, hay medio millón de empleados en paro forzoso. La universidad comunica que, durante el último año escolar, 557 estudiantes sobre 6.000 no han podido siquiera pagarse los derechos universitarios y que sólo cuarenta estudiantes, de entre los que han terminado sus estudios, han encontrado una colocación. (Kyōto University Shimbun, 5 nov. 1937.) Sin embargo, este año la situación ha empeorado, salvo para los estudiantes de las escuelas superiores técnicas. Los sueldos de los empleados (salvo en las fábricas de municiones) y de los funcionarios, continúan igual, mientras que los precios de las mercancías han aumentado extraordinariamente. La «política económica» de Ikeda, la «movilización espiritual» de Araki, y las severas medidas de represión de Suetsugu han maltratado considerablemente a los intelectuales, cuya vida cultural han destrozado. Es antipatriótico llevar trajes de algodón y calzados de cuero, y no hablemos de la ropa de lana. No se deben cantar más que himnos patrióticos; la producción de gramófonos y de discos está

<sup>1</sup> El periódico pretendía explicar este fenómeno por las plagas del campo. En realidad, la causa está, en primer término, en la escasez de mano de obra y en la penuria de abonos químicos.



completamente prohibida. La celebración de Nochebuena, el baile, la permanente, están prohibidos, porque son de origen extranjero. La policía detuvo a 125 estudiantes de la Universidad de Waseda, porque un día de clase entraron en un café a tomar un té. En los días libres, los estudiantes tienen que hacer su «servicio de trabajo». Se han prohibido las organizaciones estudiantiles y toda actividad social de los estudiantes. La ciudad universitaria imperial de Tokio ha sido disuelta. Los periódicos burgueses que se arriesgan a manifestar el menor asomo de liberalismo o de pacifismo, o que dan noticias de la situación real en el frente, son suprimidos. A comienzos del año, Suetsugu comenzó a efectuar detenciones en todo el país y fueron encarcelados 20 eminentes intelectuales antimilitaristas y profesores. Pero, a pesar de la campaña chovinista, a pesar de las persecuciones, existe en los medios intelectuales una gran corriente antifascista, una gran oposición contra la guerra.

### HUNDIMIENTO DE LA SOCIALDEMOCRACIA

En estas condiciones, es muy natural que el descontento y una fuerte corriente de oposición contra la guerra hayan invadido a la mayoría del pueblo japonés y de la misma burguesía, en la medida en que ésta sufre la política de los militaristas y del capital monopolizador. Para ser dueños de la situación, los militaristas han movilizado todos los medios de propaganda chovinista, al mismo tiempo que intentan corromper a los jefes socialdemócratas. Nada hay tan vergonzoso en la historia del movimiento japonés como la actitud de los jefes pro-militaristas del Shakai-taishu-to<sup>1</sup>, representado por Aso, secretario general, Kamei y compañía. Al estallar la guerra, ofrecieron espontáneamente sus servicios a los militares. Los jefes socialdemócratas y otros, como Abe, siguieron sin resistencia el ejemplo de Aso. En la conferencia de todos los partidos representados en el Parlamento, conferencia celebrada inmediatamente después del incidente del Puente de Marco-Polo, Abe proclamó, haciendo coro a los partidos burgueses, la «colaboración activa de su partido en la obra de unión nacional y prometió al gobierno el completo apoyo de su partido. La oposición de estas gentes, frente a la guerra de bandidaje en China, se halla interpretada en la resolución del Comité central votada en el Congreso del partido, en noviembre de 1937. En esta resolución, se dice:

<sup>1</sup> «Partido Social de las masas», que se apoya en las organizaciones sindicales, en las organizaciones campesinas y en las adhesiones individuales. Bajo su influencia, se hallan unos 340.000 obreros y campesinos. En las últimas elecciones al Parlamento, celebradas en abril de 1937, obtuvo este partido 1.012.000 votos y 38 actas. En este partido están reunidos muchos grupos y movimientos de menor importancia. Su órgano central está en manos de los jefes reaccionarios pequeño-burgueses.



«El objetivo de la guerra en China es aplastar a las fuerzas antijaponesas. Estas fuerzas no son más que marionetas en manos de los que quieren bolchevizar y colonizar a China. Nuestra misión consiste en *estabilizar* China y *defender* la nación japonesa. La guerra del Japón, que quiere contribuir al desarrollo de la *civilización* humana, es una *guerra santa*. El Japón quiere construir en China un Estado nacional, autónomo, sobre bases históricas, en el respeto de las particularidades características de Asia. El Japón quiere crear un nuevo sistema de *paz*, que tendrá su eje en los tres países: *Japón, Manchuria y China*» (subrayado por el autor).

La corrupción de estas gentes progresó. Organizaron pequeñas conferencias bajo la protección de los gendarmes y de los oficiales, en Tokio, Osaka y otras ciudades. Al dar cuenta de una de esas conferencias en Osaka, dice el órgano del partido: «...cambiamos nuestros puntos de vista. De una parte y de otra, se manifestó la satisfacción por el resultado obtenido. De acuerdo sobre la importancia de tales conferencias, se resolvió organizar otras más adelante...» (Shakai-taishu-simbun, 30 de enero de 1938). Se organizaron colectas para la adquisición de material de guerra. Se enviaron al frente delegados del partido para que animaran a los obreros y campesinos japoneses a combatir a sus hermanos chinos. De vuelta al Japón, dichos delegados hicieron excursiones de propaganda en favor de la guerra.

De este modo, se han convertido los jefes reaccionarios del Shakai-to, y especialmente Aso y su pandilla, en agentes descarados de los militares y de los fascistas.

### ENFRIAMIENTO DEL ENTUSIASMO GUERRERO

A despecho de la propaganda chovinista febrilmente sostenida, a pesar de la traición de los líderes socialdemócratas, a pesar del terror sangriento de la policía militar, el pueblo japonés ha demostrado desde el primer momento su escaso entusiasmo por la guerra. El pueblo sueña con el fin de la guerra, e imagina, no sin miedo, cuáles van a ser las consecuencias. Le explican que el actual «incidente» no es más que el prólogo de una guerra mucho mayor contra la Unión Soviética, contra Inglaterra o contra otras potencias. El ministro adjunto de Comercio e Industria, en su discurso en la conferencia de la Policía, habló de la necesidad de defenderse contra una tercera potencia, o contra terceras potencias. (Agosto de 1938.) Poco antes, el ministro de Finanzas había declarado abiertamente: «Debemos prepararnos para la guerra contra la Unión Soviética.» En junio de este año, Itagaki declaró que el Japón estaba dispuesto a sostener una guerra de 20 ó 30 años. El pueblo manifestó su descontento. ¿Qué será del país, qué suerte correrá la nación, si el actual estado de cosas se prolonga du-



rante uno, dos o tres años solamente — para no pensar en una guerra de 10, 20 ó 30 años? ¿Qué se hará de la industria de guerra, desmesuradamente aumentada? ¿Cuál será la suerte de los obreros que trabajan en ella y la suerte de los soldados desmovilizados, en el caso de que el Japón salga victorioso? ¿Podrá el Japón vencer por medio de las bayonetas, someter por las armas a un país de 400 millones de habitantes, a un pueblo notoriamente antijaponés? Ni los militares ni los hombres de Estado han contestado a estas preguntas. (Estas preguntas no las he hecho yo: Las hemos leído en diferentes publicaciones. *El autor.*)

Como ha declarado Itagaki, el pueblo japonés está cansado y agotado, porque para las masas, la guerra dura ya desde hace siete años, desde el «incidente» de Manchuria. La reivindicación de todo el pueblo japonés es: «¡No más guerra!» El pueblo manifestó concretamente su voluntad cuando los aventureros fascistas irrumpieron en el mes de julio en el territorio soviético y parecía inminente una nueva gran guerra con la Unión Soviética. Hay datos de que varias organizaciones y las gentes de la calle manifestaron entonces, directa o indirectamente, su aversión al peligro de una nueva guerra. El hecho es que todos los periódicos japoneses, excepto un pequeño órgano fascista, aconsejaron al gobierno apresurar la conclusión de la paz con la Unión Soviética. El corresponsal en Tokio de un periódico americano dijo que, de esta manera, el pueblo había organizado un «plebiscito» contra los militaristas y su provocación.

### EL DESPERTAR DEL ESPIRITU DE LUCHA SOCIAL Y EL RECRUDECIMIENTO DE LA CORRIENTE ANTIMILITARISTA

Conviene recordar y recalcar que la clase obrera japonesa había emprendido una gran ofensiva contra la clase dominante antes de la guerra de China. En las dos elecciones generales de 1936 y 1937, los fascistas sufrieron graves derrotas. En la industria se desencadenó una oleada de huelgas. El número de conflictos de trabajo, durante los seis primeros meses de 1937, es el mayor de toda la historia del movimiento obrero japonés. Se contaron entonces 1.455 huelgas y un total de 181.551 huelguistas. Comparado con el mismo período del año 1936, se había casi duplicado el número de huelgas y casi cuadruplicado el de los obreros en huelga. Pero el comienzo de la guerra en China del Norte detuvo bruscamente esta ola, lo mismo que en 1931 el «incidente» de Manchuria puso fin a los conflictos pendientes. La policía y la gendarmería, reforzadas por los líderes reaccionarios de Shakai-to y de los sindicatos, suprimieron las huelgas. El número de huelguistas disminuyó entonces y esta regresión duró



hasta diciembre. Pero la clase obrera restauraba sus fuerzas tanto y tan bien que, a comienzos de este año, volvió a aumentar el número de conflictos de trabajo, como lo demuestra el cuadro siguiente (se trata de un informe gubernamental, que está muy lejos de comprender todos los conflictos):

	Conflictos	Obreros detenidos
1937 marzo . . . . .	209	13.968
mayo . . . . .	280	35.170
junio . . . . .	160	9.052
julio . . . . .	129	5.563
agosto . . . . .	100	3.398
septiembre . . . . .	81	2.904
octubre . . . . .	59	1.600
noviembre . . . . .	46	937
diciembre . . . . .	44	1.021
1938 enero . . . . .	77	2.418
febrero . . . . .	64	3.170
marzo . . . . .	81	5.420

Inmediatamente después del incidente del Puente de Marco-Polo, estalló un vasto conflicto en el que participaron 5.300 obreros de la gran fábrica de aviones «Aichi-Tokai-Denki» en Nagoye, bajo la dirección de un sindicato local. Más tarde, las huelgas se limitaron en su mayoría a las pequeñas empresas que no trabajaban para la industria de guerra; estas huelgas fueron organizadas por reivindicaciones defensivas y no estaban dirigidas por los sindicatos. Sin embargo, este año han vuelto a multiplicarse las huelgas en las grandes empresas, alcanzando a la industria de guerra y presentando reivindicaciones positivas. Los sindicatos reformistas se han visto obligados a ponerse a tono. Así, 120 obreros de la fábrica de fundición «Tasujuchi» (Miye) decretaron en el mes de febrero una huelga «relámpago», reclamando aumento de salarios y obteniendo una satisfacción parcial. La policía local declaró en su comunicado que era «lamentabilísimo que en época tan crítica se haya podido declarar una huelga». En el mes de abril, 2.000 empleados de la Electrica Company de Tokio, dirigidos por el sindicato de empleados, reclamaron un aumento de salario, obteniendo un triunfo parcial. En el mismo mes, se produjo un conflicto en Kasado-Dock (Yemguchi), fábrica en la que trabajan 500 obreros; después de un mes y gracias a la intervención del sindicato «Zen-Hyí», la huelga terminó con el triunfo de los obreros. En el mes de mayo, se declararon en huelga 400 obreros de las fábricas textiles «Fuji» (Shizukoa) y reclamaron un aumento de salarios del 30 por 100; consiguieron la mitad de lo pedido. Esta fué la señal para otras huelgas en las



empresas más cercanas. Bajo esta presión, los patronos acordaron al mes siguiente, y todos al mismo tiempo, un aumento de los salarios. En el mes de junio, se produjo una oleada de huelgas en el distrito industrial de Kawasaki, cerca de Tokio. Los obreros de 25 grandes empresas reclamaron y consiguieron salarios más elevados.

Conviene poner aquí de relieve que, en las reuniones de los huelguistas, se habló más o menos francamente contra la guerra. La corriente de opinión contra la guerra no se ha limitado a los obreros que trabajan en las industrias neutras, sino que este movimiento se ha extendido hasta a los equipos que trabajan en la industria de armamentos en plena «prosperidad».

\*

El campo nos ofrece un cuadro análogo. Los conflictos, cuyo número bajó bruscamente en julio de 1937, vuelven a producirse desde noviembre, después de la cosecha de otoño, tan bruscamente como se habían apagado. La Oficina Social del ministerio del Interior comunica las cifras siguientes:

	<u>Número de conflictos</u>
1937 enero . . . . .	519
mayo . . . . .	402
junio . . . . .	232
julio . . . . .	96
agosto . . . . .	69
septiembre . . . . .	74
octubre . . . . .	76
noviembre . . . . .	405
diciembre . . . . .	263
1938 enero . . . . .	203

La mayoría de los conflictos fueron motivados por la lucha que sostienen los campesinos contra los elevadísimos precios de los arrendamientos y contra los propósitos de los grandes terratenientes de quitar la tierra a los campesinos. Conviene observar que muchos conflictos son consecuencia directa de la guerra. Surgen estos conflictos cuando hay que prorrogar el arrendamiento en ausencia del cabeza de familia, bajar la renta de la tierra para las familias de los soldados que están en el frente o demorar el pago de la renta. En estos conflictos, el campesino cuenta con las simpatías de la población rural y se dibuja una oposición contra la guerra. La guerra en China no es nada popular en los medios rurales. Son numerosas las negativas individuales a obedecer la orden de movilización. Suele darse



el caso de que la corriente antimilitarista se abra paso espontáneamente en las manifestaciones de masas y en las acciones contra las autoridades.

\*

Se producen a menudo enérgicas protestas de las familias de los soldados que se hallan en el frente. En agosto de 1937, centenares de campesinos detuvieron durante una hora un convoy de tropas cerca de Tokio, gritando: «¡Devolvednos nuestros hijos y nuestros maridos!» En una aldea del distrito de Togoku, los campesinos atacaron a la «Sociedad de defensa», maltratando a los funcionarios porque éstos distribuían el arroz en iguales cantidades entre las familias de los soldados ricos y pobres, en vez de dar preferencia a estos últimos. El problema se ha agravado más todavía este otoño, porque los compromisos de socorro impuestos a los patronos expiran y éstos se niegan a renovarlos.

La situación de las familias se refleja inmediatamente en la moral de los soldados. Las autoridades militares se ven obligadas a ocultar las noticias relacionadas con la miseria de las familias, estando prohibidas las conversaciones a este respecto. Pero las familias van aprendiendo a describir la situación real del país de modo que sus cartas burlan la censura. Por otra parte, al mismo tiempo, los soldados protestan ante los oficiales contra la severidad de la censura, habiendo logrado algunas concesiones.

Hace seis años, el Partido Comunista organizaba, en varias ciudades japonesas y en las empresas, reuniones en las que hablaban soldados desmovilizados «para dar a los demás sus impresiones acerca de la guerra». Estas reuniones se transformaban en concentraciones contra la guerra. Hoy, las autoridades militares tienen prohibida toda reunión de este género; se castiga con duras sanciones a los soldados que manifiestan lo que piensan acerca de la situación en los frentes. No obstante, el pueblo continúa organizando pequeñas recepciones para los soldados que vuelven al Japón y de este modo se va conociendo la verdadera situación. Gracias a estas reuniones se propagan las noticias referentes al frente, al ejército chino y, sobre todo, al 8.º Ejército revolucionario del pueblo. El efecto que estas noticias producen en el pueblo es indescriptible.

En general, puede decirse que el problema de las familias de los soldados encierra una de las mayores amenazas para el régimen militarista.

Al principio de la guerra, la burguesía media y pequeña, dando crédito a la propaganda chovinista, que les prometía una victoria rápida y grandes riquezas, sostenía a los militaristas. Pero se han dado cuenta pronto de que la guerra no les produce más que la bancarrota y la miseria. Las medidas adoptadas por el gobierno para limitar la exportación a los terri-



torios ocupados en la China del Norte y en la China Central, eran para los burgueses una ducha fría. También fué frenada la exportación a Manchuria, declarando el gobierno que esta exportación no producía al Japón una sola onza de oro. Estas medidas no tenían más remedio que provocar el descontento de las clases medias, hostiles a la política del capital monopolizador militarista y lo único que ahora desean es que llegue pronto la paz, aunque sea a costa de algunas concesiones a China y en la que el Japón pueda «salir airoso». Los representantes de estos círculos, como Saito, que pertenece al Minseito, y otros, han planteado valientemente la lucha con motivo de la última sesión del Parlamento contra la «ley de movilización general». En la lucha contra la guerra y los militares fascistas, esos hombres representan los intereses del pueblo.

## LOS SOLDADOS

En el frente y en el interior del país, va camino de desaparecer el entusiasmo por la guerra. Véase lo que dice la carta de un soldado, escrita en el mes de junio: «...entre el espíritu de la tropa en la guerra ruso-japonesa y el de la guerra actual, hay una diferencia enorme. Por ejemplo: cuando los visitantes intentan consolar a los soldados heridos manifestándoles su gratitud por los gloriosos servicios prestados a la patria, no provocan con sus frases ninguna alegría ni ningún orgullo, sino la ironía de los soldados. Estos no disimulan su contento por estar en el hospital, en vez de hallarse en el frente».

Son numerosísimos los casos en que «desaparecen» los jóvenes, para sustraerse a la orden de movilización: también son numerosas las deserciones en los cuarteles, antes de marchar para el frente. Muchos de esos jóvenes han sido hallados, detenidos y ejecutados y los miembros de sus familias han sido también encarcelados.

Multitud de relatos cuentan las deserciones en masa, las insubordinaciones de los soldados contra sus oficiales, los casos de confraternización en el frente. La misma lectura de las noticias y de los informes publicados en la prensa japonesa, puede darnos una idea del espíritu que anima a los soldados en el frente. Los actos de saqueo y de violencia de los soldados japoneses en Nankin demuestran la relajación de la disciplina en el ejército. Dos divisiones han sido repatriadas a causa de su «agotamiento». El general Matsui ha sido destituido, principalmente por no haber sabido mantener la disciplina en su ejército.

Cuantos han visitado el frente cuentan que los soldados evitan las conversaciones referentes a los combates. Lo que quieren, por el contrario, es tener noticias de su casa, de su pueblo, del estado de la cosecha. Ma-



nifiestan violentamente la indignación que les producen las ganancias conseguidas por los negociantes de la guerra y la intransigencia avara de los grandes terratenientes. Los soldados no saben ya por qué combaten; no creen en la victoria final; se preguntan llenos de ansiedad qué ocurrirá después de la movilización. El espíritu combativo, la moral de los soldados, son bastante bajos; los veteranos son los más desanimados. Muchos soldados se extravían durante la marcha hacia el frente o durante el combate, tanto para librarse de los riesgos de la lucha, como para sustraerse a un severo castigo. En el territorio del Norte de China ocupado por los japoneses, existen campamentos especiales destinados a recibir a estos soldados.

### CONCLUSION

Pero guardémonos de achacar una excesiva importancia a esta corriente de opinión contra la guerra. Las ilusiones del pueblo japonés acerca de la guerra no han desaparecido aún totalmente, porque se le oculta la verdad sobre la situación en el frente y sobre las dificultades económicas en el interior del país. El miedo a la derrota y a sus consecuencias es un elemento que actúa en favor de la propaganda militarista y de la idea de «luchar hasta la victoria definitiva», aunque el pueblo desea fervientemente la paz. No olvidemos que el descontento y la oposición en la guerra difieren, desde el punto de vista de su intensidad, según los medios de la población; recordemos que hasta hoy no se ha logrado movilizar a *todo el pueblo* en defensa de reivindicaciones concretas; pensemos que, de una manera general, la lucha que sostiene el pueblo se limita hoy al terreno económico y que el cuidado de organizar la lucha revolucionaria contra la guerra está casi exclusivamente limitada a los militantes heroicos del Partido Comunista.

No podemos prever para un próximo porvenir una serie de demostraciones revolucionarias contra la guerra como las que produjo el año 1931. Esto no quiere decir que las masas sean hoy más reaccionarias o más patriotas que hace seis años. Hay un rasgo que caracteriza perfectamente el estado de espíritu del pueblo en los momentos presentes. Cada día avanzan más en la lucha por la paz y contra los militaristas, no sólo una pequeña vanguardia revolucionaria, no sólo los obreros y campesinos, sino la masa del pueblo, incluso extensas capas de la burguesía. Si la situación en el frente sigue como hasta hoy durante algunos meses, provocará, rápida y fatalmente, una crisis política.

En estas condiciones, todos los esfuerzos de los comunistas japoneses



tienden a unir a todo el pueblo que sufre con la guerra, contra la pandilla de los fascistas militares y por la paz. En las fábricas, en las aldeas, en las escuelas, y en los cuarteles, en todas partes, procuran los comunistas conquistarse la adhesión del pueblo a sus reivindicaciones: paz inmediata y a toda costa. Sólo el final de la guerra en breve plazo, sólo la caída de los fascistas militares, pueden salvar a la nación japonesa de un terrible derumbamiento.



MINISTERIO  
DE CULTURA



## Documentos

# Sobre la organización de la propaganda del partido, en relación con la publicación del «Compendio de historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.»

## Resolución del Comité Central del P. C. de la U. R. S. S. (B.)

### I

La publicación del «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.» es el acontecimiento más importante en la vida ideológica del Partido bolchevique. Con la publicación del Compendio de Historia del P. C. (b) de la U. R. S. S., tiene el Partido una potente y nueva arma ideológica del bolchevismo, una enciclopedia de los conocimientos básicos del marxismo-leninismo. El «Compendio de Historia del Partido» es una historia científica del bolchevismo, en la que se explica y populariza la gigantesca experiencia del P. C., que no tiene igual en ningún partido del mundo.

El «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.» es el medio más seguro para resolver los problemas que afectan al bolchevismo y para pertrechar a los miembros del Partido con la teoría marxista-leninista, es decir, con el conocimiento de las leyes del desarrollo social y de la lucha política; es un medio para aumentar la vigilancia política de los bolcheviques con o sin carnet, un medio para fomentar la propaganda del marxismo-leninismo y elevarla a la altura teórica que le corresponde.

En la redacción del «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.» el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. ha partido de las premisas siguientes:



1.—Había que proporcionar al Partido un tratado uniforme, un tratado que contuviese la apreciación oficial de los problemas fundamentales de la historia del Partido Comunista y del marxismo-leninismo, aprobado por el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S.

Con la publicación del «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.» aprobado por el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. se pone término a la arbitrariedad y al caos producidos en la interpretación de la historia del Partido y al exceso de puntos de vista distintos y de interpretaciones arbitrarias de la teoría y de la historia del Partido, contenidos en una serie de tratados sobre la historia del Partido, publicados con anterioridad.

2.—Al redactar el «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.», el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. se impuso la tarea de liquidar la nociva separación creada durante los últimos años en el terreno de la propaganda entre el marxismo y el leninismo, separación que había dado lugar a que se comenzara a explicar el leninismo como doctrina autónoma, separada del marxismo, separada del materialismo dialéctico e histórico, separada de la historia del Partido, olvidando que el leninismo se ha formado y desarrollado sobre la base del marxismo, que el marxismo es la base del leninismo y que no es posible comprender el leninismo desconociendo esta base.

Al redactar el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. se propuso ofrecer un compendio de la historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S., en el que quedasen fundidas en un todo uniforme las partes artificialmente disgregadas de la doctrina marxista-leninista unificada, el materialismo dialéctico e histórico y el leninismo, así como el materialismo histórico, con relación a la política del Partido; un compendio que pusiese de relieve la uniformidad, la perfección y la lógica indestructible de la doctrina de Marx y Lenin, la unidad del marxismo-leninismo, y en el que quedase explicado todo lo nuevo que Lenin y sus discípulos han aportado a la teoría marxista, sobre la base de la popularización de la enseñanza de las nuevas experiencias de la lucha de clase del proletariado en la época del imperialismo y de la revolución proletaria.

3.—Por oposición a algunos tratados anteriores, que exponían la historia del P. C. de la U. R. S. S., sobre todo en relación con los personajes históricos y que tendían ante todo a educar a los cuadros con el ejemplo de las personalidades de relieve y de sus biografías, el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» expone la historia del Partido sobre la base del desarrollo de las ideas básicas del marxismo-leninismo y tiende en primer lugar a educar a los cuadros del Partido sobre la base de las *ideas* del marxismo-leninismo.



Al redactar el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b) de la U. R. S. S.» el C. C. del P. C. (b) de la U. R. S. S. partió del propósito de enseñar el marxismo-leninismo basándose en hechos históricos. El C. C. del P. C. (b) de la U. R. S. S. tuvo presente que esta exposición de la teoría marxista-leninista corresponde perfectamente a los intereses de la causa, y que las ideas fundamentales del marxismo-leninismo pueden explicarse mejor, más natural y comprensiblemente basándose en hechos históricos, ya que la historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S. es de por sí marxismo-leninismo puesto en acción, porque la justeza y vitalidad de la teoría marxista-leninista queda comprobada en la práctica con las experiencias de la lucha de clases del proletariado y porque la propia teoría marxista-leninista se ha desarrollado y enriquecido en estrecha relación con la práctica, sobre la base de la popularización de las experiencias prácticas de la lucha revolucionaria del proletariado.

4.—Al concebir el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b) de la U. R. S. S.» el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. se ha propuesto librar a la literatura marxista del bastardeamiento y de la vulgaridad en la interpretación de una serie de problemas de la teoría del marxismo-leninismo y de la historia del Partido.

Este bastardeamiento y esta vulgaridad se ponían de manifiesto, por ejemplo, en las opiniones divulgadas hasta hoy, opiniones evidentemente antimarxistas y hace tiempo condenadas por el Partido, respecto al papel de la personalidad en la historia; ciertos seudoteóricos y propagandistas explicaban la cuestión del papel desempeñado en la historia por la personalidad desde un punto de vista semi-socialrevolucionario.

Este tipo de bastardeamiento y vulgarización del marxismo-leninismo se traducía en la errónea interpretación del triunfo del socialismo en nuestro país.

También encontraban gran difusión las deformaciones de las ideas marxistas-leninistas sobre el carácter de la guerra en la época actual, la incomprensión de la diferencia entre guerras justas y guerras injustas, la idea equivocada de que los bolcheviques eran pacifistas a su manera. En la ciencia histórica, había las deformaciones y las vulgarizaciones antimarxistas, relacionadas hasta hace poco con la llamada «escuela de Pokrovski», que interpretaba los hechos de un modo falso, enfocándolos desde el punto de vista actual y no desde el punto de vista de las condiciones en que se desarrollan los acontecimientos históricos y falseando de este modo la verdadera historia.

El falseamiento de la verdadera historia, en contradicción con la esencia de la historia, los intentos de adornarla en vez de presentarla con arreglo a la verdad, hacían, por ejemplo, que la historia del Partido se expusiera en nuestra propaganda como un avance victorioso constante, sin



retrocesos temporales ni derrotas, lo que estaba, evidentemente, en pugna con la verdad e impedía la acertada educación de los cuadros.

Este cúmulo de vulgaridades antimarxistas, se manifestaba también en la divulgación de opiniones falsas acerca del Estado socialista como arma importantísima en manos de los obreros y campesinos para conseguir el triunfo del socialismo y para defender las conquistas socialistas de los trabajadores contra el mundo capitalista.

El «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» acaba con estas y otras vulgarizaciones y bastardeamientos del marxismo-leninismo y restablece los principios de éste.

Al concebir el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.», el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. se propuso demostrar de un modo claro la enorme importancia de la teoría marxista-leninista, que descubre científicamente las leyes del desarrollo social, teoría que enseña a aplicar estas leyes como enseñanza inicial para la acción revolucionaria del proletariado, teoría que, como toda ciencia, se desarrolla y perfecciona constantemente y no teme sustituir algunas máximas y conclusiones anticuadas por máximas y conclusiones nuevas, que corresponden a las nuevas condiciones históricas.

El C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. partió de la idea de que nuestros cuadros, al desconocer la teoría del marxismo-leninismo, al no dominar el bolchevismo y no haber vencido su propio atraso, no pueden dar un solo paso, porque la tarea de dirigir bien todas las ramas de la edificación socialista requiere que los prácticos conozcan a fondo las bases de la teoría marxista-leninista y que, para la solución de los problemas del trabajo práctico, se dejen guiar por la teoría.

Es un error admitir que sólo un pequeño núcleo de activistas puede dominar la teoría. El dominar la teoría marxista-leninista no es una cosa inaccesible. Hoy precisamente, bajo el Poder Soviético, con el triunfo del socialismo en la U. R. S. S., se han creado posibilidades ilimitadas para que nuestros cuadros dirigentes puedan dominar con éxito la teoría marxista-leninista, estudiar la historia del Partido y las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Para dominar la teoría del marxismo-leninismo, basta tener la voluntad, el tesón y la fuerza de carácter necesarios para conseguirlo. Si es posible llegar a dominar ciencias como la física, la química y la biología, no hay motivo para dudar de que también se puede llegar a dominar perfectamente la ciencia del marxismo-leninismo.

6.—Al concebir el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.», el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S. se propuso ayudar a los cuadros que desempeñan un trabajo teórico y de propaganda, a modificar y mejorar la calidad del mismo, a liquidar su atraso teórico, a



llenar las lagunas y los defectos de su educación ideológica y a elevar el trabajo de propaganda a la altura debida

Todos estos problemas, planteados por el C. C. del P. C. (b.) de la U. R. S. S., han sido resueltos en el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.».

## II

¿En qué consisten los defectos principales del trabajo de propaganda?  
¿En qué sentido debe modificarse el trabajo teórico y de propaganda del Partido?

1.—El defecto principal en la propaganda del Partido es la falta de la necesaria centralización en la dirección de la propaganda del Partido y la falta de organización de esta propaganda.

La desorganización en el terreno de la propaganda del Partido se manifiesta, en primer lugar, en el hecho de que la organización de Partido ha elegido la propaganda verbal en los círculos como forma principal de propaganda, olvidando que el sistema de propaganda en círculos correspondía, principalmente, al período ilegal del Partido, de acuerdo con las condiciones de trabajo del Partido en aquellos tiempos y que, bajo las condiciones del Poder Soviético, en que el Partido bolchevique tiene en sus manos un arma de propaganda tan poderosa como la prensa, existen condiciones y posibilidades completamente nuevas para dar un impulso gigantesco a la propaganda y centralizar la dirección de la misma.

En vez de utilizar estas posibilidades, las organizaciones del Partido siguen aferradas a las formas antiguas de propaganda, sin tener en cuenta que los círculos no pueden ser, en las actuales circunstancias, el principal método para la educación bolchevique de los cuadros en el marxismo-leninismo debe ser el método experimentado en la práctica por la anterior generación bolchevique, o sea el estudio autodidáctico de la historia y de la teoría del Partido. Y el Partido tiene que ayudar a los cuadros en este sentido, por medio de la prensa y de consultas centralizadas y altamente calificadas sobre las dudas que pueden presentarse en el estudio, por medio de conferencias, lecciones, etc.

Las organizaciones del Partido que han elegido como método la propaganda verbal, se han dejado guiar por el procedimiento erróneo de reunir a todos los comunistas en círculos, tendiendo a ampliar cuantitativamente la red de círculos del Partido, a la «captación» de todos los comunistas, cuya asistencia era obligatoria, sin excepción alguna.

Dedicándose a captar la mayor cantidad posible de círculos, las orga-



nizaciones descuidaban el eslabón fundamental de la cadena: la calidad de la propaganda.

El exceso de círculos, que restaba a las organizaciones del Partido la posibilidad de controlar la esencia del trabajo de propaganda, daba lugar a que las organizaciones del Partido dejaran escapar de sus manos la dirección de la propaganda; su actividad estribaba principalmente en una reunión «estadístico-burocrática» de datos sobre la «captación» de comunistas en la educación de los círculos, sobre su fuerza numérica y sobre la asistencia a los círculos. De este modo, los círculos acababan convirtiéndose en organizaciones autónomas e incontroladas, que realizaban su trabajo por su cuenta y riesgo y bajo su exclusiva y propia responsabilidad.

El exceso de círculos hacía, además, que los cuadros de propagandistas se viesen plagados de hombres poco educados teóricamente, sin cultura política, inexpertos, incapaces para ayudar a los miembros de Partido y a los sin partido a dominar el bolchevismo, y que sólo sabían sustituir la interpretación de la teoría marxista-leninista por una trivialidad nociva, embrollando a los que les escuchaban.

Dedicados a cazar el mayor número posible de propagandistas, las organizaciones del Partido perdían el control de la dirección teórica en la educación y en el perfeccionamiento de los cuadros de propagandistas y el control del trabajo de los propagandistas en los círculos. En vez de centralizar la dirección de los propagandistas mejorando la calidad de su trabajo, las organizaciones del Partido tomaban también en estos menesteres un rumbo equivocado respecto a las masas, desmenuzando los cuadros de propaganda por la creación de gran número de oficinas de Partido en las empresas, de escuelas de propagandistas, de cursillos breves para propagandistas, etc. El empeño en conseguir el mayor número posible de esta clase de instituciones, en perjuicio de la calidad, daba como consecuencia que los centros de estudios de Partido y las escuelas se viesen privados de la necesaria dirección de partido y la falta de cuadros calificados como dirigentes de las escuelas de propagandistas y oficinas de partido producía un descenso en la calidad de su trabajo, un descontento de los propagandistas ante tal estado de cosas y convertía la asistencia a las escuelas y centros de estudios en una obligación puramente formal.

Como las organizaciones del Partido consideraban obligatoria para todos los miembros del Partido la asistencia a los círculos y a los camaradas del Partido como eternos alumnos de las clases elementales, incapaces de estudiar por sí mismos el marxismo-leninismo, se valían de una serie de artimañas administrativas para sujetar en los círculos a los miembros del Partido, aplicando métodos de tutela mezquina y reglamentando la actividad de los comunistas en los círculos.

En la actividad de los círculos, arraigaban métodos de maestro de es-



cuela, métodos equivocados, que impedían el perfeccionamiento político de los miembros del Partido; métodos que se traducían en la fijación de «días uniformes de instrucción» para todos los círculos, de reglamentos uniformes para el trabajo, en la supresión de las discusiones libres en los círculos, etc.

Lejos de limitarse a esto, las organizaciones del Partido tuvieron la nociva y burocrática ocurrencia de «controlar» a todos los que leían una obra marxista-leninista y obligarles a dar cuenta de lo leído.

El resultado de esta orientación equivocada respecto al trabajo de propaganda era que los comunistas, obligados a asistir durante varios años al mismo círculo y sin disponer en su casa de los medios necesarios para el estudio de la literatura marxista-leninista, perdían el interés por su formación teórica, a la par que la asistencia a los círculos se convertía en una pesadísima carga.

La violación del principio de la voluntariedad para el ingreso en los círculos, la práctica burocrático-administrativa de la inscripción obligatoria de los miembros del Partido en los círculos, como única forma de educación de los maestros del Partido, les hacía perder toda la fe en la posibilidad de estudiar con provecho el marxismo-leninismo por medio de lecturas individuales. Con esto se hacía mucho daño a la causa del estudio serio individual de los fundamentos del marxismo-leninismo por los comunistas y al perfeccionamiento ideológico de los cuadros del Partido.

Hay que devolver a los comunistas la fe en su fuerza y en su capacidad para dominar la teoría marxista-leninista.

Hay que destruir el prejuicio equivocado de que el marxismo-leninismo no puede estudiarse más que en los círculos, porque la lectura individual sigue siendo, en realidad, el medio principal y fundamental de estudiar el marxismo-leninismo.

2.—Una de las causas principales de la exagerada inflación del trabajo de los círculos y de la propaganda verbal en general, en perjuicio de la propaganda por medio de la prensa, era la perjudicial separación entre la organización de la propaganda de prensa y la propaganda verbal, que se manifestó en la existencia simultánea de secciones de propaganda y secciones de prensa, tanto en los Comités comarcales y regionales y Comités centrales de los Partidos comunistas nacionales, como en el aparato del C. C. del P. C. (b.) de la U. S.

En la propaganda del marxismo-leninismo, el arma principal y decisiva debe ser la prensa: revistas, periódicos, folletos; la propaganda verbal sólo debe ser una ayuda. La prensa ofrece la ventaja de convertir la verdad acerca de cualquier problema, en patrimonio común a todos, siendo más eficaz que la propaganda verbal. La separación de la dirección de la propaganda en dos secciones conducía a rebajar el papel que desempeña la



prensa en la propaganda del marxismo-leninismo, a reducir el alcance de la propaganda bolchevique y a la desorganización.

Las secciones de Agitación y Propaganda del Partido, que reducían su actividad a la propaganda verbal y se dedicaban a crear el mayor número posible de círculos, no utilizaban la prensa del Partido con fines de propaganda y acababan renunciando a la posibilidad de dirigir, de un modo esencial, la propaganda.

Las secciones de prensa, a las que se habían restado los cuadros de propagandistas calificados, dedicados casi exclusivamente a la propaganda verbal, resultaban incapaces para dedicarse a la propaganda del marxismo-leninismo por medio de la prensa.

3.—El principal defecto de la propaganda del Partido es el menosprecio de la formación política, del fortalecimiento marxista-leninista de los cuadros de nuestra intelectualidad soviética—cuadros del Partido, de las Juventudes Comunistas, de los Soviets, de la Economía, de las cooperativas, del comercio, de los sindicatos, de la agricultura, de la instrucción pública y del ejército—, es decir, de los cuadros del Partido del aparato estatal y de la Economía colectiva, con cuya ayuda administran el País Soviético la clase obrera y los campesinos a través de las organizaciones del Partido. La práctica de nuestra propaganda de Partido, concentrada ante todo en la captación de los obreros en los lugares de trabajo, no se ocupaba de los cuadros de mando, de nuestros Soviets, de nuestra intelectualidad del Partido y sin partido, compuesta de antiguos obreros y campesinos.

Una de las misiones impuestas al «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» es la de acabar con esa orientación absurda, antileninista y desdeñosa hacia nuestra intelectualidad soviética y hacia las necesidades de la educación política y leninista.

El «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» se dirige, en primer término, a los cuadros dirigentes del Partido, de las Juventudes Comunistas, de la Economía y a los activistas: a toda nuestra intelectualidad del Partido y sin partido en las ciudades y en el campo.

Nuestros cuadros del Partido, de los Soviets, de la Economía y otros cuadros leninistas dedicados a trabajos prácticos, están muy atrasados en el terreno teórico, y al concebir el C. C. del P. C. (b.) de la U. S. el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.», se propuso liquidar este atraso político y teórico de nuestros cuadros.

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. partió de la consideración de que «si lográsemos educar ideológicamente a nuestros cuadros y armarlos políticamente, de abajo a arriba, de tal modo que llegasen a orientarse sin dificultad en la situación interior y exterior, si lográsemos convertirlos en leninistas y marxistas completamente maduros, capaces de resolver los problemas de la



*dirección del país sin cometer errores graves, tendríamos resueltas las nueve décimas partes de todos nuestros problemas» (Stalin).*

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. partió de la idea de que el arte de la dirección bolchevique requiere el conocimiento de la teoría, es decir, de las leyes de desarrollo de la sociedad, de las leyes del desarrollo del movimiento obrero, de las leyes del desarrollo de la revolución proletaria, del desarrollo de la edificación socialista, y la capacidad de aplicar estas leyes en el trabajo práctico, sobre el terreno de la edificación socialista.

El conjunto de nuestros cuadros constituye el formidable ejército de la intelectualidad soviética. La intelectualidad soviética está completamente arraigada en la clase obrera y en los campesinos. Es una intelectualidad totalmente nueva, que no tiene rival en ningún país del mundo.

No hay Estado que pueda prescindir de su intelectualidad, y menos que ninguno el Estado socialista de obreros y campesinos. De nuestra intelectualidad, que se ha formado en los años del Poder Soviético, forman parte los cuadros del aparato estatal, con cuya ayuda dirige la clase obrera su política interior y exterior. Son antiguos obreros, campesinos, hijos de obreros y campesinos, llevados a los puestos dirigentes.

La intelectualidad adquiere una importancia especial en un país como el nuestro, donde el Estado dirige todas las ramas de la Economía y de la cultura, entre ellas la agricultura, y donde todo funcionario del Estado, si quiere cumplir su trabajo con éxito y de un modo consciente, debe comprender la política del Estado y sus tareas dentro y fuera del país.

Por lo tanto, la educación marxista-leninista de la intelectualidad soviética es una de las tareas primordiales y más importantes del Partido bolchevique.

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. prueba que a pesar del importante papel que desempeñan en el Estado soviético, la actitud desdeñosa hacia nuestros intelectuales no ha sido vencida hasta la fecha, lo que significa una aplicación nociva a nuestra intelectualidad soviética de las opiniones y relaciones que existían en el período prerrevolucionario, cuando la intelectualidad estaba al servicio de los terratenientes y capitalistas.

Esta actitud desdeñosa hacia la intelectualidad se expresa en la negligencia que se observa en el trabajo educativo de los cuadros, en la renuncia al trabajo político entre la intelectualidad, entre los empleados, maestros, médicos, elemento estudiantil, la intelectualidad koljosiana, etc.; en la actitud desdeñosa y orgullosa hacia el intelectual del Partido y sin partido, como si fuese un hombre de clase inferior, aunque se trate de un stajanovista de ayer, elevado por sus propios méritos a un puesto dirigente del Estado soviético.

Semejante actitud antibolchevique hacia la intelectualidad soviética es repelente, lamentable y peligrosa para el Estado soviético. Hay que com-



prender que ha sido precisamente la negligencia en el trabajo político entre la intelectualidad, entre nuestros cuadros, la que ha determinado que parte de estos cuadros, alejada de la influencia política del Partido y carente de formación ideológica, cayera en las redes de los servicios de espionaje extranjeros y de sus agencias trotskistas-bujarinistas y nacionalistas burguesas.

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. opina que hay que acabar con esta conducta antileninista hacia la intelectualidad estilo Machaiski<sup>1</sup>.

Es preciso educar a la intelectualidad en el espíritu del marxismo-leninismo.

Sin una intelectualidad formada de este modo, el Estado soviético no puede dirigir el país con éxito.

### III

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. acuerda:

1. Considerar como errónea la práctica de la captación cuantitativa de comunistas por medio de la red de círculos de educación del Partido, en perjuicio de la calidad de la propaganda, porque esto lleva a la disgregación de las fuerzas y al rebajamiento del nivel del trabajo de propaganda.

2. Obligar a las organizaciones del Partido a liquidar la rutina organizativa en la propaganda del Partido, a restablecer la centralización necesaria en su dirección y a modificar la organización de la propaganda del Partido, de modo que queden garantizados el mejoramiento de su calidad y la elevación de su nivel ideológica.

3. Para la propaganda del marxismo-leninismo, debe tomarse como base el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.».

Diferenciar el estudio de la Historia del P. C. (b.) de la U. S. del siguiente modo:

Para el grupo *elemental* de cuadros, en el que existe una parte de camaradas insuficientemente formados, es conveniente estudiar un extracto de la obra, siguiendo las tres etapas principales de la Historia del Partido:

- a) Lucha por la creación del Partido bolchevique (cap. I-IV).
- b) El Partido bolchevique en su lucha por la dictadura del proletariado (cap. V-VII).
- c) El Partido bolchevique en el Poder (cap. VIII-XII).

<sup>1</sup> V. K. Machaiski militó entre los marxistas en la década del 90 del siglo pasado. Más adelante, siguió el camino de los «economistas» y, como éstos, defendió el punto de vista de que la clase obrera no estaba en condiciones de sostener luchas políticas y debía limitarse a las luchas económicas. Cuando la intelectualidad marxista condujo a la clase obrera a la lucha política, los partidarios de Machaiski lanzaron la consigna de «¡Abajo la intelectualidad!». Machaiski acabó pasándose resueltamente al campo de la contrarrevolución. (N. de la R.)



Para el grupo intermedio, compuesto de camaradas relativamente formados y que numéricamente es el más fuerte en nuestros cuadros, el C. C. del P. C. (b.) de la U.S. recomienda el estudio del «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» en toda su extensión, con arreglo a los capítulos que contiene.

Para el grupo *superior*, es decir, para los camaradas mejor formados, es conveniente estudiar el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» siguiendo los apartados de cada capítulo, con el estudio simultáneo de las obras correspondientes de Marx, Engels, Lenin y Stalin y de otras fuentes.

4. Partiendo del principio de que el método principal para el estudio del marxismo-leninismo ha de ser el método del estudio individual, se recomienda a los Comités regionales, comarcales y centrales de los Partidos Comunistas nacionales, que reduzcan el número de los círculos de educación política de Partido.

Trabajando con el acierto necesario, se verá que bastará con tener, en vez de las muchas docenas y a veces centenares de círculos que hoy existen en las grandes empresas y grandes instituciones, dos o tres círculos para los cuadros inferiores, dos o tres para los de nivel medio y uno del tipo superior para los camaradas muy desarrollados y formados y algunos círculos de tipo medio y de tipo superior en las universidades.

En las comarcas rurales, donde exista el deseo de estudiar el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» en círculos y donde haya propagandistas bien preparados, pueden organizarse algunos círculos para la intelectualidad campesina: para los activistas del Partido y del Soviet, para los maestros y empleados de comercio y de las cooperativas, para los activistas de los koljoses, etc.

Para establecer el número de los círculos, se debe contar con la seguridad de tener propagandistas verdaderamente calificados para los que se conservan.

5. Liquidar la práctica burocrático-administrativa del ingreso obligatorio de los comunistas en los círculos de estudios del Partido. Hacer ver a todos los comunistas que la asistencia a los círculos es completamente voluntaria.

6. El trabajo de los círculos debe organizarse sobre la base de discusiones amenas y con espíritu de camaradería. Deben extirparse de los círculos los nocivos métodos rutinarios y los patrones, que impiden la formación ideológica de los bolcheviques con o sin carnet. Los propagandistas deben explicar los problemas que interesan a los miembros de los círculos en un plan de camaradería.

Hay que acabar con la reglamentación burocrático-formalista del trabajo en los círculos: días uniformes para la educación partidista, lecciones de



dos horas inmediatamente después del trabajo, renuncia a las discusiones de cuestiones prácticas que pueden interesar a los que asisten a los círculos, etc.

El horario de cada círculo debe fijarse de acuerdo entre los asistentes y los propagandistas, teniendo en cuenta las circunstancias locales. Las lecciones deben durar el tiempo que sea suficiente, a juicio de los que toman parte en los círculos, para el estudio de los problemas planteados.

El trabajo en los círculos debe organizarse de tal modo, que la enseñanza no abarque un período demasiado largo.

Debe evitarse uno de los defectos básicos de los círculos actuales, en los que se dedica un tiempo ilimitado a los problemas elementales y no se estudia el período posterior a Octubre, que es de suma importancia para la Historia del Partido.

Los círculos para el estudio de la Historia del Partido deben constituirse de tal manera que lleguen a garantizar un nivel más o menos uniforme en la educación general y política de los que toman parte en ellos. Con arreglo a este nivel y de acuerdo con el carácter diferenciado del estudio del «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.», conviene que haya tres tipos de círculos:

a) Círculos para el grupo inferior de nuestros cuadros que han de estudiar el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» extractado, con explicación popular de los problemas teóricos.

b) Círculos para el grupo intermedio que estudie el «Compendio de Historia» en toda su extensión, capítulo por capítulo.

c) Círculos para los camaradas más formados, que estudien el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» siguiendo los apartados de cada capítulo y simultaneándolos con la lectura de las fuentes.

7. Organizar *cursos*, que son uno de los métodos más importantes de propaganda del marxismo-leninismo.

Un curso bien preparado será una ayuda importante para los camaradas que estudien individualmente el «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.», así como los clásicos del marxismo-leninismo.

Además, deben organizarse cursos de los problemas de la situación internacional y sobre determinados problemas teóricos y políticos. Es conveniente que los lectores contesten después del curso a las preguntas concretas que se les hagan. Deben organizarse cursos públicos previa una modesta cuota de entrada.

8. Deben liquidarse la rutina y la falta de control en el trabajo, que tuvieron su expresión en la creación del mayor número posible de centros de estudio y escuelas de propagandistas. Obligar a las organizaciones de Partido a revisar, en el plazo de dos meses, la red de centros de estudio del Par-



tido, a disminuir, como norma general, el número de las mismas y a conservar en los Comités locales y regionales del Partido, centros de estudio para ayudar a los propagandistas y para la consulta de las personas que se educan políticamente de un modo autónomo.

Deben suprimirse los centros de estudio del Partido en las empresas e instituciones que no dispongan de personal asesor calificado, o deben utilizarse como salas de lectura y bibliotecas para las personas que quieran formarse de un modo autónomo.

Obligar a las organizaciones del Partido a reducir el número de escuelas de propagandistas y a concentrar el trabajo de las escuelas de propagandistas en los grandes Comités de Partido de las circunscripciones, de las ciudades, en los Comités regionales y comarcales y en los C. C. de los Partidos Comunistas nacionales.

Al crear las escuelas de propagandistas, las organizaciones del Partido deben asegurarse el concurso de directores de perfecta formación marxista y políticamente competentes.

Los Comités locales, regionales y comarcales del Partido deben ejercer un control constante sobre el contenido del trabajo de las escuelas de propagandistas.

El trabajo de las escuelas de propagandistas de la Historia del P. C. (b.) de la U. S. debe organizarse adaptándose a las tres formas fundamentales del estudio de la Historia del P. C. (b.) de la U. S. y teniendo en cuenta que las escuelas de propagandistas deben adelantarse considerablemente a los círculos en el estudio del «Compendio de Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S.».

Las escuelas no pueden servir para «improvisar» propagandistas. La enseñanza en las escuelas de propagandistas debe organizarse de tal modo, que se convierta en un trabajo creador, en un examen ameno de los problemas teóricos, en discusiones entre camaradas de las cuestiones teóricas y tácticas.

9. Obligar a las secciones de Agitación y Propaganda del C. C. del P. C. (b.) de la U. S. a conseguir que los propagandistas de nuestro Partido, lectores, conferenciantes, hombres de consulta, que colaboran en revistas teóricas y periódicos, den en sus residencias respectivas cursos y conferencias y ayuden eficazmente a las organizaciones del Partido en la propaganda del marxismo-leninismo.

Se considera necesario recoger las experiencias de los mejores propagandistas, sus mejores conferencias, consultas y cursos para su publicación sistemática en la prensa.

Se recomienda a los Comités locales, comarcales y regionales la organización de reuniones periódicas de propagandistas y colaboradores de prensa, con objeto de estudiar los problemas fundamentales de la propaganda.

10. Debe liquidarse el menosprecio hacia la importancia de la prensa,



como el arma más fuerte del marxismo-leninismo y como tribuna de propaganda para toda la U. R. S. S.

Debe aumentar la importancia de la prensa en la propaganda del marxismo-leninismo. Para ello debe obligarse a las redacciones de la «Pravda», «Krasnaia Sviesda», «Komosomolskaia Pravda» y a los diarios del Partido y de la Juventud Comunista de las repúblicas, regiones y comarcas, a publicar sistemáticamente artículos sobre los problemas teóricos del marxismo-leninismo, consultas, cursos de los mejores propagandistas, «contestaciones» a las preguntas de los lectores, etc.

Poner al frente de las redacciones de la «Pravda», «Krasnaia Sviesda», «Kobsomolskaia Pravda» y de los periódicos del Partido y de la Juventud Comunista de las repúblicas, regiones y comarcas, a camaradas teóricamente preparados e invitar a los mejores propagandistas a que colaboren en las secciones de propaganda.

Se considera imprescindible reformar la revista «Bolchevique», para convertirla en órgano teórico del Partido y centro de consulta de toda la U. R. S. S. en los problemas del marxismo-leninismo y para que conteste y explique en sus columnas los problemas teóricos y políticos que puedan interesar a los miembros del Partido y a los sin partido.

Obligar a las secciones de Agitación y Propaganda del C. C. del P. C. (b.) de la U. S. y a la editorial del Estado a asegurar la publicación de folletos populares que ayuden a los propagandistas, sobre todo a los del grupo inferior de activistas que estudien la Historia del Partido, así como un plan de publicación de material de enseñanza para el estudio de la Historia del Partido.

Condenar, como repelente e inadmisible la actitud despreciativa hacia la intelectualidad soviética y hacia la tarea de su educación ideológica y política en el espíritu del marxismo-leninismo.

Obligar a las organizaciones del Partido a restablecer la conducta bolchevique correcta con la intelectualidad soviética y desarrollar, entre la intelectualidad, los empleados, los estudiantes y la intelectualidad de los koljoses, el trabajo ideológico y político.

Considerar como el objetivo primordial y más importante de las organizaciones del Partido, en el terreno de la propaganda, la liquidación del atraso teórico y político de los cuadros de la intelectualidad del Partido y sin partido y prestar toda clase de ayuda a la intelectualidad soviética en la tarea de asimilación del bolchevismo y del estudio de la Historia del Partido Comunista (b.) de la Unión Soviética y de las obras de los clásicos del marxismo-leninismo.

12. Poner de relieve el serio atraso de los obreros en el frente teórico, que se traduce en su insuficiencia teórica, en su temor a plantear audazmente los problemas teóricos de actualidad, en la abundancia de verbalismos y



sutilezas, en la deformación de determinados preceptos del marxismo-leninismo, en el atraso de su pensamiento teórico, en la deficiente popularización de las inmensas experiencias prácticas recogidas por el Partido en todos los dominios de la edificación socialista. Dirigir un llamamiento a todos los obreros del frente teórico para que supriman rápidamente el atraso del frente teórico; desechar el temor a plantear audazmente los problemas teóricos llamados a desarrollar la teoría del marxismo-leninismo y acabar de una vez con los verbalismos y sutilezas, la escolástica, la trivialidad y la deformación de determinadas máximas de la teoría marxista-leninista.

13. Liquidar la negligencia en el trabajo ideológico, que ha encontrado una expresión especial en el trabajo poco satisfactorio del Instituto Marx-Engels-Lenin, que ha tolerado una serie de falsedades e imprecisiones en la traducción de las obras de Marx y Engels al ruso, así como los errores políticos más burdos, teñidos de sabotaje, en los apéndices, notas y comentarios a algunos tomos de las obras de Lenin.

14. Obligar al Instituto Marx-Engels-Lenin a subsanar en el más breve plazo las falsedades contenidas en las traducciones al ruso de las obras de Marx y Engels y los burdos errores políticos que existen en los apéndices y notas de las obras de Lenin, por ejemplo en los del tomo XIII.

Obligar al Instituto Marx-Engels-Lenin a activar la reedición de las obras de Marx y Engels.

15. Poner de relieve el apartamiento de nuestras revistas teóricas de los problemas agudos de la vida y de la lucha de nuestro Partido, su aislamiento y su tendencia al academicismo.

Obligar a las redacciones de las revistas teóricas a modificar su trabajo, a asegurar en sus columnas el planteamiento de los problemas teóricos de actualidad, la popularización de las experiencias de la edificación socialista, la satisfacción de los anhelos de nuestros cuadros, el estudio de los nuevos problemas teóricos y las discusiones creadoras de problemas teóricos.

16. Adoptar, como complemento del perfeccionamiento de los cuadros dirigentes del Partido, trazado por el Pleno del P. C. (b.) de la U. S. de febrero-marzo, las siguientes medidas para perfeccionar y educar los cuadros de propagandistas calificados del Partido.

a) Organizar cursos de un año para el perfeccionamiento de los propagandistas y colaboradores de los periódicos, en los centros siguientes: 1, Moscú; 2, Leningrado; 3, Kief; 4, Minsk; 5, Rostof; 6, Tbilisi; 7, Bakú; 8, Tachkent; 9, Alma-Ata; 10, Novosibirsk. A los cursos anuales organizados en estos centros para el perfeccionamiento de los propagandistas, no deben acudir solamente los camaradas de la correspondiente región o comarca, sino los de las regiones, comarcas y repúblicas próximas. El programa de los cursos anuales para los propagandistas debe establecerse inspirándose en el programa de los «Cursos Lenin» y la enseñanza debe estructurarse de



modo que se llegue a conseguir cierta seguridad en el trabajo de los propagandistas y en la intensificación del estudio individual de las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin.

Fijar el total de los asistentes de todos los cursos anuales para el perfeccionamiento de los propagandistas en 1.500 a 2.000 personas; la mitad de ellas, aproximadamente, deberán ser colaboradores de periódicos.

b) Organizar en el C. C. del P. C. (b.) de la U. S. una Universidad de marxismo-leninismo, con cursos de tres años para la formación de cuadros teóricos del Partido altamente calificados.

17. Organizar la enseñanza de la teoría marxista-leninista en las Universidades sobre la base del estudio profundo del «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» y, en relación con esto:

a) Introducir en las Universidades, en lugar de los cursos autónomos de leninismo y de materialismo dialéctico e histórico, un curso unificado sobre las bases del marxismo-leninismo, dedicando a él el mismo número de horas antes señaladas en el plan de estudio a las materias económico-sociales.

La enseñanza de las bases de la teoría marxista-leninista en las Universidades debe comenzar por el estudio del «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.», con el estudio simultáneo de las fuentes del marxismo-leninismo.

La enseñanza de Economía política se dará una vez terminado el estudio del «Compendio de Historia del P. C. (b.) de la U. R. S. S.».

b) Crear en las Universidades, en sustitución de las actuales cátedras separadas de materialismo dialéctico e histórico, de leninismo e historia del Partido, una sola cátedra unificada de marxismo-leninismo.

c) Conservar, en las Universidades e Institutos donde existan Facultades de Filosofía, Historia y Literatura, el curso de materialismo dialéctico e histórico en dichas Facultades.

d) Encargar a la sección de propaganda y agitación del C. C. del P. C. (b.) de la U. S. y al Comité de toda la Unión para los asuntos universitarios, la elección, a principio del año escolar de 1939-40 de los profesores de marxismo-leninismo y su presentación al C. C. del P. C. (b.) de la U. S. para su aprobación. Encargar a los Comités Centrales de los Partidos Comunistas nacionales, Comités comarcales y regionales, la elección de profesores teóricamente formados y políticamente expertos para la enseñanza de las bases del marxismo-leninismo.

e) Organizar en las Universidades de marxismo-leninismo cursos de seis meses para el perfeccionamiento de los profesores del marxismo-leninismo en las Universidades.



## IV

Con objeto de mejorar de un modo fundamental la dirección de la propaganda del marxismo-leninismo por el Partido, el C. C. del P. C. (b.) de la U. S. acuerda:

18. Fundir las secciones de Agitación y Propaganda del Partido y las secciones de Prensa y de ediciones del C. C. del P. C. (b.) de la U. S., de los Comités Centrales de los P. C. nacionales, Comités regionales y comarcales del P. C., y crear secciones unificadas de Agitación y Propaganda.

19. Concentrar todo el trabajo de propaganda escrita y verbal del marxismo-leninismo y de agitación política de las masas, en las secciones de Agitación y Propaganda: prensa del Partido, publicación de folletos y literatura de agitación, organización de propaganda impresa y verbal del marxismo-leninismo, control del contenido ideológico del trabajo de propaganda, elección y distribución de los cuadros de propagandistas, perfeccionamiento político y educativo de los cuadros del Partido, organización de la agitación política de las masas.

El presente acuerdo del C. C. del P. C. (b.) de la U. S. deberá ponerse en práctica sobre la base del trabajo de las secciones de Agitación y Propaganda.

20. Para mejorar la calidad de la propaganda del marxismo-leninismo es necesario que de aquí en adelante puedan apoyarse las organizaciones del Partido en cuadros libres de toda clase de trabajo, que puedan dedicarse de lleno a esta labor y mejorar continuamente su calificación teórica y propagandista.

Encargar, de acuerdo con lo antedicho, a los Comités regionales y comarcales del Partido Comunista (b.) de la U. S. la elección de los mejores propagandistas para el trabajo de propaganda constante.

21. Los activistas de las secciones de Agitación y Propaganda deben ser elegidos por las organizaciones del Partido en las filas de los propagandistas profesionales más calificados, y entre los escritores del Partido.

En las secciones de Agitación y Propaganda del C. C. del P. C. (b.) de la U. S., de los Comités Centrales de los P. C. nacionales, Comités regionales, comarcales y locales del P. C. (b.) de la U. S., deberán organizarse grupos de lectura.

22. En relación con el hecho de que, por la reducción del número de círculos y Centros de estudios del Partido en las empresas e instituciones, ha de quedar disponible una parte de los propagandistas en las ciudades, debe proponerse a los Comités regionales y comarcales y a los C. C. de los P. C. nacionales, el envío de estos activistas mejor formados para que refuercen el trabajo de propaganda en las circunscripciones rurales.



23. Reorganizar las secciones de cultura y propaganda de los Comités locales y comarcales del Partido y convertirlas en secciones de Agitación y Propaganda.

Se considera absolutamente necesaria la creación de secciones de Agitación y Propaganda en aquellos Comités comarcales en que no haya actualmente secciones de cultura y propaganda.

Determinar que la creación de secciones de Agitación y Propaganda en los Comités de distrito del Partido será autorizada por el C. C. del P. C. (b.) de la U. S. a propuesta de los Comités regionales, comarcales y Comités Centrales de los P. C. nacionales, para cada distrito, a condición de que se elijan personas aptas.

Incorporar a las secciones de Agitación y Propaganda de los Comités locales y de distrito del P. C. los centros de estudio de las ciudades y de los distritos, para que los directores de estos centros puedan ejercer a la vez la función de suplentes de los directores de las secciones de Agitación y Propaganda.

24. Determinar que los directores de las secciones de Agitación y Propaganda de los Comités de distrito, comarcales, C. C. de los P. C. nacionales, de circunscripción, locales y regionales del Partido sean confirmados por el C. C. del P. C. (b.) de la U. S. y todos los demás responsables de las secciones de Agitación y Propaganda de estos Comités, por los burós de los Comités de distrito, regionales y C. C. de los P. C. nacionales.

Obligar a los Comités de distrito y regionales y a los C. C. de los P. C. nacionales a elegir y confirmar en el plazo de dos meses a todos los activistas de las secciones de Agitación y Propaganda.

25. En vista de la estrecha relación que media entre el trabajo del Instituto Marx-Engels-Lenin y la propaganda del marxismo-leninismo, se considera necesario adscribir el Instituto Marx-Engels-Lenin a la sección de Agitación y Propaganda del C. C. del P. C. (b.) de la U. S.

26. El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. obliga a todos los Comités del Partido a ocuparse seriamente de la propaganda del marxismo-leninismo, causa genuina del Partido bolchevique. Los Comités del Partido están obligados a dirigir la propaganda de un modo enérgico y a familiarizarse íntimamente con su contenido. Los Comités regionales, comarcales y C. C. de los P. C. nacionales deben tomar en sus manos, de conformidad con este acuerdo, la dirección de la reforma de toda la organización de la propaganda del marxismo-leninismo.

Al indicar a todas las organizaciones de Partido que la modificación de todo el trabajo de propaganda con arreglo a este acuerdo del C. C. del P. C. (b.) de la U. S. requiere una atención especial y un gran cuidado, el C. C. advierte a las organizaciones del peligro de una modificación puramente



mecánica y formal de la propaganda y de cualquier intento de malograr todas las experiencias anteriores del trabajo propagandístico.

Se hace constar que, para mejorar la dirección del trabajo de propaganda, debe existir en cada Comité de ciudad, regional, comarcal y C. C. de los P. C. nacionales, un secretario especial, ocupado exclusivamente de los problemas de la organización y del contenido de la propaganda y de la agitación

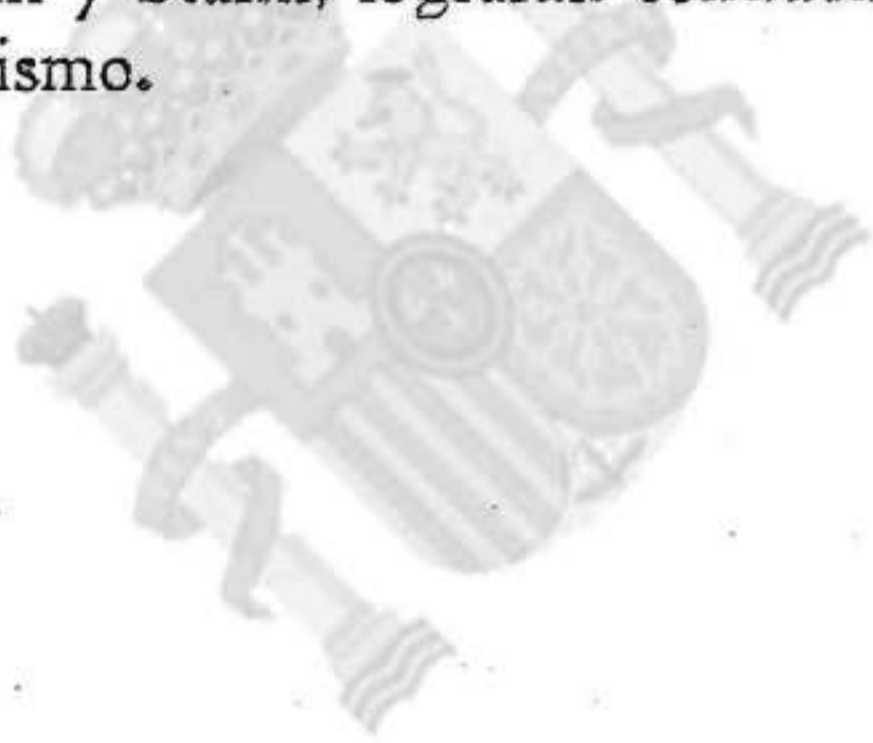
\*

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. insta a los Comités de distrito locales, comarcales, regionales y C. C. de los P. C. nacionales, a que expliquen este acuerdo a todos los activistas y a todos los miembros del Partido.

El C. C. del P. C. (b.) de la U. S. subraya que la publicación del «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» debe marcar un viraje para nuestros cuadros, para los activistas del Partido, de los Soviets, de los sindicatos, de la Economía y de la cultura, para los cuadros de toda la intelectualidad soviética—, con objeto de liquidar su atraso teórico.

El «Compendio de Historia del Partido Comunista (b.) de la U. R. S. S.» echa los cimientos para un nuevo y potente auge ideológico y político en la vida de nuestro Partido y del pueblo soviético.

Con el dominio de la teoría marxista-leninista, armados con el conocimiento de las leyes del desarrollo social, nuestros cuadros serán verdaderamente invencibles y, bajo la bandera de esta teoría y guiados por el Partido de Lenin y Stalin, lograrán conducir a todo el pueblo soviético al triunfo del Comunismo.





## Crónica

### I

La conspiración de Munich no ha sido sólo un golpe contra Checoslovaquia, sino también contra la paz mundial, contra la democracia, contra la clase obrera internacional, contra la República española y contra los intereses vitales de todos los pueblos.

Chamberlain y Daladier, los cónclaves reaccionarios de la gran burguesía inglesa y francesa, sabían muy bien hasta qué punto hubiese sido fácil obligar a Hitler a retroceder. Pero también sabían que la derrota política de Hitler habría debilitado los fundamentos del fascismo y acarreado un potente desarrollo del movimiento antifascista por la libertad. Y han preferido salvar a Hitler, capitular ante un adversario más débil, quebrantar el prestigio y la influencia de sus propios países y comprometer muy seriamente la seguridad de sus propios pueblos. La defensa de sus intereses de clase es para ellos más importante que la defensa de los intereses vitales de sus naciones y de toda la humanidad.

Los pueblos verán cada vez con mayor claridad que Munich ha sido el resultado de un complot secreto, *de un vergonzoso complot urdido antes de los «acuerdos»*. No en vano ha sido excluída la Unión Soviética de las deliberaciones decisivas. No en vano han procedido Chamberlain y Daladier a espaldas de las masas populares, sin consultar a los Parlamentos, sin siquiera ponerse de acuerdo con sus propios colegas. El timo de la movilización de Inglaterra y Francia sólo tenía por objeto aterrorizar a las masas con el espantajo de una próxima guerra, para, con un cinismo sin precedentes, convertir la traición y la capitulación en un falso «salvamento de la paz». Lo que ya se puede deducir del hecho es que la verdadera capitulación se había consumado ya antes de la movilización. Pero la burla ha sido todavía más escandalosa, como lo ha manifestado públicamente un político que debía saberlo. Un miembro del Gobierno inglés, el primer lord del Almirantazgo, Duff Cooper, que abandonó sus funciones indignado por la política de Chamberlain, hizo el 4 de octubre en el Parlamento inglés una revelación verdaderamente sensacional, declarando:

«Sabemos que se vertían en los oídos del jefe del Estado alemán informaciones



en sentido contrario. Se le había dicho y repetido, se le había hecho saber, que la Gran Bretaña no entraría en guerra en ningún caso.»

Hay que comprender la extraordinaria importancia de lo que Cooper afirma tan secamente. Chamberlain no se atrevió a desmentir las gravísimas acusaciones de Cooper, que, de este modo, quedaron plenamente confirmadas. Está, pues, demostrado que Chamberlain había declarado desde el primer momento que Inglaterra no combatiría. En estas condiciones, ni que decir tiene que Hitler, que además conocía al señor Daladier, y que tenía cómplices en el Gobierno checo, no fijó límites a su acción.

Con el fin de presentar el crimen de Munich bajo un aspecto agradable y, sobre todo, para borrar la impresión causada por la oposición entre la firmeza de la Unión Soviética y la traición de los gobiernos burgueses, los responsables difundieron la impúdica mentira de que «la Unión Soviética había vacilado también»; que también «había tomado parte, secretamente, en los acuerdos de Munich». Esta vergonzosa tentativa, realizada empleando procedimientos nada limpios, no dió resultado. Los documentos y los hechos han probado indiscutiblemente

*la inquebrantable fidelidad de la Unión Soviética a la paz y a los tratados,*

su ejemplar firmeza durante todo el conflicto. Antiguos ministros checos, como Derer, Vavrestschka y hasta el líder reaccionario agrario, notorio adversario de la orientación soviética, lo han reconocido públicamente. Y, por último, hay incluso un documento oficial inglés en el que se declara que la Unión Soviética habría cumplido las obligaciones derivadas de los tratados firmados por ella.

*Las consecuencias de Munich*

son ya catastróficas para Checoeslovaquia. La conspiración de Munich, como todas las concesiones hechas hasta aquí, sólo ha contribuido a aumentar la avidez y el apetito agresivo del fascismo alemán. Alemania se ha apoderado ya en Checoeslovaquia de territorios más importantes que los que se habían convenido. Sus cómplices polacos y húngaros han arrancado jirones del cuerpo sangrante de Checoeslovaquia y sus pretensiones aumentan de día en día. Hitler trata ya como a un país vasallo lo que todavía queda de Checoeslovaquia. Ha ordenado la dimisión de Benes, la constitución de gobiernos reaccionarios en Praga, en Eslovaquia y en Ucrania subcarpática. Por orden suya, ha sido prohibido el Partido Comunista, el más fiel defensor de la libertad y de la independencia del pueblo checoslovaco. Por deseo suyo, se ha anunciado la «simplificación de los partidos»; es decir, la marcha al paso fascista. Es él quien determina la nueva



política exterior de adhesión al eje de guerra. La entrega «pacífica» de Checoslovaquia, con sus riquezas naturales, su fuerza económica, sus fábricas de armas, la cesión de la segunda línea Maginot de Francia (con todos los secretos de la primera), no bastan a la Alemania fascista. El quebranto del prestigio de Francia, la destrucción del sistema francés de alianzas, han hecho a Alemania dueña de la Europa central y le han dado la posibilidad de emprender la lucha por la hegemonía mundial. El fascismo alemán exige ya el abandono de España y el descuartizamiento de Lituania. Amenaza más de cerca que antes a todos los pequeños Estados de Europa. Comienza la conquista «económica» del sudeste de Europa, y exige «las manos libres contra la Unión Soviética». Todavía no se ha secado la tinta del vergonzoso tratado de Munich y la declaración de amistad «anglo-alemana», y ya dirige Hitler crudamente sus órdenes a Inglaterra y a Francia. En el discurso pronunciado en Sarrebruck, declaró que un gobierno Churchill o Eden en Inglaterra significaría la guerra, y que sólo un sistema de «mano dura» en Inglaterra y en Francia aseguraría una «paz real». Hitler no ha reclamado todavía explícitamente la cesión de Alsacia y Lorena. Pero sus agentes en este país han comenzado ya febrilmente a preparar esta reivindicación.

Alemania ha puesto en el orden del día la reivindicación de sus antiguas colonias. Al mismo tiempo que Alemania, Italia plantea también sus reivindicaciones. El reconocimiento de la conquista de Abisinia, que ayer todavía era uno de sus objetivos más ansiados, se considera hoy, una vez obtenido, como una bagatela. Hoy, Italia exige el reconocimiento de su ocupación de las Baleares, el sacrificio de España, la hegemonía en el Mediterráneo, la inmediata vigencia de su pacto con Inglaterra. El fascista italiano Gayda, que habla en nombre de Mussolini en los artículos que escribe, amenaza abiertamente a Francia con una guerra. Hasta qué punto se han tomado en serio las reivindicaciones de Alemania referentes a las colonias, lo demuestra el movimiento de protesta provocado en las antiguas colonias alemanas, en el Sur de Africa, por ejemplo; movimiento dirigido contra la devolución de las colonias a Alemania. En el mismo campo fascista hay oposiciones, como es inevitable en el reparto del botín entre los bandidos. Entre Alemania e Italia hay roces en lo que se refiere a la cuestión de Eslovaquia y de la Ucrania subcarpática. Italia sostiene los planes de Hungría y de Polonia, que quieren una división de estas regiones y el establecimiento de una frontera común; mientras que Alemania quiere conservar Eslovaquia y la Ucrania subcarpática como países autónomos, bajo su



inmediata tutela. El órgano de Goering, la «Nationalzeitung», de Essen, ha rechazado desdeñosamente las reivindicaciones de Hungría, y ha hecho ver claramente a los partidarios de la «Gran Hungría», que Alemania se considera dueña del botín, que los demás miembros de la banda deben contentarse con las migajas. Al mismo tiempo, los agentes del fascismo alemán acentúan su agitación en las regiones alemanas y ucranianas de su «aliado» polaco, para reducir sus pretensiones y recordarle que también es Polonia un «Estado mosaico». Los esfuerzos de Polonia para que Rumanía se una a los planes italo-húngaro-polacos, han fracasado por el momento, porque Rumanía considera peligroso cualquier fortalecimiento de Hungría. También Italia se muestra inquieta por la «campana del sudeste» de Alemania. Los «amigos» Hitler y Mussolini refuerzan su frontera común. Todo esto no significa, naturalmente, que el eje de la guerra se rompa pronto. Los agresores intentan, por el contrario, reforzar su alianza guerrera para sus nuevos ataques.

En estas condiciones, no es de extrañar que el «salvamento de la pa» de Munich haya conducido a una

*aceleración febril de la carrera de armamentos*  
en todos los países. El mismo Chamberlain ha declarado textualmente, en su discurso de justificación, ante la Cámara de los Comunes :

«Nadie puede pensar que, después de la firma del pacto de Munich por las cuatro potencias, se interrumpirá la realización del gran programa de armamentos, realización que aumenta todos los días.»

Por otro lado, Hitler declaró en su discurso de Sarrebruck :

«Estoy firmemente resuelto a continuar más enérgicamente todavía los trabajos de fortificación y los extenderé a las regiones de las que no se había tratado hasta ahora; a la región de Aquisgram y al Sarre.»

En Francia se ha anunciado que la línea Maginot será triplicada. Como primera partida, se han concedido ya créditos extraordinarios provisionales de 1.420 millones de francos para el ejército y de 887 millones de francos para la marina. Se ha hecho una gran campaña por el armamento aéreo. Esta campaña (en la que se ha distinguido el socialista Blum), tiene por objeto presentar la capitulación de Munich como una consecuencia lógica de la debilidad militar, especialmente de la falta de aviación. En este intento ha quedado también al descubierto el juego de Daladier. El líder de la C. G. T., Jouhaux, ha contado en un artículo que se había entrevistado con Daladier, quien, en esta entrevista, le había enseñado un informe del general Gamelin, en el cual se aludía a la debilidad militar de Francia. Pero



se vió claro que Daladier quería que pasara desapercibida la conclusión de Gamelin, quien se pronunciaba resueltamente por la intervención armada, en el caso en que hubiese sido necesaria, para defender Checoeslovaquia. Esta actitud del generalísimo del ejército ha sido confirmada por el político de derechas Kerillis. Sin embargo, se dice a la opinión pública que el informe de Gamelin hacía inevitable la capitulación.

Otra consecuencia de Munich es el reforzamiento de las empresas reaccionarias en los países capitalistas. Ha comenzado una brutal *ofensiva contra los obreros*

y contra todos los trabajadores. La burguesía reaccionaria intenta hacer recaer sobre los trabajadores los enormes gastos de los armamentos, las desastrosas consecuencias económicas de los acontecimientos del centro de Europa, y que la clase obrera sufra las consecuencias de Munich. En Francia, el Gobierno se ha atribuido plenos poderes, con objeto de dictar sin el Parlamento nuevos impuestos, la expoliación de los funcionarios, la disminución de los gastos de previsión social y la limitación de los derechos de los obreros en las empresas. Ya se ha asestado el primer golpe a las cuarenta horas. Los traidores fascistas multiplican descaradamente sus excitaciones a la guerra civil y el Gobierno deja que los «cagoullards», que están a sueldo de Hitler, preparen casi con entera libertad sus ataques contra la democracia. Para poder realizar sus planes, la gran burguesía intenta destruir el mayor obstáculo que se le opone, el Frente Popular, y aislar a los comunistas.

*En la Segunda Internacional,* los últimos acontecimientos han promovido serias oposiciones y contradicciones. Ha habido jefes que, como Paul Faure y León Blum, han considerado la traición de Munich como un «sabotaje de la paz». La política de división y de capitulación de los jefes reaccionarios de la II Internacional, su sabotaje del frente único y del Frente Popular, han favorecido a la conspiración de Munich. Aumenta continuamente la resistencia de los socialdemócratas conscientes a esta criminal actitud de la II Internacional. En Suiza, Suecia y Noruega, y parcialmente en Holanda, los periódicos socialdemócratas condenan abiertamente la política de un Blum y la indecisión del Partido Laborista inglés. En la reunión de la Comisión socialista, ha habido fortísima oposición entre Zyromsky, de una parte, y León Blum y Paul Faure, de otra. Las mismas oposiciones se han manifestado también en la última sesión del Ejecutivo de la Internacional de las juventudes socialistas, donde el representante francés Chochoy defendió la política de retroceso ante Hitler, mientras que el representante



español, entre otros, le atacó violentamente, y Federico Odler, representante de la I. O. S., intentó arreglar las cosas. En la resolución oficial de la I. O. S., se hizo constar que Munich empeoraba la situación internacional y agravaba el peligro de guerra. Sin embargo, en esto no hay el menor indicio de una solución, ni se habla de la necesidad de la unión proletaria.

#### *Los partidos comunistas*

vieron desde el primer momento que la amenaza contra Checoslovaquia era una amenaza contra la democracia en general y contra la paz mundial. Propusieron una lucha conjunta de todas las fuerzas de la democracia y de la paz en defensa de Checoslovaquia, y reclamaron la convocatoria de una conferencia obrera internacional. En una declaración del Partido Comunista inglés, por ejemplo, se declaraba ya el 13 de septiembre :

«La paz del mundo, la defensa efectiva de la patria, exige de todo el pueblo inglés, y ante todo del Partido laborista británico, una acción enérgica para hacer que cese la actividad fascista de Chamberlain y de Runciman, para obligar al gobierno inglés a ponerse inquevóticamente al lado de Francia y de la Unión Soviética, en defensa de Checoslovaquia y de la paz mundial.»

El 20 de septiembre declaró en una proclama el Partido Comunista francés :

«La seguridad de Francia y de la paz se ven amenazadas por esta política de sumisión... ¡Franceses! ¡Trabajadores manuales e intelectuales! ¡Demócratas, socialistas, comunistas, radicales, sindicatos! ¡Unámonos para evitar a Francia la vergüenza y la servidumbre y para preservar su libertad e independencia!»

Los partidos comunistas francés, inglés, alemán y checoslovaco declararon el 20 de septiembre en un llamamiento conjunto :

«La suerte de Europa depende de la de Checoslovaquia. ¡Pueblos de Francia, de Inglaterra y de Alemania! ¡Luchemos todos unidos al lado del pueblo checoslovaco, para impedir la guerra, para salvar la paz mundial!»

Y en una proclama común de 11 partidos comunistas, en la que exponen su posición ante la situación engendrada por los acuerdos de Munich, se declara entre otras cosas :

«El 30 de septiembre se ha cometido en Munich un crimen contra la paz del mundo... Y ahora, los capituladores de Munich quieren entregar España al fascismo...»

Esta proclama llama a todos los trabajadores a formar el frente único internacional del proletariado y a obligar a los jefes de la II Internacional y de la Internacional Sindical a convocar una conferencia



internacional contra la guerra y el fascismo. Se llama a todos los partidarios de la paz y de la libertad para salvar a España y a luchar juntos por la democracia, por la paz y por el progreso social.

Pero, al mismo tiempo que aumentan los peligros que Munich ha acarreado, aumentan también las *fuerzas de resistencia*.

El desencanto se generaliza más cada día. Aumenta en todas partes la oposición a la política que ha conducido a Munich. La oposición en las filas conservadoras inglesas, conducida por Churchill, Eden, Cooper y otros, es más clara que antes y gana partidarios a ojos vistas. En la misma Francia, un político tan derechista como Kerillis pone en guardia contra las funestas consecuencias de la política de retroceso perpetuo. El 4 de octubre, declaró abiertamente en la sesión de la Cámara :

«La paz de Munich es una «paz» vergonzosa. Muchos dicen que esta paz vergonzosa vale más que una guerra perdida. Pero parece ser que Alemania no se encontraba en condiciones de hacer la guerra, y hemos dejado a Hitler ganar la maniobra. Todos nuestros retrocesos han traído nuevas pretensiones, y siempre que hemos dado el pecho, es Hitler quien ha retrocedido. Lo digo y lo repito. En estas condiciones, no hay nada más condenable que el ver como unos franceses acusan a otros franceses de haber querido la guerra. ¡Yo no quería la guerra; pero tenía la convicción de que era posible que estallase la guerra!»

Al llegar aquí, Flandin pidió que se retirara la palabra a Kerillis, por haber transcurrido el tiempo señalado a cada orador. Pero el presidente Herriot se negó, y Kerillis continuó, terminando así :

«Si, ante la claridad de los acontecimientos, el pueblo se da cuenta de que ha sido engañado, su reacción será terrible, y ese será el momento de la revolución social. Recordad cómo el París popular de 1830, de 1848, como la Comuna de 1871, surgió de las profundidades de un partido que no aceptaba la capitulación ante los prusianos. A los que me acusan de obedecer no se qué insinuaciones de Moscú, les contesto diciendo que no olviden aquella revolución del orgullo popular. Cualquiera que sea quien desee hacer la unidad de los franceses para la salvación de Francia, estoy con él, sea de derecha, del centro o de izquierda, para intentar reconstituir una Francia fuerte.»

Los liberales ingleses publicaron un llamamiento en el cual se declaraban dispuestos a colaborar con todos los partidos que quisiesen luchar por la paz y contra la reacción, para echar al Gobierno que ha sacrificado los intereses del país, y para constituir un gobierno de resistencia a los agresores. La prensa de los pequeños Estados condena cada vez más resueltamente la política de Munich. Pero, ante todo, son las masas laboriosas las que se han sentido sacudidas por los acontecimientos. Las manifestaciones de indignación contra el abandono de Checoslovaquia, contra la amenaza de la paz,



de la seguridad de todos los pueblos, son innumerables en todos los países. La ofensiva de la burguesía encuentra resistencia por todas partes. Lo mismo ha sucedido a propósito del intento de la burguesía francesa por destruir el Frente Popular. Los círculos dirigentes del partido radical, que pertenecen al Frente Popular, toman posiciones contra él, intentando constituir un nuevo agrupamiento reaccionario. Pero las masas del Frente Popular piensan de muy distinta manera. No sólo en París, sino en las más diversas regiones de Francia, se han registrado decisiones de los Comités de frente popular, en las cuales se exige fidelidad absoluta al movimiento. Contra los planes de Daladier, han emprendido la lucha los sindicatos unificados franceses, no sólo por la defensa de las conquistas del Frente Popular, sino también por la realización de los puntos del programa que no han sido aplicados.

*El frente de combate del pueblo español y del pueblo chino* resiste heroicamente a los agresores fascistas. El ejército español de la libertad es fuerte y sabe que conseguirá la victoria. Todos los esfuerzos de Hitler, de Mussolini y de Franco, instrumento suyo, por anular el resultado de la victoria republicana en el frente del Ebro han fracasado. Los crímenes de los agentes trotskistas del fascismo, que han sido descubiertos ante la opinión pública, en el proceso contra los dirigentes del P. O. U. M., su espionaje, su levantamiento armado, sus traiciones en el frente, no han logrado romper la heroica resistencia de los republicanos. El último discurso de Negrín ha expresado la resolución del pueblo español de perseverar en el esfuerzo, y su confianza en el triunfo. Para que no quede duda sobre el evidente carácter nacional de la lucha contra los intervencionistas, el Gobierno popular español ha decidido retirar a los voluntarios internacionales, cuyas heroicas proezas son inolvidables y que han dado una magnífica prueba de solidaridad internacional.

Claro es que todo esto no debe desviar la atención de los peligros inmediatos que amenazan, precisamente hoy, a la libertad del pueblo español, a la causa de la paz y de la democracia mundiales. El grupo de las cuatro potencias traicionará a España, como ha traicionado a Checoslovaquia. La burda comedia de Franco, que ha retirado diez mil inválidos italianos, en el preciso momento en que la invasión italo-germana se acentuaba, no sirve más que para encubrir los planes de destrucción de España. A esto hay que añadir el peligro del hambre del pueblo español, que soporta desde hace tiempo las mayores privaciones. Se precisan grandes esfuerzos de todos los obreros y de todos los trabajadores para procurar víveres al pueblo español, para sostener su lucha y para lograr que las tropas intervencionis-



tas abandonen España y puedan los españoles decidir solos su propia suerte.

En cuanto al pueblo chino, también ha nacido una grave situación a consecuencia de la caída de Cantón y de Hankeu. El ataque japonés contra Cantón, que amenaza seriamente a los intereses ingleses, es, en gran parte, una consecuencia de la política de Chamberlain. La caída de Cantón, a pesar de la heroica resistencia de los chinos, ha sido causada por los traidores chinos que temían que la unidad del pueblo fuese un peligro para los intereses de las clases en el Poder en China. La caída de Hankeu tiene otro carácter. Los japoneses anunciaron hace seis meses la inmediata conquista de Hankeu. La heroica resistencia china, contra un enemigo muy superior en armas modernas, ha detenido durante mucho tiempo el ataque japonés. No hace mucho que las tropas chinas demostraron, con una victoria sobre los japoneses que costó a éstos 200.000 hombres, hasta qué punto era grande su capacidad de resistencia. Si el pueblo chino sabe proteger y aumentar el manantial de sus fuerzas, que es la unidad, logrará la victoria final.

Los efectos de los acontecimientos de Munich sobre el estado de espíritu de las masas populares se refleja claramente en los resultados de las

#### *elecciones municipales de Bélgica.*

El triunfo de Hitler no ha reforzado, en modo alguno, a sus admiradores y agentes belgas, los rexistas, sino que, por el contrario, ha producido una gran derrota electoral de estos grupos fascistas. Por otra parte, los comunistas han registrado importantes triunfos y, en los municipios donde han sido presentadas listas socialistas y comunistas conjuntas, los socialistas y los comunistas han obtenido la mayoría.

*Las elecciones preparatorias en América,* según las noticias recibidas, han conducido al reforzamiento del frente democrático. Dentro del Partido demócrata hay una seria lucha entre el ala derecha, que reclama una política interior anti-obrera y una política exterior reaccionaria de «aislamiento», y los partidarios progresivos de Roosevelt. En algunos Estados, sobre todo en el Sur, se han presentado candidatos adversarios de Roosevelt. Sin embargo, en la mayoría de los Estados han obtenido una gran mayoría los candidatos partidarios de Roosevelt, que sostienen una política antifascista de reforzamiento del frente de la paz.

#### *Palestina*

se halla en plena insurrección hace ya algunas semanas. La misma prensa inglesa señala que el poder de Inglaterra domina sólo en



Jerusalén y en algunas otras ciudades. Un Congreso de todos los árabes de Palestina ha reclamado en primer término que se renuncie a toda división del país en una parte árabe y otra judía. Los acontecimientos demuestran indiscutiblemente que los agentes alemanes e italianos realizan en Palestina una gran agitación para encauzar la lucha de los árabes por la libertad hacia el atolladero de una lucha racista y chovinista contra el pueblo judío, para utilizarla con fines imperialistas.

## II

### *El XXI aniversario de la Gran Revolución de Octubre*

El contraste entre el florecimiento del nuevo mundo del socialismo y el derrumbamiento económico, político y moral del mundo capitalista ha aparecido bajo una luz más cruda que nunca durante el mes de noviembre de este año. En la Unión Soviética han celebrado los trabajadores de la ciudad y del campo el XXI aniversario de la Gran Revolución de Octubre, contemplando con orgullo y alegría el camino ya recorrido que, a pesar de todas las dificultades y del sabotaje criminal de los trotskistas y bujarinistas, ha conducido y conduce sin cesar a nuevos éxitos económicos y culturales. En un mundo de inseguridad, de anarquía económica, en el mundo del moderno bandolerismo de los caballeros, es la Unión Soviética el único país en que los trabajadores, conscientes de su objetivo, prosiguen metódicamente su trabajo de construcción socialista y se sienten estimulados por el derrumbamiento del resto del mundo a realizar esfuerzos aún mayores y más animados para defender sus gigantescas conquistas. El XXI aniversario de la Gran Revolución de Octubre puso ante los ojos de los fascistas incendiarios de la guerra del eje Berlín-Roma-Tokío, lo que les espera si se atreven a perturbar la labor política y constructiva del pueblo soviético. Sobre todas las ciudades de la Unión Soviética, volaron los innumerables aparatos de la Aviación Roja; en las plazas, zumbaron los tanques y rodó la artillería de todos los tamaños y calibres y, por las calles, desfilaron las interminables columnas del Ejército Rojo y con ellas los trabajadores armados de las fábricas y los millones y millones de trabajadores que acudirán como un solo hombre a defender la paz al primer llamamiento de su Gobierno. En los discursos de los representantes del pueblo soviético en el XXI aniversario de la Gran Revolución de



Octubre se manifestó la voluntad resuelta, no sólo de no dejar acercarse a la Unión Soviética a los chacales del fascismo, sino de aniquilarlos en caso de agresión en sus propios nidos de pajarracos rapaces.

### *Las bárbaras persecuciones antisemitas*

Al mismo tiempo, los acontecimientos de Munich han demostrado que el traidor sacrificio de Checoeslovaquia no ha hecho más que agudizar el apetito de las fieras fascistas y aumentar su enloquecida rabia. En los días en que el pueblo soviético contemplaba su brillante resurgimiento del atraso y de la incultura del zarismo, la bárbara orgía de cobardes asesinatos de personas indefensas, de incendios voluntarios, de robos organizados, iluminaba el abismo a que el pueblo alemán, antes tan orgulloso de su cultura, ha sido despeñado por la innoble gentuza del régimen nazi. Después del «éxito» de Munich, Winston Churchill, uno de los políticos de más amplia visión del imperialismo inglés, que está convencidísimo de la fuerza explosiva y expansiva del fascismo alemán, invitó a Hitler a suavizar su régimen. La respuesta de Hitler fué un «no» burlón. Winston Churchill y otros parecen no comprender que los «éxitos» de la política exterior de Hitler no son éxitos del pueblo alemán. La situación económica de las masas trabajadoras de Alemania no puede mejorar por la anexión del territorio de los Sudetes. En la absoluta falta de libertad y ausencia de derechos, dicha situación conduce a un descontento cada vez mayor, que obliga al régimen nazi a buscar nuevas maniobras diversivas. De aquí la escenificación consciente y organizada de los pogromos contra los judíos. El mismo «Angriff» descubre el objeto de estos pogromos al publicar la fotografía de un judío que se suponía haber acaparado cebollas, mantequilla y huevos y ser, por lo tanto, culpable de la escasez de víveres. Otra maniobra diversiva fué la «estadística» demagógica de la prensa nazi, tendiendo a demostrar que los judíos de Alemania son por término medio más ricos que los propios alemanes. Maniobra diversiva fué el anuncio de la expropiación de los judíos, la expulsión de los mismos de sus posiciones en la economía. Mucho antes de su entrada en el Poder, sabían los dirigentes nazis que sólo podían llegar a él explotando demagógicamente las opiniones anticapitalistas de los pequeños burgueses empobrecidos. Trataron de ahuyentar el fantasma del anticapitalismo expropiando a los judíos. Pero el producto de estas bandidas confiscaciones cae en el pozo sin fondo de los preparativos de guerra. Las posiciones económicas ocupadas hasta ahora por los



judíos, sus negocios y profesiones, están hoy en manos de «beneméritos» nazis. El régimen saquea a los judíos para enriquecer a su guardia pretoriana.

Pero aumentan los síntomas de que el fantasma antisemita va perdiendo eficacia. Las masas trabajadoras de Alemania expresan con más intensidad que nunca su horror a las persecuciones antisemitas. Las noticias de Alemania que publican todos los grandes periódicos ingleses, franceses, holandeses, escandinavos y suizos, coinciden en que la masa del pueblo alemán no tomó parte en los pogromos contra los judíos. Varias publicaciones periódicas nazis se vieron obligadas a polemizar con una oposición popular anónima, pero intensa. Obreros, soldados e intelectuales alemanes, se arriesgaron en muchos casos a manifestar sus simpatías y a ayudar a los judíos perseguidos.

La lógica de los pogromos antisemitas y de su objeto impulsa cada vez con más fuerza a atacar a las demás capas del pueblo alemán. Para manifestar su rabia contra la oposición dentro de Alemania, los nazis agudizan los ataques a la iglesia católica, como lo demuestran los feroces insultos a dignatarios católicos por la prensa nazi y el ataque realizado por una ululante columna de nazis contra el palacio del cardenal Faulhaber, de Munich. Cuando el régimen ha ahogado el movimiento obrero y organizado una campaña de aniquilamiento de los judíos, observa cómo continúa socavado por la impalpable y silenciosa oposición del pueblo. Por eso tiene que estar siempre descubriendo y persiguiendo nuevos enemigos, presentándolos como el coco.

Los odiosos pogromos han provocado en todo el mundo la protesta de las masas populares y, en muchos casos, han obligado a los gobiernos de los países democrático-burgueses a condenar tan vergonzosos actos del régimen nazi. Pero el público de los países democrático-burgueses no ha comprendido todavía que los pogromos, la cruel represión de todos los anhelos de libertad del pueblo alemán, la persecución de los católicos y de la iglesia confesional protestante en el interior de Alemania, son elementos inseparables de la política imperialista y expansiva del régimen nazi. En las declaraciones de los conservadores de Chamberlain en Inglaterra, en las débiles protestas de la prensa gubernamental francesa y en el silencio de Daladier, se observa que veían con muy malos ojos los pogromos antisemitas de Alemania, porque temían que les crearan mayores dificultades en su política de la llamada inteligencia con el régimen nazi a costa de España, a costa de los pueblos coloniales y de la democracia. Por el momento, la indignación por los pogromos ha inducido a



los gobiernos de los países democráticos a aplazar en el orden del día el problema colonial. Ahora no se atreven aún a entregar al régimen nazi pueblos africanos a los que esperaría igual suerte que a los judíos de Alemania. Las masas obreras de los países democrático-burgueses insisten cada vez más en que se dé a los pueblos coloniales la posibilidad de desarrollarse democráticamente y en que no se les haga objeto de tráfico para lograr una inteligencia entre las burguesías reaccionarias de dichos países y el régimen fascista. Mientras tanto, el régimen nazi demuestra con cínica franqueza que el antisemitismo no debe ser sólo un arma para desorientar y reprimir al pueblo alemán, sino que, como artículo de exportación, debe poner a la Europa del Sudeste a las órdenes absolutas del fascismo alemán. Con una sonrisa de complacencia, da cuenta la prensa nazi de haber empezado los pogromos antisemitas en Eslovaquia y en Rumania. Valiéndose del antisemitismo, los agentes nazis intentan, hoy más que nunca, provocar disturbios interiores en los pueblos del Sudeste de Europa, para luego poder someterlos más fácilmente al yugo nazi. El mismo fascismo alemán, que ayer despedazó a Checoslovaquia, se presenta ahora como «protector» del pueblo eslovaco y carpato-ucraniano contra Hungría, cuyas reclamaciones territoriales atribuye a las influencias de los judíos húngaros. Los fascistas alemanes ven en el antisemitismo un medio de mantener en continua inquietud a los pueblos del Sudeste de Europa, de azuzarlos unos contra otros, para poder realizar más fácilmente sus planes de hegemonía.

Una vez entregada Checoslovaquia por Chamberlain y Daladier a la Alemania nazi, van a proseguir las negociaciones que tienden a entregar

#### *la España republicana*

a la explotación y a la opresión mancomunadas de los fascismos alemán e italiano, Chamberlain añade a sus anteriores infracciones de los tratados el abandono de su propio plan sobre la retirada de las tropas extranjeras de España. Los combatientes de las Brigadas Internacionales han vuelto a sus hogares; pero la intervención fascista en favor de Franco es cada vez mayor. A pesar de esto, Chamberlain juega con la idea del reconocimiento de la beligerancia a Franco, apoyando abiertamente la intervención contra la democracia española. Contra tal repetición de la traición de Munich, los amigos de la democracia y de la paz han iniciado una nueva campaña. Los sindicatos ingleses han protestado contra la proyectada venta de la España republicana. La Concentración Internacional por la Paz (R. U. P.) organiza en los países democráticos un plebiscito para pedir que los gobiernos democráticos insistan en la retirada inmediata de



las tropas fascistas de intervención. De la extensión y profundidad de esta campaña, depende el aniquilamiento del juego de los círculos reaccionarios en Inglaterra y Francia. Al mismo tiempo, en los países democráticos se hacen nuevos esfuerzos para proveer de víveres a la España republicana.

*En Francia,*

el gobierno Daladier demuestra, con su política, que una política exterior favorable a las potencias agresivas tiene su contrapartida en una política reaccionaria en el interior del mismo país. Estimulados por Munich, las doscientas familias y sus agentes en los partidos burgueses han desencadenado una ofensiva contra las conquistas del Frente Popular, y han encargado a Daladier de la continuación de esta ofensiva. En el Congreso del partido radical-socialista, Daladier anunció su nueva política, dirigiendo calumniosos ataques contra los comunistas franceses. Con sus decretos-leyes, Daladier abolirá de hecho la semana de 40 horas, debilitará la fuerza combativa de los sindicatos franceses y echará sobre los hombros de las masas obreras los gastos de los armamentos y la carga del sabotaje económico por el gran capital. El descontento por los decretos-leyes llega hasta las filas del partido radical-socialista. Daladier sabe que los electores de este partido no están conformes con su política. En las votaciones del Parlamento y de las comisiones, sólo pudo sacar adelante su política apoyándose en los representantes de la reacción declarada. Por temor a las masas populares, juega con la idea de un aplazamiento del período legislativo de la Cámara actual y de la eliminación del Parlamento. Pero las manifestaciones de protesta y las huelgas parciales declaradas en toda Francia han demostrado que las masas populares francesas no están dispuestas a renunciar a las conquistas de los últimos años. En el Congreso de la C. G. T., se manifestó la resolución de combatir con la mayor energía en defensa de las conquistas del Frente Popular. Aunque algunos jefes sindicales de tendencias derechistas trataron de celebrar el acuerdo de Munich atacando al mismo tiempo al Partido Comunista de Francia, la opinión general del Congreso estuvo de acuerdo en que el Congreso se había reunido para emprender la lucha contra la ofensiva de los patronos, contra los fascistas que levantan la cabeza, contra los incendiarios de la guerra y contra los decretos extraordinarios del Gobierno francés. Pero Daladier no entendió este aviso. Los reaccionarios franceses consiguieron aplazar la reunión del Parlamento prevista para el 15 de noviembre, con objeto de evitar la discusión de los decretos-leyes y sobre la situación política interior general. Como protesta contra esta política de Daladier, la C. G. T. señaló para el



30 de noviembre una huelga general de 24 horas. Tan pronto como se dió a conocer este acuerdo, el Gobierno y los círculos reaccionarios de Francia tomaron medidas e hicieron preparativos para que fracasara la huelga. Amenazaron con implantar un régimen especial (estado de guerra) en las minas de carbón, en los ferrocarriles, en Correos y Telégrafos, y amenazaron a los funcionarios del Estado con que, en caso de tomar parte en la huelga general, no sólo se les separaría del servicio, sino que serían sometidos a los tribunales. Además, se dispuso la intervención de la policía y de los militares contra los huelguistas. Se ocuparon todas las estaciones y hubo obreros que fueron llevados al trabajo bajo la amenaza de los fusiles. Ya la víspera de la huelga, empezaron las detenciones. Esta utilización de todo el aparato de fuerza para hacer fracasar la huelga general no podía dejar de surtir su efecto. A pesar de ello, en algunos sitios y en distintas ramas de la industria, la huelga fué del 100 por 100, y en el resto del país del 75 al 95 por 100. El Gobierno y la reacción francesa intentaron afirmar que no había habido huelga general; pero las medidas reaccionarias y las represalias contra los huelguistas demuestran lo contrario. Los despidos colectivos, el cierre de empresas enteras, las detenciones en masa y los juicios contra miles de huelguistas, demuestran que la huelga general no dejó de surtir su efecto sobre el Gobierno y la reacción en Francia. Como antes, las masas obreras de Francia y muchos círculos democráticos piden la retirada de Daladier, cuya política se dirige contra todas las conquistas del proletariado francés conseguidas por el Frente Popular, contra el Partido Comunista, contra la C. G. T. y contra el derecho de huelga. La C. G. T. y el Partido Comunista, que representan la voluntad de la mayoría de las masas del pueblo trabajador, no están dispuestos a hacer ninguna clase de concesiones a la reacción. El primero de diciembre, Jouhaux escribió en «Le Peuple» que la C. G. T. continuará su actuación hasta que los decretos-leyes se anulen definitivamente. La fracción parlamentaria del Partido Comunista publicó una declaración de protesta contra las medidas ilegales del Gobierno. Esta declaración subraya la responsabilidad del Gobierno, que, por el cierre de empresas de aviación y arsenales nacionalizados, ponía en peligro la seguridad del país en el preciso momento en que los diputados fascistas del «Parlamento» italiano proclamaban la consigna de «queremos Túnez, Córcega y Saboya».

*En Inglaterra,*

los acontecimientos de las últimas semanas revelan la creciente oposición del pueblo inglés a la política de Chamberlain. Las masas populares inglesas comprenden que Munich no ha traído la paz,



y que el «diktat» de Munich sólo puede conducir a robustecer las fuerzas antidemocráticas de todos los países. En la elección parcial del distrito de Bridgewater, tuvieron los electores por primera vez ocasión de tomar una posición clara y resuelta a favor o en contra de la política de Chamberlain, política de connivencia con los agresores fascistas. El resultado de Bridgewater no sólo permite colegir la verdadera disposición del pueblo inglés, sino de la fluctuante, morosa y acéfala política del Labour Party. En las últimas elecciones generales para la Cámara de los Comunes, el candidato del Gobierno había triunfado por una mayoría de unos 3.000 votos sobre el número total de los candidatos liberal y laborista. En estas elecciones parciales, el Labour Party no presentó candidato propio. Los jefes locales sabían que un candidato laborista no podía triunfar por sus propias fuerzas en aquel distrito. Apoyaron al candidato progresivo, que declaró expresamente que sostendría la lucha con el lema de «por o contra la política exterior de Chamberlain» y que con esta bandera debía congregarse a toda la oposición contra el primer ministro. El éxito fué rotundo. El candidato conservador fué derrotado por una mayoría de unos 2.000 votos progresivos. Los electores habían tenido ocasión de manifestarse abiertamente contra la política exterior de Chamberlain, y su veredicto fué terminante. La misma prensa conservadora tuvo que declarar que aquella elección revelaba la inquietud de los electores ante la política de Chamberlain. El Gobierno hubo de registrar también grandes pérdidas en otras elecciones parciales como Dartford y Oxford; pero los conservadores vencieron en la elección parcial en el distrito de Walsall, donde el candidato laborista no puso en primer plano la política exterior de Chamberlain para pedir que todas las fuerzas progresivas dieran juntas un golpe a dicha política. El resultado fué el triunfo de los conservadores. La prensa del Labour Party intentó sistemáticamente reducir la importancia de la elección parcial de Bridgewater. Los jefes derechistas del Labour Party y de los sindicatos ingleses comprenden que el resultado electoral de Bridgewater es el argumento más convincente en favor de la unión de todas las fuerzas democráticas y progresivas en un frente pacífico común contra Chamberlain. Y, como antes, se siguen negando a emprender este único camino para combatir con éxito la política de Chamberlain.

Con esto, el movimiento obrero de Inglaterra corre el peligro de volver a perder la ocasión de colocarse a la cabeza del pueblo inglés para abrir paso a una verdadera política de paz y proteger a la democracia inglesa contra todos los ataques de Hitler y de Mussolini unidos.



Una parte de la burguesía inglesa reconoce cada día más que Chamberlain, con su política pro-fascista, pone en peligro los intereses nacionales de Inglaterra y mira con creciente inquietud la serie de sensibles fracasos de la política exterior de que es responsable Chamberlain. Bajo la jefatura de Eden, Churchill y Duff Cooper, se ha formado una oposición conservadora que se propone manifiestamente formar un nuevo Gobierno. Eden ha presentado una serie de puntos programáticos que tienden ante todo a modificar la política exterior y a proteger a la democracia en interés de la defensa nacional. Entre la oposición conservadora y los liberales se han entablado ciertas relaciones; pero el Labour Party se niega a colaborar con la oposición burguesa, aunque para sus jefes está bien claro que no es posible un Gobierno laborista por ahora y que Chamberlain sólo puede ser derribado por la oposición unida.

La política de Chamberlain va a la bancarrota; si se ha de implantar una política progresiva y democrática bajo la dirección del movimiento obrero inglés, es cosa que dependerá ante todo de que las masas de los sindicatos ingleses y del Labour Party obliguen a sus jefes a tomar, con la iniciativa de un amplio frente pacífico progresivo, la dirección del pueblo inglés.

*En los Estados Unidos,*

las elecciones al Congreso y de los gobernadores de los distintos Estados han dado un resultado que debe servir de estímulo a las masas trabajadoras de América para desarrollar la máxima vigilancia y actividad. El Partido republicano, el partido de los reyes del monopolio, de Hoover y de Hearst, el partido que favorece a Hitler y al militarismo japonés, ha podido robustecer considerablemente su representación en la Cámara de los diputados y en el Senado, y conseguir los puestos de gobernadores de Estados importantes. Las reformas que la política del *New Deal* de Roosevelt ha traído al pueblo norteamericano, especialmente en el terreno de la legislación social, de la legalización de los sindicatos, de la protección al niño y de la lucha contra el paro por medio de obras públicas de gran envergadura, han penetrado demasiado hondo en la conciencia del pueblo americano para que el Partido republicano reaccionario pudiera atacarlas abiertamente. Por eso, la reacción apela a la maniobra de declarar hipócritamente que no tocará al fondo de estas reformas, que le parecen justas y, por otro lado, hace responsable al Gobierno de Roosevelt de la prolongada depresión que, en realidad, es obra sistemática del sabotaje de los reyes del monopolio. En el terreno de la política exterior, Hoover y Hearst encubren su simpatía por los agresores fascistas, hablando de la supuesta posi-



bilidad de apartar a los nazis de la América del Sur, dejándoles las manos libres en el Este de Europa. Esta política reaccionaria que adopta el lema del «aislamiento», pudo ganar adeptos porque Roosevelt, en sus discursos de programa, se declaró partidario del aislamiento de las potencias agresoras y de su proscripción, pero no tomó ninguna iniciativa eficaz para realizar estas tareas, favoreciendo con sus leyes de neutralidad la intervención fascista en España, con lo que estaba condenada a la ineficacia toda su política exterior.

La gran burguesía americana espera ahora que Roosevelt, bajo la presión de los republicanos en el Congreso y del ala reaccionaria del partido democrático, reformará el *New Deal* y debilitará la legislación social. A pesar del enorme paro forzoso, los representantes del gran capital declaran que la depresión sólo puede vencerse aumentando el rendimiento del trabajo, rebajando los impuestos sobre la renta del capital, limitando los sindicatos y restableciendo las facultades del Estado, anteriores al Gobierno de Roosevelt, contra los huelguistas. La reacción realizó su campaña electoral contra el *New Deal* poniendo como pantalla demagógica la lucha contra el comunismo. Las exigencias actuales del capital prueban que la lucha contra el comunismo está identificada con la lucha contra las conquistas de las masas obreras en los últimos años.

El descalabro del *New Deal* se explica, en parte muy considerable, por el sabotaje del ala reaccionaria del partido democrático, que impidió que la lucha electoral se sostuviera como una verdadera lucha contra el capital monopolista. Donde, como en el Estado de Nueva York, los candidatos progresivos defendieron resueltamente las reformas del *New Deal* y se declararon partidarios de ellas, el pueblo norteamericano se manifestó de modo inequívoco contra la reacción. También es digna de tenerse en cuenta la gran victoria alcanzada por las fuerzas progresivas en el Estado de California. Las fuerzas reaccionarias, fieles aliadas de los jefes de las dos alas del partido socialista, que presentaron candidaturas propias sin ninguna esperanza de victoria, ayudaron con ello directamente en uno de los Estados al triunfo de la reacción. En el Estado de Nueva York, el candidato del ala Thomas del partido socialista no pudo recoger más que 18.000 votos, una fracción solamente del número de votos obtenidos por dicho partido en el Estado de Nueva York. El Partido Comunista de los Estados Unidos tomó parte en la lucha electoral como componente inseparable del frente progresivo en favor del *New Deal*. Apoyó con todas sus fuerzas a los candidatos fieles al *New Deal*, demostrando al mismo tiempo a las masas populares la necesidad de la reconstrucción y de la defensa de las conquistas actuales. La cre-

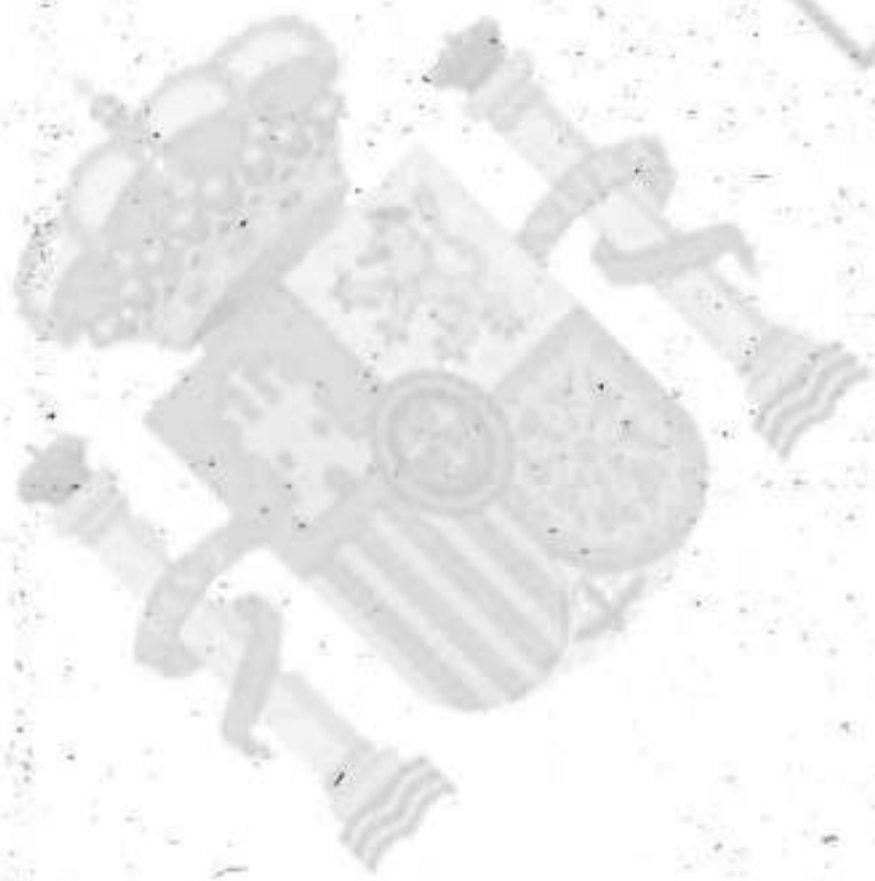


ciente confianza de los electores se manifestó en el número de votos que pudieron reunir los distintos candidatos del Partido Comunista. El único candidato del mismo en el Estado de Nueva York, el camarada Amter, que se presentaba para el Senado, obtuvo 100.000 votos en números redondos contra 74.000 en su última candidatura en 1927. El «New York Times» consignó este número de votos como una sorpresa. Los candidatos comunistas obtuvieron también un considerable aumento de votos en los demás Estados en que se presentaron candidaturas comunistas, como en el Estado de California.

El avance de la reacción en las elecciones ha robustecido en el movimiento obrero norteamericano la tendencia a la unión de los sindicatos industriales (C. I. O.), dirigidos por Lewis y de los viejos sindicatos de distintos ramos (A. F. L.), dirigidos por Green. Bajo la presión de la oposición en sus propias filas, los directores del A. F. L. se ven obligados a decir que están dispuestos a llegar a una inteligencia. Testimonio de ello fué el Congreso de la A. F. L., donde hubo delegados influyentes que se manifestaron en pro de la unidad sindical. Los directores de los sindicatos C. I. O. manifestaron en su Congreso estar dispuestos a la unión, a condición de que los directores del A. F. L. reconozcan los nuevos sindicatos industriales y estén dispuestos a concederles iguales derechos en la gran federación de sindicatos que se forme. La unidad del movimiento obrero americano puede convertirse en el nuevo factor que consolide las fuerzas progresivas, que conquiste a la clase media y a los *farmers* para la alianza con el movimiento obrero y que haga posible en América la formación de un poderoso Frente Popular para contener el avance de la reacción y asegurar la victoria de la democracia.



MINISTERIO  
DE CULTURA







# **EDICIONES EUROPA-AMÉRICA**

## **COLECCION MARX-ENGELS-LENIN-STALIN**

### **CARLOS MARX:**

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA  
TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL  
SALARIO, PRECIO Y GANANCIA  
EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE  
LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA  
LA PRIMERA INTERNACIONAL  
CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

### **FEDERICO ENGELS:**

EL PROBLEMA CAMPESINO EN FRANCIA Y EN ALEMANIA  
EL SOCIALISMO MODERNO  
LUDWIG FEUERBACH Y EL FIN DE LA FILOSOFÍA CLÁSICA  
ALEMANA  
DEL SOCIALISMO UTÓPICO AL SOCIALISMO CIENTÍFICO

### **MARX-ENGELS:**

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA  
REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

### **V. I. LENIN:**

EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN  
EL EXTREMISMO, ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO  
EL IMPERIALISMO, ETAPA SUPERIOR DEL CAPITALISMO  
MARX Y EL MARXISMO  
EL SOCIALISMO Y LA GUERRA  
LA COMUNA DE PARÍS  
DOS TÁCTICAS

### **J. STALIN:**

SOBRE LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO  
EL MARXISMO Y EL PROBLEMA NACIONAL  
EN TORNO A LOS PROBLEMAS DEL LENINISMO  
LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y LA TÁCTICA DE LOS COMUNISTAS RUSOS

PEDIDOS A

**DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES**

**Diputación, 260 - BARCELONA**



MINISTERIO  
DE CULTURA







**EDICIONES**  
**EUROPA-AMERICA**

El día 15 de enero próximo aparecerá la obra tan afanosamente esperada por el pueblo español:

# **Historia del Partido Comunista de la U. R. S. S.**

**(PARTIDO BOLCHEVIQUE)**

**COMPENDIO**

380 PAGINAS EN OCTAVO MAYOR

PRECIO EN RÚSTICA, 15 PESETAS

\*

Las organizaciones y personas que deseen adquirir esta obra deben enviar sus pedidos inmediatamente a:

**DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES, S. A.**

**DIPUTACIÓN, 260 • BARCELONA**

Printed in Spain

**7'50** pesetas